Historia social del mundo occidental

Del feudalismo a la sociedad contemporánea

Susana Bianchi

f S l Universidad
\WtM Nacional
XI de Quilines
Editorial

Bernal, 2007

Cuadernos Universitarios
Colección dirigida por Jorge Flores

Bianchi, Susana
Historia social del mundo occidental : del feudalismo a la sociedad contemporánea - 1a ed. 2a reimp. - Bernal : Universidad Nacional de Quilmes, 2007.
280 p. ; 20x15 cm.- (Cuadernos Universitarios; 10)

ISBN 978-987-558-048-0

1. Historia Universal I. Título
CDD 909

1ª edición: 2005
1ª reimpresión: 2006
2ª reimpresión: 2007

Roque Sáenz Peña 180 - Bernal - (B1876BXD) Pcia. de Buenos Aires
(5411) 4365-7100
http://www.unq.edu.ar
editorial@unq.edu.ar

ISBN: 978-987-558-048-0

Edición y diseño de interiores: Rafael Centeno
Diseño de tapa: Lorenzo Shakespear

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

El curso de Historia social general se propone como inicio en el conocimiento histórico, a partir del análisis de los mismos procesos históricos, dando una clave para su interpretación, de modo de otorgarles los marcos generales apropiados para comprender los procesos específicos. Para ello, el curso se centra en el ámbito de lo que José Luis Romero llamó la ***cultura occidental,*** es decir, la peculiar sociedad que se constituye en Europa a partir de la disolución del Imperio Romano.

La fusión de los legados romano, germánico y cristiano, la constitución de la sociedad feudal y la inserción en dicha sociedad del mundo burgués, los procesos de transición al capitalismo y su emergencia a través de las revoluciones burguesas, el apogeo de la sociedad burguesa y liberal, las distintas expansiones del núcleo europeo, la crisis del mundo burgués, el desarrollo del mundo socialista y del "tercer" mundo, y los principales desarrollos contemporáneos -como el neoliberalismo y la disolución de la Unión Soviética— son las principales etapas del proceso a analizar. Sobre este proceso histórico, en el que consideramos pueden encontrarse las claves de nuestro pasado, aspiramos a iniciar a los estudiantes en la perspectiva de la ***historia social,*** entendida, según señala Eric J. Hobsbawm, como "historia de la sociedad".[1]

Se trata de alcanzar, desde la perspectiva de sus actores, la percepción de la realidad histórica entendida como un proceso único, complejo y a la vez coherente y contradictorio. Para ello consideramos fundamental partir del análisis específico de los distintos niveles que -como veremos- lo constituyen: el de las estructuras socioeconómicas, el de los sujetos sociales y sus conflictos, el de los procesos políticos, el de las mentalidades e ideologías. A partir de este análisis se establecerán las relaciones específicas que vinculan a estos niveles y que permiten su integración dentro de un proceso general.

[1] Véase Hobsbawm, Eric J. (1976), "De la historia social a la historia de las sociedades", en *Tendencias actuales de la historia social y demográfica,* México, Secretaría de Educación Pública (SepSetentas).

Acerca de la historia social

El concepto de historia social

¿Qué entendemos por historia social? En 1941, el historiador francés Luden Febvre señalaba:

> **No hay historia económica y social. Hay historia sin más, en su unidad. La historia es por definición absolutamente social. En mi opinión, la historia es el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos, captadas en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas [...].[2]**

En síntesis, para los fundadores de la escuela de los ***Armales,*** el eje de la preocupación de los historiadores, el objetivo de la historia, estaba dado por el hombre y sus actividades creadoras. Sin embargo, como aclaran Cardoso y Pérez Brignoli, es preciso evitar las confusiones de vocabulario.[3] El término ***hombre*** no significaba ***personaje,*** en el sentido que lo empleaban los historiadores del siglo **XIX,** que consideraban a la historia como el resultado de las acciones de individuos destacados en el campo de la guerra y la política. El término hombre incluía un sentido colectivo. En esta dirección, el mismo Lucien Febvre agregaba: "[...] el objeto de nuestros estudios no es un fragmento de lo real, uno de los aspectos aislados de la actividad humana, sino el hombre mismo, considerado en el seno de los grupos de que es miembro".

En otras palabras, la historia social, en sus orígenes, intentaba ser no una especialización (como la historia económica, la historia política o la historia demográfica), sino una historia global de la "sociedad en movimiento".

En rigor, también existe una concepción de la historia social como una especialidad, junto con la historia económica, la demográfica, la política, etc. Su objeto está delimitado al estudio de los grandes conjuntos: los grupos, las clases sociales, los sectores socioprofesionales. Como lo expresaba Albert Soboul: "La historia social quiere ser también una disciplina particular dentro del conjunto de las ciencias históricas. En este sentido más preciso, aparece vinculada al estudio de la sociedad y de los grupos que la constituyen [...]." Sin embargo, desde la visión de los fundadores ***deAnnales,*** la historia social debía constituirse en una ***síntesis*** de los diferentes aspectos de la vida de la sociedad. Para ello, para cumplir con esta vocación de síntesis, se consideraba necesario además recurrir a la colaboración de las distintas ciencias sociales, fundamentalmente de la geografía, de la sociología y de la economía.

[2] **Febvre, Lucien (1970),** *Combates por la historia,* **Barcelona, Ariel.**

[3] **Cardoso, Ciro F. S. y Pérez Brignoli, Héctor (1984),** *Los métodos de la historia,* **Barcelona, Crítica, pp. 289-336.**

¿Cuáles son los requisitos metodológicos necesarios para poder alcanzar esta "vocación de síntesis"? ¿Cómo encarar una historia que debe integrar los resultados obtenidos por la historia demográfica, la historia económica, la historia política, la historia de las ideas? Según George Duby, la historia social debe construir un camino de convergencia entre una historia de la civilización material y una historia de las mentalidades colectivas. Y para alcanzar este objetivo fija tres principios metodológicos. En primer lugar, como ya analizamos, destaca que "el hombre en sociedad constituye el objeto final de la investigación histórica". La necesidad del análisis es lo que lleva, en la totalidad del conjunto, a disociar diferentes ***niveles*** de análisis, a disociar los factores económicos de los políticos o de los mentales: "Su vocación propia es la síntesis. Le toca recoger los resultados de investigaciones llevadas a cabo simultáneamente en todos esos dominios, y reunirlos en la unidad de una visión global."[4]

El segundo principio que plantea Duby es "ocuparse de descubrir, en el seno de una globalidad, las articulaciones verdaderas". Y tratar de descubrir las "articulaciones verdaderas" significa establecer las vinculaciones relevantes, las relaciones significativas entre los diferentes niveles de análisis que hacen comprensible la totalidad de la sociedad. En síntesis, en este principio se plantea la necesidad de establecer los complejos nexos entre lo económico, lo político y lo mental.

El tercer principio se refiere a otro problema de gran complejidad: el tiempo histórico. "La investigación de las articulaciones evidencia, desde un principio, que cada fuerza en acción, aunque dependiente del movimiento de todas las otras, se halla animada sin embargo de un impulso que le es propio, [...] cada una se desarrolla en el interior de una duración relativamente autónoma." En síntesis, se trata del problema de la duración, de los ritmos diferentes que afectan a cada nivel de la vida social. De este modo, Duby remarca la necesidad de estudiar, dentro de la globalidad, la evolución de los distintos niveles, tanto en sus sincronías como en sus diacronías.

[4] **Véase Duby, George (1977),** *Hombres y estructuras de la Edad Media,* **Madrid, Siglo** XXI, **pp. 250-271.**

Los niveles de análisis

Indudablemente, la historia social encuentra en la economía un punto de referencia imprescindible. Como señalan Cardoso y Pérez Brignoli: "Ningún historiador podría negar hoy que la estratificación social, la constitución de los grupos humanos, la estructuración de las relaciones sociales entre grupos e individuos, puedan estudiarse, siquiera comprenderse, sin tener en cuenta las bases materiales de la producción y distribución del excedente económico". Resulta indudable que cada sociedad distribuye socialmente su excedente económico según reglas específicas y en esta distribución se fundamentan las jerarquías sociales. Además, en esta distribución se fundamentan las relaciones de fuerza entre los distintos grupos sociales y en ella se encuentran, muchas veces, las motivaciones de los conflictos sociales. También es necesario advertir contra un excesivo "economicismo": en los comportamientos de los grupos sociales, en sus relaciones de fuerzas, en las bases de sus conflictos se encuentran muchos otros elementos además del interés económico. Es imposible reducir el estudio de las jerarquías sociales a su sola base económica sin tener en cuenta otros elementos como la distribución del poder y la configuración de las mentalidades. No obstante, el estudio del fundamento económico de la sociedad constituye un punto de partida indispensable.

El segundo nivel de análisis se refiere a la misma sociedad. Desde la perspectiva de la historia social, se trata de un nivel particularmente relevante, porque allí se ubican los sujetos del proceso histórico, entendiendo por sujeto a "aquel al que se refieren las acciones". Desde la antigüedad se reconoció la diferencia social. Textos tan disímiles como la *Odisea* o el *Antiguo Testamento* se refieren a "ricos" y "pobres", a "libres" y "esclavos". Pero sólo el racionalismo de los siglos XVIII y XIX comenzó a explicar esta diferenciación en términos de clases sociales. En este sentido, el mismo Karl Marx reconoció su deuda con la obra de historiadores como Guizot.

Desde la perspectiva marxista, las clases sociales se configuran a partir de la propiedad (o no) de los medios de producción. En este sentido, las relaciones sociales (definidas como relaciones de producción) aparecen también vinculadas a un cierto tipo de división del trabajo y a un cierto grado de evolución de las fuerzas productivas. En síntesis, el concepto de clase social se comprende en el contexto de un modo de producción (esclavismo, feudalismo, capitalismo) determinado. Es el modo de producción el que determina la estructura de clases. A partir de allí, la relación se presenta como relación de dependencia: las clases poseedoras son las clases dominantes, y las clases desposeídas, las dominadas. También para el marxismo tiene una importancia fundamental el problema de la conciencia de clase, es decir, la percepción que cada clase tiene de su situación en una estructura social determinada. Puede diferenciarse entre una clase sin conciencia de sus intereses (clase en sí) de una clase con conciencia de ellos (clase para sí) y se considera que una clase plenamente constituida es la que ha alcanzado esta última situación. (Cabe agregar que Marx no escribió ningún texto específico sobre las clases sociales, aunque hay numerosas referencias a lo largo de su obra.)

Resultan indudables los aportes del marxismo para la comprensión de la estructura social. Sin embargo, también es cierto que en el análisis de los procesos históricos concretos (la Revolución Francesa o la Revolución Industrial, por ejemplo) muchas veces los sujetos no corresponden estrictamente a la división de clases. Se trata de sujetos que aún no han constituido una "clase" -se trata de clases en formación- o que amalgaman a diferentes sectores. Muchas veces son sujetos que no es posible definirlos exclusivamente en términos clasistas (el Ejército, la Iglesia). O son sujetos (el "pueblo") que incluyen a diversas extracciones según el análisis de clase. En síntesis, en el análisis de los sujetos reales toda una serie de grupos o categorías escapa de la clasificación en clases. De allí la preferencia de algunos historiadores de elegir para el análisis de la sociedad conceptos como sectores o grupos sociales, que hacen referencia a la complejidad de la constitución de los sujetos históricos.

Otra manera de enfocar el problema es el análisis en términos de estratificación social. En este sentido, la primera teoría importante fue la de Max Weber quien distinguió en la jerarquización social tres dimensiones analíticas: el poder económico (estratificación en "clases"), el poder político (estratificación en "partidos") y el honor social (estratificación en "estamentos").[5]

Pero fue fundamentalmente la sociología funcionalista norteamericana la que definió el concepto de estratificación social a partir de la necesidad de la sociedad de una distribución interna de sus actividades y funciones. A diferencia del análisis marxista, el funcionalismo presenta la estratificación social no como un corte tajante del cuerpo social sino como la gradación, dentro de un *continuum,* entre quienes tienen mayor o menor prestigio social, entre quienes tienen mayores o menores ingresos.

Dentro de este nivel, el de la sociedad, también se incluye el estudio de los movimientos sociales, indisoluble, muchas veces, del nivel de la política.

[5] Véase Weber, Max (1984), *Economía y sociedad,* México, Fondo de Cultura Económica, pp. 244-248.

Como señalan Cardoso y Pérez Brignoli, nos enfrentamos aquí con una historia de masas: campesinos, esclavos, obreros, bandoleros sociales. Al decir de George Rude, es la multitud la que irrumpe en la historia. Diseñar una clasificación de los movimientos, los conflictos y las luchas sociales no es una tarea simple: su explicación se refiere necesariamente a los distintos tipos de estructura económica y social en los que se desarrollan (movimientos campesinos, preindustriales, industriales, etc.) y con un tipo de mentalidad específica.

De este modo, es válido preguntarse: ¿cuáles son las principales cuestiones a plantear en el estudio de un movimiento social? Rude, en este sentido, proporciona una guía valiosa: se trata, en primer lugar, de ubicar el estallido de violencia en su momento histórico; de delimitar la composición y la dimensión de la multitud en acción; de establecer los blancos de sus ataques. Esto permitirá establecer la identidad del pueblo llano que participa del curso de la historia. Permitirá responder a la cuestión de ***¿quiénes?*** Pero, según Rude, esto no es suficiente y es necesario también responder a la pregunta: ***¿por qué***[6]

Es necesario establecer, dentro de los diferentes movimientos sociales, los objetivos a corto y a largo plazo, distinguir la línea entre las motivaciones socioeconómicas y las políticas. Y fundamentalmente, es necesario rastrear el conjunto de ideas subyacentes, toda la gama de convicciones y creencias que hay debajo de la acción social o política.

Y esta cuestión nos remite a otro nivel de análisis fundamental para la constitución de la historia social: el de las mentalidades. La introducción del estudio de las mentalidades implicó un doble cambio. Por un lado, las explicaciones basadas exclusivamente en las motivaciones mentales de los "grandes hombres" (sus intereses o sus desintereses, su egoísmo o su altruismo) fueron dejadas de lado a favor de lo colectivo, que en todos sus matices y manifestaciones hicieron su ingreso en el campo de la investigación historiográfica. Por otro lado, dejó de considerarse a la psicología humana como un dato invariable y fue considerada como algo cambiante dentro del contexto histórico-social. Sin embargo, tampoco puede plantearse una vinculación demasiado mecanicista entre las estructuras económico-sociales y las mentalidades. Ellas evolucionan con un ritmo particular, tal vez más lentamente que el de la sociedad global. De allí que Braudel haya podido definir las mentalidades como "cárceles de larga duración".

[6] **Rude, George (1981),** *Revuelta popular y conciencia de clase,* **Barcelona, Crítica, pp. 15-48.**

¿Cómo abordar un campo tan amplio que incluye desde creencias, actitudes y valores hasta los aspectos más prosaicos de la vida cotidiana?[7]

Según Robert Mandrou, es posible encarar la cuestión desde una doble perspectiva. En primer lugar, es necesario reconstruir las herramientas mentales propias de los distintos grupos o las distintas clases sociales: hábitos de pensamiento, ideas socialmente trasmitidas y admitidas, concepciones del mundo. Estos son, en síntesis, los instrumentos mentales de que disponen los hombres en una época y en una sociedad determinada. Entre estos instrumentos mentales, el problema del lenguaje, con sus mutaciones no constituye una cuestión menor. En segundo lugar, es necesario definir los climas de sensibilidad, las influencias, los contactos, la propagación de ideas y de corrientes de pensamiento.

Es necesario también conocer cómo se forman, se difunden, se transforman y se perpetúan esos instrumentos mentales: en este sentido, la educación, entendida en el sentido más amplio de los intercambios entre los individuos y su grupo, y la información resultan áreas claves para el análisis. A esto se suma la indagación de creencias, mitos y rituales, representaciones colectivas a las que se puede acceder a través de los símbolos y formas de expresión. Dentro del nivel de las mentalidades podrían sumarse muchas otras cuestiones, lo importante es destacar el desplazamiento del centro de interés de los historiadores desde lo individual a lo colectivo.

En resumen, la aspiración a la síntesis entre los distintos niveles de análisis (la economía, la sociedad, la política, las mentalidades), propia de la historia social, sobre todo a partir de 1960, mostró un pronunciado dinamismo y dio resultados de indudable calidad.

Historia social / historia narrativa / "microhistoria": los cambios en las perspectivas historiográficas

A partir del desarrollo de la historia social, los historiadores consideraron desprestigiada la forma tradicional de relatar la historia según una descripción ordenada cronológicamente de los acontecimientos. Esta actividad fue calificada, despectivamente, por los seguidores ***de Annales,*** como ***"l'histoire événementielle".*** Sin embargo, desde fines de la década de 1970, como señala Lawrence Stone, parece registrarse entre algunos historiadores una

[7] **Le GofF, Jacques (1980), "Las mentalidades. Una historia ambigua", en Le Goff, Jacques y Pierre Nora (din),** *Hacer la historia. Vol. III. Nuevos temas,* **Barcelona, Laia, pp. 81-97.**

vuelta a la narrativa. ¿Qué significa narrativa en este nuevo contexto? El término se refiere a la organización del material historiografía) en un relato único y coherente, y con una ordenación que acentúa la descripción antes que el análisis. Se ocupa además de lo particular y específico antes que de lo colectivo y lo estadístico. En síntesis, según Stone, la historia narrativa es un nuevo modo de escritura histórica, pero que afecta y es afectado por el contenido y el método.[8]

¿Cuáles fueron las causas de esta vuelta a la narrativa? Según Stone, concurrieron varios factores. Un determinismo mecanicista en las explicaciones socioeconómicas había dejado de lado el papel de los hombres -individuos y grupos- en la toma de decisiones. Esto había minimizado el papel de la política -incluidas las acciones militares- dentro de la historia. También el resultado de los métodos cuantitativos fue modesto en relación con las expectativas, sobre todo por la falta de confiabilidad de los datos para determinados períodos históricos. Y estos desencantos llevaron a algunos historiadores a reformular las características de su oficio.

¿Qué características asume entonces esta historia narrativa? En primer lugar, su modo de escritura es el relato. Frente a una historia de "especialistas", la historia narrativa procura llegar a un público más amplio: intenta que sus hallazgos resulten accesibles a un círculo de lectores, que sin ser expertos en la materia, estén deseosos de conocer estos nuevos e innovadores planteos. En segundo lugar, el interés por las normas de comportamiento, por las emociones, los valores, los estados mentales de los hombres y las mujeres llevaron a que, dentro del análisis historiografía), la economía y la sociología fueran sustituidas por la antropología.

En efecto, la antropología enseñó a los historiadores cómo un sistema social puede ser iluminado por un registro minucioso y elaborado de un suceso particular, ubicado en la totalidad de su contexto. En este sentido, el modelo arquetípico fue la "descripción densa" efectuada por el antropólogo norteamericano Clifford Geertz.[9]

Como señala Stone, es cierto que los historiadores no pueden hacer, como los antropólogos, acto de presencia ante los sucesos que describen, pero también es cierto que, en las fuentes, es posible encontrar un sinnúmero de testimonios que pueden indicarle cómo fue haber estado en el lugar de los hechos.

[8] Véase Stone, Lawrence (1986), *El pasado y el presente,* México, Fondo de Cultura Económica, pp. 95-129.

[9] Véase Geertz, Clifford (1987), *La interpretación de las culturas,* México, Gedisa, "Juego profundo: notas sobre la riña de gallos en Bali", pp. 339-372.

Y esta tendencia también llevó entonces a la narración de un suceso único, al desarrollo de una historia, la ***micro historia*** que se desarrollaba a una escala menor, cronológica y espacial. Los ejemplos son muchos. Entre otros, puede citarse el caso de George Duby, quien tras haber investigado durante muchos años a la sociedad feudal francesa según las pautas de la historia social, escribió un libro, ***Le dimanche de Bouvines,*** sobre un suceso único, la batalla de Bouvines, y a través de esto buscó esclarecer las características del feudalismo de comienzos del siglo **XIII.** Es también la línea trabajada por Cario Ginzburg quien, en ***El queso y los gusanos,*** realizó una minuciosa descripción de la visión de la cosmología de un oscuro molinero italiano del siglo **XVI** para mostrar el impacto de las ideas de la reforma religiosa. Emanuel Le Roy Ladurie, en ***Le carnaval de Romans,*** narró un único y sangriento episodio ocurrido en un pequeño pueblo del sur de Francia para revelar las tendencias antagónicas que desgarraban a la sociedad. Y los ejemplos podrían multiplicarse.

Sin embargo, Stone señala las diferencias que se establecen entre esta nueva historia y la narrativa tradicional. En primer lugar, esta nueva narrativa se interesa por la vida, las actitudes y los valores de los pobres y anónimos y no tanto por los poderosos y por los "grandes hombres". En segundo lugar, la descripción que presenta es indisociable del análisis: pretende responder no sólo a la pregunta ¿cómo?, sino también al ¿por qué? En tercer lugar, es una historia que se abre a nuevas fuentes, que busca nuevos métodos y formas innovadoras no sólo de exposición sino también de acceso al conocimiento. Y por último, su diferencia fundamental: el relato sobre una persona o sobre un hecho único no indica que el interés esté centrado sobre los mismos, interesan en tanto arrojen una nueva luz sobre las culturas y las sociedades del pasado.

Para Stone, el surgimiento de la historia narrativa implicaba el fin de una era, el de las explicaciones coherentes y globalizadoras de la historia social. Sin embargo, ¿es válido establecer esta oposición entre historia social y microhistoria? Y sobre este interrogante reflexionó Eric J. Hobsbawm en su réplica al trabajo de Stone.

Desde la perspectiva de Hobsbawm no es válida la afirmación de Lawrence Stone acerca de que los historiadores hayan dejado de tener interés en responder a los grandes "¿por qué?", de que se hayan desentendido de encontrar las explicaciones globales de los procesos históricos.[10] Si bien reconoce que ha ganado terreno -sobre todo en Inglaterra- una historia

[8] Hobsbawm, Eric J. (1986), "El renacimiento de la historia narrativa: algunos comentarios", en *Historias,* núm. 14, julio-septiembre, México.

"neoconservadora", dedicada a una descripción minuciosa de hechos políticos que niega la existencia de algún significado histórico profundo, más allá de vaivenes accidentales, Hobsbawm considera que esta forma de hacer historia no indica cómo se constituyen las tendencias generales:

> Casi para la mayor parte de ellas el acontecimiento, el individuo, hasta la recuperación de cierta atmósfera o de cierta manera de pensar el pasado, no son fines en sí mismos, sino medios para iluminar algún asunto más amplio, lo cual rebasa a la historia particular y a sus personajes.
>
> En pocas palabras, los historiadores que aún creen en la posibilidad de generalizar sobre las sociedades humanas y sus desarrollos, siguen interesados en las grandes preguntas del *por qué,* aunque algunas veces puedan enfocar en interrogantes diferentes a aquellos en los que se concentraron hace veinte o treinta años.

Es cierto que el rechazo a un excesivo y mecanicista determinismo económico llevó a abrirse a nuevas cuestiones, a nuevas áreas del conocimiento, pero la ampliación del campo de la historia no está en conflicto con el esfuerzo de producir una ***síntesis,*** entendida como una explicación coherente del pasado. La nueva historia de hombres, mentalidades y acontecimientos puede ser vista, por lo tanto, como algo que complementa pero que no suplanta el análisis de los procesos socioeconómicos. En este sentido no hay contradicción entre la obra general realizada por George Duby y su estudio sobre la batalla de Bouvines: ambos trabajos apuntan a la mejor comprensión de la sociedad feudal francesa. Como señala Hobsbawm:

> No tiene nada de nuevo elegir ver el mundo a través de un microscopio y no con un telescopio. En la medida en que aceptemos que estamos estudiando el mismo cosmos, la elección entre microcosmos y macrocosmos es asunto de seleccionar la técnica apropiada. Resulta significativo que en la actualidad sean más historiadores los que encuentran útil al microscopio, pero esto no significa necesariamente que rechacen los telescopios porque éstos estén pasados de moda.

En síntesis, la oposición entre historia social y microhistoria no parece ser insuperable.

CAPÍTULO I
LA SOCIEDAD FEUDAL

1. De la antigüedad al feudalismo: los tres legados

A partir del siglo IX comenzaba a organizarse en Europa occidental una nueva sociedad, la sociedad feudal, que alcanzó su punto de mayor madurez en el siglo XI. Sus antecedentes fueron remotos y complejos y se enraizaron en distintas tradiciones culturales. Por lo tanto, el problema que vamos a analizar es cómo a partir de una serie de elementos provenientes de la antigüedad se constituyó esa nueva sociedad.

¿De dónde procedieron esos elementos? Por un lado, del Imperio Romano; por otro, del mundo germánico, y por último, del cristianismo. Sin duda, son legados de distinta naturaleza: tanto el legado romano como el germánico constituían sólidas realidades -estructuras económicas y sociales— además de visiones del mundo; el legado hebreocristiano, en cambio, consistía en una opinión acerca de los problemas de la trascendencia que condicionaba los modos de vida. Este último legado se encarnaba en gentes diversas pertenecientes a los otros legados materiales y culturales, acomodándose a las distintas realidades; sin embargo, su importancia radicó en que pronto se transformó en un importante elemento de fusión.

El legado romano

El legado romano procedía de ese enorme imperio que, a partir del siglo III a.C, se constituyó en torno al mar Mediterráneo con centro en la ciudad de Roma.

Era un ámbito vasto y heterogéneo en el que las tradiciones locales habían quedado sumergidas bajo el peso del orden impuesto por los conquistadores, y cuya unidad estaba dada por un extenso sistema de vías y caminos que unían a distintas ciudades que, en mayor o menor medida, copiaban el modelo que proporcionaba Roma, con sus foros, sus termas, su plaza, su anfiteatro, su circo. El mundo urbano era el principal elemento que tenía en común el Imperio Romano.

Ese mundo urbano estaba habitado por los ciudadanos, término que tenía una doble acepción. Los ciudadanos eran quienes vivían en las ciudades pero también quienes pertenecían a la misma sociedad política rigiéndose por el mismo derecho. Además de compartir un derecho y una lengua -el latín-, los ciudadanos compartían un estilo de vida civilizado, es decir, propio de las ciudades (ciudad en latín, ***civis).*** Esto implicaba organizaciones familiares semejantes, creencias comunes y un mismo tipo de sociabilidad que se desarrollaba en esos espacios que marcaban las comodidades que ofrecía la ciudad: teatros y anfiteatros, gimnasios, plazas de mercado, columnatas, arcos de triunfo, templos.

Los ciudadanos compartían también una misma visión del mundo. Como señala José Luis Romero, esta visión del mundo estaba impregnada de un vigoroso realismo: lo importante era el aquí y el ahora, con ideas muy vagas y difusas acerca del trasmundo.[1] Esta cosmovisión erigía en valores absolutos la idea del bien común, de la colectividad y del Estado. La misma religión pública llevaba al mismo fin al otorgar un carácter sagrado al Estado y al asignarle una radical trascendencia a los deberes del individuo frente a la comunidad. Dentro de esta visión del mundo, el ideal de vida era el del ciudadano que sirve al Estado y a la comunidad.

Los últimos tiempos de la República y los primeros del Imperio -el "principado" como suele llamárselo—, del siglo II a.C. al II d.C, constituyeron el período de florecimiento de ese ideal de vida. Posteriormente -como ya analizaremos-, el resquebrajamiento del orden político, en el que la vida pública dejaba de ser la expresión de los intereses de la comunidad, la degradación de la concepción de ciudadanía y un Estado autocrático que destruía la noción de la dignidad del ciudadano transformándolo en un subdito, hicieron que esta cosmovisión y esos ideales decayeran. Fue entonces cuando el realismo adoptó otra forma, el hedonismo. El individuo se realizaba a través del goce, a través del disfrute de la vida. En esta visión hedonista, lo importante era el placer sensorial. Ambos ideales parecen contradictorios, sin embargo compartían el mismo realismo: lo importante era el aquí y el ahora, minimizando la idea de trasmundo.

Esos ciudadanos que compartían el mismo derecho, los mismos modos de vida, la misma concepción del mundo constituían dentro del Imperio Romano una absoluta minoría. Por debajo de esa delgada capa que conformaba el mundo urbano, se extendía el mundo rural que incluía la parte más numerosa de la sociedad. Ese mundo rural estaba habitado, en parte, por campesinos libres que cultivaban sus parcelas, pero la organización predominante del trabajo difundida por los romanos se basaba en la esclavitud: propiedades de distinta extensión eran trabajadas por esclavos. De allí que podamos definir a la sociedad romana, entre los siglos III a.C. y el III d.C, como una sociedad esclavista.

[1] Véase Romero, José Luis (1984), pp. 7-25.

Gran parte de la mano de obra esclava había sido obtenida en esas guerras de conquista que habían permitido a Roma, desde su ubicación en el Lacio, controlar ese enorme territorio que rodeaba el Mediterráneo. En efecto, las campañas militares habían provisto una gran cantidad de cautivos de guerra que fueron sometidos a la esclavitud. De ellos dependía la producción agrícola y también la producción manufacturera. En síntesis, los esclavos eran la gran maquinaria que impulsaba a toda la economía romana.

¿Por qué esta compleja estructura, que durante mucho tiempo pareció ser la base de la magnificencia romana, dejó de funcionar?

Las razones fueron indudablemente múltiples y complejas. Pero lo importante es desentrañar las tendencias que venían desarrollándose tras el velo de la prosperidad.

La ***pax augusta,*** la estabilización de los límites del Imperio a fines del siglo I a.C, los pasos que dieron los emperadores para terminar con las guerras y la piratería trajeron prosperidad, pero también perjudicaron a la esclavitud como institución, ya que agotaron la principal fuente de suministros de esclavos. El número de esclavos que nacían en la casa del amo era bastante alto, pero resultaba escaso para satisfacer las necesidades de mano de obra; se debía recurrir por lo tanto a la compra, en un pequeño goteo, de esclavos en la frontera. Esto también resultaba insuficiente.

El debilitamiento de la esclavitud trajo pronto sus consecuencias. Los antiguos centros manufactureros entraron en decadencia y se registró un traslado de la producción hacia zonas periféricas donde, como en la Galia, la manufactura disponía, si no de esclavos, sí de una abundante mano de obra libre dispuesta a dedicarse al trabajo manual. De este modo, ese traslado gradual de los talleres, de las ciudades a las aldeas, confirmó el carácter esencialmente agrario del Imperio Romano sobre los elementos urbanos que habían producido sus desarrollos más significativos.

En el ámbito rural, el agotamiento progresivo de las fuentes de mano de obra esclava obligó también a los terratenientes a buscar otros trabajadores. Se recurrió entonces en forma creciente a los colonos, es decir, a labradores-arrendatarios que recibían una parcela de tierra, e incluso las herramientas, del propietario y, a cambio, pagaban con parte de la cosecha. Pero esto también parecía insuficiente. Además, la contracción de los recursos era acompañada por el constante aumento del costo de la administración imperial que debía recaudar los crecientes impuestos, poner

guarniciones en fronteras cada vez más débiles, reclutar ejércitos -incluso entre los soldados germanos-, limpiar las aguas de la piratería, mantener en orden los caminos.

En el siglo III la crisis se hizo abierta y catastrófica. La caída de la productividad agrícola se reflejó en una caída demográfica. También estallaron los conflictos sociales: sublevaciones populares y fundamentalmente campesinas, como las ***bagaudas*** —palabra de origen celta que posiblemente signifique "hombres en rebeldía"- que desde el año 284 sacudieron la Galia. Al mismo tiempo, los pueblos germanos presionaban sobre la frontera. Los ejércitos que ocupaban las provincias, prontos a rebelarse al mando de un general ambicioso, desbarataron la maquinaria de gobierno, y la guerra civil dio origen al caos.

De la crisis del siglo III el Imperio Romano salió profundamente transformado. La base del Estado ya no estuvo en el conjunto de los ciudadanos, sino en la fuerza militar. Pero además el Estado asumió rasgos cada vez más autoritarios, en manos de emperadores autócratas que, según el modelo que proporcionaban los déspotas orientales, eran revestidos con rasgos de divinidad. El brillo de la civilización y la estructura del derecho romano se encontraban en retirada ante las exigencias de su propia creación, el Estado imperial.

Pero todo esto también implicó un cambio en la sociedad. Las guerras, la inseguridad creciente y la carga de los impuestos habían llevado a muchos campesinos libres a escapar, pero sólo había un refugio: un terrateniente poderoso. Esto, junto con la difusión del sistema de colonato, fue transformando las relaciones sociales. Lazos de dependencia personal comenzaron a vincular a los productores con un señor. La tendencia se acentuó cuando el Estado, cada vez con menos recursos, empezó a transferir sus funciones a los terratenientes. Un decreto del emperador Valente (364-378), por ejemplo, los hizo responsables de la recaudación de los impuestos a que estaban obligados sus colonos. De este modo, la idea de derecho y la idea de Estado comenzaron a diluirse, el campesino debía obediencia a un señor que paulatinamente se fue transformando en un amo. Bajo este sistema, el legado del mundo romano se transmitió a tiempos posteriores.

El crecimiento del poder de los terratenientes era también un síntoma de la descomposición del Estado. Pero al debilitarse la autoridad central, también se debilitaban las defensas. Así las invasiones encontraron poca resistencia efectiva en un mundo desgarrado, con una sociedad fracturada y una economía irreparablemente debilitada.

El cristianismo

Todo ese proceso había entrado en conflicto con los ideales romanos de vida. En un Estado autocrático no había posibilidad de carrera política, anulándose definitivamente ese viejo ideal romano del individuo que se realizaba al servicio del Estado y de la comunidad. De este modo, cuando a comienzos del siglo III la ciudadanía se extendió a todos los hombres libres del Imperio, la concepción republicana del ciudadano ya estaba profundamente degradada. Pero las múltiples dificultades también habían hecho entrar en crisis al hedonismo, esa idea de que el hombre estaba en el mundo para gozarlo. De este modo, la crisis de esos ideales fuertemente realistas permite comprender el éxito que comenzaron a tener diversas religiones orientales que entraron en el Imperio poniendo su acento en el salvacionismo. Según estas creencias, los hombres no se realizaban en esta tierra sino en una trascendencia que ubicaban en el trasmundo.

Entre esa serie de religiones orientales, hubo una que alcanzó un particular éxito: el cristianismo. Originado en algunos movimientos de renovación del judaismo, en sus primeros tiempo, el cristianismo fue considerado por los romanos como una superstición cuyos practicantes se caracterizaban por su cerrada intolerancia. Fueron perseguidos entonces, repetidas veces, por la práctica de un culto no autorizado y por asociación ilícita, dos delitos ya previstos por las leyes romanas. Sin embargo, en el siglo III, el número de quienes se autodesignaban "cristianos" había crecido tanto que el Estado podía considerarlos como un peligro público.

En efecto, los ideales romanos y el cristianismo representaban dos concepciones antitéticas de la vida. Principios como "dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios" resultaban inadmisibles en un Estado autocrático donde el emperador estaba revestido de divinidad. Para los ideales romanos, la vida se realizaba sobre el mundo terreno y el más allá después de la muerte era sólo ese vago reino de sombras que Virgilio había descripto en la ***Eneida.*** Pero el cristianismo condenaba esta concepción: desde su perspectiva, vanidad era la riqueza y la gloria de la "ciudad terrestre", contrapuesta a la "ciudad celeste", la verdadera "ciudad de Dios". Y esta concepción pudo prender en la conciencia romana, quizá por el escepticismo acerca de las posibilidades que se abrían en un mundo en crisis. Dado el crecimiento del número de cristianos, que comenzaban a transformar las viejas visiones del mundo romanas, el emperador Constantino —manteniendo la idea de la necesidad de un fundamento religioso para el Estado- lo admitió (313), poniendo fin a las persecuciones. Finalmente, Teodosio (379-395) dio un paso más: declaró al cristianismo la única religión oficial del Imperio.

De este modo, al transformarse el cristianismo en religión de Estado, la Iglesia se organizó según el esquema que le proporcionaba el Imperio, con su centro en Roma y sus subdivisiones en provincias y diócesis. Pero no fue sólo esto, sino que la Iglesia asumió en alto grado una cultura romana -el latín hasta avanzado el siglo XX se mantuvo como lengua eclesiástica- que, en gran parte, llegó a nosotros a través del cristianismo. Fundamentalmente conservó la tradición ecuménica del Imperio, la idea de que debía existir un orden universal.

Los germanos

El emperador Teodosio había legado el Imperio a sus dos hijos, entonces quedó dividido en los Imperios de Oriente y Occidente (395). Pero la suerte del Imperio Romano de Occidente fue efímera. A comienzos del siglo V, tribus germánicas cruzaban la frontera del Rin e iniciaban la invasión. En poco tiempo, el territorio se vio cubierto por pueblos que buscaban dónde instalarse y reducían al poder imperial a una total impotencia. Los intentos de controlar y canalizar esta invasión fracasaron rotundamente: el Imperio de Occidente no era más que una sombra. En 476, fue depuesto el emperador Rómulo Augústulo y ya nadie pensó en designarle un sucesor.

Los invasores incorporaron al Imperio el legado germánico. Estos pueblos, que habían estado ubicados en las fronteras del Imperio, en la región central de Europa desde el Báltico hasta el Mar Negro, hablaban distintos dialectos de una lengua de origen indoeuropeo, y aunque no formaban un Estado unificado -por el contrario, se agrupaban en poblaciones independientes que con frecuencia luchaban entre sí-, poseían una organización socioeconómica y una cultura semejantes.

Los germanos eran agricultores organizados en aldeas o comunidades campesinas, que reconocían vínculos de parentesco o, por lo menos, un mítico tronco común. La tierra era de la comunidad y todos los años los jefes de aldea decidían la parte del suelo que iba a ser cultivada y la distribuían entre los clanes y familias que cultivaban de manera colectiva. En tiempos de paz no había jefaturas sobre todo un pueblo; sólo en épocas de guerra se elegía a un jefe militar. Sin embargo, los germanos mantenían una peculiar concepción de la guerra, que era considerada como una actividad estacional. Durante aquellos meses en que la agricultura no exigía demasiados brazos, hacían la guerra, saqueaban y obtenían el botín que repartían entre los guerreros. Esto lleva entonces a destacar, dentro de la sociedad germánica, la importancia del varón adulto, a la vez campesino y guerrero, hombre libre que participaba en la asamblea de guerreros, órgano supremo para decidir los asuntos de la comunidad.

Pero también la concepción de vida germánica se encontraba estrechamente vinculada a la guerra. Su ideal de vida, como lo demuestra su mitología, era el ideal heroico en el que el hombre se realizaba mediante una hazaña. El respeto se ganaba siendo un buen guerrero y los actos heroicos eran los que daban la fama. No había bien más legítimamente ganado que el botín de guerra, ni mejor muerte que la obtenida en el campo de batalla.

Hacia el siglo V, cuando los germanos invadieron el Imperio, ya habían sufrido importantes transformaciones, que se dieron precisamente por los contactos que habían tenido con los romanos. En efecto, uno de los objetivos de la guerra era obtener esclavos que se vendían en la frontera del Imperio Romano. La guerra se transformó entonces en un negocio lucrativo y comenzó a generar diferencias. Hubo quienes abandonaron la agricultura dedicándose exclusivamente a la guerra y surgieron linajes más ricos y poderosos. Estos guerreros profesionales comenzaron a rodearse de pequeños ejércitos privados, su séquito armado, que será un elemento importante para comprender la organización de la sociedad feudal.

La lenta fusión de los legados (siglo VI-VIII)

Sobre la base de estos tres legados, a partir del siglo V, cuando quedaron constituidos los llamados reinos romano-germánicos, comenzó un lentísimo proceso de fusión.

Dentro de esos nuevos reinos, mientras se profundizaban los rasgos de la crisis del Imperio con la decadencia urbana y mercantil, se evolucionaba hacia una economía predominantemente rural. En esa economía agraria, sobre la base de la sociedad romana —los campesinos dependientes de un terrateniente-, los germanos incorporaron un gran número de hombres libres. Sin embargo, en una situación de gran inestabilidad, sin un Estado organizado, no había quién defendiera a los más débiles de la inseguridad y de las presiones de los poderosos. La búsqueda de protección significaba someter la persona, pagar contribuciones o incluso entregar la parcela que se tiene en propiedad a un señor, para recibirla en usufructo y pagarla con parte de la cosecha. En síntesis, la línea de homologación que comenzó a darse fue la de situación de dependencia.[2]

Las aristocracias terratenientes se conformaron por la confluencia de

[2] Véase Duby, G. (1985), pp. 39-60.

los terratenientes romanos y los guerreros germanos que ocuparon tierras. Entre ellos, sobre todo al principio, no hubo una política de exterminio sino de convivencia, que se acentuó después de la conversión de los germanos al cristianismo. En la conformación de estas aristocracias, las monarquías cumplieron un papel importante. Cuando los reyes organizaron la administración de sus territorios enviaron a los miembros de su séquito a gobernar o controlar algunas regiones del reino (condados o marcas) consolidando una nueva nobleza. Pero esto también fue una inagotable fuente de conflictos ya que muchos no consideraron tener un poder delegado del rey, sino que trataron a esas regiones como propias.

El problema radicaba en la inexistencia de normas que regularan el poder, que permitía que cada uno se impusiera al otro según su fuerza relativa. Pero también el problema estaba en la persistencia de esa concepción heroica de la vida que consideraba al botín de guerra, a las tierras obtenidas en batalla, los bienes más legítimamente ganados: el hombre mostraba su superioridad en la hazaña. Fue una concepción de vida de larga permanencia y que aún perduraba en el ***Poema de Mío Cid,*** cantar de gesta compuesto a mediados del siglo **XII.** En efecto, el rey había despojado de su patrimonio al Cid, que debía entonces ir a tierra de moros, a luchar para hacerse de un nuevo patrimonio. Pero esto no era todo, fundamentalmente debía realizar una hazaña, para demostrar que era un héroe.

Ante la violencia que reiteraba los conflictos, la Iglesia emergió como un elemento de moderación, imponiendo ciertas normas de convivencia. Los monarcas encontraron en la Iglesia una tradición en la que apoyarse -la tradición bíblica de la realeza- que podía combinarse con la tradición del Estado romano. De allí la búsqueda de que fuese la Iglesia, a través de los obispos o del papa, la responsable de coronar a los reyes y al emperador para reafirmar la idea de que el poder venía de Dios. Pero frente a una monarquía que se apoyaba en los legados romano y cristiano, la nobleza afirmaba las tradiciones del legado germano: la asamblea de guerreros como órgano supremo. Ésta debía elegir al jefe (en este caso al monarca) entre uno de ellos; el rey sólo era el ***primus ínter pares,*** el primero entre sus iguales, y por lo tanto debía acatar las decisiones de la asamblea. Y el conflicto entre ambas tradiciones hubo de marcar un largo período.

2. La sociedad feudal

En el año 771, Carlos -conocido posteriormente como Carlomagno- había sido consagrado rey de los francos. Pronto emprendió una serie de campañas militares que le permitieron extender considerablemente sus dominios. Después de la conquista de Italia, se proclamó Emperador de Roma, en una ceremonia en la que el papa le impuso la corona imperial (800). De este modo, con apoyo de la Iglesia, Carlomagno se proponía restaurar el Imperio, reconstituir el orden ecuménico. Sin embargo, a pesar de la vasta tarea organizativa, este Imperio tuvo corta vida. A la muerte de Carlomagno lo sucedió su hijo Ludovico, pero fue entre sus nietos que se desencadenó una larga lucha por el poder cuyo resultado fue la división del Imperio (Tratado de Verdún, 843).

A partir de la disgregación del Imperio carolingio, las guerras civiles y la oleada de invasiones del siglo **IX** (musulmanes, eslavos y magiares, y normandos) crearon graves condiciones de inseguridad que debilitaron las monarquías y aumentaron el poder de la nobleza. En efecto, primero los príncipes, luego los condes, por último los señores locales se autonomizaron respecto del poder central: se apropiaron de las prerrogativas que les habían sido delegadas, les otorgaron carácter hereditario y las incorporaron a dinastías que quedaron confirmadas de hecho. Esta fragmentación llevó a que los marcos territoriales fueran cada vez más reducidos, ajustados a las posibilidades de ejercer una autoridad efectiva. Pero esta fragmentación, fundamentalmente, implicaba una adaptación de la organización política a las estructuras de la vida económica. De este modo, se afianzaron las condiciones que permitieron el establecimiento de relaciones feudales que alcanzaron su punto de madurez en el siglo **XI.**

El feudalismo no se dio en forma totalmente semejante en toda Europa. La parte central del feudalismo europeo -donde se dio en su forma más clásica- se puede encontrar en aquellas regiones donde hubo una síntesis equilibrada de elementos romanos y elementos germánicos, especialmente en el norte de Francia y algunas de sus zonas limítrofes. Al sur, sobre todo en la Provenza y en Italia, hubo un predominio del legado romano. Allí, por ejemplo, la vida urbana nunca declinó completamente y se mantuvieron normas del derecho romano. En el este y en el norte (Inglaterra, Alemania, Escandinavia), donde los elementos romanos habían echado raíces muy débiles, hubo un predominio del legado germánico: se puede señalar, por ejemplo, la permanencia de agricultores libres organizados en aldeas. Incluso, en Alemania, el feudalismo se consolidó sólo en el siglo **XII.** De un modo u otro, a pesar de diferencias de matices o de desfasajes cronológicos, es indudable que el feudalismo apareció en Europa como la organización social predominante.

Señores y campesinos

¿Qué es el feudalismo? Es la organización de la sociedad basada en dos grupos sociales fundamentales: señores y campesinos.

Los campesinos eran los productores directos. A ellos pertenecían los medios de producción (arados, hoces y animales de tiro) con los que trabajaban la tierra a partir de la mano de obra familiar. El objetivo principal de esta economía campesina era la subsistencia. Sin embargo, tenían que producir un volumen superior al requerido ya que también tenían que proveer el sustento de la nobleza, el clero y otros sectores que no trabajaban directamente la tierra, pasando el excedente a esos otros grupos sociales directamente o a través del mercado. Aunque también hubo asentamientos dispersos, una característica de la vida campesina, en la mayor parte de Europa, era la asociación de familias en comunidades mayores, villas o aldeas, remontándose a siglos las bases de esa convivencia.

Dentro de la comunidad campesina se desarrollaron formas de cooperación práctica que, según Rodney Hilton, formaron la base de una identidad común. Esta cooperación práctica era exigida por el mismo sistema agrícola. En los campos abiertos que rodeaban las villas de tipo nuclear se entremezclaban las fajas de terreno de las distintas explotaciones familiares y allí se trabajaba sin distinción alguna entre las tierras de uno u otro campesino. Además, para evitar el desgaste del suelo, sobre todo en la zona norte de Europa, se aplicó el sistema de rotación trienal, donde las parcelas se agrupaban en tres sectores: mientras uno se cultivaba con cereales -base de la alimentación- los otros se dejaban en barbecho. Más allá de los campos de labranza, se extendían los bosques y baldíos, que podían ser utilizados por la comunidad aldeana para la recolección y para la pastura de su ganado.[3]

Dentro de la aldea se desarrollaban también otras actividades. En estas economías de autoabastecimiento, el hilado y el telar eran una ocupación accesoria corriente entre las mujeres campesinas. Pero además había artesanos más especializados en trabajar la madera, el cuero y los metales. Si bien la mayoría de los campesinos eran capaces de reparar e incluso fabricar sus herramientas, en algunos casos se requería el concurso de especialistas. El más importante era el herrero, que fabricaba las piezas para arados y carretas, herraba caballos y bueyes, forjaba hoces, guadañas y cuchillos, y proporcionaba los ganchos y clavos para las construcciones. Como señala Hilton, la forja del herrero era uno de los centros de la vida rural y los misterios de su oficio le otorgaban un prestigio casi mágico.

[3] Véase Hilton, Rodney (1984), pp. 7-78.

La comunidad campesina no era una comunidad de iguales. La estratificación surgía de la polarización de fortunas entre un aldeano más pobre y otro más rico, entre quien sólo contaba con sus manos y rústicos instrumentos para trabajar la tierra y quien contaba con una o dos yunta de bueyes, o entre quienes tenían una parcela más extensa y los minifundistas que debían completar su sustento trabajando en la tierra de los más ricos. Sin embargo, nadie dudaba de que pertenecían a un mismo grupo social. Las barreras sociales que los separaban de los señores resultaban infranqueables y habían sido construidas para tal fin: evitar el ascenso social aun en los niveles inferiores de la aristocracia.

Otro de los grupos que formaban parte de las comunidades rurales era el de los asalariados carentes de tierra. Eran una pequeña minoría -su carácter mayoritario hubiera puesto fin al campesinado, caracterizado por la explotación de tipo familiar-, pero constituían un elemento importante. Una parte significativa de ellos estaba formada por quienes estaban ocupados en el dominio o reserva señorial como aradores, carreteros, boyeros o pastores. Muchos de los que trabajaban directamente las tierras del señor vivían en barracas, trabajaban a cambio de la comida y su situación era próxima a la de la esclavitud.

La situación de los campesinos variaba mucho: desde la de campesino libre hasta la de siervo, pasando por distintos tipos de condición semiservil. Sin embargo, a partir del siglo IX, en toda Europa hubo una tendencia a absorber al campesinado libre sometiéndolo al poder señorial, generalizando los lazos de servidumbre. Esto implicaba para los campesinos una serie de obligaciones a cambio, teóricamente, de la protección que brindaba el señor. La principal obligación y la más pesada era el pago del censo, una parte importante de la cosecha que podía variar según las regiones y la codicia señorial. Además, los campesinos debían realizar prestaciones personales en las tierras del señor, algunos días de la semana o en algunas épocas del año, cuando la cosecha o la vendimia exigían más mano de obra. A esto se sumaba el pago de distintos derechos que tenían que ser pagados con moneda o con la mejor res, por ejemplo, el de contraer matrimonio o aun el de "heredar la condición servil".

Una pregunta queda en pie: ¿de dónde provenía el poder que los señores ejercían sobre los campesinos? Los señores fundaban sus derechos, en parte, en el dominio sobre tierras que habían obtenido por derecho de conquista o por otorgamiento del rey. Pero fundamentalmente se consideraba que esos derechos se basaban en la protección que, mediante las armas, los señores ofrecían a los campesinos, principio que -como veremos- fue sistematizado por la Iglesia en un modelo de orden ecuménico.

Otros factores también concurrieron para afirmar el dominio señorial y derivaron del proceso de fragmentación del poder real. En rigor, la administración de la justicia constituía la característica esencial de la monarquía: el poder del rey se expresaba en su capacidad para otorgar justicia, en función de la interpretación de los textos sagrados o de la costumbre, es decir, el derecho consuetudinario. Por lo tanto, cuando se fragmentó el poder monárquico, lo que se fragmentó fue precisamente esa capacidad para administrar la justicia. Y ese poder que pasó a los señores bajo la forma del derecho ***de ban.***[4]

La costumbre establecía que el derecho de ban se ejercía sobre un territorio que se podía recorrer en una jornada de cabalgata: allí el ejercicio de la justicia adquiría la forma del cobro de multas y peajes e incluso de saqueos sistemáticos sobre las posesiones de los campesinos. Para poder ejercer este derecho, los señores del ban tuvieron que recurrir a numerosos auxiliares, los ministeriales, que participaban de los beneficios y que por lo tanto fueron los agentes más activos de este derecho. Sin embargo, había un límite para a las exacciones: el límite estaba fijado por la costumbre y la memoria colectiva. Si los señores intentaban sobrepasar ese límite podían surgir las formas de solidaridad campesina y fundamentalmente las formas de resistencia que, como ocurrió en el siglo **XIV,** podían desembocar en abiertas rebeliones contra el poder señorial.

La nobleza terrateniente también era una clase profundamente estratificada. Los miembros de los niveles superiores de esa jerarquía nobiliaria, relacionados por vínculos familiares y que controlaban grandes extensiones de tierra, dominaban toda la sociedad incluido el resto de la nobleza. Por debajo de esa pequeña minoría, se encontraban tanto familias nobles que contaban con cuantiosas riquezas y capacidad de influencia como pequeños terratenientes cuyos recursos no superaban a los de los campesinos más ricos. Pero esa jerarquía nobiliaria no mostraba una moderada graduación: las distancias entre los escasos nobles realmente poderosos y la masa de notables locales era muy grande. Sin embargo, esta distancia procedía de la disparidad de riquezas y de poder, pero no una disociación en diferentes rangos nobiliarios. Todos ellos pertenecían a la clase señorial y la distancia que los separaba de los otros grupos sociales era abismal.

[4] **El término** *ban* **deriva del gótico** *bandwó* **que significa signo o bandera, de ahí se desprenden dos acepciones que tienen cierta relación con el nombre de este derecho: 1. grupo de gente armada y 2. parcialidad o número de gente que favorece y sigue el partido de alguno. La traducción de este término en español es** *banda {Diccionario de la Real Academia,* **1992).**

Monarquías y nobleza feudal

Otra de las características de esa jerarquía nobiliaria era el hecho de que sus miembros estaban ligados verticalmente por lazos de fidelidad y dependencia. En efecto, la fragmentación del poder era una situación de hecho que los reyes reconocieron y formalizaron mediante relaciones de vasallaje, es decir, por vínculos voluntarios directos de persona a persona. A través de este sistema, el monarca entregaba un feudo, normalmente en forma de dominio territorial, a un señor a cambio de un juramento de fidelidad, juramento que transformaba al beneficiario en vasallo del rey. Pero el procedimiento podía repetirse: los grandes vasallos del rey podían entregar feudos a cambio de juramentos de fidelidad a otros señores, teniendo así a sus propios vasallos, y así sucesivamente. De este modo, se conformaba una sociedad jerarquizada, en cuya cúspide estaba el rey, pero cuyo poder efectivo quedaba reducido al que podía ejercer sobre esos vasallos directos que le debían fidelidad.

Los vasallos tenían a su vez obligaciones con su señor. Las principales eran dos: consejo y ayuda. Para prestar "consejo", los vasallos debían acudir cuando el señor los convocaba para dar su opinión sobre temas que iban desde la administración del señorío hasta cuestiones de paz y de guerra. Esas reuniones indudablemente recreaban la asamblea de guerreros de la tradición germánica y resultaban la ocasión propicia para que el señor homenajeara a sus vasallos con torneos y banquetes. De este modo, la importancia efectiva de estas reuniones radicaba en constituir una verdadera demostración de la influencia, de la riqueza y del poder señorial.

La segunda obligación era más pesada. Podía incluir distintos tipos de "ayuda", pero fundamentalmente implicaba el auxilio militar: el vasallo debía participar con su señor en la guerra. Para ello, debían mantener un número, a veces muy elevado, de caballeros y escuderos que vivían en el castillo con el señor y que constituían su hueste. En castellano antiguo, esta hueste se denominaba "criazón", porque los jóvenes destinados a la caballería se criaban junto con el señor y junto a él aprendían el oficio de las armas. Estos caballeros también estaban ligados al señor por un juramento de fidelidad y debían acompañarlo en sus empresas de guerra: los enemigos de su señor eran sus enemigos.

De este modo, el ejército feudal estaba formado por los aportes de las huestes señoriales, según vínculos de fidelidad establecidos por juramento. Si el rey quería hacer la guerra, dependía básicamente de la fidelidad de sus vasallos. Es cierto que el rey tenía la posibilidad de quitar las tierras y desterrar del reino a los que no cumplían con su juramento. Así, por ejemplo,

a fines del siglo **XI,** el rey Alfonso VI de Castilla proclamó contra el Cid la "ira regia", y lo expulsó del reino después de retirarle el señorío de Vivar. Pero esto sucedió en España, cuyas fronteras lindaban con tierras ocupadas por los musulmanes. En este caso, los reyes conservaron más poder por ser los jefes directos de los ejércitos y por poseer -cuando la suerte de las armas los favorecía— más tierras para repartir entre sus vasallos.

En cambio, en otras regiones de Europa (sobre todo en las actuales Francia y Alemania), los reyes fueron perdiendo cada vez más un poder político y militar que quedó en manos de la clase feudal. A partir del siglo **XI,** en una amplia zona de Europa los señores dejaron de reconocer a los reyes su derecho a retirarle las tierras que, de este modo, se transformaron en propiedad de las grandes familias señoriales. Fue entonces cuando se consolidó el poder de la nobleza feudal que, además del poder militar, detentaba de manera inalienable el poder económico a través de la tierra. Al mismo tiempo comenzó a desarrollarse un nuevo concepto de la libertad: si anteriormente se consideraba que todos los hombres libres debían estar sometidos a la autoridad real, a partir de la consolidación del feudalismo, la libertad fue concebida como un privilegio -el de escapar a las obligaciones deshonrosas y especialmente a las fiscales- que sustrajo enteramente al clero y a la nobleza de las presiones del poder.

Propiedad y familia señorial

La Iglesia también participaba del poder feudal. En efecto, durante mucho tiempo reyes y señores le habían entregado tierras en calidad de donaciones con el objetivo de salvar sus almas. De este modo, los altos dignatarios eclesiásticos, como los obispos o los abades de los monasterios, poseían señoríos eclesiásticos que incluso, en algunos casos, gozaban de inmunidades, es decir, estaban exentos de la administración de la justicia real. En síntesis, estos grandes dignatarios formaban parte de la nobleza feudal. Esto no quiere decir que todo el clero formara parte de la clase señorial. Dentro del señorío podía haber clérigos que prestaban sus servicios profesionales análogos a los del molinero o del encargado del horno. Dentro de la aldea podía haber algún sacerdote que a cambio de sus servicios recibiera una parcela para cultivar con su familia. Este sector del clero estaba mucho más cerca de los campesinos que de los señores, pero es indudable que la Iglesia como institución y sus altos dignatarios integraban el poder feudal.

Los señores laicos y los señores eclesiásticos además de formar parte de la misma clase social también estaban relacionados por estrechos vínculos de parentesco. Según la tradición germana, a la muerte del padre la tierra se dividía entre todos sus hijos. Pero en la sociedad feudal, para evitar una excesiva fragmentación se instauró el mayorazgo, por el que heredaba únicamente el hijo mayor. De este modo, los hijos segundones entraban al servicio de la Iglesia donde, dado su origen social, pronto alcanzaban altas posiciones. También las hijas solteras menores de las familias señoriales debían entrar en la Iglesia: ingresaban a algún convento en el que, por su carácter de nobles y por la dote que aportaban, ocupaban cargos importantes. Sin embargo, estas jóvenes profesaban -es decir, hacían sus votos perpetuos- a edad consideradas avanzadas en la época, previendo que, ante la muerte de sus hermanas mayores, tuvieran que casarse para perpetuar los linajes.

Los varones tercerones o que se negaban a entrar en la Iglesia podían quedar en el castillo formando parte de la hueste de su hermano mayor. Pero los que se negaban a esta suerte generalmente partían en aventura con el objetivo de hacerse un nuevo patrimonio. Podían hacerse mercenarios bajo el mando de algún caudillo o simplemente deambular por el mundo en busca de una fortuna, que podía concretarse en el matrimonio con alguna rica heredera. La literatura recogió las aventuras y los amores de esta ***juventus,*** que cantaron los trovadores provenzales del siglo **XII** y, posteriormente, las novelas de caballería. En cierto sentido —como veremos más adelante- estos jóvenes fueron parte del "motor" que impulsó la expansión europea. A ellos los encontraremos, a partir del siglo **XI,** engrosando los contingentes de las Cruzadas que partían hacia Tierra Santa e incluso, a partir del siglo **XVI,** participando de la conquista de América.

La Iglesia y el orden ecuménico

Un rasgo de la sociedad feudal fue el alto nivel de sus conflictos. En primer lugar, éstos se dieron entre la Iglesia y los poderes seculares. Como muchos obispados eran también feudos tenían una doble dependencia: por un lado, en tanto sedes eclesiásticas, dependían del papado, y por otro, en tanto feudos dependían de un rey o del Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico a quien debían vasallaje.

Esta situación, desde fines del siglo **XI,** se constituyó en la fuente de un prolongado conflicto conocido como la Querella de las Investiduras. Pero también, entre los señores, el ejercicio del derecho de ban, el establecimiento de los límites entre los distintos dominios y la permanencia de una mentalidad heroica que consideraba al botín como el bien más legítimamente ganado se encontraban en las bases de interminables combates. La guerra

era considerada una actividad normal de las clases señoriales. Y los saqueos y depredaciones afectaban sobre todo a la economía campesina, imponiendo una economía que se basaba en el pillaje.

Sin embargo, desde las últimas etapas de la feudalización, la Iglesia intervino como factor de moderación, imponiendo lo que se conoció como la Paz de Dios. El fenómeno comenzó al sur de la Galia, pero a lo largo del siglo XI se extendió por toda Europa occidental. Como señala George Duby, los principios de la Paz de Dios eran muy simples: Dios había delegado en los reyes la misión de la paz y la justicia, pero como éstos eran incapaces de cumplirla, Dios había reasumido estos poderes y los había entregado a sus servidores los obispos, auxiliados por los señores locales.[5]

Para ejecutar este principio, los obispos reunían a los grandes nobles en Concilios donde se impusieron ciertas normas sobre la guerra y se estableció que quien las violara caería en la excomunión. Esas reglas fueron muy sencillas: no se podía combatir ciertos días de la semana, en fiestas religiosas o en los días de mercado; no se podía luchar en ciertos lugares como en los atrios de las iglesias o en los cruces de los caminos; no se podía atacar a los sectores considerados más vulnérales como los clérigos y los pobres. Es cierto que la eficacia de la Paz de Dios fue relativa y que Europa no dejó de estar libre de tumultos señoriales. Sin embargo, al imponerse algunas normas se pudieron registrar ciertos cambios en los comportamientos.

Sin duda tuvo influencia en las estructuras más profundas de la vida económica: al evitar que se impusiera una economía basada en el pillaje, favoreció la consolidación del feudalismo. Pero fundamentalmente, la Paz de Dios creó una nueva moral acerca de la guerra, una nueva moral que desvió los poderes de agresión que contenía la sociedad feudal fuera de los límites de la cristiandad. Si contra los cristianos no se podía luchar, contra los "infieles", contra los enemigos de Dios no sólo era lícito sino deseable combatirlos. En síntesis, de la Paz de Dios derivó el "espíritu de cruzada" de esos señores que se dirigieron a Tierra Santa en defensa de la religión. Pero hay algo más: al bendecir a los cruzados y sus espadas, la Iglesia legitimó la función guerrera de la nobleza feudal, transformándola en el brazo armado de la cristiandad.

Esta moral desembocó en una peculiar imagen de la sociedad que contribuyó a la consolidación de sus estructuras. En efecto, hacia el año 1000 llegó a su madurez el modelo de los tres órdenes, teoría lentamente elaborada entre los intelectuales eclesiásticos. Esta teoría, que incluía sin dificultad las relaciones de subordinación y dependencia, presentaba las

5 Véase Duby, G. (1985), pp. 199-342.

desigualdades sociales formando parte de un plan divino. Según su formulación, desde la creación Dios había otorgado a los hombres tareas específicas que determinaban una particular y jerarquizada organización de la sociedad. En la cúspide se colocaba el primer orden, el de los ***oratores,*** el clero que tenía la misión de orar por la salvación de todos; en segundo lugar, estaban los ***bellatores*** (del latín, ***bella*** = guerra), es decir, la nobleza guerrera que combatía para defender al resto de sociedad; por último, los ***laboratores,*** es decir, los campesinos que debían trabajar la tierra para mantener con su trabajo a la gente de oración y a la gente de guerra.

Este esquema se impuso muy rápidamente en la conciencia colectiva sosteniendo un profundo consenso acerca de cómo debía funcionar el cuerpo social: presentaba una visión organicista de la sociedad percibida como un todo armónico, en el que cada una de sus partes desempeñaba una función designada por Dios. De este modo, este modelo de sociedad, que se consideraba ecuménico, se impuso con la misma fuerza de la naturaleza: era un orden sagrado y, por lo tanto, inmutable. Permitía fundamentalmente legitimar la explotación señorial considerada el precio de la seguridad que los señores ofrecían.

3. Las transformaciones de la sociedad feudal

El proceso de expansión

Hacia el siglo XI comenzó a registrarse una serie de síntomas: las fuentes señalan que las iglesias eran más grandes y lujosas, que había más animación en los caminos, que los mercados eran más activos. Eran signos de una expansión económica e incluso demográfica, expansión estrechamente vinculada con la consolidación del feudalismo y con un mayor desarrollo de las fuerzas productivas.

La expansión demográfica y agrícola

El aumento de la productividad se vinculó con la introducción de una serie de perfeccionamientos técnicos. El proceso no fue simple ni lineal. Es cierto que aún influía una mentalidad que consideraba que el trabajo no era cuestión de señores. Pero también es cierto que la revalorización del trabajo que hizo la Iglesia —a través de las órdenes religiosas, como la de San Benito de Nursia que consideraba que "labrar es orar"- junto con la necesidad de aumentar el excedente permitieron introducir nuevas técnicas: los

molinos hidráulicos, que exigieron obras de desagüe o endicamiento; el empleo de arados de hierro, el uso de la tracción animal con un collar de estructura rígida que permitía un aprovechamiento intensivo de la fuerza de los animales; el herrado y un paulatino reemplazo de los bueyes por los caballos. Algunos señores fueron activos difusores de estas técnicas. Los condes de Flandes, por ejemplo, en los Países Bajos alentaron y sostuvieron la construcción de diques para ganar tierras al mar y contener los ríos. Más tarde, los príncipes alemanes llamaron a estos técnicos flamencos para desecar las márgenes del Elba inferior.

El aumento de la producción agrícola permitía alimentar a más gente. De allí que pronto se reflejara en un aumento de la población. Pero esta expansión demográfica también creó problemas. La ocupación humana se hizo excesivamente densa en las zonas más antiguamente pobladas del área romanogermánica y las tierras se volvieron escasas: era necesario incorporar nuevas tierras a la actividad productiva. A partir de las últimas décadas del siglo XI se comenzó entonces llevar a cabo un amplio movimiento de roturación, es decir, crear campos de cultivo a expensas de las extensiones incultas. Esto fue posible por el empuje demográfico, pero también por los perfeccionamientos técnicos que permitieron desecar pantanos, endicar ríos y, con la aparición de la sierra hidráulica, atacar bosque de maderas duras.

Los primeros movimientos de roturación fueron de iniciativa campesina. Los campesinos ampliaron el claro aldeano, ganando las tierras incultas que rodeaban a la aldea. Estas nuevas tierras se dedicaban en los primeros tiempos a las pasturas -lo que benefició la cría de animales de tiro y mejoró el equipo de arar- y luego al cultivo de cereales, lo que aumentó la producción de alimentos. Pero además de esta ampliación del claro aldeano, los campesinos iniciaron movimientos más audaces como la creación de nuevos núcleos de poblamiento. El motor de este movimiento fueron los más pobres, los hijos de familias campesinas demasiado numerosas que no podían hallar alimento en las tierras familiares. Esto implicaba trasladarse al corazón de los espacios incultos, en los que nadie o muy pocos habían penetrado anteriormente, para atacarlos desde su interior: allí los campesinos, roturando y desecando tierras, creaban nuevos núcleos de poblamiento y nuevos espacios para el cultivo.

Pero los señores más sensibles al espíritu de lucro también advirtieron las ventajas del procedimiento. De este modo, las roturaciones se transformaron en una empresa señorial, en un movimiento que cubrió el siglo XII. Esto consistió muchas veces en la apertura de nuevas tierras, muchas veces muy distantes del núcleo originario, generalmente, en las zonas fronterizas. Uno de los casos más notables lo constituyó el de los señores alemanes que

conquistaron las tierras de los eslavos. Estos señores impulsaron una vigorosa colonización en los territorios ubicados en las márgenes derechas de los ríos Elba y Saale, que fueron ocupados por campesinos de Sajonia y de Turingia y que permitió un avance posterior de la colonización que en el siglo XIII alcanzó hasta Lituania y el golfo de Finlandia.

Este tipo de colonización implicaba el trasvasamiento de poblaciones a distancias muy largas y adquirió la forma de una verdadera empresa en la que el señor debía adelantar fondos para instalar colonos, roturar, desecar pantanos, talar bosques. Además, para alentar a los campesinos a trasladarse se les prometían ciertas ventajas: por acuerdos orales o escriros, los pobladores de estas ***villasnuevas*** quedaban liberados de algunas cargas. Dada la magnitud de la empresa, los señores debieron incluso contratar a ***locutores,*** verdaderos agentes de colonización, encargados de dar a conocer a los campesinos las condiciones de la empresa, de trasladarlos y de distribuir las tierras. De este modo, el primitivo núcleo europeo comenzaba a expandir sus fronteras.

La expansión hacia la periferia

La expansión hacia la periferia se encontraba estrechamente vinculada con la oleada de invasiones que desde el siglo VIII en el caso de los musulmanes, en el Mediterráneo, y desde el siglo IX en el caso de los normandos, en el norte, y de magiares y eslavos, en el este, habían asolado a Europa. Como ya señalamos, estas invasiones habían demostrado la impotencia de los poderes centrales frente a las amenazas sobre sus extensas fronteras y consolidó el poder de los señores a quienes correspondió la protección de sus tierras. Pero estas invasiones también atrajeron la atención hacia las ni [illegible]evas zonas de las que provenía el ataque y hacia las que se dirigió, más tarde, [illegible]un energica contraofensiva.

En efecto, en la defensa primero, y en el ataque después, el prim[illegible] núcleo europeo estableció contactos con regiones con las que hasta [illegible] ees había tenido muy escasa comunicación. Es cierto que, en u[illegible] momento, los invasores habían producido un fuerte retroceso i[illegible] las costas del Mediterráneo, del mar del Norte y del Báltico y i[illegible] del Elba y del Danubio. Pero a mediados del siglo X, la co[illegible] los agresores disminuyó, mientras aumentaba la capacidad [illegible] señores: de este modo, en el siglo XI comenzó una enérgic[illegible] La Paz de Dios además había confirmado a la nobleza ep[illegible] fensora de la cristiandad: era necesario combatir a los [illegible] migos de Dios.

Donde primero se manifestó la capacidad contraofensiva fue sobre las fronteras del Elba y del Danubio donde se movían eslavos y magiares, contraofensiva que permitió una expansión hacia el este, en donde los señores alemanes iniciaron el proceso de colonización agrícola al que ya nos referimos. El movimiento de expansión hacia el norte adquirió características diferentes. Durante los siglos IX y X, los normandos habían lanzado una serie de ataques desde las costas del Báltico y del Mar del Norte y habían hecho pie en el continente: en el año 911, el rey de Francia, Carlos el Simple, debe cederles un territorio, la Normandía, donde se estableció un señorío normando. En Italia, a lo largo del siglo XI, los señores de Lombardía habían llamado a grupos normandos para luchar contra los musulmanes y a cambio de estos servicios habían entregado tierras a los principales jefes de estas bandas. En síntesis, aparecieron enclaves normandos que se convirtieron en puntos de contacto con el área del Báltico y del Mar del Norte. Además, la conversión del mundo nórdico al cristianismo permitió que la organización eclesiástica se transformara en una importante vía de conexión. De este modo se establecieron con zonas periféricas lazos económicos, políticos y culturales que transformaron al primitivo núcleo europeo en el centro de un ámbito mucho más vasto.

Pero también la expansión a la periferia se dirigió hacia el área del Mediterráneo oriental a través de una enérgica ofensiva de los señores —en su calidad de defensores de la fe— contra los musulmanes de Levante. La noticia de la caída de Jerusalén en manos de los "infieles" movió, desde el siglo XI y con el objetivo de rescatar el Santo Sepulcro, a organizar esas empresas militares que se conocen como las Cruzadas. Como resultado de la primera Cruzada (1095) -a la que marcharon señores franceses, alemanes, flamencos y los normandos del sur de Italia- se establecieron algunos señoríos cristianos en Antioquía, Trípoli y Jerusalén. Esos señoríos tuvieron una existencia efímera pero ejercieron una influencia fundamental, no sólo en la región donde estaban enclavados, sino en toda el área del Mediterráneo, al intensificar las comunicaciones, sobre todo cuando esos enclaves cristianos se transformaron en importantes emporios marítimos.

La expansión mercantil y urbana

El movimiento de las Cruzadas quedó estrechamente vinculado a una intensa corriente mercantil. En efecto, la "defensa de la fe" y las actividades comerciales muy pronto quedaron confundidas. Raymond D'Agiles, capellán del Conde de Toulouse, era explícito al respecto:

> No debo omitir hablar de aquellos que, llenos de celo por nuestra muy santa expedición, no temían navegar a través de los vastos y desconocidos espacios del mar Mediterráneo y del Océano. Los ingleses, informados de la empresa que tenía por objeto vengar a Nuestro Señor Jesucristo de aquellos que se habían apoderado indignamente de la tierra natal del Señor y de sus apóstoles, entraron en el mar de Inglaterra, hicieron la vuelta de España después de haber atravesado el Océano, y surcando enseguida el mar Mediterráneo llegaron después de grandes esfuerzos al puerto de Antioquía. Los navios de esos ingleses nos fueron entonces infinitamente útiles. Gracias a ellos tuvimos los medios para llevar a cabo las operaciones de sitio y para comerciar con la isla de Chipre y otras islas (Raymond D'Agiles, *Historia Francorum qui ceperunt Hierusalem).*

A esos enclaves cristianos transformados en emporios marítimos llegaron pisanos, venecianos, genoveses, ingleses y normandos que abrieron una importante corriente mercantil y muy rápidamente la posibilidad de importar mercaderías de Oriente quedó en manos de navegantes y mercaderes cristianos. Este comercio marítimo se complementaba con el comercio por tierra que benefició sobre todo a las ciudades-puertos del Mediterráneo como Genova, Venecia, Marsella, Barcelona. Estas ciudades se tranformaron en importantes centros mercantiles donde se concentraban los productos orientales de lujo: especias, tinturas, orfebrería y, sobre todo, telas de fabricación oriental, los damascos provenientes de Damasco, las gasas de Gaza y las muselinas de Mousul.

También en el norte se estableció una fuerte corriente comercial, sobre todo en las ciudades alemanas que, a través de los pasos alpinos, se conectaban con Venecia y otras ciudades italianas. Aparecieron así importantes núcleos como Colonia, Brujas, Hamburgo, Lübeck que controlaban el comercio de telas, pieles, sal y maderas duras que se extendía por el Báltico, el Mar del Norte y el Atlántico. Incluso estas ciudades formalizaron sus relaciones para proteger la navegación, unificar los esfuerzos y llegar a acuerdos comerciales. Así surgió esa liga de ciudades conocida como la Liga Hanseática o Hansa Germánica.

De este modo, la expansión a la periferia permitió el surgimiento de dos grandes áreas comerciales marítimas, el Mediterráneo y el área del Báltico-Mar del Norte, que a su vez se comunicaron entre sí por vías fluviales y terrestres dando origen a una vasta red mercantil. Esta red tenía como uno de sus principales centros la zona de Champagne, en Francia, en donde se desarrollaban ferias anuales que pronto se transformaron en el principal centro del comercio internacional.

Al calor de las actividades mercantiles crecieron las ciudades: se repo-

blaron los antiguos centros urbanos, pero también surgieron nuevos. Esto fue posible además por otros factores: por el crecimiento demográfico que caracterizó al largo período que se extiende entre los siglos **XI** y **XIII** y por el aumento de la producción agrícola que permitía alimentar a un creciente número de personas dedicadas a tareas no agrarias. En síntesis, a partir del siglo **XI** también se registró un movimiento de expansión de la vida urbana.

En Italia, el comercio internacional permitió el crecimiento de ciudades-puertos como Venecia, Genova, Pisa, Amalfi. Además, crecieron otras en la medida que el desarrollo del comercio favorecía la producción de manufacturas: fue el caso de Florencia, donde se desarrollaron las artesanías de paños finos, de seda, de perfumes y pieles, o de las ciudades flamencas como Gantes, Ypres y Bruselas especializadas en tejidos finos, encajes y tapices. Pero también la misma animación que comenzaba a suceder en los caminos fue un factor de crecimiento urbano: fue el caso de París, situada en el punto estratégico de cruce de varias rutas, y fue el caso de aquellas que jalonaban los caminos hacia Roma o hacia Santiago de Compostela convertidas en centros de peregrinación. Y las ciudades se transformaron en centros de actividades estrechamente vinculadas al surgimiento de nuevos grupos sociales.

Las transformaciones de la sociedad

Los burgueses en el mundo feudal

En el primer tercio del siglo **XI,** conforme avanzaba el desarrollo mercantil, apareció y se difundió un nuevo tipo social: el mercader profesional.[6]

Muchas veces, los mercaderes habían surgido de los más humildes inicios. El crecimiento demográfico y la escasez de tierras habían empujado a muchos, casi menesterosos, al vagabundeo y a ocuparse de actividades muy marginales como, por ejemplo, recoger en las playas restos de naufragios. Como resultado de algunos encuentros afortunados, algunos podían transformarse en buhoneros -vendedores ambulantes de baratijas-, amasar algunas monedas y unirse a las caravanas que se dirigían a Oriente o al Báltico. Podían entonces comprar algunos productos y trasladarse de feria en feria transformándose en mercaderes profesionales. En síntesis, de la masa de menesterosos pudieron salir algunos nuevos ricos.

[6] **Véase Gurevic, Aron J. (1990), pp. 255-294.**

Aventureros y siempre ambulantes, estos mercaderes realizaban viajes a lugares muy lejanos ya que la escasez de los productos aumentaba su valor y les permitía poner a sus mercancías precios altos. Pero luego también iban en busca de sus clientes: desembalaban sus existencias en los castillos, en donde se habían reunido los vasallos para prestar consejo; en las entradas de las iglesias de centros de peregrinación duranre los grandes festejos que atraían a los nobles. Esto constituía una novedad: antes aprovisionarse era para los señores una empresa aventurada en la que debían enviar a sus servidores en búsqueda de los objetos exóticos. Ahora, en cambio, el mercader se adelantaba a sus deseos, los tentaba a comprar.

Para comprar, los señores entonces debieron recurrir a sus reservas de metales preciosos: se acuñaron nuevas monedas con la plata de las copas, los brazaletes y los ornamentos del altar. Aunque también la pimienta en saco y las pepitas de oro se utilizaban como instrumentos de cambio, fueron las monedas las que comenzaron a circular más rápidamente. Al ser más comunes, las monedas tuvieron menos valor y en los últimos años del siglo **XI** se registró un alza de precios, imposible de evaluar, pero que continuó regularmente. Pero los hombres rambién advirtieron que las monedas salidas de los numerosos talleres de acuñación no eran todas idénticas. De allí el surgimiento de una nueva noción, la de la cotización de las monedas, y el surgimiento de nuevos oficios, como cambistas, pesadores, recortadores y, por último, prestamistas de dinero.

Los comerciantes de los siglos **XI** y **XII** eran vagabundos que llevaban sus géneros sobre sus espaldas o, más a menudo, sobre los lomos de los animales de carga. Salvo los meses más crudos del invierno, en los que la nieve cerraba los caminos, se encontraban siempre de viaje; de allí el nombre de "polvorientos" que recibieron en los países anglo-normandos. El mercader era entonces un forastero objeto de desconfianza y de escándalo, pues se enriquecía de modo visible vendiendo con ganancia lo que sus prójimos necesitaban, pero su paso también despertaba la codicia. Las dificultades y los peligros hicieron que los comerciantes formaran asociaciones -llamadas ***Guildas*** en los Países Bajos—, es decir, compañías de mercaderes que poco a poco fueron logrando establecer una mayor seguridad en los caminos, negociar con los señores para que les redujeran razonablemente los peajes o los derechos de mercado en los territorios de su jurisdicción, ya que el paso de las caravanas de mercaderes despertaba la avidez señorial.

En efecro, en sus viajes de largas distancias, para velar por la propia seguridad, los mercaderes por lo común viajaban en grupos, caravanas disciplinadas y armadas -semejantes a una expedición militar- que reunían a los comerciantes de una misma ciudad o que debían recorrer un mismo ca-

mino. Pero esto muchas veces no era suficiente contra los peligros de un mundo en el que cada señor local tenía toda suerte de derechos sobre los forasteros que atravesaban sus dominios. Es cierto que la Paz de Dios obligaba a no dañar a los mercaderes, pero la salvaguardia de las caravanas quedó verdaderamente asegurada mediante una institución nueva, el ***conducto:*** al ingresar en un territorio señorial, los mercaderes quedaban bajo la protección del señor a cambio de un impuesto especial, el "peaje," que se convirtió en una especie de un seguro contra la expoliación.

Pero también era necesario asegurar la paz de las ferias, esas grandes reuniones de negocios, que permitían a los mercaderes entrar en contacto. Algunos grandes señores, como los de Champagne, los de Flandes o los abades de Saint Denis, deseosos de fomentar estas actividades por los recursos que obtenían, fueron eficaces en otorgar protección a los mercaderes de modo tal que esos centros se convirtieron, en fechas fijas durante algunos días del año, en el siglo XII, en los focos más animados de la renovación comercial. Sobre todo, como ya señalamos, fueron las ferias de Champagne las que se transformaron en el centro del comercio internacional. Allí los comerciantes que llegaban desde las costas del mar del Norte, o desde Italia se reunían, intercambiaban sus productos, ajustaban sus cuentas y se separaban después para distribuir las mercaderías por sus distintas zonas de acción. Pero las ferias de Champagne no fueron sólo un lugar de intercambio de mercancías, sino que allí comenzaron a desarrollarse los primeros sistemas de crédito y a circular las letras de cambio. De este modo, muchos mercaderes se transformaron también en banqueros -llamados así porque ajustaban sus cuentas en los bancos de la feria- y financistas.

Como ya dijimos, la reactivación del comercio y la intensificación de la circulación monetaria favorecieron el desarrollo de la producción manufacturera, fundamentalmente de artículos suntuarios, es decir, productos de alto precio y calidad y bajo volumen que se destinaban a mercados muy restringidos (a la nobleza feudal, a señores eclesiásticos, a iglesias, a cortes señoriales). Esta producción manufacturera se desarrollaba en talleres artesanales muchas veces sobre la base de la mano de obra familiar.

Pero la organización de los talleres también presentaba una mayor complejidad: estaban integrados por un maestro, el más experto en el oficio, acompañado de varios oficiales y "aprendices." Estos últimos eran jóvenes que deseaban aprender el oficio, que convivían con el maestro y su familia y que, a cambio de su trabajo, obtenían su manutención.

En teoría, los aprendices podían llegar a ser oficiales, y los oficiales, maestros cuando dominaran perfectamente el oficio. Pero en la práctica, para los oficiales resultó muy difícil poder instalar un taller para llegar a ser

maestros. Y esto ocurrió porque los viejos maestros pronto controlaron las corporaciones gremiales -llamadas Artes en Italia- que monopolizaban los oficios. Las corporaciones, cuyo origen databa del siglo XI, habían surgido como sociedades de "ayuda mutua", destinadas a proteger a sus miembros de diversas dificultades, sobre todo, la inseguridad de los caminos. Pero, al mismo ritmo de la expansión económica y la circulación monetaria, sus objetivos cambiaron: regularon la producción -tanto en calidad como en cantidad-, fijaron los precios, controlaron los mercados. En síntesis, ejercieron un firme monopolio sobre cada actividad. El monopolio fue así un rasgo distintivo de las corporaciones gremiales que, desde fines de siglo XII y sobre todo en el siglo XIII, quedaron controladas por maestros que impusieron una rígida organización estamentaria. En este sentido, por su carácter jerárquico, las corporaciones reflejaban el carácter mismo de la sociedad feudal.

El paso de los viajantes durante el verano, la residencia en invierno de estos profesionales de los negocios, y el desarrollo de actividades financieras y de las manufacturas, como señalamos, animó la función de las ciudades. En las proximidades de las antiguas ciudades romanas, de algunos castillos importantes, y de monasterios poderosos se formaron barrios nuevos, los burgos, muchas veces situados en antiguas fortalezas destinadas a la protección de la población circundanre. Algunas veces eran sólo una línea de cabanas, de aspecto muy rústico, alrededor de la plaza donde se disponía el mercado.

El burgo era, sin embargo, el centro de las nuevas actividades y otorgó su nombre, burgueses, a aquellos que lo habitaban. Al principio, el burgo no estaba demasiado separado del medio rural, ni los burgueses parecían en sus hábitos y en su mentalidad demasiado diferentes de los campesinos. Incluso, estos burgueses como los campesinos se encontraban sometidos al derecho de ban de un señor que los sometía a su justicia y les arrancaba contribuciones.

Pero pronto se estableció la diferencia. Los jefes de las familias burguesas desempeñaban un "oficio", es decir, un trabajo especializado, diferente del trabajo común que era la tierra. Además sus actividades dejaban una ganancia directa en dinero. Y esto señalaba la principal característica de la burguesía: la naturaleza de su fortuna. Y otra gran diferencia: los habitantes de los burgos por su misma riqueza en dinero eran más libres, estaban mejor protegidos de las exacciones arbitrarias del señor. En síntesis, los burgueses comenzaban a perfilarse como un grupo social claramente diferenciado.

La sociedad urbana se había conformado a partir de diferentes elementos sociales: mercaderes y artesanos; siervos que huían de los campos buscando mejores condiciones de vida; pequeña nobleza, muchas veces sin

tierras que había logrado juntar un capital y asociarse a algún comerciante, y también extranjeros. ¿Por qué extranjeros? Los señores muchas veces habían querido fomentar las nuevas actividades económicas -el cobro de peajes y de derechos de mercado eran importantes fuentes de recursos- y para ello estimularon su desarrollo trayendo desde otros lugares a grupos especializados. En las fuentes es frecuente encontrar menciones a comerciantes alemanes en las ciudades del Báltico, a franceses en el norte de España, a lombardos en Inglaterra. Sin embargo, pese a sus orígenes heterogéneos, pronto se conformó una sociedad urbana relativamente homogénea. Homogénea en su interior, pero esencialmente diferente al contexto de la sociedad feudal.

Los conflictos sociales: los movimientos antiseñoriales

Los burgueses constituían un grupo social extraño al orden tradicional, estaban fuera de ese modelo de los tres órdenes (los oradores, los guerreros y los labradores) al que la Iglesia había atribuido un carácter sagrado y ecuménico. En síntesis, no tenían una existencia reconocida. De allí que las fuentes, cuando se refieren a ellos como "extranjeros" (en latín, ***advenae)*** no sólo indican las comarcas de procedencia de muchos, sino fundamentalmente su carácter de "advenedizos", de gente que es diferente a la del contexto.

Pero, como señala José Luis Romero, los nuevos sectores sociales, a partir de su experiencia común, a través de las distintas formas de vida social -en el mercado, en la plaza del burgo, en el seno de sus propias asociaciones- fueron tomando cierta conciencia de grupo. Se sabían excluidos de la comunidad rradicional y fundamentalmente, se sentían expoliados por la clase señorial. Incluso descubrían las normas en común que poseían y la coincidencia en ciertos valores. Surgidos del cambio mismo, los grupos burgueses descubrían lo que les era hostil y lo que constituía un obstáculo para el desarrollo de sus actividades y para su propio ascenso y pronto parecieron dispuestos a modificar esas condiciones.[7]

Entre los burgueses se reforzaron entonces los vínculos a través de la conjura, expresada en la práctica de la "amistad", un juramento de fraternidad destinado a consolidar la propia seguridad. La carta de Aire-sur-la-Lys, en la Francia del siglo **XII,** resulta explícita del carácter de estas conjuras: "Todos los que pertenecen a la amistad de la ciudad han firmado por la fe y el juramento que cada uno ayudará al otro como a un hermano

[7] Véase Romero, José Luis (1967), tercera parte, cap. 1 "Los enfrentamientos sociales".

en lo útil y lo honesto". Pero muy pronto esta asociación para protección mutua -o Comuna, como se la llamaba en la época- fue cubriendo otros objetivos. Por "protección" se entendía también negociar con los señores del burgo algunas exigencias que molestaban particularmente a estos hombres de negocios: los impuestos arbitrarios e imprevisibles, peajes demasiado pesados que alejaban a los viandantes, procedimientos judiciales demasiado primitivos que se ajustaban mal a las nuevas actividades mercantiles, requisas militares que cerraban los caminos. E incluso se fue más allá: cuando el grupo adquirió más fuerza reclamó que la Comuna fuera la responsable de administrar los asuntos de la ciudad.

Muchas veces, los acuerdos con el señor fueron pacíficos. Los burgueses tenían el dinero que tanto tentaba a la nobleza y, a cambio de cuantiosos donativos y de impuestos regulares, algunos señores concedieron las "franquicias" o "cartas francas" que, sin suprimirlo totalmente, limitaban dentro de la ciudad el poder señorial. Pero otras veces, frente a la disidencia, los señores acudieron al principio de autoridad. Fue el caso, sobre todo, de los señoríos eclesiásticos, allí donde el señor era un obispo o el abad de un monasterio. En efecto, estos hombres de Iglesia -menos necesitados de dinero, ya que contaban con las ricas limosnas burguesas y nobiliarias, y celosos custodios del orden constituido— fueron los primeros en denunciar la naturaleza de estos movimientos, en denunciar "esas execrables instituciones de la Comuna en la que se ve a los siervos, contra toda justicia y todo derecho, sustraerse violentamente a la legítima autoridad de los señores" (Guibert de Noguent, ***De vita sua,*** 1112).

Frente a la aspiración señorial de considerar a los burgueses como sus siervos, los burgueses aspiraban al reconocimiento de sus libertades, entendidas como "libertades" concretas frente a prohibiciones taxativas, franquicias para transitar, para contar con seguridad en las ferias, para explotar los molinos y los lagares. De allí que los conflictos no tardaran en esrallar, con una violencia cuya magnitud estaba dada por los intereses en juego. Muchas veces los motivos de la insurrección podían ser ocasionales: un nuevo impuesto, un nuevo peaje que el señor quería cobrar podía ser la chispa que encendía el movimiento. La confiscación de un barco de un rico negociante por el arzobispo suscitó en Colonia una vigorosa rebelión (1074). El uso de las aguas de un río cuyo derecho reivindicaban los tintoreros de Beauvais fue el origen de un difícil conflicto (1099). La prohibición de viajar establecida por el conde de Flandes movió a los mercaderes de Brujas a rebelarse contra él (1127). En general, en los siglos **XI** y **XII,** en Francia, Alemania e Italia estos movimientos parecían difundirse cada vez con más intensidad.

Muchas veces los insurrectos podían ver en la sublevación sólo una oportunidad para el saqueo, para satisfacer venganzas personales, para asesinar al señor o al ejecutor visible de los actos de expoliación. Pero también en el seno de la insurrección las aspiraciones se definían y adquirían mayor precisión. Y desafiando la misma excomunión con que la Iglesia los castigaba, los movimientos desembocaban en la aspiración al ejercicio del poder: al establecimiento de la Comuna en el gobierno de la ciudad. Cuando estos movimientos triunfaban, quedaba claro que estos nuevos grupos sociales escapaban poco a poco -aunque con dificultades e intermitencias— al poder de los señores, al mismo tiempo que se ponían en tela de juicio los fundamentos de ese orden tradicional considerado eterno e inmutable.

Oligarquías urbanas e insurrecciones populares

La burguesía que podía acceder al gobierno de la ciudad ya no constituía un grupo homogéneo. Un grupo, generalmente conocido como el patriciado, se desprendió del conjunto y adquirió desde el siglo **XII** una singular posición de predominio en todas las ciudades. Eran indudablemente los sectores burgueses más ricos y poderosos. En algunas viejas ciudades de los Países Bajos o de Italia, se confundían con una baja nobleza que no dudó en emprender negocios lucrativos, se instaló en las ciudades y pronto estableció vínculos con los prósperos grupos de comerciantes. En otras ciudades, el patriciado se constituyó por el libre juego de la fortuna que les permitió a algunos el acceso a ciertos símbolos de diferenciación social, como el uso de armas y de caballo, y a afortunados matrimonios nobiliarios. Así por ejemplo, en Parma (Italia), las damas nobles solían casarse con los ricos burgueses de San Donino; mientras que en los Países Bajos, la familia burguesa de Erembauld, de Brujas, había logrado casar a sus hijas con caballeros de alta posición. Lo cierto es que la memoria de los orígenes serviles se borraba, mientras se conformaban linajes de familias cuyo poder, riqueza e influencia dominaban la ciudad.

Fuera de esas oligarquías urbanas, que cerraron sus filas creando una verdadera barrera para el ascenso, quedaban muchos otros grupos. Comerciantes, grandes empresarios y banqueros de gran poder económico aunque sin una influencia decisiva; grupos marginales dedicados al préstamo de dinero, como judíos y lombardos; clérigos y frailes mendicantes, burócratas del gobierno urbano, e incluso profesionales como notarios, médicos y farmacéuticos, formaban parte de una sociedad urbana cada vez más diversificada. Por debajo, había también otros grupos que se abarcaban en una designación generalizada, ***plebe, popólo minuto,*** cuya misma vaguedad

señalaba su falta de prestigio y significación. Eran pequeños comerciantes y artesanos y quienes ejercían profesiones consideradas menores, como carniceros y taberneros, que se confundían en un amplio abanico con una indefinida masa de gente sin oficio y un sector de asalariados. Estos últimos, ubicados en los estratos más bajos de la sociedad urbana, sin embargo adquirieron una considerable gravitación que les permitió imponer, en alguna medida, sus puntos de vista sociales y políticos.

En efecto, las manufacturas textiles, la metalúrgica e incluso la industria naviera habían creado en algunas ciudades un grupo de asalariados bien diferenciados del resto, que constituyeron el núcleo en la lucha contra las oligarquías urbanas: los nuevos conflictos se relacionaban con las reivindicaciones económicas de los más pobres confundidas con las aspiraciones de aquellos más ricos que habían quedado excluidos del poder urbano. A mediados del siglo **XII,** las insurrecciones se hicieron graves y tumultuosas. El movimiento se aceleró particularmente allí donde los grupos populares encontraron un jefe resuelto como ocurrió en Lieja en 1253. Además, la agitación no tardó en extenderse por todos los Países Bajos y en Francia. Movimientos análogos se registraban en diversas ciudades italianas, como Parma, Siena, Novara, Pistoia, Brescia y Pisa en la última década del siglo **XIII.**

Los enfrentamientos de los sectores populares con las oligarquías urbanas, si bien tuvieron en cada caso una fisonomía local, fueron un fenómeno general europeo que reflejaba el aumento de las tensiones sociales. La novedad más significativa apareció en las estrategias de lucha. Además de los actos violentos y de los motines, se encontró un método que afectaba los intereses más caros de la burguesía: el abandono del trabajo cuando la jornada se hacía insoportable o los salarios eran insuficientes comenzaron a conformar la huelga como una nueva forma de acción. El método fue particularmente significativo en aquellas ciudades como Arras y Gantes que concentraban grandes sectores de asalariados (1274).

Estos movimientos no aspiraban a soluciones generales abiertas al futuro -como transformar el orden social y político— sino respuestas ante problemas concretos. El objetivo inmediato de muchos fue la revisión de la política económica y fiscal de las oligarquías urbanas. Para otros, el objetivo era participar del poder político y del poder económico por el privilegio que esto significaba. De este modo, allí donde los movimientos se impusieron debieron introducirse algunas modificaciones en la constitución de la Comuna, creando nuevas magistraturas que representaban los intereses de los nuevos sectores en ascenso o, como en el caso de Florencia, garantizando la participación de los gremios, las Artes, en el gobierno de la ciudad.

Sin embargo, estos movimientos tuvieron también algunas repercusiones de más largo alcance. Las oligarquías urbanas, hostigadas por el ascenso de las nuevas burguesías y la inestabilidad política que frecuentemente siguió a las insurrecciones, necesitaban un poder fuerte que restaurara la paz y el orden en la vida pública y restringiera las aspiraciones de los grupos en ascenso. En este sentido, en algunas regiones, donde los reinos habían comenzado a constituirse con fuerza progresiva, como en Francia, en Castilla y en Inglaterra, recurrieron al auxilio del poder real. Esto implicaba la pérdida de algunas de las viejas autonomías urbanas, pero la integración en esos ámbitos mayores que eran los reinos permitía regularizar la situación de muchas ciudades. En este sentido, el patriciado favoreció la expansión de las monarquías.

Pero también hubo otra salida. En las ciudades italianas, cuando el orden fundado en el equilibrio de los distintos grupos pareció difícil de sostener, las comunas ensayaron otro tipo de autoridad, encarnada en el ***podestá.*** Se trataba de una autoridad unipersonal y ajena a las facciones, con la que se ensayaba una nueva concepción del Estado entendido como un poder equidistante que se apoyaba en normas objetivas. Sin embargo, con la agudización de la lucha de facciones, el poder personal comenzó a adquirir rasgos definidos. Quien lo alcanzaba, con el apoyo de la fuerza militar o de un grupo suficientemente fuerte, procuraba conservarlo y muchos pudieron trasmitir el poder a sus hijos, fundando dinastías que tuvieron un nuevo principio de legitimidad. Surgía así, donde los conflictos sociales y políticos habían sido más agudos y más largos, la señoría italiana.

Los cambios de Las mentalidades

Las formas de mentalidad señorial

¿Cuáles fueron las concepciones del mundo y las formas de vida que se organizaron e impusieron en la sociedad feudal? Como señala José Luis Romero, es posible advertirlas a través de los ideales de vida que se fueron formulando, elaborados como respuestas a las exigencias que planteaba el entorno.[8] Eran ideales que correspondían a aquellos, los señores, que buscaban incidir sobre el conjunto de la sociedad imponiendo sus normas y sus valores. Por debajo de ellos, quedaban vastos grupos sociales faltos de autonomía para elaborar e imponer sus propias tendencias, pero que también poseían aspiraciones definidas que irrumpirían cuando se agrietase el orden feudal.

Mientras perduró la situación de inseguridad (tras la disolución del Imperio de Carlomagno, las guerras civiles, las invasiones), las actitudes dominantes mantuvieron rasgos semejantes a los de la época de la conquista: se luchaba por la tierra, por el prestigio, por el poder. La mentalidad baronial nacía de las exigencias de la acción, en un medio donde se había quebrado todo ordenamiento jurídico y que, al mismo tiempo, abría infinitas posibilidades a la acción individual. Con una fuerte perduración del viejo legado cultural germánico, en un mundo donde se imponía el más fuerte, el ideal de vida era el del señor que se realizaba en una hazaña, defendiendo su tierra o arrebatándosela a los invasores o a sus vecinos, en esas interminables guerras señoriales. Primaban así actitudes fuertemente individualistas que dificultaban el ordenamiento social.

Sin embargo, la certeza de haber alcanzado una situación de hegemonía modificó las actitudes, los sentimientos y los valores. Los señores, junto con los miembros de su entorno -anteriormente nómades, movilizados cada primavera por las expediciones militares o, en los inrervalos, por las partidas de caza en las zonas incultas-, comenzaron a instalarse. Ya era posible abandonar las armas para gozar, en el ámbito de la corte, las riquezas y la posición adquiridas. De este modo, las primeras manifestaciones de la mentalidad cortés, se esbozaron en el siglo **XI,** en el Mediodía francés, donde nunca había desaparecido totalmente ese legado romano que señalaba al hedonismo como ideal de vida y a donde pronto llegaron las influencias musulmanas. Pero desde allí, los rasgos de esta mentalidad se difundieron sobre Europa en una tendencia que los cronistas -hombres de la Iglesia— juzgaban alarmante.

La felicidad terrenal, hecha fundamentalmente de sensualidad, se transformaba en la aspiración suprema. La nobleza descubría la posibilidad de múltiples ocios refinados. La corte, en el ámbito del castillo señorial, fue el escenario de estas nuevas formas de convivencia.

Distintas ocasiones permitían la celebración de fiestas: la coronación de un rey, la consagración como caballero del hijo de un noble, las bodas de una hija. En este sentido, se pueden recordar los quince días que duraron los festejos de las bodas de las hijas del Cid con los infantes de Carrión. La corte era también el ámbito de justas y torneos, de banquetes y de diversos entretenimientos. En estas formas de vida cortesana, tuvieron un papel central los juglares y trovadores que con versos y cantos no sólo alegraban la vida de los nobles, sino que al ir de corte en corte, relatando las maravillas vistas, despertaron el espíritu de emulación de los señores. De este modo, difundieron y dieron homogeneidad a la vida cortesana.

[8] Véase Romero, José Luis (1967), primera parte, cap. III, punto I "Las formas de mentalidad señorial".

El legendario ejemplo de la corte del rey Arturo, de los caballeros de la Tabla Redonda, excitaba la fantasía y crecía enriquecido por la imaginación y el artificio de los juglares. Los poetas relataban las reglas a las que se sometían huéspedes y anfitriones, los objetos que ornaban los castillos, las vestimentas de damas y señores, y los espléndidos obsequios que se prodigaban. De este modo, pronto se esbozó un nuevo ideal de vida: que se difundiera la fama, la riqueza, la generosidad y la cortesía de un señor. La exhibición del lujo era la prueba de la superioridad social de aquellos que podían desplegarlo.

Estas nuevas formas de sociabilidad también incorporaron a las mujeres. Cobraba mayor importancia el amor, cantado por los trovadores que dieron origen a la poesía lírica medieval.

De esta manera, el ideal del señor también podía ser el de realizarse en una hazaña, pero ya no en el combate por tierras, sino en una justa o torneo, con el objetivo de ganar el amor de su dama. De esre modo, el erotismo se enmascaraba en el ennoblecimiento de la figura femenina. La cortesía -transformada en una verdadera filosofía de vida- recubría los impulsos y llevaba a obrar según las reglas de convivencia que imponían los nuevos ideales de vida.

En rigor, el prestigio de los antiguos valores guerreros no había decaído totalmente. Muchos de estos valores se transformaron en aventuras lúdicas sometidas a reglas, como las justas, los torneos y las cacerías; pero fundamentalmente la guerra continuaba siendo una necesidad. No sólo era necesario luchar en esas interminables guerras señoriales para mantener o acrecentar lo adquirido, sino que los señores debían ser fundamentalmente el brazo armado de la cristiandad según las normas impuestas por la Iglesia. De este modo, si la consolidación del privilegio y la seguridad adquiridos por la nobleza estimularon el ideal del goce, también favorecieron la aceptación de una nueva moral que implicaba la aceptación de los ideales cristianos de vida.

De este modo, también comenzaba a esbozarse la mentalidad caballeresca. El ideal del caballero era la guerra, pero ahora se hacía la guerra en nombre de Dios: se luchaba para defender la fe. Su legitimidad radicaba en la función que la Iglesia había otorgado a los señores. Así, la nobleza terrateniente y militar, cuyo poder había estado basado en el derecho de conquista, se veía justificada por una misión trascendental. Pero esto implicaba también la aceptación de ideales cristianos de vida. De este modo, se configuró una mentalidad que ya no era individualista, sino que se imponían normas de convivencia expresadas bajo la forma de virtudes morales: el honor, la verdad, la generosidad, la modestia eran las virtudes del caballero.

Estos ideales desembocaron en una doctrina de perfección espiritual y una concepción monacal de la vida seglar que se plasmaron en reducidísimos sectores de la nobleza y que condujeron, en el siglo **XII,** a la formación de las Órdenes de Caballería, como la de los Caballeros del Templo. Órdenes religiosas integradas por guerreros, sus miembros eran a la vez caballeros y sacerdotes consagrados al servicio de Dios. La novedad de la "nueva milicia", entusiasmó, a comienzos del siglo **XII,** a muchos de sus contemporáneos:

> **Lo que para mí es tan admirable como evidentemente raro es ver las dos cosas reunidas, ver a un mismo hombre ceñir con coraje a un mismo tiempo la doble espada y el doble tahalí. El guerrero que reviste al mismo tiempo su alma con la coraza de la fe y su cuerpo con la coraza de hierro, no puede sino ser intrépido, porque bajo su doble armadura no teme al hombre ni al diablo (San Bernardo,** *Líber de laude novoa militia ad milites templi).*

La "nueva milicia" de sacerdotes-guerreros, si bien no podía dejar de estar reducida a esos pequeños núcleos de señores dispuestos a "abandonar el mundo", constituyó un importante fermento para difundir los nuevos ideales de vida. Pero también se transformó en una nueva fuente de problemas. En efecto, estas Órdenes de Caballería quedaron como poseedoras de la mayor parte de las tierras que conquistaron, a las que se agregaron importantes donaciones de reyes y señores. Se constituyeron así en una vanante de poder feudal que por la influencia y el poderío que alcanzaron pronto entraron en conflicto con reyes y con las mismas autoridades eclesiásticas. Fue el caso, por ejemplo, de los Templarios, cuya orden fue disuelta en 1312 por el papa Clemente V.

Las nuevas mentalidades

La expansión económica, el surgimiento de nuevas actividades y de nuevos grupos sociales, y la expansión hacia la periferia fueron factores que incidieron profundamente en las mentalidades. Mercaderes trashumantes, pero también escolares y monjes de las grandes órdenes internacionales, peregrinos y juglares, dentro de la misma área romano-germánica, contribuyeron a establecer un nuevo sistema de comunicación entre diversas regiones y a difundir formas de vida antes desconocidas, que permitían confrontar las propias actitudes con otras semejantes o diferentes.

Más decisivos aún que la trashumancia dentro de la antigua área romano-germánica fueron los contactos establecidos con el mundo musul-

man y el bizantino. Se descubrían nuevas culturas, cuyos fundamentos podían parecer condenables, pero que indudablemente poseían un fuerte atractivo: el refinamiento y el lujo, la abundancia de ciertos bienes, la fisonomía de las ciudades constituían insospechadas revelaciones. No sólo se conmovían los fundamentos de la visión ecuménica e inmutable que difundía la Iglesia, sino que los contactos favorecieron el intercambio de ideas. Desde el siglo **XII,** en los reinos hispánicos y en las Dos Sicilias surgieron centros intelectuales en los que se comenzó a traducir al hebreo y al latín obras filosóficas y científicas de origen musulmán y griego. De este modo, la vida intelectual se abría a nuevos problemas vivificando la enseñanza en las escuelas conventuales y en las universidades.

Dos cambios de mentalidades afectaron a toda la sociedad feudal. En el seno de la nobleza, se promovió un cambio de actitud económica. Algunos eligieron un estilo de vida distinto al tradicional, abandonaron sus castillos y se instalaron en esas renovadas ciudades que comenzaban a dominar el entorno rural. Otros, como vimos, prefirieron quedarse en sus castillos pero modificando sus costumbres según el modo de vida cortés. Incluso, el cambio también pareció reflejarse en las clases rurales que comenzaron a retirar paulatinamente el consenso que antes habían otorgado al orden feudal.

Sin embargo, los cambios más notables de mentalidad se registraron en los nuevos grupos sociales, las burguesías, que surgían al calor de las nuevas actividades económicas. Estos grupos se habían caracterizado por un rápido ascenso social y por estar fuera del orden tradicional. Habían afrontado situaciones nuevas, situaciones de riesgo y, como respuesta, habían generado nuevas actitudes y nuevos valores, de un modo espontáneo y casi tumultuoso, sin ningún tipo de sistematización. En este sentido, importa marcar el carácrer inestable y heterogéneo de estas nuevas mentalidades que estaban lejos de ser algo acabado y más bien se encontraban en un proceso de gestación: estaban naciendo de la misma experiencia.

El principal rasgo de la experiencia de los nuevos grupos sociales fue el haber escapado de los vínculos de dependencia, el haberse colocado fuera del orden tradicional en una situación insegura pero que se abría a múltiples posibilidades. Librado a sus propias fuerzas, el hombre, como dice José Luis Romero, tomaba conciencia de ser "ni criatura de Dios ni hombre de su señor, sino, simplemente individuo lanzado a una aventura desconocida". Y la idea de ser un individuo modificó profundamente la concepción que el hombre tenía de sí mismo.[9]

[9] Véase Romero, José Luis (1967), cuarta parte "La formación del orden feudo-burgués. Los cambios de mentalidad", caps. 1, 2, y 3.

En esa nueva imagen del hombre, el individuo no estaba predestinado, sino que era el dueño de su propio destino. Poseía "bienes interiores" (su libertad, su capacidad para trabajar, para pensar, para elegir) que le permitían emprender la aventura individual. Es cierto que la experiencia de sentirse solo frente a innumerables perspectivas posibles hizo también que surgiera la idea del azar, de la fortuna ciega; sin embargo, la confianza en los propios "bienes interiores" otorgaron la certeza de que gran parte del propio destino podía ser encaminado según los propios designios. De allí, el orgullo —las fuentes siempre se refieren a la vanidad y soberbia de los ricos burgueses- de sentir el propio triunfo, el orgullo del hombre que se ha hecho a sí mismo.

Pero el hombre también descubría que era un ser de la naturaleza, que poseía un cuerpo dotado de pasiones. La novedad radicaba tal vez, no en su negación, sino en su reconocimiento. Los eclesiásticos denunciaban que este "nuevo" hombre "es esclavo de todos los vicios y a todos aloja en sí", denunciando el triunfo del hedonismo. Lo importante era la alegría de vivir, el disfrute del ocio en esos espacio de sociabilidad que contenía la ciudad y que proporcionaba esparcimientos antes reservados a los señores. La conversación misma era un hecho nuevo en los ambientes abiertos urbanos -plazas, mercados, atrios de iglesias- donde se cambiaban opiniones, donde se escuchaban relatos inocentes o desvengonzados, donde se recibían noticias de lugares remotos. Pero fue sobre todo la taberna —contracara de la corte— el lugar por excelencia de la nueva sociabilidad: la conversación, la música, el juego y la bebida daban las nuevas satisfacciones vitales.

Reconocerse como un ser de la naturaleza implicaba evadirse de las normas impuestas por la vida social. De allí, la exaltación de la embriaguez y del erotismo que aparecían expresadas en ese conjunto de canciones que conformaron el ***Carmina Burana.*** Pero el hombre descubría también, entre sus "bienes interiores", que estaba dotado de razón. Y la razón le permitía no sólo moderar sus pasiones, sino que también era un instrumento para actuar y conocer. Y un nuevo tipo de conocimiento fue ejercitado también para comprender la naturaleza.

La ciudad, las actividades manufactureras o mercantiles implicaban para el hombre un alejamiento, que permitió precisamente modificar la imagen de la naturaleza. Era la distancia la que permitía observar la naturaleza y descubrir en ella un objeto de placer estético; pero también la distancia hizo posible conocerla, preguntarse por sus causas e incluso operar y experimentar sobre ella. Se abrían así múltiples posibilidades: instrumentalizar la naturaleza a través de nuevas actitudes técnicas, obtener resultados útiles para los hombres, pero también tener acceso a un conocimiento

metódico que encerraba los gérmenes de lo que posteriormente se organizaría como pensamiento científico.

En estas nuevas mentalidades también se transformaba la idea de Dios y, sobre todo, de la trascendencia. Según las nuevas concepciones, Dios había colocado a los hombres en el mundo, no sólo para que ganaran su salvación eterna, sino también para disfrutarlo y para realizar allí esa aventura del ascenso individual. De este modo, la naturaleza y la sociedad se transformaban en intermediarios entre el hombre y un Dios que se tornaba más distante. La exaltación de la vida no borró la esperanza en la vida eterna ni la esperanza de salvación, pero esta mentalidad burguesa postergó esas preocupaciones: no pareció necesario vivir para la muerte, sino vivir la vida y confiar en el valor de un oportuno acto de contrición.

Esta concepción inmanente de la vida ofreció a los hombres un nuevo tipo de trascendencia diferente a la religiosa, la trascendencia profana. Se buscó así permanecer, aun después de la muerte, en la memoria de los hombres. Se buscaba permanecer pero no en un mundo incógnito, sino en el recuerdo, en la continuidad de la vida. Esta trascendencia profana podía adquirir múltiples formas. Se podía acuñar una fortuna que heredarían los hijos y los hijos de los hijos. Se podía crear belleza en una obra de arte o adquirir nuevos conocimientos que darían la fama de sabio. Pero también los retratos, las ricas tumbas, los epitafios laudatorios fueron instrumentos eficaces para perdurar en la memoria.

Y a tono con las nuevas situaciones, la elaboración de esta nueva mentalidad constituyó a los ojos de muchos el testimonio más inequívoco e inquietante de las transformaciones de la sociedad.

4. La crisis del siglo XIV

La crisis del feudalismo

Tras la expansión de los siglos **XI** y **XII,** en las últimas décadas del siglo **XIII** comenzaron a registrarse los primeros signos de estancamiento. Se frenaba el movimiento de roturaciones y se observaban retrocesos: suelos periféricos, agotados por los cultivos, paulatinamente fueron abandonados. El retroceso de la agricultura se puede explicar, en parte, por razones climáticas -la "pequeña edad del hielo", es decir, el enfriamiento del hemisferio norte- pero sobre todo por el estado de las técnicas que no lograban salvar ciertos obstáculos.

La rotación trienal no permitía, en zonas menos fértiles, que los suelos descansaran lo suficiente; para aumentar el rendimiento hubiera sido necesario abonar la tierra, pero el abono -el estiércol- resultaba insuficiente. Para obtener mayor cantidad de abono hubiera sido necesario aumentar el número de animales. Pero esto resultaba muy difícil para las comunidades rurales pequeñas, por la imposibilidad de alimentarlo: aumentar los campos de pastura significaba reducir los campos de cereales. Dicho de otra manera, la alimentación del ganado era incompatible con la alimentación humana. A esto se sumaban otros problemas, el desmonte intensivo (sobre todo después que se comenzó a aplicar la sierra hidráulica) determinó la falta de madera, pero además el agua no contenida por los bosques destruyó las capas arables superficiales. En síntesis, los cultivos disminuyeron.

Dentro de las manufacturas, básicamente en la textil, también comenzaron a registrarse dificultades. Es cierto que en este sector las técnicas habían continuado desarrollándose, pero las prescripciones de los gremios muchas veces prohibían emplearlas. Fue el caso, por ejemplo, del torno de hilar. Estas medidas no eran sólo producto de una mentalidad conservadora, deseosa de mantener la calidad del producto, sino que atendían al carácter limitado de sus mercados. La introducción de técnicas podía aumentar la producción generando una crisis de sobreproducción, con la consiguiente caída de los precios.

También se detuvo la expansión a la periferia. Por ejemplo, los señores alemanes detuvieron su expansión en Lituania; en los reinos españoles, la frontera con los musulmanes se mantuvo durante dos siglos en el reino de Granada. También el movimiento de las Cruzadas llegó a su fin después del fracaso del efímero Imperio latino en Oriente, y la caída de San Juan de Acre (1291) puso fin a la aventura. Se había cerrado la etapa de los largos viajes: el mismo título de la obra de Marco Polo, el ***Libro de las Maravillas,*** era explícito del carácrer excepcional de su expedición (1271-1295). Junto con los viajes, se redujo la actividad comercial: las ciudades del Hansa redujeron su área de influencia y las ferias de Champagne entraban en decadencia (1300) mientras eran reemplazadas por otras vías secundarias.

Esta reducción comercial también se vinculó con la escasez de moneda, con la falta de metálico. En efecto, los monarcas comenzaban -como veremos- a recuperar su poder e intentaban levantar sus reinos. Pero para ello necesitaban metálico: necesitaban pagar ejércitos que se impusiesen a las autonomías feudales, necesitaban pagar una burocracia que organizara el Estado. Para esto recurrieron en gran escala a los préstamos, lo que provocó la crisis de varios banqueros -como el caso de los Bousignori en 1297-; pero también, para aumentar la masa monetaria, los reyes comenzaron a acuñar moneda con distintas aleaciones, lo que produjo devaluación y problemas de inflación que repercutieron en la inseguridad de las transacciones comerciales.

Todos estos síntomas se acentuaron en el curso del siglo **XIV.** Sin duda, el más grave fue la disminución de la superficie cultivada (que obligó a algunas ciudades italianas a importar cereales de Danzig), que demostraba la fragilidad de la economía. Entre 1313 y 1317 se produjo la primera de las muchas crisis que se dieron a lo largo del siglo. Una mala cosecha pronto se traducía en falta de alimentos y hambrunas, y una población mal alimentada resultaba presa fácil de pestes y epidemias. Pero el problema radicaba en que el ciclo carestía-hambruna-epidemia se reproducía a sí mismo. En efecto, la hambruna *y* la peste despoblaban los campos, no sólo por el aumento de la mortandad sino por la huida de los campesinos hacia las ciudades, generalmente mejor abastecidas por las políticas comunales. El resultado era la falta de mano de obra para las tareas rurales, una nueva mala cosecha, carestía, hambruna *y* epidemias. A mediados de siglo, la Guerra de los Cien Años —conflicto en el que participaron varios países europeos pero fundamentalmente Inglaterra *y* Francia (1339-1453)— acentuó la crisis agrícola, sobre todo, en los campos franceses. Los incendios *y* las depredaciones que las caballadas inglesas infligían a los campesinos y sus sembrados provocaron más muertes que las mismas acciones bélicas. En síntesis, a las malas cosechas, las hambrunas y las epidemias se sumaban los efectos de la guerra.[10]

En 1348, llegaba a Europa la Peste Negra. Era la peste bubónica, de origen asiático, trasmitida por las pulgas de las ratas que comenzó a propagarse desde los puertos del Mediterráneo, y que al caer sobre una población profundamente debilitada por hambrunas y epidemias causó verdaderos estragos. En 1348, la Peste Negra llegaba a Italia y a Francia; en 1349, alcanzaba a Inglaterra y a Alemania; en 1350, a los países escandinavos. De este modo, la población europea quedaba reducida a sus dos terceras partes. La caída demográfica sólo pudo recuperarse en el siglo **XVI.**

Pero la crisis del siglo **XIV** fue fundamentalmente una crisis social: la crisis de las estructuras feudales. En el transcurso de la Guerra de los Cien Años, los cambios en las tácticas militares, con mayor peso de la infantería y la arquería (incluso la artillería en las primeras décadas del siglo **XV)** conmovieron la función guerrera de la nobleza feudal, a caballo y con pesadas armaduras.

Incluso, la importancia que comenzaba a adquirir la arquería quedaba reflejada en las leyendas que comenzaron a madurar en el siglo **XIV,** como las de Robin Hood y Guillermo Tell. Pero el poder de la nobleza se vio debilitado fundamentalmente por la crisis de la agricultura y la huida de los

[10] **Véase Romano, Ruggiero (1972), "La crisis del siglo XIV...", pp. 3-39.**

campesinos: la caída de la producción significaba la disminución de las rentas. Es cierto que los señores intentaron solucionar el problema aumentando las cargas sobre los siervos, es decir reforzando la servidumbre, como ocurrió por ejemplo en Europa oriental. Pero en otras regiones esto sólo sirvió para acentuar los problemas de alimentación y la huida de los campos.

El abandono de los campos de cultivo posibilitó la extensión de las pasturas y de la ganadería, sobre todo ovina, que transformaron a España y a Inglaterra en los grandes productores de lana para las manufacturas europeas. Pero también la existencia de tierras que habían quedado vacantes permitió apropiarse de ellas a algunos campesinos que vieron mejorar su situación. Esto condujo a la formación de una clase de medianos y pequeños propietarios libres —que en Inglaterra fueron llamados ***yeomen***— que ya no dependían de ningún señor, sino que se vinculaban directamente con el mercado. Algunos de ellos acuñaron fortuna, campesinos ricos —como los ***squire*** en Inglaterra o los ***junker*** en Alemania- que aspiraron a formas de ennoblecimiento y, sobre todo, a tener alguna participación en la administración política.

Estos nuevos propietarios ya no podían invocar antiguos derechos consuetudinarios sobre los campesinos, por lo tanto, para explotar la tierra debieron -dada la extensión de su propiedad y una mayor complejidad de los cultivos- contratar mano de obra asalariada. También los señores debieron contratar trabajadores asalariados o, más frecuentemente, arrendar sus tierras a campesinos libres. De un modo u otro, esto significaba la disminución de la servidumbre y, por lo tanto, de la base del orden feudal. Al mismo tiempo, comenzaba a conformarse un mercado de mano de obra asalariada rural.

La crisis también se sintió dentro de las manufacturas. Afectó, sobre todo, la producción suntuaria, de alto costo y de alta calidad, controlada por los gremios, que entró en crisis por la falta de moneda y por la restricción de sus reducidos mercados. Sin embargo, esto también abrió la posibilidad de otras transformaciones. Algunos comerciantes, para escapar de la rigidez de las corporaciones urbanas, comenzaron a aprovechar la larga tradición textil campesina. Estos comerciantes compraban la materia prima y la entregaban a los campesinos que realizaban el tejido con sus propios instrumentos, luego el comerciante recogía el producto terminado, pagando por la cantidad producida, y se encargaba de su comercialización. Comenzaban a desarrollarse así las manufacturas domésticas rurales.

Si bien el acabado y el teñido de los tejidos se efectuaba en las ciudades, dentro del ámbito de las corporaciones, muchas veces los gremios de tejedores urbanos vieron en las manufacturas domésticas una fuerte com-

petencia. En algunas ciudades, como en Gantes, los gremios urbanos organizaron expediciones armadas para destruir los telares campesinos. A pesar de esto, la nueva forma de producción manufacturera se extendió ampliamente, sobre todo en las zonas de actividad ganadera, como un complemento de las tareas rurales. Esto ocurrió en Inglaterra, pero también en los Países Bajos, Alemania, Italia y Francia. Esta nueva producción textil era de más baja calidad que los antiguos paños —incluso la producción de extendió al lino y al cáñamo—, sin embargo, tuvo amplia acogida entre la burguesía y los sectores campesinos más ricos que ya dejaban de hilar y tejer. Además de textiles, con el mismo sistema comenzaron a producirse cuchillos, clavos y objetos de madera. En síntesis, como consecuencia de la crisis tanto la agricultura como las manufacruras sufrieron importantes transformaciones que pusieron en jaque los pilares del antiguo orden social.

La crisis del antiguo orden implicó también profundos conflictos sociales. En primer lugar, movimientos campesinos. La inquietud social en el ámbito rural se había expresado en la huida de los campos, y muchas veces esta inquietud tomó la forma de la marginalidad y el vagabundeo, o incluso de estallidos desesperados, violentos y cortos. Pero hubo también movimientos de mayor envergadura que expresaron las dificultades de reacomodamiento, derivadas de los cambios que se estaban viviendo, como la *Jacquerie* francesa de 1358 y el levantamiento inglés de 1381. Como señala Fossier, estos movimientos no fueron el resultado de una miseria exacerbada sino la reacción de campesinos que habían comenzado a mejorar y temían perder su situación.[11] Los motivos que estaban atrás de los levantamientos -la falta de consideración de los nobles, el desorden de la hacienda real, las fluctuaciones monetarias- dejaban indiferentes a los más miserables pero eran asuntos de importancia para los campesinos medios en la medida que constituían el marco de su vida social. En este sentido, estos movimientos, aún sin demasiada organización ni objetivos precisos, reflejaban las transformaciones que se estaban produciendo en la esrructura de la sociedad.

También la época fue propicia para los movimientos urbanos. Desde fines del siglo XIII y a lo largo del siglo XIV, se ampliaron los movimientos en contra del poder político de las oligarquías urbanas: hubo agitación social en las ciudades flamencas (1280); se levantaron Gantes, Lieja y Brujas por nuevos impuestos (1292); hubo estallidos en Florencia y otras ciudades italianas (1300); se amotinaron los artesanos de París (1306). Pero también apareció un nuevo tipo de movimiento que marcaba la crisis de las antiguas corporaciones. Se comenzaban a invocar el derecho al trabajo -en

[11] Véase Fossier, Roberc (1996), pp. 371-477.

1337, al grito de "Libertad y trabajo" se amotinaron los bataneros de Gantes— y problemas vinculados a contratos y salarios, como en los levantamientos de tejedores en los Países Bajos entre 1320 y 1332; en la rebelión de los *ciompi* (tejedores) en Florencia en 1378, y en los disturbios en varias ciudades de Francia entre 1379 y 1383. Los movimientos urbanos -como los rurales- fueron duramente reprimidos pero también permitían percibir la quiebra de las antiguas formas corporativas.

Muchos de estos movimientos estuvieron revestidos de ideas religiosas. Si la religión era el sistema cultural e ideológico de toda la sociedad, también la protesta asumía lenguaje y formas religiosas. La protesta religiosa asumió varias formas. En Francia, ya desde 1256, jóvenes de ambos sexos, dedicados al vagabundeo y la mendicidad, engrosaron las bandas de místicos *{beguines)* que llevaban una vida de pobreza dedicados al trabajo manual. En Inglaterra, pese a la represión, durante mucho tiempo persistió el movimiento de los "lolardos", cuyas ideas resonaron en la rebelión campesina de 1381. En efecto, los lolardos habían recogido y llevado hasta sus últimas consecuencias algunos de los principios de John Wyclyff (1320-1384) -monje de Oxford considerado herético—, quien pretendía demoler el funcionamiento de las estructuras clericales de su época a través del mito del retorno al cristianismo primitivo. Los lolardos condenaron la corrupción, la molicie, la riqueza y el lujo desmesurado que corroían a la Iglesia en una crítica religiosa que se confundía con la crítica social. En toda Europa, aparecieron también los "flagelantes", bandas de hombres que recorrían las ciudades autocastigándose con correas con puntas de hierro (1349). Movimiento milenarista, ellos se preparaban para el fin del mundo y el advenimiento de la "edad de oro", edad que caracterizaban como un mundo más justo sin ricos ni pobres.

En síntesis, los movimientos religiosos que estallaron en el siglo XIV fueron movimientos heréticos e igualitarios y estaban señalando la crisis de la conciencia cristiana colectiva. Y esto se vinculaba también con el profundo impacto que la crisis producía sobre las mentalidades. La presencia constante de la muerte, sobre todo durante los años de la Peste Negra que diezmó a la población europea, transformaba la imagen de Dios: el Dios paternal era reemplazado por la imagen de un Dios vengativo, el Dios de la ira. Pero se transformaba también la misma idea de la muerte. Si antes la muerte era representada como un ángel, como un tránsito indoloro, a partir de 1350, comenzó a representarse como un ser cadavérico armado que causaba estragos a su alrededor. La muerte fue personificada como un poder autónomo, independiente de Dios, que podía actuar arbitrariamente por propia iniciativa.

Ante la idea de la arbitrariedad de la muerte surgieron entonces actitudes polarizadas. Unos procuraron salvar el alma, asumiendo una religiosidad más pura que permitía prepararse para la muerte. Y esta idea de purificación alimentó a los movimientos heréticos. Pero también, la cercanía de la muerte reforzó las actitudes hedonistas. Ante lo efímero de la vida, se valoró el goce, el erotismo y los placeres sensoriales. Esta fue la actitud que quedó plasmada en dos importantes textos literarios de la época, el ***Decamerón*** de Boccaccio (1313-1375) y los ***Cuentos de Canterbury,*** de Chaucer (¿1340Í-1400).

Pero la literatura también comenzó recoger y registrar manifestaciones -antes desechadas- de la cultura popular de tono fuertemente satírico. La "cencerrada", por ejemplo, era un alborotador y ruidoso ritual -apostrofes, clamores, gestos obscenos y de burla- que los jóvenes dedicaban a las personas de mayor edad que habían cometido algún acto de transgresión: el más frecuente era el matrimonio que violaba los límites habituales de la edad. Pero muchas veces, también la "cencerrada," en sus burlas mostraba elementos de crítica social, al mismo tiempo que con la música, el ruido, los bailes, los gestos proclamaban el triunfo del placer de sensorial. La Iglesia era hostil a estos rituales por su carácter licenciosos y por las máscaras que deformaban la figura natural del hombre hecha por Dios a su semejanza. De allí que en 1329 se amenazó, vanamente, con la excomunión a sus participantes. Pero esto tampoco impidió que la "cencerrada" fuera recogida por otros sectores sociales: como el culto autor de la ***Román de Fauvel.***[12]

En síntesis, si bien la cristiandad continuaba siendo presenrada como un todo armónico y el cristianismo seguía siendo el sistema cultural e ideológico de toda la sociedad, la crisis del siglo XIV comenzó a manifestar las rupturas. En primer lugar, la crítica al sistema eclesiástico y a lo que se consideraban "falsos" valores religiosos anunciaba la ruptura que implicó la Reforma en el siglo XVI. Además, como veremos, comenzaba a conformarse

[12] Obra blasfematoria y crítica, el Román de Fauvel satirizaba el estado deplorable de la corte de los reyes Felipe IV y Felipe V y enunciaba una profecía sobre el siniestro fin de ese mundo. Según el argumento, Fauvel -que vivía en un establo- es conducido por la Fortuna al palacio real donde rápidamente -en medio de los halagos cortesanos-se transforma en el señor más poderoso de mundo. En su espléndida corte, contrae matrimonio con la Dama Vana Gloria, unión de la que nacerán innumerables pequeños "Fauveles" que se esparcirán como una plaga por el mundo entero. En 1316, un amigo del autor, también magistrado de la Corte de París, puso música a la obra a partir de partituras originales (compuestas por Philippe de Vitry para tal fin) o adaptando otras composiciones anteriores (algunas de las cuales se remontan a fines del siglo XII).

cada vez con más vigor una cultura laica que ponía su acento en la razón. Es cierto que los herejes fueron condenados a la hoguera y que muchos intelectuales fueron perseguidos y enviados a prisión. Incluso, el Obispo de París llegó a condenar una serie de proposiciones de Tomás de Aquino —a pesar de que había sido canonizado en 1323- donde se distinguía la fe de la razón para unirlas después en una relación necesaria. Sin embargo, el movimiento continuó para culminar en la constitución de una cultura laica que tendrá su primera expresión en el Humanismo de los siglos XV y XVI.

Ciudades y monarquías

El efecto más notable de la crisis del siglo XIV fue el crecimiento de las ciudades. La multiplicación de barrios nuevos, adosados a las ciudades, provocó una brusca dilatación del espacio urbano. Esta ampliación quedó registrada en la construcción de nuevas murallas: la mayoría de ellas se levantaron entre 1300 y 1380. El caso de París es paradigmático: si las murallas del siglo XII rodeaban 275 hectáreas, las construidas en 1360 contenían 450 hectáreas. Eran ciudades también donde la preocupación por la apariencia resultaba más notable. Las disposiciones municipales buscaban el decoro —ordenaban la limpieza de las inmundicias, procuraban que los carniceros establecieran los mataderos fuera de las murallas— al mismo tiempo que las casas burguesas aparecían con nuevos adornos. Era una ciudad -de una gran heterogeneidad social- donde claramente los más ricos imponían un "orden burgués".

Era también una ciudad que se vinculaba cada vez más con el campo. En efecto, la quiebra de los marcos señoriales permitió a la ciudad extender el dominio sobre su entorno. Los burgueses ricos acentuaron las inversiones rurales, pero eran hombres que no estaban acostumbrados a las tareas agrícolas, por lo tanto, arrendaban las tierras o las explotaban con la ayuda de un administrador. Lo significativo era tal vez el cambio de actitud: la búsqueda permanente y consciente de la ganancia, expresada en el dinero que se transformaba en la medida del poder. En síntesis, la crisis nobiliaria abría las puertas del comercio de la tierra a nuevos inversores urbanos.

Junto con esta poderosa burguesía urbana, también se recortaron cada vez con mayor claridad nuevos grupos sociales, reclutados de las filas burguesas: los juristas -hombres de leyes-, o los nuevos funcionarios al servicio de la administración. La presencia de éstos, como la de los jefes de las bandas de guerreros mercenarios que actuaban mediante un contrato o ***condona*** -de allí la figura del ***condottiero-,*** se vinculaba estrechamente con las modificaciones que se estaban produciendo dentro de las monarquías.

Indudablemente, la debilidad de los señores feudales permitía el mayor fortalecimiento de las monarquías, la consolidación de esas entidades territoriales que constituían los reinos. La prueba más notable la constituyó tal vez la Guerra de los Cien Años que iniciada en 1339 como una lucha feudal culminó a mediados del siglo XV como una lucha entre monarquías. En síntesis, la profesionalización de la guerra, la aparición de sistemas fiscales para mantenerla, la validación de la política y la administración como una ocupación sentó las bases del poder de los reyes y de la formación de los nuevos estados.

Cronología[13]

395 Muere Teodosio, quien divide el Imperio Romano entre sus hijos Honorio, emperador de Occidente, y Arcadio, de Oriente.

406 Grupos germánicos invaden el Imperio Romano de Occidente. Se establecen en distintas regiones y comienzan a operar la disgregación política de la antigua unidad imperial.

466 Se establece el reino visigodo en España.

476 Es depuesto el último emperador romano de Occidente, Rómulo Augústulo.

486 Clovis establece el reino franco en la Galia; se inicia la dinastía de los merovingios.

493 Teodorico funda el reino ostrogodo en Italia.

518 Justino, quien establece las bases del Estado bizantino, asume el trono del Imperio Romano de Oriente.

632 Muere Mahoma después de haber dado unidad en el islamismo al mundo árabe. Lo sucede el califa Abu Beker, quien comienza la política de expansión.

713 Los musulmanes triunfan en la batalla de Guadalete y ocupan el territorio visigodo, excepto algunos valles del Cantábrico.

732 El mayordomo del reino franco, el duque Carlos Martel, impide el avance de los musulmanes al derrotarlos en la batalla de Poitiers.

750 En España se constituye un emirato bajo dependencia del Califa de Damasco con capital en Córdoba.

751 Pipino el Breve, que había heredado de su padre Carlos Martel el cargo de mayordomo del reino, despoja del trono franco a Childerico, inaugurando así la dinastía carolingia.

771 Carlos, hijo y heredero de Pipino el Breve, inicia la política de conquista con la que intenta reconstituir el antiguo Imperio Romano de Occidente y que le valió el nombre de Carlomagno.

'3 Kinder, Hermann y Hilgemann, Werner (1974), pp. 108-211.

800 El papa León III corona Emperador a Carlomagno, en Roma.

814 Tras la muerte de Carlomagno, el trono pasa a su hijo Ludovico Pío.

840 Después de la muerte de Ludovico Pío, comienza la guerra civil entre sus hijos por el título imperial.
Se intensifican los ataques normandos sobre Europa occidental.

843 Por el Tratado de Verdún se desmembra el Imperio Carolingio. Lotario recibe el título de emperador, meramente honorífico, y territorios en Italia; Luis, la Germania, y Carlos II el Calvo, la actual Francia.
El rey Carlos II el Calvo establece la obligatoriedad del juramento de fidelidad a los vasallos.

899 Comienzan los ataques magiares sobre la frontera este de Europa occidental.

911 En Alemania, tras la muerte del carolingio Luis el Germánico, los grandes señores de Sajonia, Franconia, Suavia y Baviera establecen una monarquía electiva.
En Francia, Carlos el Simple otorga a los normandos el ducado de la Normandía

912 Adberramán III inicia el período de mayor desarrollo del Emirato de Córdoba.

936 El duque de Sajonia, Otón I el Grande, ocupa el trono de Germania (Alemania), y hace prestar juramento de fidelidad a los duques alemanes.

962 Tras rechazar a los invasores que asolaban las fronteras y conquistar Italia, Otón I el Grande se corona emperador, creando el Sacro Imperio Romano Germánico.

980 Los daneses comienzan la conquista de Inglaterra.

987 Hugo Capero es coronado rey de Francia, reemplazando a la dinastía carolingia.

1016 Tras completar la conquista del territorio, el danés Canuto el Grande es rey de Dinamarca e Inglaterra.

1028 Canuto el Grande conquista Noruega, estableciendo un poderoso reino anglodanés.

1037 Fernando 1, rey de Castilla, obtiene León.

1056 Es electo en el trono del Sacro Imperio Romano Germánico, Enrique IV, de la casa de Franconia.

1059 Los normandos se instalan en el sur de Italia y comienzan la conquista de Sicilia.
Un sínodo establece la elección del Papa por voto secreto, para evitar las influencias de los poderes políticos.

°66 El duque de Normandía, Guillermo el Conquistador, tras triunfar en la batalla de Hasting, conquista Inglaterra.

073 Gregorio VII es designado Papa; su objetivo es consolidar el poder de la Iglesia y la autoridad papal.

1075 Comienza la Querella de las Investiduras, sobre a quién le corresponde investir a los obispos, entre el papado y el emperador Enrique IV.

1077 Como el Papa había excomulgado al Emperador y, en consecuencia, liberado a los nobles del juramento de fidelidad, en la "humillación de Canosa" el emperador Enrique IV se somete a Gregorio VII. Sin embargo, poco después se reiniciaron las hostilidades.

1085 En la guerra contra los musulmanes, Alfonso VI de Castilla y León toma Toledo que se transforma en la capital del reino.

1095 El papa Urbano II convoca en Clemont un Concilio que decide la organización de las Cruzadas.

1097 La primera Cruzada es organizada por señores normandos, franceses, alemanes y flamencos.

1099 Los cruzados toman Jerusalén. Se establece un señorío cristiano, bajo la autoridad de Godofredo de Bouillon que roma el título de Protector del Santo Sepulcro.

1118 El rey de Aragón, Alfonso I, conquista Zaragoza.

1119 Se funda la Orden de los Caballeros de Templo.

1122 El Concordato de Worms, entre el papa Calixto II y el emperador Enrique V, pone fin a la Querella de las Investiduras, aunque los conflictos entre el papado y el Emperador por la supremacía del poder continuarán.

1127 Ciudades flamencas obtienen cartas de franquicias.

1138 Comienzan los conflictos entre dos grandes partidos que se forman en Alemania e Italia: güelfos, partidarios del Papa, y gibelinos, partidarios del Emperador.

1147 Se organiza la segunda Cruzada bajo el liderazgo de los Hohenstaufen, con la alianza del rey de Francia Luis VII.

1152 Federico I Barbarroja, de la casa de Suavia, de la familia de los Hohenstaufen, es electo Emperador. Sus intenciones de afirmar el poder imperial intensifican el enfrentamiento con el papado.
En Francia, Enrique de Plantagenet, duque de Normandía y conde de Anjou, se subleva contra Luis VIL

1154 Enrique de Plantagenet es coronado rey de Inglaterra, como Enrique II. La guerra feudal se convierte en la guerra entre dos reinos, Francia e Inglaterra.

1176 Federico Barbarroja es derrotado en la batalla de Legnano por la Liga Lombarda, formada por las ciudades italianas por inspiración del papado.

1187 El sultán Saladino toma Jerusalén.

1189 Se inicia la tercera Cruzada encabezada por el emperador Federico Barbarroja, el rey de Inglaterra, Ricardo Corazón de León, y el rey de Francia, Felipe Augusto.

1191 Los cruzados toman San Juan de Acre.

1197 Federico II Hohenstaufen es electo emperador. Continúan las luchas con el papado.

1202 El papa Inocencio III convoca la cuarta Cruzada.

1204 Se funda el efímero Imperio Latino de Oriente del que Balduino de Flandes es el primer emperador.

1212 Alfonso VIII de Castilla derrota a los musulmanes en las Navas de Tolosa, encerrándolos en Andalucía.

1214 El rey de Francia, Felipe Augusto, derrota a los ingleses en la batalla de Boivines.

1215 En Inglaterra, los nobles imponen al rey Juan Sin Tierras la Carta Magna, que establece garantías contra la autoridad de los reyes.

1228 El emperador Federico II organiza la quinta Cruzada, sin el concurso de la Iglesia, por sus conflicros con el papado. Realiza negociaciones con los musulmanes por las que obtiene Jerusalén y ventajas que favorecieron el movimiento comercial.

1236 El rey de Castilla, Fernando III el Santo, conquista Córdoba.

1244 Los musulmanes reconquistan definitivamente Jerusalén.

1248 El rey de Francia, Luis IX -más tarde San Luis- organiza la sexta Cruzada, que riene como objetivo Egipto, la base más fuerte del poder musulmán.

1250 Tras la muerte de Federico II, por presión del papado, la corona imperial queda vacante por un largo período. El "gran interregno alemán" favorece el desarrollo de las ciudades libres en Italia y Alemania. El Reino de las Dos Sicilias es entregado a Carlos de Anjou, hermano del rey de Francia, Luis IX que llega a ser el más poderoso arbitro de los asuntos europeos.

1252 El rey de Castilla, Alfonso X el Sabio, dicta las Siete Partidas por las que reorganiza el orden político y jurídico del reino de acuerdo a los principios del derecho romano.

1258 En Inglaterra, los señores hacen suscribir al rey Enrique III los Estatutos de Oxford, que establecen la obligación del rey de gobernar asistido por un consejo de nobles.
Inglaterra y Francia firman el Tratado de París que pone fin a los conflictos entre ambos reinos. Sin embargo, las relaciones no fueron cordiales ya que la posesión de la Guyena (Aquitania) ponía al rey de Inglaterra en condición de vasallo del de Francia y ambos reinos tenían intereses encontrados en Flandes.

1270 Luis IX organiza la última Cruzada que fracasa en parte por la muerte del rey frente a Túnez.

1273 Finaliza el "interregno alemán" y Rodolfo de Habsburgo es electo emperador.

1282 En las "vísperas sicilianas", los franceses son expulsados de Sicilia que es ocupada por los aragoneses.

J315 Comienza en Europa la crisis agrícola con hambrunas generalizadas.

327 Sube al trono de Inglaterra Eduardo III, a quien se debe la división del parlamento en dos cámaras, la de los lores y la de los comunes.
Comienza la Guerra de los Cien Años. Ante la falta de descendencia de los últimos reyes franceses, Eduardo III de Inglaterra, alegando sus dere-

chos como nieto de Felipe el Hermoso, reclamó el trono de Francia. La elección recayó, sin embargo, en Felipe de Valois, que fue coronado como Felipe VI. Se iniciaron entonces las hostilidades.

1346 Los ingleses derrotan a Felipe VI en la batalla de Crecy y se apoderan del puerto de Calais.

1348 Comienza la Peste Negra que obligó a los beligerantes a una tregua.

1356 Reanudada la lucha, el hijo del rey de Inglaterra, el Príncipe Negro, derrota y toma prisionero al rey francés Juan el Bueno, sucesor de Felipe VI. La Bula de Oro establece el sistema de designación de los emperadores que queda a cargo de siete electores. También se establece una Dieta que se reserva la resolución de los asuntos más importantes del imperio.

1358 Levantamientos urbanos y campesinos (la *jacquerie)* en Francia.

1360 Se forma la paz de Bretigny, por la que Francia estipula el retorno del rey y la compensación a los ingleses en dinero y territorios.

1378 La ofensiva francesa, a cargo de Bertrand du Guesclin, reduce a los invasores ingleses al puerto de Calais.

1381 Levantamiento campesino en Inglaterra.

1388 Inglaterra y Francia pactan una tregua.

1399 En Inglaterra, los nobles se sublevan contra el rey Ricardo II que es depuesto por el Parlamento. El jefe de los insurrectos, Enrique de Lancaster, es coronado como Enrique IV.

1407 En Francia, se entabla la lucha por el poder entre el Duque de Orleans, que ejercía la regencia por la incapacidad del rey Carlos VI, y Juan Sin Miedo, duque de Borgoña.

1415 Enrique V de Inglaterra reinicia las hostilidades contra Francia y triunfa en la batalla de Azincourt, apoderándose de la Normandía. El duque de Borgoña, que se había apoderado de Flandes y los Países Bajos, rompe con el rey de Francia y formaliza su alianza con el monarca inglés.

1420 Se firma el Tratado de Troyes por el que se establece la futura unión de los reinos de Francia e Inglaterra. Para ello se deshereda al delfín Carlos y se da en matrimonio a Enrique V una hija de Carlos vi para que el descendiente pueda asumir la doble corona.

1422 A la muerte de los reyes de Francia e Inglaterra, Enrique, de un año de edad, es coronado en ambos reinos. Comienzan los conflictos con quienes reconocen al delfín como Carlos VII, rey de Francia.

1429 Juana de Arco encabeza la lucha francesa. Cae el sitio de Orleans y Carlos VII es coronado en Reims.

1431 Juana de Arco es condenada a morir en la hoguera tras ser apresada por los partidarios del duque de Borgoña y entregada a los ingleses.

1435 Por medio del Tratado de Arras se firma la paz entre los borgoñeses y Carlos VIL

1436 Carlos VII toma París.

1449 Se inicia la campaña francesa para desalojar a los ingleses de Normandía y Guyena.

1453 La victoria francesa de Castillon pone fin a la Guerra de los Cien Años. Los turcos toman Constantinopla.

Referencias bibliográficas

Duby, George (1985), *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea,* Madrid, Siglo XXI, primera parte, cap. 2 "Las estructuras sociales", tercera parte "Las conquistas campesinas. Mediados del siglo Xl-fines del siglo XII", pp. 39-60 y 199-342, respectivamente.

Fossier, Robert (1996), *La sociedad medieval,* Barcelona, Crítica, tercera parte "La aceleración, 1270-1520", pp. 371-477.

Gurevic, Aron J. (1990), "El mercader", en Jacques Le GofF (ed.), *El hombre medieval,* Madrid, Alianza, pp. 255-294.

Hilton, Rodney (1984), *Siervos liberados. Los movimientos campesinos medievales y el levantamiento inglés de 1381,* Siglo XXI, Introducción y cap. 1 "La naturaleza de la economía campesina medieval", Madrid, pp. 7-78.

Kinder, Hermann y Hilgemann, Werner (1974), *The Penguin Atlas of World History. Vol. I: From the Beginnig to the Eve of the French Revolution,* Middlesex-Nueva York, Penguin Books, pp. 108-211.

Romano, Ruggiero y Tenenti, Alberto (1972), *Los findamentos del mundo moderno,* Historia Universal Siglo XXI, vol. 12, Madrid, Siglo XXI, cap. 1 "La 'crisis' del siglo XIV", pp. 3-39.

Romero, José Luis (1967), *La Revolución burguesa en el mundo feudal,* Buenos Aires, Sudamericana, tercera parte, cap. 1 "Los enfrentamientos sociales"; primera parte, cap. 3, punto I "Las formas de mentalidad señorial"; cuarta parte "La formación del orden feudoburgués. Los cambios de mentalidad", caps. 1, 2, y 3.

———(1984), *La cultura occidental,* Buenos Aires, Legasa, cap. I "Introducción" y cap. II "Los legados".

CAPÍTULO II
LA ÉPOCA DE LA TRANSICIÓN: DE LA SOCIEDAD FEUDAL A LA SOCIEDAD BURGUESA (SIGLOS XV-XVIII)

Comprender el tránsito, en Europa occidental, de la sociedad feudal (caracterizada por el predominio del trabajo servil) a la sociedad burguesa, donde dominan relaciones de tipo capitalista (caracterizadas por la separación entre trabajo y medios de producción y por la conformación de un mercado libre de trabajo asalariado) implica el análisis de una serie de etapas, marcadas por profundas transformaciones económicas y sociales.

1. La expansión del siglo XVI

Como ya señalamos en el capítulo I, a partir de 1317 comenzaron a registrarse en Europa las primeras crisis cíclicas que sacudieron las bases del sistema feudal. Malas cosechas -por problemas climáticos y fundamentalmente por tierras desgastadas— se tradujeron en hambrunas y epidemias. La mortandad fue acompañada por la huida de los campesinos que abandonaban los campos. De este modo, en 1348, la peste negra cayó sobre una población ya profundamente debilitada y creó verdaderos vacíos demográficos. El problema principal fue la falta de mano de obra, de brazos que trabajasen la tierra.

La crisis del siglo XIV fue una crisis económica (llamada por algunos autores, como Eric Hobsbawm, la crisis de la "agricultura feudal"), pero fundamentalmente fue una crisis social: el debilitamiento de los vínculos de servidumbre puso en jaque las bases del poder de los señores feudales.[1]

Los movimientos campesinos (la *jacquerie,* en Francia en 1358, y los levantamientos ingleses de 1381, entre otros menores) fueron expresión de esta crisis. Pero también el ascenso de las burguesías urbanas con la imposición de nuevas formas económicas y el predominio del dinero constituyó otra amenaza para el poder de los señores feudales.

[1] Véase Hobsbawm, EricJ. (1982).

A pesar del fuerte impacto que para las sociedades europeas significó la crisis del siglo XIV, sin embargo, ésta trajo los gérmenes del posterior desarrollo: las transformaciones de la producción agropecuaria y de las manufacturas, la aparición de nuevas áreas comerciales y el desarrollo de los mercados locales. Incluso, el debilitamiento del poder feudal implicó la consolidación de las monarquías que se transformaron en importantes agentes económicos.

La formación de los imperios coloniales

A fines del siglo XV —tras un largo período de estancamiento- comenzaron a detectarse los primeros síntomas de reactivación que dieron origen a un proceso de expansión económica a lo largo del siglo XVI. El fenómeno más notable fue el proceso de expansión hacia la periferia iniciado por España y Portugal que culminó con la creación de dos inmensos imperios coloniales. La economía europea se transformaba en una economía mundial.

Tanto España como Portugal contaban -por distintas razones, fundamentalmente, la guerra contra los musulmanes- con poderes monárquicos tempranamente consolidados. Eran además poderes dispuestos a apoyar empresas de gran envergadura que ampliaran el horizonte económico: búsqueda de nuevas rutas y áreas de influencia, control de circuitos económicos cada vez más amplios. Los motivos pueden encontrarse tal vez en la necesidad de encontrar una salida a la tensión social, a conflictivas situaciones internas: en Castilla, por ejemplo, una nobleza de hidalgos empobrecidos esperaba que la corona les abriera la posibilidad de conseguir las tierras que no tenían. A esto se unían otros factores que posibilitaron las empresas: una buena tradición marinera, desarrolladas técnicas de navegación (la carabela se conocía desde 1440), un adecuado desarrollo en astronomía y cartografía, una favorable posición geográfica sobre el océano Atlántico.

Esta expansión hacia la periferia culminó, entre fines del siglo XV y las primeras décadas del siglo XVI, de un modo notable: en 1488, Bartolomé Díaz llegaba al sur de África, al Cabo de Buena Esperanza; en 1492, Colón a América; en 1498 Vasco de Gama a Calcuta; entre 1519 y 1520 la expedición de Magallanes realizaba el primer viaje de circunnavegación.

Tras una etapa de exploración, comenzaron los asentamientos que dieron origen a dos imperios coloniales que prácticamente se dividieron el mundo.[2] Metales americanos, pimienta desde Oriente, esclavos desde África se transformaron en el trípode que permitieron a la economía europea transformarse en una economía mundial.

[2] Véase Mackenney, Richard (1996), cap. II "Los síntomas de la expansión".

Los dos imperios tuvieron características diferentes. El portugués fue una extensa línea de puntos en la costa (puertos, depósitos, factorías) destinada a controlar el tráfico marítimo. El español, en cambio, se apoyó en la conquista de territorios y poblaciones. Sin embargo, ambos compartieron una misma concepción de la economía: se consideraba que la riqueza no se creaba, sino que se acumulaba. Era una concepción estática de la riqueza que la consideraba (como la tierra) un bien inmóvil. Era aún una concepción medieval de la economía que se expresaba en la necesidad de reservarse para sí todos los mercados y que consideraba el monopolio como la garantía para una mayor acumulación.

Las transformaciones del mundo rural. Agricultura comercial y refeudalización

También en Europa comenzaron a detectarse los síntomas de reanimación: aumento demográfico, desarrollo de la agricultura y de la producción manufacturera. Como señala Peter Kriedte, el primer indicio lo constituyó el crecimiento de la población.[3]

Ya a partir de mediados del siglo XV comenzaron a aflojarse los controles demográficos. Si durante la crisis, una de las formas de mantener una adecuada proporción entre población y alimentos había sido mantener alta la edad de los casamientos y favorecer el celibato, estos mecanismos comenzaron a aligerarse: decrecía la edad de los matrimonios -lo que era signo de tierras disponibles, de que las nuevas familias podían tener una fuente de ingresos- y esto se traducía en un aumento de la tasa de natalidad. Hacia el siglo XVI, la población europea había alcanzado nuevamente los niveles anteriores a la crisis del siglo XIV; sin embargo, había cambios: el mayor crecimiento de la población se concentraba en las regiones del oeste y norte de Europa, en detrimento de las regiones del Mediterráneo. Es un dato que el eje económico europeo estaba comenzando a cambiar.

El crecimiento demográfico exigía una mayor producción de alimentos, fundamentalmente cereales. Como consecuencia, otra vez se roturaron tierras que habían sido abandonadas y se expandió la superficie cultivada. Pero los cambios también se registraron en las formas que asumía la organización de producción. Como señala Kriedte, la organización de la pro-

[3] Véase Kriedte, Peter (1986), cap. I "La época de la revolución de los precios".

ducción comenzó a desarrollarse en formas divergentes en Europa occidental y en Europa oriental. Los polos más extremos fueron, por un lado, Inglaterra, donde se desarrolló una agricultura comercial con incipientes relaciones capitalistas; por otro, Polonia y el oriente de los territorios alemanes en donde la expansión agrícola se realizó sobre el reforzamiento de la servidumbre feudal.

En algunas regiones, la necesidad de expandir los campos de cultivo entró en contradicción con las características que la producción agropecuaria había adquirido tras la crisis del siglo XIV: los campos de labranza que habían quedado vacíos se habían convertido en tierras de pastoreo. En Inglaterra, las tierras se transformaron en pasturas dedicadas a enormes rebaños de ovejas cuya lana era el principal abastecimiento de las manufacturas del continente. Como Tomás Moro denunciaba en ***Utopía,*** "las ovejas se comían a los hombres". La necesidad de conciliar la alimentación de los hombres con la alimentación de los animales reforzó el sistema de explotación agropecuaria rotativa. Las tierras de labranza eran transformadas periódicamente en praderas, para convertirlas después en campos de labor. La roturación periódica y el estiércol mejoraron además la calidad de la tierra.

Este sistema tuvo un profundo impacto en el mundo rural: comenzó a transformar la antigua estructura de la aldea campesina, con su antigua organización basada en campos abiertos ***(open field)*** y trabajo comunitario.

En efecto, la rotación agropecuaria, es decir la combinación de agricultura y pastoreo, era sólo posible en campos aislados o cercados. Era necesario entonces dar un nuevo diseño a las tenencias: concentrar y unificar las pequeñas parcelas para aumentar su eficiencia económica. Los promotores de los cercamientos fueron principalmente los grandes terratenientes que podían exigir precios de arrendamientos más altos en las tierras cercadas. A pesar de que en la nueva redistribución de la tierra se debían respetar los derechos proporcionales anteriores, para los campesinos la suerte fue dispar. Algunos pudieron aprovechar la situación y transformarse en arrendatarios, incluso, arrendatarios ricos. Pero para la mayor parte la única salida, ante la pérdida de la tierra, fue transformarse en trabajadores asalariados. En síntesis, las leyes del mercado comenzaban a modificar la sociedad agraria inglesa.

En la zona centro-oriental de Europa, en particular en Polonia, también hubo una importante expansión del cultivo de cereales, que se destinaban a la exportación. Para ello, los cereales eran trasladados en balsa por el río Vístula hasta Danzig, el principal puerto del Báltico. Los grandes señores eran quienes impulsaban esta agriculrura con destino al mercado: para aumentar la producción y obtener el excedente exportable multiplicaron entonces los censos e intensificaron las cargas serviles sobre los campesinos. Sin embargo, esto no fue una simple vuelta al pasado. Este reforzamiento de la servidumbre se dio dentro de un tipo de economía que se organizaba ya no en función del señorío sino en función del mercado de exportación.

Entre ambos polos -agricultura comercial y refeudalización- se registraba una gran variedad de situaciones intermedias donde se combinaban viejos y nuevos elementos. En el sur de Francia, por ejemplo, se difundió el sistema de aparcería, en donde el terrateniente le entregaba tierras a un campesino, le adelantaba la semilla, el costo de los útiles de labranza e incluso lo necesario para la manutención de la familia a cambio de la mitad de la producción en bruto. Era un sistema donde elementos nuevos como el arrendamiento se confundía con antiguos vínculos sociales y que fácilmente -tal como en muchos casos ocurrió- podía deslizarse a un tipo de relación feudal.

A pesar de la existencia de situaciones diversas, la organización de la expansión agrícola en dos polos divergentes fue la principal característica de la expansión del siglo XVI. En sus contradicciones -como veremos más adelante-, algunos autores encuentran alguna de las claves de la "crisis" del siglo XVII.

Las transformaciones de las manufacturas y el comercio. Capital mercantil y producción manufacturera

La crisis del siglo XIV había afectado menos a la economía manufacturera que a la agricultura. Se habían visto trastocadas las industrias de lujo, organizada en rígidas corporaciones, dedicadas a elaborar -como los paños de Florencia- productos de alto precio y calidad, dirigidos a un mercado restringido, pero no había perjudicado a la industria domiciliaria rural, que se basaba en la capacidad para tejer de la familia campesina.

Y este tipo de industria domiciliaria habrá de sentar las bases de la expansión manufacturera del siglo XVI.

Las manufacturas fueron reactivadas por el aumento de una demanda que surgía del crecimiento de la población y de los mercados que nacían con la expansión de ultramar. La principal manufactura continuó siendo -con excepción de algunos casos regionales- la producción textil, que llena una necesidad humana básica después de la alimentación. Sin duda el autoabastecimiento era aún muy alto en una sociedad donde el mundo rural seguía siendo dominante, pero el aumento de la demanda y la diversi-

ficación de la sociedad permitió el desarrollo de las ***new draperies,*** géneros relativamente baratos hechos con lana cardada. Estos desarrollos permitieron, además, consolidar y colocar en un primer plano formas organizativas de la producción que ya se ubicaban claramente fuera de las antiguas corporaciones medievales.

En efecto, en las pequeñas ciudades y en el campo se afianzó el sistema de trabajo a domicilio. Eran pequeños productores que dependían de un comerciante que los abastecía de materia prima, les otorgaba crédito y luego recogía el producto para distribuirlo muchas veces en mercados muy distantes. En síntesis, era el capital mercantil el que organizaba y dominaba la producción.

La expansión del comercio fue otra de las características de este período. El mercado de ultramar transformó, como ya señalamos, al mercado europeo en un mercado mundial, en el cual holandeses e ingleses comenzaron a disputar a Portugal su predominio en Oriente. Se trataba todavía de un comercio que mantenía caracrerísticas tradicionales: especias y metales preciosos, es decir, productos de precio alto, dirigidos a una demanda restringida. Sin embargo, en algunas regiones, como en el Báltico y en el Mar del Norte, el comercio comenzaba a adquirir características modernas: ganado, cereales, textiles, es decir, productos de mayor volumen y bajo precio, dirigidos a una demanda masiva. El intercambio también reflejaba los cambios más profundos de la esfera económica.

La expansión del siglo XVI se daba, sin embargo, dentro de marcos que aún eran predominantemente rurales. La imposibilidad de romper con estos marcos llevó a este proceso expansivo a encontrar sus propios límites. Como veremos, la "crisis" del siglo XVII, al borrar estos obstáculos creó las condiciones para el advenimiento del capitalismo.

2. El Estado absolutista y la sociedad

La formación del Estado absolutista

La crisis del siglo XIV, al debilitar el poder feudal, favoreció no sólo la consolidación territorial de los reinos, sino también el fortalecimiento del poder de los reyes, poder que tendió cada vez más hacia el modelo de la ***Monarquía absoluta.***[4] Según este modelo, que se afianzó en los siglos XVI y

[4] Véase Schiera, Pierangelo (1987).

XVII, el poder del rey debía situarse en la cúspide de la sociedad, sin ninguna otra instancia a la que se pudiera apelar. Dentro de las monarquías feudales -pese a la fragmentación del poder- siempre había permanecido la ¡dea de una última instancia un poco imprecisa, el Papa o el Emperador, que además controlaba y legitimaba ese poder real. Dentro de la nueva concepción de la monarquía, la idea de esta instancia superior desaparecía: por encima del rey sólo se encontraba Dios. Los límites al poder monárquico solo podían ser puestos por las leyes de la naturaleza o por las leyes divinas. El modelo finalmente fue organizado en su forma más precisa por Jacques Bossuet (1627-1704), quien formuló la teoría del origen divino del poder real.

Este aumento del poder de los reyes había surgido de una situación de hecho; era necesario, por lo tanto, consolidarlo y legitimarlo. Para ello, las monarquías encontraron un formidable instrumento en el viejo derecho romano. Este derecho que regía las relaciones entre el Estado y sus subditos otorgaba a los reyes la base de su soberanía: la ***lex.*** Tal como formuló este principio, otro de los teóricos del absolutismo, Jean Bodin, a fines del siglo XVI, el rey era soberano por su facultad para hacer leyes y hacerlas cumplir. Mediante la legislación, los reyes podían modificar costumbres y tradiciones, borrar el viejo derecho consuetudinario que regía a la sociedad e imponer nuevas condiciones.

Al mismo tiempo que la soberanía se fundamentaba en la capacidad para legislar, el poder real perdía sus atributos personales: el rey personificaba al Estado. Sus acciones debían encaminarse de acuerdo con criterios y normas de comportamiento político según el principio de la "razón de Estado" que había formulado el florentino Nicolás Maquiavelo (1469-1527) en ***El Príncipe.*** El objetivo era alcanzar "la felicidad del reino" entendida como la prosperidad y la seguridad de todos los subditos.[5]

El funcionamiento del Estado absoluto necesitaba también de instrumentos adecuados: organizar los impuestos, el aparato burocrático, los ejércitos y la diplomacia. De allí las innovaciones institucionales que comenzaron a registrarse desde comienzos del siglo XVI. En primer lugar, se organizó un nuevo sistema fiscal y, fundamentalmente, la recaudación de impuestos: la talla (dedicada al mantenimiento de los ejércitos) y los impuestos indirectos que gravaban el tabaco, el vino y la sal. La cuestión no fue simple. Las necesidades crecientes del Estado llevaron a que los impuestos aumentaran constantemente a lo largo de este período. La situación más difícil fue para

[5] Anderson, Perry (1985), pp. 9-37.

los campesinos ya que, muchas veces, los impuestos reales se sumaban a los censos señoriales. De allí las constantes sublevaciones que tuvieron como objeto de su ira al recaudador real.

También fue necesario organizar un aparato burocrático. Pero el Estado, con necesidad creciente de recursos, lo organizó a través de la venta de cargos. Los cargos eran comprados tanto por la pequeña nobleza, que aspiraba a las compensaciones monetarias, como por la burguesía, que encontró en la compra de cargos una forma de ascenso social: fue una vía para acceder al ennoblecimiento, para integrar la nobleza de toga, responsable de la burocracia estatal. Esta mercantilización de la función pública implicó para la monarquía un beneficio doble: obtener recursos, pero además, romper las viejas alianzas, alejar del manejo del Estado a la conflictiva nobleza de sangre o de espada y asegurarse la lealtad de funcionarios que debían al rey -y sólo al rey- las posibilidades del ascenso social.

La necesidad permanente de recursos se debía fundamentalmente a la necesidad de mantener los ejércitos, integrados en su gran mayoría por soldados mercenarios extranjeros, que preferentemente ni la lengua del país conocieran. Se consideraba que esto -la imposibilidad de comunicación- ayudaba a una de las funciones que estos ejércitos debían desempeñar: aplastar las sublevaciones campesinas. Además de mantener el orden interno, la función de estos ejércitos era sostener las guerras externas. Los siglos XVI y XVII fueron épocas de constantes conflictos entre los distintos estados. Esto encuentra su fundamento en esa concepción estática de la riqueza, expresada en el mercantilismo, que consideraba que ésta -como ya señalamos- no se producía, sino que se acumulaba. Esta concepción se traducía en políticas belicistas: la forma más rápida y legítima de obtener recursos era conquistar territorios y poblaciones sobre las que aplicar el fisco. Tales son, por ejemplo, los objetivos de las interminables guerras que sostuvieron en Italia, el emperador Carlos V y Francisco I de Francia y que continuaron sus herederos (1522-1559); la anexión de Portugal hecha por Felipe II de España, y las guerras mantenidas por Luis XIV en función del principio de las "fronteras naturales" (1667-1697). Como señala Perry Anderson, los estados absolutistas eran "maquinarias construidas para el campo de batalla".

La diplomacia, que adquirió estabilidad en este período, se constituyó en el complemento pacífico de la guerra. Pero su objetivo continuaba siendo el mismo: la anexión de territorios. Este objetivo se alcanzaba a través de alianzas que asumían principalmente la forma de alianzas matrimoniales. A partir de una concepción que consideraba aún al territorio como patrimonio de una dinastía era posible mediante adecuados matrimonios

incorporar nuevas tierras a la corona. En este sentido, el imperio de Carlos V fue el producto más notable del sistema de alianzas matrimoniales.

¿Qué papel cumplió el ***absolutismo*** en este proceso de tránsito hacia el capitalismo? Como señala Perry Anderson, tras una aparente modernidad, el Estado absoluto se organizó según una racionalidad arcaica. En última instancia, su función fue proteger a una nobleza amenazada por la sublevación campesina y el ascenso de la burguesía. Es cierto que, dentro de los marcos del Estado absoluto, la nobleza perdió su vieja función política, pero pudo mantener intacta su posición económica y sus privilegios sociales. Si una nobleza debilitada no podía contener la liberación campesina ni obtener nuevas tierras, estas funciones corrieron por cuenta del Estado. Dicho de otra manera, el Estado absoluto fue la última forma política que adquirió el feudalismo, sólo que el punto de referencia ya no fue el señorío sino que se amplió a los marcos territoriales del reino. Según Anderson: "La dominación del Estado absolutista fue la dominación de la nobleza feudal en la época de la transición al capitalismo. Su final señalaría la crisis del poder de esa clase: la llegada de las revoluciones burguesas y la aparición del Estado capitalista."

Las resistencias al Estado absolutista: sublevaciones campesinas y revoluciones burguesas

El Estado absolutista constituyó básicamente un modelo al que las distintas monarquías intentaban acercarse lográndolo con distintos grados de éxito. En rigor, la coincidencia con el modelo nunca fue total por la existencia de poderosos obstáculos. Cuerpos como los Estados Generales (que representaban a los tres órdenes: el clero, la nobleza y el estado llano), en Francia; las Cortes, en España; el Parlamento, en Inglaterra, constituían límites al poder real. Estos cuerpos estaban todavía muy lejos de ser instituciones representativas de carácter moderno; por el contrario, tenían aún un fuerte espíritu medieval: constituían, en última instancia, la institucionalización del "consejo" que los vasallos debían prestar al señor. Aun la designación de Pares dada a la alta nobleza guardaba la memoria de la imagen del rey como el "primero entre los iguales". En este sentido, constituían un fuerte obstáculo a la consolidación del absolutismo.

Es cierto que, a lo largo del siglo XVI, las monarquías se impusieron sore esos cuerpos: en Francia, los últimos Estados Generales, antes de la Revolución Francesa (1789), se reunieron en 1615; en España, antes de las guerras napoleónica, las últimas cortes se reunieron en 1665; en Inglaterra,

la corona disolvió al Parlamento en 1629. Pero no podía borrarse fácilmente la larga tradición que señalaba que el monarca debía gobernar con el consejo de los grandes nobles, de los pares del reino. Esta cuestión de la participación de la nobleza en el poder se hacía evidente, sobre todo, en los períodos de minoridad del rey: el reino quedaba a cargo de un Regente, muchas veces tío del monarca, asesorado por un Consejo Real. Cuando el rey alcanzaba su mayoría de edad, resultaba muy difícil quitar a los nobles esa participación que habían tenido en el poder.

Pero los límites al Estado absolutista también se debieron a las resistencias que partían de la sociedad: nobles que pugnaban ante la pérdida de su poder político, pero fundamentalmente campesinos sublevados y burguesías que resistían a favor de las autonomías urbanas. En 1548, por ejemplo, estalló la "gran sublevación" de la Guyena que unió a 10.000 campesinos. Ante un nuevo impuesto que cargaba la sal, elemento vital para la economía doméstica, los sublevados pusieron en fuga a los recaudadores reales y sitiaron las ciudades en las que se refugiaron; algunas de estas ciudades, como Burdeos, incluso fueron tomadas y los cuerpos destrozados de los recaudadores arrojados al río. La represión no se hizo esperar: se apresó a los cabecillas, se los juzgó y ajustició, y se quitaron las campanas de las aldeas.

Como señala Oscar Di Simplicio, esta sublevación campesina puede considerarse un "modelo" ya que presentó todos los elementos que caracterizaron las revueltas posreriores, incluso fuera de Francia: malestar social, fiscalidad en aumento, frente unido de aldeas en lucha, cabecillas de diferente extracción social, hostilidad a la burguesía y a la ciudad en su conjunto, y por último, represión de la corona.[6]

También las burguesías resistieron. Dentro de ese "feudalismo reorganizado" que fue el Estado absoluto, la burguesía también pudo consolidar sus posiciones, dentro de los límites que imponía una sociedad mayoritariamente rural. El crecimiento del comercio a través de las empresas coloniales y las compañías mercantiles, el desarrollo de las manufacturas, las nuevas formas de inversión creadas por el mismo Estado fueron los medios por los que la burguesía pudo imponer al dinero, cada vez más, como medida de la riqueza. En este sentido, el resurgimiento del derecho romano también puede vincularse con el ascenso de la burguesía. En efecto, ésta había puesto en marcha un tipo de economía que difícilmente se ajustaba al viejo derecho consuetudinario. En cambio, el derecho romano proporcionaba principios, como el de propiedad privada absoluta, que se ajustaba más adecuadamente a sus actividades.

[6] **Véase Di Simplicio, Oscar (1989), pp. 67-94.**

Pero el Estado absolutista también imponía límites. Dentro de una concepción centralizada del poder no había márgenes para ningún tipo de autonomía, ni para los señoríos, ni para las ciudades. De allí, las sublevaciones burguesas en defensa de los privilegios urbanos. Pero también dentro de las ciudades, el abuso de poder de las oligarquías urbanas era factor de conflicto: artesanos y pequeños comerciantes exigían una mayor participación. De este modo las revueltas urbanas -como la de Bourdeos en 1635, Rouen y Caen en 1639 o de Moulins en 1640— tuvieron una composición diversificada. El dominio numérico era, sin duda, de los sectores populares urbanos, pero también participaban miembros del clero, intelectuales, burgueses acaudalados e incluso algunos miembros de la pequeña nobleza. En estas revueltas, como en el caso de las sublevaciones campesinas, el conflicto social estaba presente, pero el componente político constituía su signo distintivo.

Los resultados de estas resistencias sociales señalaron caminos divergentes para las monarquías en Francia y en Inglaterra. En Francia, el movimiento conocido como "La Fronda", que estalló en París a partir de 1648, y que pronto se extendió a otras provincias, sumó distintas protestas: desde las resistencias de la nobleza ante el aumento del poder monárquico hasta el descontento generalizado de campesinos, burguesía y sectores populares urbanos por los altos impuestos destinados a saldar las deudas contraídas durante la Guerra de los Treinta Años. El movimiento, que creció alentado por los sucesos que estaban ocurriendo en Inglaterra, alcanzó una magnitud sin precedentes hasta que finalmente fue sofocado por los ejércitos reales. Como resultado, el poder del rey quedó indudablemente fortalecido.

En Inglaterra, en cambio, el proceso fue inverso. Los intentos de implantar una monarquía absoluta durante los reinados de Jacobo I y de Carlos I -sumados a los conflictos religiosos- provocaron una agitación social que desembocó en una guerra civil, en la que Carlos I fue derrotado, tomado prisionero y ejecutado (1648). Durante un período, gobernó Oliveno Cromwell como Lord Protector y se instauró la República, iniciando un período que asentó la futura supremacía marítima y comercial de Gran Bretaña al firmarse las Leyes de Navegación (1651) que protegía los intereses navales ingleses.[7]

Si bien posteriormente se restauró la monarquía con Carlos II, durante el gobierno de su sucesor, Jacobo II, volvieron a reanudarse los conflictos entre el monarca y el Parlamento. Tras la "gloriosa revolución" (1688),

[7] **Véase Rudé, George (1981), pp. 105-103.**

los nuevos monarcas, Guillermo y María, debieron aceptar la Declaración de Derechos. Allí se establecía que el rey debía pertenecer a la Iglesia anglicana y que no podía convocar ejércitos, ni establecer o suspender leyes o cobrar nuevos impuestos sin autorización del Parlamento. En síntesis, se establecieron los principios de la ***monarquía limitada,*** sobre la que construyó su teoría política el filósofo inglés John Locke (1632-1702), y que se transformó en modelo para aquellos que lucharon contra el poder absoluto de los reyes.

Y en estos caminos divergentes que recorrieron Francia e Inglaterra puede encontrarse una de las claves de la evolución posterior que configurará el carácter de las "revoluciones burguesas".

Aristocracias y burguesías. La corte y la ciudad

En donde pudieron controlarse las resistencias, como en el caso de Francia, la monarquía quedó fortalecida y el poder del rey consolidado. La nobleza mantuvo su dominio económico y su prestigio social pero perdió, como señalamos, poder político. Fue alejada de las regiones donde tenía peso e influencia: en las provincias habían sido reemplazados por los ***intendentes,*** funcionarios que hacían sentir la autoridad monárquica. Sin sus viejas funciones, la nobleza fue reducida a cumplir un papel ornamental en la ***corte*** del rey. En efecto, desde 1664, en Francia, la corte de Luis XIV se había instalado en Versalles, donde culminó la representación del poder absoluto. La otrora turbulenta nobleza francesa aparecía allí encerrada -como señala Robert Mandrou- en una jaula de oro pero encerrada al fin, girando alrededor de la persona del rey en una serie de ceremonias que regían la vida cotidiana.[8]

Todas ellas estaban regladas por la etiqueta hasta en sus más mínimos detalles. El rey, en el centro de la corte, ofrecía un espectáculo con los mayores nombres de la nobleza de Francia atento a sus gestos, a sus menores deseos.

También los días transcurrían entre fiestas, llamadas los Placeres de la Isla Encantada, funciones de ballet, y representaciones teatrales. Porque la corte era también el mundo de Lully, nombrado intendente de música real, de Racine y de Moliere.

Y todo este espectáculo cumplía un importante papel: la vida de la corte debía dar una imagen de ocio y felicidad permanente, debía mostrar un mundo atemporal, no alterado por el cambio.

[8] Véase Mandrou, Robert (1966), primera parte, cap. V, punto B.

¿Qué función cumplía entonces la corte? En primer lugar, dotaba a la monarquía del brillo necesario para reforzar la idea de absolutismo. En segundo lugar, alejaba a la nobleza de la función política, pero al mismo tiempo mostraba su superioridad colocándola en un mundo inaccesible para el resto de la sociedad. Por eso la vida en la corte era un espectáculo que se desarrollaba como en un escenario: el público estaba constituido por el resto de la sociedad.

En rigor, la corte constituía el símbolo más claro de la sociedad estamental, en la que cada persona -por nacimiento o por privilegio— ocupaba un lugar determinado por sus vínculos con el poder, los fundamentos materiales de su existencia, y por el honor, es decir, un prestigio específico.[9]

Indudablemente, cada estamento (nobles, burgueses, campesinos) conocía una profunda diferenciación interna; sin embargo, a cada estamento le correspondían símbolos sociales propios -expresados en costumbres, moral, indumentaria, sociabilidad- que mantenían su cohesión y los separaba de los demás.

Los nobles integraban el estamento dominante, caracterizado por el privilegio. Pero la nobleza cortesana, la alta nobleza, constituía una minoría estrictamente delimitada. Por debajo, podía situarse la nueva nobleza togada -que si bien ascendía política y socialmente no era aún reconocida plenamente por la vieja nobleza de sangre- y, fundamentalmente, la amplia capa de la baja nobleza o nobleza rural. Y en este último grupo se expresó con claridad lo que algunos autores definieron como "la crisis de la aristocracia". En efecto, muchas familias nobles se encontraban empobrecidas y endeudadas. Sin embargo, esto no significaba que no pudieran sustentarse con las rentas de sus tierras. Sus problemas radicaban en el imperativo de la ostentación, imperativo que surgía de las reglas estamentales y que frecuentemente excedía sus posibilidades materiales. En este sentido, la racionalidad de la vida nobiliaria era radicalmente diferente a la de la burguesía: el honor era para el noble más importante que la acumulación de riqueza.

En Europa occidental, Francia constituyó tal vez el modelo más acabado de sociedad estamental. Sin embargo, el fenómeno no fue exclusivamente francés. En España, por ejemplo, la capa más alta de la nobleza, los grandes" constituían una poderosa minoría; por debajo, los caballeros e hidalgos constituían una baja nobleza, muchas veces, empobrecida. Los hidalgos tuvieron un papel importante en la creación del imperio colonial, para tratar de conseguir en ultramar lo que en España les era negado: re-

[9] Véase Dulmen, Richard (1984), pp. 92-134.

de diferentes maneras. Y sobre todo convivía con la pobreza, la criminalidad y la discriminación social. Las transformaciones de la agricultura habían empujado a muchos a la vagancia, mientras el número de pobres aumentaba notablemente. En todos las regiones existían mendigos y vagabundos, en particular, en Inglaterra, a causa de los cercamientos y en Francia, a causa de las guerras. Sin embargo, fue España el país de la vagancia por antonomasia y donde se le mostraría además el más alto grado de tolerancia. Donde el trabajo físico se consideraba denigrante, los mendigos trataban de vivir de la abundancia de los ricos que a su vez necesitaban de la mendicidad para demostrar su rango social, ya que dar limosna era consustancial a la ostentación. De este modo, parece conformarse una sociedad parasitaria -favorecida en el siglo XVI por la afluencia del oro americano- en donde hasta los mendigos podían tener un sirviente. ¿Acaso el ***Lazarillo de Tormes*** era algo diferente de la situación que se retrata?

De este modo, en Europa occidental, la vagancia y la marginalidad se transformaron en fenómenos absolutamente normales. Y de allí surgió un grupo abigarrado y de ningún modo homogéneo de aventureros, artistas, saltimbanquis, soldados mercenarios licenciados, peregrinos, buhoneros, gitanos y mendigos provenientes de las clases más empobrecidas e incluso de marginales proscriptos que constituían un mundo particular con sus propios códigos, su lengua y su cultura. Los hombres eran en él mayoritarios, aunque el número de mujeres tampoco era despreciable. Y la frontera entre la pobreza y la vagancia y entre la vagancia y el delito se volvía cada vez más tenue. Algunos grupos alcanzaban un alto grado de cohesión como las bandas de ladrones o las "hermandades" de mendigos especializadas en diferentes tipos de delitos. Era el mundo que Cervantes describió magistralmente en ***Rinconete y Cortadillo,*** una de sus ***Novelas ejemplares,*** en que muestra este submundo como la contracara del brillo de las cortes.

También los piratas y los corsarios -importante elemento de lucha para los estados— se reclutaban de estos grupos socialmente desclasados, pero no era extraño que entre ellos hubiera algunos representantes de la nobleza empobrecida que esperaban hallar en el mar la suerte que no habían tenido en la tierra. Estos formaban un mundo propio, ya que habían quemado todas las naves de regreso a la sociedad burguesa, y vivían exclusivamente del robo y el saqueo no perdonando ni a los barcos de guerra ni a los mercantes.

Para impedir estas situaciones sería necesario definir la contravención de las normas del nuevo orden estatal, con lo que se penalizaría por primera vez toda una gama de comportamientos populares.

3. Las transformaciones del pensamiento

La división de la cristiandad

Durante la época feudal, a pesar de la fragmentación del poder político, siempre se había aceptado la idea de que existía -o pot lo menos, debía existir- una instancia superior que unificaba a la cristiandad. Era una concepción heredada del Imperio Romano, representada en el ideal de un orden ecuménico. De esta manera se consideraba que esa unidad se encontraba representada por el Emperador, en el plano político, y por el Papa, en el plano religioso.

Pero ese ideal de una unidad ecuménica comenzó a perderse con el ascenso de las monarquías absolutas: cada rey en su reino era la autoridad suprema, no se reconocía ninguna otra instancia superior a la que se pudiera apelar. Pero esta ruptura de la idea de unidad no se dio solamente en el plano político, sino también en el plano religioso. Desde el siglo XIV, muchos movimientos considerados heréticos por la Iglesia habían reclamado una espiritualidad más pura y habían condenado la conducta corrupta de los eclesiásticos. En el siglo XVI estos movimientos adquirieron la coherencia necesaria para dividir a Europa en dos áreas: la católica y la reformada.[12]

En 1515, el monje alemán Martín Lutero había colocado en las puertas del castillo de Wittenberg sus célebres 95 tesis oponiéndose a la venta de las indulgencias. Lutero no aspiraba a dar origen a un movimiento reformista pero, en la medida que sus críticas se difundieron rápidamente, fue definiendo con mayor precisión su doctrina: la libre interpretación de la Biblia, la fe como el único medio de salvación, y el diálogo con Dios como un acto directo e individual. La condena de su doctrina por el Papado (1519) y su posterior excomunión tuvieron efectos distintos a los buscados por Roma: a partir de allí se inició el movimiento conocido como ***la Reforma,*** que se difundió por el norte y centro de Europa, dando origen a numerosas interpretaciones locales.

Entre estas interpretaciones locales, la más importante fue la desarrollada en Suiza por Juan Calvino (1509-1564). En efecto, el calvinismo generó una dinámica que a largo plazo contribuyó a transformar a la sociedad influenciando sobre todo el protestantismo e incluso sobre el mismo catolicismo. Excluyendo cualquier práctica religiosa de carácter mágico-católica, a partir de una severa disciplina eclesiástica, consideraba a la fe no como un mero reconocimiento intelectual sino como una conducta que se refle-

[12] Tenenti, Alberto (1985), pp. 188-217.

jaba en la vida cotidiana, tanto en la esfera familiar como en la praxis estatal. En síntesis, el calvinismo impulsó una vida comunitaria activa que impregnó todos los ámbitos de la existencia.

La influencia del calvinismo sobre el catolicismo se advierte en ***el jansenismo,*** movimiento que se formó en Francia por oposición a la influencia que los jesuítas ejercían dentro de la Iglesia romana. Contrarios a toda manifestación religiosa externa de pompa y lujo, los jansenistas abogaban por un rigorismo ético. Si bien el movimiento, indudablemente elitista, había surgido en círculos clericales pronto se extendió a capas de la nobleza y de la burguesía letrada. Incluso, su relación con círculos literarios y científicos -Racine y Pascal fueron jansenistas— aumentó su prestigio social. A pesar de la condena papal a comienzos del siglo **XVIII,** la influencia del jansenismo, fuera y dentro de Francia, se extendió hasta entrado el siglo **XIX.**

La rebelión contra Roma llegó también a Inglaterra. En un primer momento, el rey Enrique VIII (1509-1547) se había opuesto al movimiento reformista e incluso escribió un manifiesto en contra de Lutero que le valió el título de "defensor de la fe". Sin embargo, pronto se iniciaron los conflictos religiosos. La Iglesia católica en Inglaterra poseía grandes bienes, fundamentalmente tierras, y privilegios políticos que eran considerados por la corona un obstáculo para la consolidación de un poder monárquico fuerte y centralizado. El conflicto estalló en 1527 a raíz del pedido que hizo Enrique VIII al Papa sobre la anulación de su matrimonio. La negativa del Papa le dio a Enrique VIII la oportunidad de romper con Roma y controlar los bienes eclesiásticos. El rey se proclamó jefe de la Iglesia dando origen a la Iglesia Anglicana, que se consolidó durante el reinado de su hija Isabel **I.**

El protestantismo, en particular el calvinismo, era la confesión de los sectores altos de la sociedad, fundamentalmente, urbanos. En efecro, el rigor intelectual y moral que se exigía, la necesidad de la lectura para la libre interpretación de la Biblia, ofrecían escasas posibilidades de participación a los campesinos cuyo apego, además, a los ritos católico-mágicos era difícil de desarraigar. Sin embargo, en algunas regiones, algunos seguidores de la Reforma también orientaron el movimiento hacia la esfera social: los predicadores llamados "evangelistas" partieron de la región de Turingia y Sajonia y difundieron una doctrina que pronto se confundió con los conflictos sociales. En 1524, en el sudeste de Alemania se inició un movimiento campesino que reclamaba, en nombre de la religión reivindicaciones como la abolición de los censos y de las prestaciones personales. Al año siguiente sus demandas se ampliaron e incluían reformas políticas: querían la instauración de la Ciudad de Dios en la Tierra. De esta manera, en Franconia se intentó poner en práctica una reforma que incluyera a toda la sociedad y a sus bienes buscando formas de vida más igualitarias. El movimiento se extendió y alcanzó regiones de Austria y del Tirol, adoptando distintas expresiones. En Turingia, Thomas Müntzer (1489-1525) predicaba entre los campesinos no sólo la comunidad de bienes sino también la necesidad de la muerte de los "enemigos de Dios" que para él eran los nobles y el clero. Sin embargo, estas expresiones igualitarias no entraban dentro de la reforma propuesta por Lutero, que no dudó en alentar a la nobleza para que reprimiera a los campesinos y restaurara la autoridad política.

En Suiza, las ideas de Lutero fueron reelaboradas también por Ulrico Zwinglio a partir de la exclusiva aceptación de la Ley de Dios revelada en las Escrituras. A partir de este principio, Zwinglio estableció en Zurich un gobierno teocrático, donde él, llamado El Profeta, era quien dirigía las decisiones de la comuna. Sin embargo, esto no fue totalmente aceptado. Los cantones suizos se dividieron en protestantes y católicos y comenzó una guerra civil que concluyó con la muerte de Zwinglio (1531) y el acuerdo de que la elección de religión y la organización de la Iglesia deberían ser decididas por cada cantón.

Al mismo tiempo, en Suiza comenzó a difundirse otro movimiento religioso de gran aceptación entre los sectores populares, tanto rurales como urbanos. Llamados anabaptistas, sostenían que nadie debía ser bautizado hasta no comprender el contenido de la fe. Proponían entonces un segundo bautismo para los adultos. La difusión del anabaptismo —que organizó comunidades en Alemania y los Países Bajos- también provocó conflictos. El más grave ocurrió en la ciudad de Munster, al norte de Alemania en donde los anabaptistas expulsaron a todos los que no aceptaban el segundo bautismo y durante un año organizaron una comunidad llamada "Jerusalem Celeste" en donde impusieron la comunidad de bienes y la abolición del matrimonio para prepararse para el Apocalipsis considerado como el fin del mundo. La sublevación de Munster fue reprimida por un ejército de nobles y sus principales cabecillas fueron ejecutados (1535). Sin embargo, a pesar de la represión a la que fueron sometidos, muchos de ellos mantuvieron sus creencias y se difundieron por distintas ciudades de Europa.

Ante el avance de estos movimientos, la Iglesia romana decidió tomar una serie de medidas que se conocen como Contrarreforma o Reforma católica. Una de las principales medidas fue la convocatoria del Concilio de Trento (1545-1563) que fijó el dogma y estableció un estricto control sobre el clero y las órdenes religiosas. Pero era además necesario reforzar la debilitada autoridad papal. Para ello, la Iglesia se apoyó en la Compañía de Jesús, recientemente fundada por Ignacio de Loyola (1534), caracterizada por su disciplina y su obediencia al Papa, cuyo objetivo era la enseñanza

para robustecer las creencias católicas. Además, para la vigilancia de los fieles, evitar desviaciones y controlar los avances protestantes se reorganizó el Tribunal de la Inquisición.

En rigor, la Iglesia católica procuraba cambiar la actitud frente a la religión: la "salvación" no podía ser una cuestión individual, sino que debía involucrar a toda la sociedad. Se trataba de reemplazar una actitud contemplativa por una acción militante definida como "apostolado". Con este fin organizaron misiones para la conversión de los "infieles" en Asia y América. Pero esto no significa desconocer ni minimizar las acciones que se desarrollaron dentro de la misma Europa, en particular entre los campesinos. Las antiguas fiestas populares, muchas de viejo carácter pagano que persistían fuertemente, fueron transformadas adoptando un carácter religioso. Algunos cultos campesinos, sospechosos de escasa ortodoxia como el culto a los santos y a la Virgen María, fueron reorganizados y autorizados, e incluso, el "marianismo" fue firmemente estimulado. Se trataba de difundir entre los pobres una religión que fundamentalmente apelara a los "sentimientos," en contraposición al frío rigorismo protestante.

Entre los campesinos, era necesario además desterrar viejas creencias populares, consideradas supersticiosas, y sobre todo los sueños de una vida sin opresiones. Se trataba también de hacer desaparecer prácticas como la ***brujería,*** estrechamente ligada a usos tradicionales. En efecto, la "creencia en las brujas" junto con la astrología y la magia estaban ampliamente difundidas en las sociedades agrarias, como expresión de sentimientos de dependencia directa de la naturaleza dentro de la vida cotidiana. Sin embargo, a partir del siglo XVI y durante el siglo XVII comenzó a perseguírsela con particular ensañamiento: muchos -y sobre todo, muchas mujeres-fueron condenados a morir en la hoguera acusados de brujería. Y al mismo tiempo que se la combatía surgía la imagen de la brujería como una conspiración coherente inspirada por el demonio -es decir, una contrarreligión- con su propia organización expresada en el ***sabbat*** (o en vasco, ***aquelarre,*** es decir, la reunión de brujas).

De la lectura de los procesos de brujería, puede afirmarse que todos los condenados eran inocentes y los delitos de los que los acusaban inexistentes (a menos que estemos convencidos de la posibilidad de trasladarse por los aires, reunirse en el ***sabbat,*** tener relaciones sexuales con el demonio, etc.). Sin embargo, para esa época, la brujería constituía una realidad. Entre los condenados había confesiones espontáneas, por histeria o autosugestión -no podemos olvidar el uso de alucinógenos en algunas prácticas populares- y también arrancadas por el tormento. Pero tal vez, para comprender la extensión del fenómeno, la clave esté en preguntarse quiénes

eran los condenados. Aunque también hubo procesos resonantes, como el caso de Loundun, en general, los principales afectados provenían de los estratos más pobres y marginales de la sociedad: hombres y sobre todo mujeres —como Eva, símbolo de la naturaleza y la sexualidad-, niños, viejos, deformes y proscriptos sociales.[13]

Si la creencia generalizada era que los marginados sociales podían enfrentar la discriminación por un pacto con el demonio, y desarrollaban formas de conducta que, de hecho, producían un efecto amenazador sobre las clases amantes del orden, también era creencia generalizada la necesidad de su exterminio. Entre los campesinos, la misma persecución permitía además consolidar la imagen de las brujas como las responsables de sus catástrofes: no eran víctimas de reyes y señores, sino de algún vecino o vecina que practicaba sus malas artes... De este modo, el Estado y la Iglesia, como responsables de las campañas contra estos enemigos imaginarios de la sociedad, no sólo desplazaban responsabilidades sino que podían consolidar su posición y transformarse en elementos insoslayables para asegurar el orden y la paz social.

En síntesis, tras la Reforma, Europa había quedado dividida en dos grandes áreas religiosas. Sin embargo, la ruptura de la unidad también se aceleró por una "nacionalización" de las iglesias locales que quedaron cada vez más subordinadas a la autoridad del Estado. La situación fue muy clara en el área reformada donde, como en el caso de Inglaterra, el rey era la cabeza de la Iglesia; o en Alemania, donde la difusión del luteranismo estuvo estrechamente relacionada con la acción de los príncipes alemanes. Pero también el fenómeno se dio en el área católica. En muchos países, la Inquisición fue una institución religiosa, pero fundamentalmente un instrumento de la monarquía para mantener el orden social y político. En Francia, las doctrinas galicanas en el siglo XVII consideraron a la Iglesia un aparato de la estructura del Estado. El Estado absolutista también incluía la esfera religiosa, al mismo tiempo que la pérdida del ideal ecuménico permitía también construir una incipiente idea de "nacionalidad".

Las nuevas actitudes frente al conocimiento. Del desarrollo del pensamiento científico a la Ilustración

Desde el mundo urbano, el distanciamiento de la naturaleza había permitido transformarla en una fuente de placer estético, en una actitud que cul-

[13] Véase Kamen, Henry (1990), pp. 182-213 y 259-285.

minó en el llamado Renacimiento. Pero el distanciamiento también permitía observarla, preguntarse sobre sus causas, y actuar sobre ella. De este modo, esas actitudes frente al conocimiento, que habían comenzado a esbozarse desde el siglo **XI,** también culminaron en este período, en lo que puede considerarse la conformación del pensamiento científico.

La expansión geográfica y del descubrimiento de América habían causado un profundo impacto sobre el conocimiento. En primer lugar, sobre los conocimientos prácticos (astronomía náutica, técnicas de navegación, cartografía). Pero además produjo un fuerte impacto sobre muchas concepciones admitidas. Ideas anteriormente aceptadas -sobre las dimensiones de la Tierra, sobre los continentes que la conformaban- debieron ser abandonadas. Ya no era suficiente la aceptación dogmática de la verdad, según las afirmaciones de los Sagradas Escrituras, Aristóteles o Ptolomeo. Para conocer se hacía necesario observar reiteradamente, corregir, comparar. Se podía conocer y operar sobre la naturaleza.

La nueva actitud ante el conocimiento resultó evidente en el desarrollo de la astronomía. El primer paso fue dado por Nicolás Copérnico (1473-1543). Tras comparar las teorías de Aristóteles y Ptolomeo con las observaciones hechas por los árabes pronto advirtió sus contradicciones. De esta manera, llegó a formular una teoría que -si bien conservaba todavía rasgos de la astronomía antigua- introducía una novedad sustancial: el doble movimiento de los planetas sobre sí mismos y alrededor del Sol. Con Juan Kepler (1571-1630) acabó por derrumbarse la astronomía antigua: sus leyes afirmaron que las órbitas planetarias son elipses. Pero si Copérnico y Kepler revolucionaron la astronomía teórica, fue Galileo Galilei (1564-1642), con el telescopio, quien transformó la astronomía de observación. Pero estas audacias tuvieron también sus límites. Por su defensa del sistema de Copérnico -que contradecía la opinión de los teólogos que consideraban la idea sobre el movimiento de la tierra opuesta a las Sagradas Escrituras-, Galileo debió retractarse ante la Inquisición (1633).

El conflicto radicaba en que comenzaba a derribarse el edificio de la sabiduría heredada, se ponían en tela de juicio los conocimientos admitidos y el principio de autoridad. Comenzaba a caer un sistema jerárquico y eran válidas todas las preguntas. Los interrogantes planteaban cuestiones que ponían en tela de juicio el saber dogmático: cuál era el lugar del hombre en el Universo y, fundamentalmente, cuál era el lugar de Dios. Giordano Bruno (1548-1600), uno de los filósofos más originales del siglo XVI, ya había intentado dar una respuesta: toda la naturaleza es la manifestación infinita de Dios. Pero, por eso mismo, acabó en la hoguera, condenado por hereje. En efecto, ante la quiebra de una concepción jerárquica del Universo la primera reacción provino de las iglesias: no sólo la Inquisición católica condenó a los que impugnaban el saber heredado, también Calvino condenó a morir en la hoguera al médico Miguel Servet (1511-1553), quien había descubierto la circulación pulmonar de la sangre.

Pero la represión no pudo impedir la principal característica de las nuevas actitudes mentales. Como señala José Luis Romero, se había operado la distinción entre realidad e irrealidad: se desglosaba la realidad natural o sensible como cognocible, de la irrealidad (o realidad sobrenatural, si se prefiere) admitiendo que ésta no era cognocible por las mismas vías que la anterior. De esta manera, la filosofía comenzó a interrogarse sobre la posibilidad del conocimiento, por la relación entre la realidad natural como objeto del conocimiento, y el individuo como sujeto de ese conocimiento. También comenzaron entonces a plantearse los problemas de método: era importante qué se conocía, pero también cómo se lo conocía. Estos eran los típicos problemas de la filosofía moderna, de Descartes (1596-1650), quien formuló las reglas del método, y de Francis Bacon (1561-1626), quien estableció las bases del método experimental.[14]

Finalmente, la construcción del pensamiento científico moderno -es decir, el de las vías para el conocimiento de la realidad- culminó con Isaac Newton (1642-1727), quien formuló las leyes de la gravitación: el Universo podía ser tratado como un enorme mecanismo que funcionaba de acuerdo con leyes físicas. Dios lo había creado -aún no se ponía en duda-, pero funcionaba de acuerdo con sus propias leyes como un sistema mecánico desligado de cualquier ¡dea moral o trascendente. La física podía transformarse entonces en el instrumento del hombre culto contra la superstición.

Las transformaciones del pensamiento culminaron en el siglo XVIII -el Siglo de las Luces- en el desarrollo de un movimiento intelectual conocido como la ***Ilustración,*** que abarcó distintas ramas del conocimiento: la filosofía, las ciencias naturales, la física, la economía, la educación, la política. Los intelectuales de la Ilustración fueron llamados "filósofos", término que se originó en Francia, donde éstos eran más activos e influyentes (Montesquieu, Diderot, Voltaire, Rousseau, D'Alembert, BufTon, Turgor, Condorcet, entre otros). Además fueron quienes condensaron su pensamiento en la ***Enciclopedia,*** publicada por Diderot y D'Alembert, en los 17 volúmenes que se editaron entre 1751 y 1772.[15]

La ***Enciclopedia*** fue el intento de coordinar todo el saber adquirido en la época: un balance o una suma que se consideró necesaria en un tiempo

[14] Véase Romero, José Luis (1987), pp. 26-137.
[15] Véase Rudé, George (1982), pp. 184-215.

en el que se reconoció la imposibilidad de dominar todas las ciencias en un solo pensamiento. Pero era también el deseo de abrir perspectivas, de dominar los descubrimientos y de buscar un orden para el mundo. Era una ventana a un porvenir que los filósofos querían y creían mejor. La *Enciclopedia* no aportó una doctrina ya que, ante los grandes problemas de la época que cotidianamente se discutían, los filósofos no tenían una postura común. Entre ellos había divergencias, pero también es cierto que compartían ciertas actitudes básicas.

¿Cuáles fueron estas actitudes? Todos ellos pusieron en tela de juicio los conocimientos heredados del pasado y rechazaron la religión revelada -aunque algunos de ellos, como Voltaire, no dejaron de reconocer su utilidad como instrumento de control social para las clases populares proclives al desorden-. Fundamentalmente se oponían al dogma; su confianza radicaba en la razón, a la que consideraban capaz de comprender el sistema del mundo sin necesidad de recurrir a explicaciones teológicas. Todos ellos consideraron que sus conocimientos no eran especulativos, sino que aspiraban a construir una "filosofía práctica" capaz de introducir transformaciones sociales y políticas. Compartían además una confianza básica, un optimismo profundo en dos cosas: en primer lugar, en la capacidad de los hombres para dominar y comprender la naturaleza; en segundo lugar, en el futuro de los hombres, en su capacidad de perfeccionamiento y en la posibilidad de alcanzar la felicidad. Además de compartir estos principios, los filósofos compartían la conciencia de formar una élite, un pequeño grupo de hombres ilustrados capaces de influir en la sociedad y en la política mediante la difusión de sus ideas.

Los filósofos habían recibido la influencia de los pensadores del siglo **XVII,** como Descartes o Francis Bacon, respecto a las posibilidades de alcanzar el conocimiento, e incluso de Newton. Entre ellos cobraba fuerza la idea de que si era posible conocer las leyes de funcionamiento del mundo físico, también era posible conocer las leyes de funcionamiento de la sociedad y la política. Lo importante era alcanzar saberes que permitieran su transformación. En este sentido, habían sido fuertemente impactados por John Locke y su *Tratado sobre el gobierno civil* (1690): la idea de la monarquía limitada, la idea de que entre los monarcas y los subditos se establece un "contrato", y que si el rey no lo cumple el pueblo tiene derecho a romper (tal como había ocurrido en las "revoluciones inglesas" de 1640 y 1688).

Montesquieu (1687-1755), en 1721, había escrito *Cartas persas,* donde bajo la máscara de un visitante persa, hizo el comentario crítico de las costumbres e instituciones políticas de Francia. Pero su obra fundamental fue *El espíritu de las leyes* (1748), donde teniendo como modelo la organización política inglesa, planteó limitar el poder de la monarquía, para evitar que el poder absoluto se transformase en despotismo, mediante la división de poderes. Para ello propuso la creación de cuerpos intermedios que sirvieran de control y de contrapeso al absolutismo de la corona, cuerpos que debían estar formados por la aristocracia. En síntesis, a pesar de que Montesquieu puede considerarse como uno de los teóricos del parlamentarismo moderno, su intención fue la defensa de los derechos de las aristocracias frente a la monarquía.

Voltaire (1694-1778), a diferencia de Montesquieu, se oponía a los privilegios de la aristocracia. Los límites al poder de la corona no estaban, desde su perspectiva, en la creación de cuerpos intermedios sino en la formación de monarquías ilustradas. Los filósofos debía transformarse en "asesores" de los monarcas para que éstos pudieran desarrollar políticas racionales que condujeran a la "felicidad del reino". Conocido como poeta y dramaturgo, Voltaire debió huir de París tras la publicación de *Cartas filosóficas* (1734), pero esto no le impidió continuar difundiendo sus ideas en poemas *{Discurso sobre el hombre),* novelas *{Cándido),* ensayos *{Ensayo sobre las costumbres),* obras históricas, cartas, libelos y fundamentalmente, desde 1760, en su *Diccionario filosófico.*

Una perspectiva de análisis diferente se perfiló en Jean Jacques Rousseau (1712-1778). Rousseau había publicado en 1755 el *Discurso sobre la desigualdad.* Desde su perspectiva, la igualdad se encontraba en el estado primitivo de la naturaleza; la pérdida de la igualdad y la libertad -lo mismo que la pérdida de la inocencia primitiva de los hombres- se producía por la influencia corruptora de la sociedad. En síntesis, Rousseau sostenía una visión negativa de la sociedad, tal como también aparece reflejada en *Emilio* (1762), su libro sobre educación.

Pero la pregunta a la que Rousseau buscaba responder era: ¿cómo los hombres pueden recuperar su libertad y su igualdad? La respuesta la formuló en el *Contrato social* (1762). Sólo mediante un "contrato", a través del cual los hombres se unan para vivir en sociedad puede conseguirse una mayor libertad y dignidad humana. Ese "contrato social" debía expresarse en leyes que emanen no sólo del rey sino de la "voluntad general", es decir, de la voluntad de los hombres reunidos en sociedad por medio del contrato. Las leyes debían representar esa "voluntad general" y todos debían cumplirlas, tanto los monarcas como los subditos.

Estas ideas tuvieron una amplia acogida entre algunos monarcas europeos que buscaban dar una base racional a sus gobiernos: Francisco II de rusia invitó a Voltaire a su corte; José II de Austria se apoyó en Montesquieu y en Rousseau para dar una base científica a su gobierno; Catalina

de Rusia, también invitó a Voltaire y a Diderot. Pero también tuvieron fuertes opositores. La principal oposición provino de la Iglesia católica, no sólo por la ruptura con las concepciones jerárquicas del Universo y la sociedad que implicaba el pensamiento ilustrado, sino sobre todo, por su carácter antirreligioso. De este modo, la ***Enciclopedia,*** la obra de Voltaire y de Rousseau, entre otros, figuró en el ***Index*** de libros condenados y prohibidos por la Iglesia. Esto no impidió, sin embargo, que algunos miembros del clero leyeran a los pensadores ilustrados y se transformaran incluso en sus difusores.

¿Entre quiénes se difundieron las ideas de la Ilustración? En primer lugar, se difundieron en las cortes y entre las aristocracias; y entre las burguesías adineradas -hay que pensar en el alto costo de los libros—. Pero fundamentalmente se propagaron entre cierta burguesía letrada que comenzaba a crecer: funcionarios, abogados, profesores, periodistas. Se difundieron a través de la lectura de libros, pero también de periódicos y folletos publicados deliberadamente para la difusión de estas ¡deas. Los ámbitos fueron las academias científicas, las sociedades literarias, salas de lectura y los salones, una de las formas de sociabilidad más característica de la época. En los salones, las mujeres de la aristocracia o de la burguesía eran quienes convocaban a veladas científicas o literarias que paulatinamente adquirieron un sesgo más político: eran lugares de cita de académicos y de filósofos donde se leían y discutían las nuevas ideas en ese "aire de libertad" que, a juicio de Diderot, caracterizaba el siglo. Pero también había una difusión "boca a boca", en esos otros ámbitos de sociabilidad que comienzan a difundirse en las grandes ciudades como París y Londres: las "casas de consumo de café", que pronto se transformaron en centros privilegiados para la reunión y las largas conversaciones de un público masculino.

Un lugar clave para la difusión de las nuevas ideas lo constituyó la masonería, una sociedad secreta —que se remontaba a orígenes corporativos medievales- caracterizada por ritos iniciáticos y ceremonias estrictamente reservadas a sus miembros; se difundió rápidamente en Francia a medida que transcurría el Siglo de las Luces. En 1771, por ejemplo, ya había 154 logias en París y más de trescientas en las ciudades de provincia.

Pero los ideales masónicos de renovación estuvieron lejos de quedar circunscriptos a Francia. A través de la sublime inocencia de ***La flauta mágica*** (1791), de sus personajes ingenuos y mágicos, Mozart —que también podía pensar en términos ideológicos cuando escribía su música- transmitió muchos de los símbolos y de los principios de la masonería: los principios de amor por la humanidad, la idea del triunfo de la luz y la razón sobre el odio y la oscuridad. Y no dudó en mantener el libreto en alemán -cuando la ópera "culta" exigía el italiano-, para realizar una de las primeras grandes obras de arte dedicadas a la propaganda.

A través de sus formas de difusión, resulta claro que las ideas de la Ilustración fueron primordialmente un fenómeno urbano, del que los sectores populares habían quedado excluidos. En primer lugar, porque si bien la alfabetización creció —el maestro de escuela aparecía como un nuevo tipo social-, los progresos aún no fueron notables. En segundo lugar, por el temor de los mismos ilustrados, ante los potenciales efectos de estas ideas sobre los pobres. En el campo, como señala Mandrou, si Rousseau o Voltaire tuvieron un lector, ése era el cura de la aldea. En su inmensa mayoría, si los campesinos ocuparon su lugar en la Revolución —después de haber reclamado la abolición de diezmos y de cargas- fue en función de antagonismos sociales y no por la propaganda filosófica.

4. La "crisis" del siglo XVII

Hacia fines del siglo XVI nuevamente se registraron signos de contracción: malas cosechas seguidas de hambrunas y pestes, caída demográfica, crisis en las manufacturas. Fue además, como ya señalamos, una época de guerras y levantamientos campesinos. Sin embargo, el proceso parece contradictorio. Algunas regiones, como la Europa mediterránea, fueron más afectadas: descendieron las importaciones y las exportaciones, la producción agrícola y manufacturera disminuyó. En cambio, otras regiones, como Inglaterra y los Países Bajos, aunque más lentamente hacia mediados del siglo, mantenían los signos de expansión. Esto llevó a que entre los historiadores (E. Hobsbawm, 1954; R. Mousnier, 1954;Trevor Roper, 1959; G. Parker, 1978; M. Morineau, 1980) se iniciara un debate -todavía no cerrado- acerca de la adecuación del concepto de crisis para definir las transformaciones del siglo XVII y sobre la naturaleza de los cambios. En general, puede decirse que el siglo XVII no conoció una depresión generalizada, pero bien puede aplicarse el término "crisis" si con él nos referimos a los desajustes que caracterizaron la economía europea de la época.

Una interpretación ya clásica de la crisis -la de Eric Hobsbawm— considera que el problema básico lo constituyeron los límites de la expansión del siglo XVI.[16]

El comercio y las manufacturas habían permitido acumular capitales que no pudieron ser reinvertidos de manera productiva. Con sus grandes

[16] **Véase Hobsbawm, Eric J. (1983).**

ganancias, la burguesía adquiría tierras -lo que constituía una vía para el ennoblecimiento- o gastaba en bienes suntuarios. En rigor, los palacios y las obras de arte renacentistas pueden considerarse efectivamente desde el punto de vista económico como una gran inversión improductiva. Sin embargo, los "hombres de negocios" habían actuado con plena sensatez: no tenían muchas otras posibilidades de inversión.

El obstáculo para invertir productivamente estaba dado por la falta de un mercado extenso, por los límites que imponía una sociedad que continuaba siendo mayoritariamente rural. Las formas de autoabastecimiento, el poco consumo y bajo nivel adquisitivo constituían una poderosa barrera para encontrar nuevas formas de inversión. En esta contradicción de la expansión del siglo XVI -que no alcanzó a romper con los marcos que le imponía la estructura de la sociedad rural- Hobsbawm encuentra la clave de la "crisis". Pero el problema no era sólo de los mercados internos. En cierta medida, la especialización de Europa oriental en la producción de cereales para la exportación había permitido la relativa especialización de las ciudades de Europa occidental en el comercio y las manufacturas. Pero, como ya señalamos, la expansión de la producción cerealera, por ejemplo en el caso de Polonia, había intensificado la servidumbre (es decir, la falta de capacidad de pago y refuerzo de las formas de autoabastecimiento) y había beneficiado a un pequeño grupo de grandes señores. En síntesis, Europa oriental no pudo constituirse en un amplio mercado, limitando las posibilidades del desarrollo de las manufacturas en Europa occidental. De este modo, al darse dentro de las estructuras rurales que aún dominaban en Europa, al no poder hacer "estallar" esas estructuras, la expansión encontró sus límites. De allí, la llegada de la crisis.

Sin embargo, hubo regiones que estaban resguardadas. Era el caso de Inglaterra, donde los cambios cualitativos en la economía -paralelos a procesos de cambio social y a transformaciones políticas (las revoluciones inglesas del siglo XVII)- permitieron aprovechar los efectos de la crisis, en particular la concentración de la riqueza (tierras, capitales y mercados). La crisis permitió que los grandes terratenientes prosperaran a expensas de los campesinos y pequeños propietarios en un proceso que culminó en la "revolución agraria" del siglo XVIII.

La crisis de los gremios urbanos -que fueron eliminados de la producción a gran escala- permitió la concentración de las manufacturas bajo el control del capital mercantil. Asimismo, la concentración del poder económico en las economías marítimas, y el flujo creciente del comercio colonial, estimuló el crecimiento de las industrias de la metrópoli.

En este sentido, la "crisis" barrió con los obstáculos y creó las condiciones para el advenimiento del capitalismo. Se pudo, de esta manera, ingresar en la última etapa: la del triunfo del sistema capitalista, en la segunda mitad del siglo XVIII. Se entraba en el período de las "revoluciones burguesas".

Cronología[17]

1455 En Inglaterra comienza la Guerra de las Dos Rosas, por la que se impone la dinastía de los Tudor en el trono inglés.

1456 Gutenberg, en Maguncia, imprime el primer libro.

1468 Sube al trono Isabel de Castilla.

1473 Nace en Polonia Nicolás Copérnico, quien enuncia en su obra *Las revoluciones del mundo celeste,* la posición heliocéntrica.

1488 El marino portugués Bartolomé Díaz alcanza el extremo meridional de África.

1492 En España, los Reyes Católicos toman Granada. Cristóbal Colón llega a América.

1494 El Trarado de Tordesillas ratifica la división territorial de un hemisferio occidental español y otro oriental, portugués.

1497 Vasco de Gama inicia el viaje que le permitirá alcanzar Calcuta.

1502 Primer envío de esclavos negros a América. Comienzan a difundirse las cartas de Américo Vespucio sobre la existencia de un continente nuevo.

1503 Comienza el reinado del papa Julio II, uno de los grandes mecenas del Renacimiento.

1515 El Papado inicia la venta de las indulgencias, es decir, la remisión de los pecados, con el objetivo de obtener recursos para terminar la construcción de la Basílica de San Pedro. En Alemania, comienza la protesta de Lutero.
Francisco I es rey de Francia.

1516 Carlos de Habsburgo sube al trono de España como Carlos I. Ha heredado del trono de sus abuelos maternos, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón.
Solís llega al Río de la Plata.

'519 Carlos de Habsburgo, nieto por rama paterna de Maximiliano de Austria y María de Borgoña, es consagrado emperador de Alemania como Carlos V.
Magallanes comienza el viaje de circunnavegación.

520 El Papado condena a Lutero como hereje. La reforma se extiende de Alemania a los Países Bajos.
Se desata la guerra entre el emperador Carlos V y Francisco I, rey de Francia por el control de territorios en Italia.

[17] Kinder, Hermann y Hilgemann, Werner (1974), pp. 212-287.

1527 La Reforma llega a Suecia y Dinamarca.

1531 En Inglaterra, por iniciativa de Enrique VIII, la Iglesia se separa de Roma. Tras la decisión del emperador Carlos V de defender la Iglesia romana, los príncipes alemanes forman la Liga de Esmalcalda para preparase para la lucha.

1536 Calvino da a conocer los fundamentos de su doctrina reformista, expuesta en su obra *La institución cristiana.*

1540 Se constituye la Compañía de Jesús, fundada por Ignacio de Loyola.

1542 El papa Pablo III confirma el Tribunal de la Inquisición para perseguir las herejías.
María Estuardo es reina de Escocia.

1545 En el marco de la contrarreforma católica, se reúne el Concilio de Trento.

1547 Nace Miguel de Cervantes uno de los más grandes prosistas españoles.

1553 Los franceses derrotan a Carlos V en la batalla de Metz.

1555 En Alemania, tras la derrota de Carlos V, se firma la paz de Ausburgo.

1556. Carlos V abdica el trono. Su hijo, Felipe II, hereda el trono de España y su hermano, Fernando, es consagrado Emperador.

1557 Los intentos del emperador Fernando I de restaurar el catolicismo en Alemania choca contra la oposición de los príncipes alemanes.

1558 Isabel I, hija de Enrique VIII, es reina de Inglaterra.

1559 Se firma el tratado de Cateau-Cambresis entre España y Francia.

1562 Comienzan en Francia las Guerras de Religión. Los católicos encabezados por Enrique de Guisa forman la Santa Liga para combatir contra la Unión Protestante.

1563 Fin del Concilio de Trenro. Establecimiento definitivo de la Iglesia anglicana en Inglaterra.

1567 Felipe II envía al Duque de Alba a somerer la sublevación de los Países Bajos.

1570 Los turcos toman Chipre.

1571 La baralla de Lepanto termina con la dominación turca en el Mediterráneo. Durante la guerra de corsarios, Francis Drake araca las posiciones españolas en América.

1580 Felipe II de España anexa el reino de Portugal.
Juan de Garay funda Buenos Aires.

1581 Los rusos comienzan la conquista de Siberia.
La región norte de los Países Bajos adopta el nombre de Provincias Unidas y declara su independencia.

1582 El papa Gregorio XIII reforma el calendario.

1588 Para acabar con la hostilidad de Inglaterra, Felipe II de España organiza la Armada Invencible, que es derrotada por los ingleses. Comienza el período de la hegemonía comercial de Inglaterra.

1591 Primera expedición de Inglaterra a la India.

1593 Tras abjurar del protestantismo ("París bien vale una misa"), Enrique IV, de la dinastía Borbón, asume el trono de Francia.

1598 En Francia, el Edicto de Nantes garantiza a los hugonotes (protesrantes) una limitada libertad de culto e igualdad política.
En España, hereda el trono Felipe III.

1600 Fundación de la Compañía holandesa de las Indias orientales.

1603 Al morir Isabel I sin herederos directos, el trono pasa a Jacobo I, de la dinastía Estuardo, también rey de Escocia.
Primeros intentos franceses de colonización de Canadá.

1604 Fundación de la Compañía francesa de las Indias orientales.

1609 Comienza la última expulsión de los moros en España. Se funda el Banco de Ámsterdam.

1610 Tras el asesinato de Enrique IV, Luis XIII es rey de Francia. Durante el período de minoridad es regente su madre, María de Médicis.

1613 La dinastía de los Romanov llega al trono de Rusia.

1614 Los holandeses fundan Nueva Amsterdam (actualmente Nueva York), en la isla de Manhattan.

1618 Comienza la Guerra de los Treinta Años como un conflicto religioso que culmina en una lucha por la hegemonía europea.

1620 Los "Padres Peregrinos" llegan a América del Norte.

1621 En España llega al trono Felipe IV; el gobierno queda a cargo de su favorito, el conde-duque de Olivares. Comienza la decadencia del comercio de Sevilla.
Se funda la Compañía holandesa de las Indias occidentales.
En Francia, durante el reinado de Luis XIII, el cardenal Richelieu sienta las bases del Estado absolutista.

1624 Comienza la construcción del palacio de Versalles, símbolo del absolutismo francés.

1625 Carlos I hereda el trono de Inglaterra.

1629 Carlos I de Inglaterra disuelve el Parlamento.

1635 Francia declara la guerra a España.

1640 Los ingleses se asientan en la India.

1642 Contra los intentos absolutistas de Carlos I estalla la guerra civil en Inglaterra. En Francia, llega al trono Luis XIV, durante su minoridad gobierna su madre Ana de Ausrria.

1643 El cardenal Mazarino se hace cargo de los negocios públicos en Francia.

1648 Fin de la Guerra de los Treinta Años.
En Francia estalla La Fronda.

1649 Tras el Trarado de Westfalia, Holanda se independiza del poder español. Carlos I es ejecutado en Inglaterra; Cromwell establece el Commonwealth.

1653 Cromwell es designado Lord Protector de Inglaterra, instaurando una dictadura.

1659 Se firma la Paz de los Pirineos entre España y Francia.

1660 En Inglaterra se restaura la monarquía, Carlos II en el trono.

1661 Comienza el reinado absoluto de Luis XIV.

1664 Fundación de la Compañía francesa de las Indias orientales.
1665 Carlos II es rey de España, bajo la regencia de su madre Ana María de Ausrria.
1667 Luis XIV inicia operaciones para tomar posesión de Flandes. Se desata la llamada Guerra de Devolución.
1670 Francia ocupa Lorraine.
1672 Comienza la guerra entre Francia y Holanda, auxiliada por España y el Emperador de Alemania.
1680 Se establece el imperio colonial francés en América del Norte.
1681 Francia anexa Esrrasburgo.
1685 Jacobo II llega al trono de Inglaterra intensificándose los problemas religiosos y políticos.
1688 La "gloriosa revolución" establece los principios de la monarquía limirada, Guillermo de Orange desembarca en Inglaterra y ocupa el trono.
1694 Se crea el Banco de Inglaterra.
1697 Paz de Ryswick entre Francia y España, Inglaterra y Holanda.
1698 Comienzan los conflictos por la sucesión del trono de España.
1701 Tras la muerte de Carlos II, último rey de la dinastía Habsburgo, comienza la Guerra de Sucesión en España.
1702 Ana es reina de Inglaterra.
1707 Unión de Escocia con Inglaterra.
1713 Por el Tratado de Utrech se reconoce a Felipe V, rey de España a cambio de su renuncia a la corona francesa. Se inicia la dinastía de los Borbones. Diderot comienza a publicar la *Enciclopedia.*
1714 Jorge I, de la casa Hannover, es rey de Inglaterra.
1715 Luis XV es rey de Francia bajo la regencia de Felipe de Orleans.
1718 Se forma la Cuádruple Alianza (Austria, Holanda, Francia e Inglaterra) contra España.
1727 Jorge II es rey de Inglaterra; Pedro II, zar de Rusia.
1733 España participa junto con Francia en la Guerra de Sucesión de Polonia.
1746 Fernando VI es rey de España.
1759 Carlos III sucede en el trono de España; comienzan a aplicarse las políticas "ilustradas".
1762 Sube al trono Caralina la Grande, con el proyecto de occidentalizar Rusia.

Referencias bibliográficas

Anderson, Perry (1985), *El Estado absolutista,* Madrid, Siglo XXI, cap. I "El Estado absolutista en Occidente", pp. 9-37.

Burke, Peter (1993), *El Renacimiento,* Barcelona, Crítica.

Di Simplicio, Oscar (1989), *Las revueltas campesinas en Europa,* Barcelona, Crírica, segunda parte, cap. II "Las revueltas en Francia", pp. 67-94.

Hobsbawm, Eric J. (1982): "Del feudalismo al capitalismo", en Hilton, Rodney (ed.), *La transición del feudalismo al capitalismo,* Barcelona, Crítica.

________(1983), "La crisis' del siglo XVII", en Aston, Trevor (comp.), *Crisis en Europa, ¡560-1660,* Madrid, Alianza.

Kamen, Henry (1990), *La Inquisición española,* México, Grijalbo, cap. VIII "Organización y conrrol social" y cap. XI "Cultura popular y contrarreforma", pp. 182-213 y 259-285.

Kinder, Hermann y Hilgemann, Werner (1974), *The Penguin Atlas of World History. Volume 1: From the Beginnig to the Eve of the French Revolution,* Middlesex-Nueva York, Penguin Books, pp. 212-287.

Kriedte, Peter (1986), *Feudalismo tardío y capitalismo mercantil,* Barcelona, Crítica, cap. I "La época de la revolución de los precios".

Mackenney, Richard (1996), *La Europa del siglo XVI,* Madrid, Akal, cap. II "Los síntomas de la expansión".

Mandrou, Robert (1966), "La Francia moderna y contemporánea" (primera parte, cap. V, punto B "El rey. Versalles"), en Duby, George y Mandrou, Robert, *Historia de la civilización francesa,* México, Fondo de Cultura Económica.

Romero, José Luis (1987), *Estudio de la mentalidad burguesa,* Buenos Aires, Alianza, cap. II "Teoría de la mentalidad burguesa" y cap. III "Los contenidos de la mentalidad burguesa", pp. 26-137.

Rudé, George (1981), *Revuelta popular y conciencia de clase,* Barcelona, Crírica, Tercera parte, cap. I "La revolución inglesa", pp. 105-123.

________(1982), *Europa en el siglo XVIII. La aristocracia y el desafío burgués,* Madrid, Alianza, cap. 10 "Ilustración", pp. 184-215.

Schiera, Pierangelo (1987), "Absolutismo", en Bobbio, Norberto y Matteucci, Nicola, *Diccionario de política,* vol. I, México, Siglo XXI.

Tenenti, Alberto (1985), *La formación del mundo moderno,* Barcelona, Crítica, segunda parte, cap. II "Reforma religiosa y conflictos europeos", pp. 188-217.

Van Dulmen, Richard (1984), *Los inicios de la Europa moderna (1550-1648),* Madrid, Siglo XXI, cap. 2 "La sociedad estamental y el dominio político", pp. 92-134.

CAPÍTULO III
LA ÉPOCA DE LAS REVOLUCIONES BURGUESAS (1780-1848)

En este capítulo analizaremos el proceso que culminó con el triunfo de una sociedad burguesa y capitalista. Para evaluar la magnitud del cambio podemos considerar algunos de los términos que durante estos años fueron inventados o adquirieron su significado contemporáneo: "industria", "fábrica", "clase media", "proletariado", "capitalismo", "socialismo", "ferrocarril", "liberal", "conservador", "ingeniero", "nacionalismo", "estadística" y muchos otros más. Imaginar un mundo sin esos términos, y los conceptos y las realidades a las que hacen referencia, nos permiten medir la profundidad de las transformaciones.

1. La época de la "doble revolución"

Dentro de una sociedad predominantemente rural, con sociedades profundamente jerarquizadas, en una Europa donde aún la mayoría de las naciones estaba dominada por monarquías absolutas, las transformaciones comenzaron en dos países rivales, pero de los que ningún contemporáneo negaría su carácter dominante en el occidente europeo: Inglaterra y Francia. Constituyeron, como veremos, dos procesos diferentes, pero, por su carácter paralelo y por sentar las bases del mundo contemporáneo, fueron definidos por el historiador inglés Eric Hobsbawm como la "doble revolución".

Es cierto que la "doble revolución" ocurrió en regiones muy restringidas de Europa —en parte de Francia, en algunas zonas de Inglaterra—, sin embargo sus resultados alcanzaron dimensiones mundiales. La división, por ejemplo, entre países "avanzados" y países "atrasados" encontró allí sus antecedentes más inmediatos. Es cierto que estas revoluciones permitieron el ascenso de la sociedad burguesa, pero también dieron origen a otros grupos sociales que pondrían en tela de juicio los fundamentos de su dominación. En este sentido, es útil recordar que el ciclo se cierra en 1848, el año

de la última "revolución burguesa", y en el que Karl Marx publicaba el *Manifiesto Comunista.*

La Revolución Industrial en Inglaterra

¿Qué significa decir que "estalló" la Revolución Industrial? Significa que en algún momento, entre 1780 y 1790, en algunas regiones de Inglaterra -como el caso de Manchester- comenzó a registrarse un aceleramiento del crecimiento económico. El fenómeno que actualmente los economistas llaman el "despegue" *{take-off)* mostraba que la capacidad productiva superaba límites y obstáculos y parecía capaz de una ilimitada multiplicación de hombres, bienes y servicios. Pero no se trataba de una simple aceleración del crecimiento económico, sino que implicaba cambios cualitativos: las transformaciones se producían en y a través de una economía capitalista.

Ha habido varias definiciones de capitalismo. Algunos, como Werner Sombart (1928), lo consideraron como un "espíritu" que impregnaba la vida de una época. Ese espíritu era una síntesis del espíritu de empresa o de aventura con la actitud burguesa de cálculo y racionalidad. Para otros, como Pirenne (1914), el capitalismo consistía en la organización de la producción para un mercado distante. Dadas las dificultades temporales de estas conceptualizaciones, consideraremos el capitalismo como un sistema de producción pero también de relaciones sociales. En este sentido, la principal caracrerística del capitalismo es el trabajo proletario, es decir, de quienes venden su fuerza de trabajo a cambio de un salario. Para que esto ocurra debe haber un presupuesto: quienes venden su fuerza de trabajo no tienen otra forma de susbsistencia porque han perdido -a diferencia de los artesanos o de los campesinos— la propiedad de los medios de producción. Por lo tanto, la principal característica del capitalismo es la separación entre los productores directos, la fuerza de trabajo, y la concentración de los medios de producción en manos de otra clase social, la burguesía.

Indudablemente el proceso de constitución del capitalismo tuvo varios hitos. En el siglo **XIV,** la crisis feudal; en el siglo **XVI,** el desarrollo del sistema domiciliario rural; en el siglo **XVII,** la crisis que desintegró las antiguas formas de producción y, en Inglaterra, las revoluciones que introdujeron reformas políticas. Pero fue en el siglo **XVIII** que la Revolución Industrial afirmó el desarrollo de las relaciones capitalistas, en la medida en que la aparición de la fábrica terminó por afirmar la separación entre trabajo y medios de producción.

Los orígenes de la Revolución Industrial

¿Por qué esta revolución "estalló" en Inglaterra a fines del siglo **XVIII?** O, planteado de otro modo, ¿cuáles fueron las condiciones específicamente inglesas que posibilitaron a los hombres de negocios "revolucionar" la producción?[1]

En Inglaterra, a partir del desarrollo de una agricultura comercial -con las transformaciones en la organización del trabajo y en las formas de producción-, la economía agraria se encontraba profundamente transformada.

Los cercamientos, desde el siglo **XVI,** habían llevado a un puñado de terratenientes con mentalidad mercantil casi a monopolizar la tierra, cultivada por arrendatarios que empleaban mano de obra asalariada. En síntesis, a mediados del siglo **XVIII,** el área capitalista de la agricultura inglesa se encontraba extendida y en vías de una posterior ampliación. Es cierto que aún quedaban importantes residuos de la economía aldeana, pero eficaces políticas gubernamentales estaban dispuestas a barrerlos a través de las Leyes de Cercamientos (1760-1830). El proceso era acompañado por métodos de labranza más eficientes, abono sistemático de la tierra, perfeccionamientos técnicos e introducción de nuevos cultivos (como papa, maíz, centeno), que configuraban una "revolución agrícola" que permitía sobrepasar por primera vez el límite del problema del hambre. Los productos del campo, tanto los agrícolas como las manufacturas —a través del sistema doméstico—, dominaban los mercados.

De este modo, la agricultura se encontraba preparada para cumplir con sus funciones básicas en un proceso de industrialización. En primer lugar, en la medida en que la "revolución agrícola" implicaba un aumento de la productividad, permitía alimentar a más gente. Pero no sólo esto, sino que -más importante aún- permitía alimentar a gente que ya no trabajaba la tierra, a una creciente población no agraria. En este sentido, muchos historiadores consideran que los cambios de la agricultura fueron el motor fundamental para el nacimiento de la sociedad industrial. En segundo lugar, al modernizar la agricultura y al destruir las antiguas formas de producción campesinas -basadas en el trabajo familiar y comunal-, la revolución agrícola" acabó con las posibilidades de subsistencia de muchos campesinos que debieron trabajar como arrendatarios -los que corrieron mejor suerte pudieron llegar a ser arrendatarios ricos-, o más frecuentemente como jornaleros. Y muchos también debieron emigrar a las ciuda-

[1] **Véase Hobsbawm, Eric J. (1982), pp. 34-53.**

des en busca de mejor suerte: se creaba así un cupo de potenciales reclutas para el trabajo industrial.

Pero la destrucción de las antiguas formas de trabajo no sólo liberaba mano de obra, sino que al destruir las formas de autoabastecimiento que caracterizaban a la economía campesina, creaba consumidores, gente que recibía ingresos monetarios y que para satisfacer sus necesidades básicas debían dirigirse al mercado. Todo el mundo, por pobre que fuese, debía vestirse y alimentarse. De allí, la constitución de un mercado interno estable y extenso, que proporcionó una importante salida para los productos básicos. A partir de ese mercado interno, recibieron un importante estímulo las industrias textiles, de alimentos (molinos harineros y fábricas de cervezas), y la producción de carbón, principal combustible de gran número de hogares urbanos. Incluso la producción de hierro -aunque en muy menor medida- se reflejó en la demanda de enseres domésticos como cacerolas y estufas.

Pero también Inglaterra contaba con un mercado exterior. Las plantaciones de las Indias occidentales —salida también para la venta de esclavos-proporcionaban cantidad suficiente de algodón para proveer a la indusrria británica. Pero las colonias, formales e informales, ofrecían también un mercado en constante crecimiento, y aparentemente ilimitado, para los textiles ingleses. Y era además un mercado sostenido por la agresiva política exterior del gobierno británico que no sólo consolidaba un inmenso imperio colonial, donde se monopolizó el comercio de los textiles, sino que estaba dispuesto destruir toda competencia. El caso de la India resulta ejemplar. Si bien las Indias orientales habían sido las grandes exportadoras de mercancías de algodón, comercio que había quedado en manos británicas a través de la Compañía de las Indias orientales, cuando los nuevos intereses comenzaron a prevalecer, la India fue sisremáticamente desindustrializada y se transformó a su vez en receptora de los textiles ingleses.

Y esto nos lleva al tercer factor que explica la peculiar posición de Inglaterra en el siglo **XVIII:** el gobierno. La "gloriosa revolución" de 1688, había instaurado una monarquía limitada por el Parlamento integrado por la Cámara de los Lores -representativa de las antiguas aristocracias-, pero también por la Cámara de los Comunes, donde participaban hombres de negocios, dispuestos a desarrollar políticas sistemáticas de conquista de mercados y de protección a comerciantes y armadores británicos. A diferencia de otros países, como Francia, Inglaterra estaba dispuesta a subordinar su política a los fines económicos.

El desarrollo de la Revolución Industrial
La etapa del algodón

Los papeles jugados por el mercado interno y por el mercado externo en el desarrollo de la Revolución Industrial británica fue tema de debate entre los historiadores. Según Eric J. Hobsbawm, el mercado exterior fue la "chispa" que encendió la Revolución Industrial, ya que mientras la demanda interior se extendía, la exterior se multiplicaba. Además considera que la primera manufactura que se industrializó -el algodón- estaba vinculada esencialmente al comercio ultramarino. Esto no implica para Hobsbawm negar la importancia del mercado interno -lo considera como la base para la generalización de una economía industrializada-, pero lo coloca en una posición subordinada al mercado exterior. Para Hobsbawm, el mercado interior desempeñó el papel de "amortiguador" para las industrias de exportación frente a las fluctuaciones del mercado.

Otros historiadores, como el italiano Giorgio Mori, ponen, en cambio, el acento en el mercado interno. Consideran que el papel del comercio exterior fue esporádico e irregular, mientras que el impulso para la industrialización provino fundamentalmente de la demanda interna. Para Mori, el impulso provino de la existencia de una masa de consumidores -incluso "pobres"— en constante expansión por los precios bajos de los nuevos productos, sobre todo, textiles.[2]

Sin embargo, no hay dudas de que la constante ampliación de la demanda -interna, externa o ambas- de textiles ingleses fue el impulso que llevó los empresarios a mecanizar la producción: para responder a esa creciente demanda era necesario introducir una tecnología que permitiera ampliar esa producción. De este modo, la primera industria "en revolución" fue la industria de los textiles de algodón.[3]

La introducción de nuevas técnicas se desarrolló paso a paso. Para aumentar la producción, en primer lugar, fue necesario superar el desequilibrio entre el hilado y el tejido. El torno de hilar, lento y poco productivo, no era suficiente para abastecer a los telares manuales que no sólo se multiplicaban sino que se aceleraban por la introducción de la "lanzadera volante". De allí la necesidad de introducir innovaciones tecnológicas que aceleraron el proceso del hilado y que, desde 1780, exigieron la producción en fábricas. De este modo, las primeras fábricas de la Revolución Industrial

[2] **Véase Mori, Giorgio (1983), pp. 20-43.**
[3] Véase **Hobsbawm, Eric J. (1982), pp. 55-74.**

fueron establecimientos donde se cardaba el algodón para hilarlo y, fundamentalmente, hilanderías.

En un primer momento, el aumento del hilado multiplicó el número de telares y tejedores manuales, tanto de los que trabajaban de acuerdo con el antiguo sistema domiciliario como de los que comenzaban a ser concentrados en grandes talleres. Es cierto que los bajos salarios y la abundancia de trabajadores conspiraron en contra de la tecnificación de los telares; sin embargo, la abundancia de hilado y la apertura de mercados en el continente europeo —después de las guerras napoleónicas, en 1815- llevaron también a la introducción del telar mecánico.

En rigor, la Revolución Industrial requirió pocos refinamientos intelectuales. Sus inventos técnicos fueron sumamente modestos, ninguno de ellos —como la lanzadera volante, la máquina para hilar o el huso mecánico— estaban fuera del alcance de artesanos experimentados o de la capacidad constructiva de los carpinteros. La máquina más científica que se produjo, la giratoria de vapor (James Watt, 1784), no estaba más allá de los conocimientos físicos difundidos en la época -incluso, la teoría de la máquina de vapor fue desarrollada posteriormente por el francés Carnot, en 1820— y su aplicación requirió de una práctica que postergó su empleo, con excepción del caso de la minería.

En síntesis, las máquinas de hilar, los husos y, posteriormente, los telares mecánicos eran innovaciones tecnológicas sencillas y, fundamentalmente, baratas. Estaban al alcance de pequeños empresarios -los hombres del siglo XVIII, que habían acumulado las grandes fortunas de origen mercantil o agropecuario, no parecían demasiado dispuestos invertir en la nueva forma de producción— y rápidamente compensaban los bajos gastos de inversión. Además, la expansión de la actividad industrial se financiaba fácilmente por los fantásticos beneficios que producía a partir del crecimiento de los mercados. De este modo, la industria algodonera por su tipo de mecanización y el uso masivo de mano de obra barata permitió una rápida transferencia de ingresos del trabajo al capital y contribuyó -más que ninguna otra industria- al proceso de acumulación. El nuevo sistema, que los contemporáneos veían ejemplificado sobre todo en la región de Lancashire donde se habían dado estas nuevas formas productivas, revolucionaba la industria.

La etapa del ferrocarril

A pesar de su éxito, una industrialización limitada y basada en un sector de la industria textil no podía ser estable ni duradera. Las primeras dificultades se constataron a mediados de la década de 1830, cuando la industria textil atravesó su primera crisis. Con la tecnificación la producción se había multiplicado, pero los mercados no crecían con la rapidez necesaria; de este modo, los precios cayeron al mismo tiempo que los costos de producción no se reducían en la misma proporción. Y una prueba de la crisis fue la marea de descontento social que durante estos años se extendió sobre Gran Bretaña.

Pero había algo más. Indudablemente, la industria textil estimuló el desarrollo tecnológico. Pero también es cierto que ninguna economía industrial puede desarrollarse más allá de cierto punto hasta poseer una adecuada capacidad de bienes de producción. Y en este sentido, la industrialización basada en el algodón ofrecía límites: la industria textil no demandaba —o demandaba en mínimas proporciones- carbón, hierro o acero. En síntesis, carecía de capacidad directa para estimular el desarrollo de las industrias pesadas de base.

La demanda de hierro para la producción de armamentos había conocido un importante incremento durante el período de las guerras napoleónicas, pero después de 1815 la disminución de lo requerido también había sido notable. En síntesis, las demandas militares tampoco eran la vía para transformar a Gran Bretaña en un país descollante en la producción de hierro. Sin embargo, el estímulo provino de los mismos cambios que se estaban viviendo: el crecimiento de las ciudades generaba un constante aumento de la demanda de carbón, principal combustible doméstico.

El crecimiento urbano había extendido la explotación de las minas de carbón que, ya desde mediados del siglo XVIII, empleaba las más antiguas máquinas de vapor para sondeos y extracciones. Y la producción fue lo suficientemente amplia como para estimular el invento que transformó radicalmente la industria: el ferrocarril. En efecto, las minas no sólo necesitaban máquinas de vapor de gran potencia para la explotación, sino también un eficiente medio de transporte para trasladar el carbón desde la galería a la bocamina y fundamentalmente desde ésta hasta el punto de embarque. De acuerdo con esto, la primera línea de ferrocarril "moderna" unió la zona minera de Durham con la costa (1825). De este modo, el ferrocarril fue un resultado directo de las necesidades de la minería, especialmente en el norte de Inglaterra.

La construcción de ferrocarriles, de vagones, vagonetas y locomotoras, y el extendido de vías férreas, desde 1830 hasta 1850, generaron una demanda que triplicaron la producción de hierro y carbón, permitiendo ingresar en una fase de industrialización más avanzada. Hacia 1850, en Gran Bretaña, la red ferroviaria básica ya estaba instalada: alcanzaba lejanos pun-

tos rurales y los centros de las principales ciudades, en un complejo gigantesco a escala nacional. Además, su organización y sus métodos de trabajo mostraban una escala no igualada por ninguna otra industria y su recurso a las nuevas tecnologías carecía de precedentes. De este modo, ya en la década de 1840, el ferrocarril se había transformado en sinónimo de lo ultramoderno.

También la construcción de ferrocarriles presentaba un problema: su alto costo. Pero este problema se transformó en su principal ventaja. ¿Por qué? Las primeras generaciones de industriales habían acumulado riqueza en tal cantidad que excedía la posibilidad de invertirla o de gastarla. Hombres ahorrativos más que derrochadores -volveremos sobre esto- veían cómo sus fortunas se acrecentaban día a día sin posibilidades de reinvertir: suponiendo que el volumen de la industria algodonera se multiplicase, el capital necesario absorbería sólo una fracción del superávit. Y estos hombres encontraron en el ferrocarril una nueva forma de inversión. De este modo, las construcciones ferroviarias movilizaron acumulaciones de capital con fines industriales, generaron nuevas fuentes de empleo y se transformaron en el estímulo para la industria de productos de base. En síntesis, el ferrocarril fue la solución para la crisis de la primera fase de la industria capitalista.

Las transformaciones de la sociedad

La expresión Revolución Industrial fue empleada por primera vez por escritores franceses en la década de 1820. Y fue acuñada en explícita analogía con la Revolución Francesa de 1789. Se consideraba que si ésta había transformado a Francia, la Revolución Industrial había transformado a Inglaterra. Los cambios podían ser diferentes pero eran comparables en un aspecto: habían producido una nueva sociedad.

Y esto es importante de señalar, porque significa que desde sus comienzos la expresión Revolución Industrial, implicó la idea de profundas transformaciones sociales.

La sociedad se volvía irreconocible para sus mismos contemporáneos. Desde Lord Byron hasta Robert Owen, desde distintas perspectivas, dejaron testimonios disímiles pero que coincidían en describir a esa sociedad en términos pesimistas: el trabajo infantil, el humo de las fábricas, el deterioro de las condiciones de vida, las largas jornadas laborales, el hacinamiento en las ciudades, las epidemias, la desmoralización, el descontento generalizado. Sin embargo, también es cierto que no para todos los resultados de la Revolución Industrial resultaron sombríos.

¿Qué tipo de sociedad se configuró a partir de la Revolución Industrial? Las antiguas aristocracias no sufrieron cambios demasiado notables. Por el contrario, con las transformaciones económicas pudieron engrosar sus rentas. La modernización de la agricultura dejaba pingües beneficios, y a éstos se agregaron los que proporcionaban los ferrocarriles que atravesaban sus posesiones. Eran propietarios del suelo y también del subsuelo, por lo tanto la expansión de la minería y la explotación del carbón concurría en su beneficio. Como señala Hobsbawm, los nobles ingleses no tuvieron que dejar de ser feudales porque hacía ya mucho tiempo que habían dejado de serlo y no tuvieron grandes problemas de adaptación frente a los nuevos métodos comerciales ni frente a la economía que se abría en la "época del vapor".[4]

También para las antiguas burguesías mercantiles -sobre todo las vinculadas al comercio colonial- *y* financieras, los cambios implicaron sólidos beneficios. Ya se encontraban sólidamente instaladas en la poderosa y extensa red mercantil, que desde el siglo XVIII había sido una de las bases de la prosperidad inglesa, y las transformaciones económicas les posibilitaron ampliar su radio de acción. Muchos de ellos se habían beneficiado por un proceso de asimilación: eran considerados "caballeros" ***(gentlemen),*** con su correspondiente casa de campo, con una esposa tratada como "dama" ***(lady), y*** con hijos que estudiaban en Oxford o Cambridge dispuestos a emprender carreras en la política. A estas antiguas burguesías, el éxito podía incluso permitirles ingresar en las filas de la nobleza.

La posibilidad de asimilación en las clases más altas también se dio para los primeros industriales textiles del siglo XVIII: para algunos millonarios del algodón, el ascenso social corría paralelo al económico. Es el caso, por ejemplo, de sir Robert Peel (1750-1839), que iniciado como uno de los primeros industriales textiles, llegó a ser miembro del Parlamento. A su muerte no sólo dejaba una cuantiosa fortuna, sino también un hijo a punto de ser designado Primer Ministro (aunque también es cierto que ese Primer Ministro, en algunos medios cerradamente aristocráticos, muchas veces no lograba hacer olvidar que era hijo de un fabricante ennoblecido de Lancashire que empleaba a 15.000 obreros).

En síntesis, con límites, algunos pudieron ser asimilados. Sin embargo, el proceso de industrialización generaba a muchos "hombres de negocios , que aunque habían acumulado fortuna, eran demasiados para ser absorbidos por las clases más altas. Muchos habían salido de modestos orí-

[4] Véase Hobsbawm, EricJ. (1982), pp. 77-93.

de la última "revolución burguesa", y en el que Karl Marx publicaba el *Manifiesto Comunista.*

La Revolución Industrial en Inglaterra

¿Qué significa decir que "estalló" la Revolución Industrial? Significa que en algún momento, entre 1780 y 1790, en algunas regiones de Inglaterra -como el caso de Manchester— comenzó a registrarse un aceleramiento del crecimiento económico. El fenómeno que actualmente los economistas llaman el "despegue" *(take-ofif)* mostraba que la capacidad productiva superaba límites y obstáculos y parecía capaz de una ilimitada multiplicación de hombres, bienes y servicios. Pero no se trataba de una simple aceleración del crecimiento económico, sino que implicaba cambios cualitativos: las transformaciones se producían en y a través de una economía capitalista.

Ha habido varias definiciones de capitalismo. Algunos, como Werner Sombart (1928), lo consideraron como un "espíritu" que impregnaba la vida de una época. Ese espíritu era una síntesis del espíritu de empresa o de aventura con la actitud burguesa de cálculo y racionalidad. Para otros, como Pirenne (1914), el capitalismo consistía en la organización de la producción para un mercado distante. Dadas las dificultades temporales de estas conceptualizaciones, consideraremos el capitalismo como un sistema de producción pero también de relaciones sociales. En este sentido, la principal característica del capitalismo es el trabajo proletario, es decir, de quienes venden su fuerza de trabajo a cambio de un salario. Para que esto ocurra debe haber un presupuesto: quienes venden su fuerza de trabajo no tienen otra forma de susbsistencia porque han perdido —a diferencia de los artesanos o de los campesinos- la propiedad de los medios de producción. Por lo tanto, la principal característica del capitalismo es la separación entre los productores directos, la fuerza de trabajo, y la concentración de los medios de producción en manos de otra clase social, la burguesía.

Indudablemente el proceso de constitución del capitalismo tuvo varios hitos. En el siglo XIV, la crisis feudal; en el siglo XVI, el desarrollo del sistema domiciliario rural; en el siglo XVII, la crisis que desintegró las antiguas formas de producción y, en Inglaterra, las revoluciones que introdujeron reformas políticas. Pero fue en el siglo XVIII que la Revolución Industrial afirmó el desarrollo de las relaciones capitalistas, en la medida en que la aparición de la fábrica terminó por afirmar la separación entre trabajo y medios de producción.

Los orígenes de la Revolución Industrial

¿Por qué esta revolución "estalló" en Inglaterra a fines del siglo XVIII? O, planteado de otro modo, ¿cuáles fueron las condiciones específicamente inglesas que posibilitaron a los hombres de negocios "revolucionar" la producción?[1]

En Inglaterra, a partir del desarrollo de una agricultura comercial -con las transformaciones en la organización del trabajo y en las formas de producción-, la economía agraria se encontraba profundamente transformada.

Los cercamientos, desde el siglo XVI, habían llevado a un puñado de terratenientes con mentalidad mercantil casi a monopolizar la tierra, cultivada por arrendatarios que empleaban mano de obra asalariada. En síntesis, a mediados del siglo XVIII, el área capitalista de la agricultura inglesa se encontraba extendida y en vías de una posterior ampliación. Es cierto que aún quedaban importantes residuos de la economía aldeana, pero eficaces políticas gubernamentales estaban dispuestas a barrerlos a través de las Leyes de Cercamientos (1760-1830). El proceso era acompañado por métodos de labranza más eficientes, abono sistemático de la tierra, perfeccionamientos técnicos e introducción de nuevos cultivos (como papa, maíz, centeno), que configuraban una "revolución agrícola" que permitía sobrepasar por primera vez el límite del problema del hambre. Los productos del campo, tanto los agrícolas como las manufacturas -a través del sistema doméstico-, dominaban los mercados.

De este modo, la agricultura se encontraba preparada para cumplir con sus funciones básicas en un proceso de industrialización. En primer lugar, en la medida en que la "revolución agrícola" implicaba un aumento de la productividad, permitía alimentar a más gente. Pero no sólo esto, sino que -más importante aún- permitía alimentar a gente que ya no trabajaba la tierra, a una creciente población no agraria. En este sentido, muchos historiadores consideran que los cambios de la agricultura fueron el motor fundamental para el nacimiento de la sociedad industrial. En segundo lugar, al modernizar la agricultura y al destruir las antiguas formas de producción campesinas -basadas en el trabajo familiar y comunal-, la revolución agrícola" acabó con las posibilidades de subsistencia de muchos campesinos que debieron trabajar como arrendatarios -los que corrieron mejor suerte pudieron llegar a ser arrendatarios ricos-, o más frecuentemente como jornaleros. Y muchos también debieron emigrar a las ciuda-

[1] **Véase Hobsbawm, Eric J. (1982), pp. 34-53.**

des en busca de mejor suerte: se creaba así un cupo de potenciales reclutas para el trabajo industrial.

Pero la destrucción de las antiguas formas de trabajo no sólo liberaba mano de obra, sino que al destruir las formas de autoabastecimiento que caracterizaban a la economía campesina, creaba consumidores, gente que recibía ingresos monetarios y que para satisfacer sus necesidades básicas debían dirigirse al mercado. Todo el mundo, por pobre que fuese, debía vestirse y alimentarse. De allí, la constitución de un mercado interno estable y extenso, que proporcionó una importante salida para los productos básicos. A partir de ese mercado interno, recibieron un importante estímulo las industrias textiles, de alimentos (molinos harineros y fábricas de cervezas), y la producción de carbón, principal combustible de gran número de hogares urbanos. Incluso la producción de hierro -aunque en muy menor medida- se reflejó en la demanda de enseres domésticos como cacerolas y estufas.

Pero también Inglaterra contaba con un mercado exterior. Las plantaciones de las Indias occidentales -salida también para la venta de esclavos- proporcionaban cantidad suficiente de algodón para proveer a la industria británica. Pero las colonias, formales e informales, ofrecían también un mercado en constante crecimiento, y aparentemente ilimitado, para los textiles ingleses. Y era además un mercado sostenido por la agresiva política exterior del gobierno británico que no sólo consolidaba un inmenso imperio colonial, donde se monopolizó el comercio de los textiles, sino que estaba dispuesto destruir toda competencia. El caso de la India resulta ejemplar. Si bien las Indias orientales habían sido las grandes exportadoras de mercancías de algodón, comercio que había quedado en manos británicas a través de la Compañía de las Indias orientales, cuando los nuevos intereses comenzaron a prevalecer, la India fue sistemáticamente desindustrializada y se transformó a su vez en receptora de los textiles ingleses.

Y esto nos lleva al tercer factor que explica la peculiar posición de Inglaterra en el siglo XVIII: el gobierno. La "gloriosa revolución" de 1688, había instaurado una monarquía limitada por el Parlamento integrado por la Cámara de los Lores -representativa de las antiguas aristocracias-, pero también por la Cámara de los Comunes, donde participaban hombres de negocios, dispuestos a desarrollar políticas sistemáticas de conquista de mercados y de protección a comerciantes y armadores británicos. A diferencia de otros países, como Francia, Inglaterra estaba dispuesta a subordinar su política a los fines económicos.

El desarrollo de la Revolución Industrial
La etapa del algodón

Los papeles jugados por el mercado interno y por el mercado externo en el desarrollo de la Revolución Industrial británica fue tema de debate entre los historiadores. Según Eric J. Hobsbawm, el mercado exterior fue la "chispa" que encendió la Revolución Industrial, ya que mientras la demanda interior se extendía, la exterior se multiplicaba. Además considera que la primera manufactura que se industrializó —el algodón- estaba vinculada esencialmente al comercio ultramarino. Esto no implica para Hobsbawm negar la importancia del mercado interno -lo considera como la base para la generalización de una economía industrializada-, pero lo coloca en una posición subordinada al mercado exterior. Para Hobsbawm, el mercado interior desempeñó el papel de "amortiguador" para las industrias de exportación frente a las fluctuaciones del mercado.

Otros historiadores, como el italiano Giorgio Mori, ponen, en cambio, el acento en el mercado interno. Consideran que el papel del comercio exterior fue esporádico e irregular, mientras que el impulso para la industrialización provino fundamentalmente de la demanda interna. Para Mori, el impulso provino de la existencia de una masa de consumidores —incluso "pobres"— en constante expansión por los precios bajos de los nuevos productos, sobre todo, textiles.[2]

Sin embargo, no hay dudas de que la constante ampliación de la demanda —interna, externa o ambas— de textiles ingleses fue el impulso que llevó los empresarios a mecanizar la producción: para responder a esa creciente demanda era necesario introducir una tecnología que permitiera ampliar esa producción. De este modo, la primera industria "en revolución" fue la industria de los textiles de algodón.[3]

La introducción de nuevas técnicas se desarrolló paso a paso. Para aumentar la producción, en primer lugar, fue necesario superar el desequilibrio entre el hilado y el tejido. El torno de hilar, lento y poco productivo, no era suficiente para abastecer a los telares manuales que no sólo se multiplicaban sino que se aceleraban por la introducción de la "lanzadera volante". De allí la necesidad de introducir innovaciones tecnológicas que aceleraron el proceso del hilado y que, desde 1780, exigieron la producción en fábricas. De este modo, las primeras fábricas de la Revolución Industrial

[2] Véase Mori, Giorgio (1983), pp. 20-43.
[3] Véase Hobsbawm, Eric J. (1982), pp. 55-74.

fueron establecimientos donde se cardaba el algodón para hilarlo y, fundamentalmente, hilanderías.

En un primer momento, el aumento del hilado multiplicó el número de telares y tejedores manuales, tanto de los que trabajaban de acuerdo con el antiguo sistema domiciliario como de los que comenzaban a ser concentrados en grandes talleres. Es cierto que los bajos salarios y la abundancia de trabajadores conspiraron en contra de la tecnificación de los telares; sin embargo, la abundancia de hilado y la apertura de mercados en el continente europeo —después de las guerras napoleónicas, en 1815— llevaron también a la introducción del telar mecánico.

En rigor, la Revolución Industrial requirió pocos refinamientos intelectuales. Sus inventos técnicos fueron sumamente modestos, ninguno de ellos -como la lanzadera volante, la máquina para hilar o el huso mecánico- estaban fuera del alcance de artesanos experimentados o de la capacidad constructiva de los carpinteros. La máquina más científica que se produjo, la giratoria de vapor (James Watt, 1784), no estaba más allá de los conocimientos físicos difundidos en la época -incluso, la teoría de la máquina de vapor fue desarrollada posteriormente por el francés Carnot, en 1820- y su aplicación requirió de una práctica que postergó su empleo, con excepción del caso de la minería.

En síntesis, las máquinas de hilar, los husos y, posteriormente, los telares mecánicos eran innovaciones tecnológicas sencillas y, fundamentalmente, baratas. Estaban al alcance de pequeños empresarios -los hombres del siglo XVIII, que habían acumulado las grandes fortunas de origen mercantil o agropecuario, no parecían demasiado dispuestos invertir en la nueva forma de producción- y rápidamente compensaban los bajos gastos de inversión. Además, la expansión de la actividad industrial se financiaba fácilmente por los fantásticos beneficios que producía a partir del crecimiento de los mercados. De este modo, la industria algodonera por su tipo de mecanización y el uso masivo de mano de obra barata permitió una rápida transferencia de ingresos del trabajo al capital y contribuyó —más que ninguna otra industria- al proceso de acumulación. El nuevo sistema, que los contemporáneos veían ejemplificado sobre todo en la región de Lancashire donde se habían dado estas nuevas formas productivas, revolucionaba la industria.

La etapa del ferrocarril

A pesar de su éxito, una industrialización limitada y basada en un sector de la industria textil no podía ser estable ni duradera. Las primeras dificultades se constataron a mediados de la década de 1830, cuando la industria textil atravesó su primera crisis. Con la tecnificación la producción se había multiplicado, pero los mercados no crecían con la rapidez necesaria; de este modo, los precios cayeron al mismo tiempo que los costos de producción no se reducían en la misma proporción. Y una prueba de la crisis fue la marea de descontento social que durante estos años se extendió sobre Gran Bretaña.

Pero había algo más. Indudablemente, la industria textil estimuló el desarrollo tecnológico. Pero también es cierto que ninguna economía industrial puede desarrollarse más allá de cierto punto hasta poseer una adecuada capacidad de bienes de producción. Y en este sentido, la industrialización basada en el algodón ofrecía límites: la industria textil no demandaba —o demandaba en mínimas proporciones— carbón, hierro o acero. En síntesis, carecía de capacidad directa para estimular el desarrollo de las industrias pesadas de base.

La demanda de hierro para la producción de armamentos había conocido un importante incremento durante el período de las guerras napoleónicas, pero después de 1815 la disminución de lo requerido también había sido notable. En síntesis, las demandas militares tampoco eran la vía para transformar a Gran Bretaña en un país descollante en la producción de hierro. Sin embargo, el estímulo provino de los mismos cambios que se estaban viviendo: el crecimiento de las ciudades generaba un constante aumento de la demanda de carbón, principal combustible doméstico.

El crecimiento urbano había extendido la explotación de las minas de carbón que, ya desde mediados del siglo XVIII, empleaba las más antiguas máquinas de vapor para sondeos y extracciones. Y la producción fue lo suficientemente amplia como para estimular el invento que transformó radicalmente la industria: el ferrocarril. En efecto, las minas no sólo necesitaban máquinas de vapor de gran potencia para la explotación, sino también un eficiente medio de transporte para trasladar el carbón desde la galería a la bocamina y fundamentalmente desde ésta hasta el punto de embarque. De acuerdo con esto, la primera línea de ferrocarril "moderna" unió la zona minera de Durham con la costa (1825). De este modo, el ferrocarril fue un resultado directo de las necesidades de la minería, especialmente en el norte de Inglaterra.

La construcción de ferrocarriles, de vagones, vagonetas y locomotoras, y el extendido de vías férreas, desde 1830 hasta 1850, generaron una demanda que triplicaron la producción de hierro y carbón, permitiendo ingresar en una fase de industrialización más avanzada. Hacia 1850, en Gran Bretaña, la red ferroviaria básica ya estaba instalada: alcanzaba lejanos pun-

tos rurales y los centros de las principales ciudades, en un complejo gigantesco a escala nacional. Además, su organización y sus métodos de trabajo mostraban una escala no igualada por ninguna otra industria y su recurso a las nuevas tecnologías carecía de precedentes. De este modo, ya en la década de 1840, el ferrocarril se había transformado en sinónimo de lo ultramoderno.

También la construcción de ferrocarriles presentaba un problema: su alto costo. Pero este problema se transformó en su principal ventaja. ¿Por qué? Las primeras generaciones de industriales habían acumulado riqueza en tal cantidad que excedía la posibilidad de invertirla o de gastarla. Hombres ahorrativos más que derrochadores -volveremos sobre esto- veían cómo sus fortunas se acrecentaban día a día sin posibilidades de reinvertir: suponiendo que el volumen de la industria algodonera se multiplicase, el capital necesario absorbería sólo una fracción del superávit. Y estos hombres encontraron en el ferrocarril una nueva forma de inversión. De este modo, las construcciones ferroviarias movilizaron acumulaciones de capital con fines industriales, generaron nuevas fuentes de empleo y se transformaron en el estímulo para la industria de productos de base. En síntesis, el ferrocarril fue la solución para la crisis de la primera fase de la industria capitalista.

Las transformaciones de la sociedad

La expresión Revolución Industrial fue empleada por primera vez por escritores franceses en la década de 1820. Y fue acuñada en explícita analogía con la Revolución Francesa de 1789. Se consideraba que si ésta había transformado a Francia, la Revolución Industrial había transformado a Inglaterra. Los cambios podían ser diferentes pero eran comparables en un aspecto: habían producido una nueva sociedad.

Y esto es importante de señalar, porque significa que desde sus comienzos la expresión Revolución Industrial, implicó la idea de profundas transformaciones sociales.

La sociedad se volvía irreconocible para sus mismos contemporáneos. Desde Lord Byron hasta Robert Owen, desde distintas perspectivas, dejaron testimonios disímiles pero que coincidían en describir a esa sociedad en términos pesimistas: el trabajo infantil, el humo de las fábricas, el deterioro de las condiciones de vida, las largas jornadas laborales, el hacinamiento en las ciudades, las epidemias, la desmoralización, el descontento generalizado. Sin embargo, también es cierto que no para todos los resultados de la Revolución Industrial resultaron sombríos.

¿Qué tipo de sociedad se configuró a partir de la Revolución Industrial? Las antiguas aristocracias no sufrieron cambios demasiado notables. Por el contrario, con las transformaciones económicas pudieron engrosar sus rentas. La modernización de la agricultura dejaba pingües beneficios, y a éstos se agregaron los que proporcionaban los ferrocarriles que atravesaban sus posesiones. Eran propietarios del suelo y también del subsuelo, por lo tanto la expansión de la minería y la explotación del carbón concurría en su beneficio. Como señala Hobsbawm, los nobles ingleses no tuvieron que dejar de ser feudales porque hacía ya mucho tiempo que habían dejado de serlo y no tuvieron grandes problemas de adaptación frente a los nuevos métodos comerciales ni frente a la economía que se abría en la "época del vapor".[4]

También para las antiguas burguesías mercantiles -sobre todo las vinculadas al comercio colonial- y financieras, los cambios implicaron sólidos beneficios. Ya se encontraban sólidamente instaladas en la poderosa y extensa red mercantil, que desde el siglo XVIII había sido una de las bases de la prosperidad inglesa, y las transformaciones económicas les posibilitaron ampliar su radio de acción. Muchos de ellos se habían beneficiado por un proceso de asimilación: eran considerados "caballeros" ***(gentlemen),*** con su correspondiente casa de campo, con una esposa tratada como "dama" ***(lady), y*** con hijos que estudiaban en Oxford o Cambridge dispuestos a emprender carreras en la política. A estas antiguas burguesías, el éxito podía incluso permitirles ingresar en las filas de la nobleza.

La posibilidad de asimilación en las clases más altas también se dio para los primeros industriales textiles del siglo XVIII: para algunos millonarios del algodón, el ascenso social corría paralelo al económico. Es el caso, por ejemplo, de sir Robert Peel (1750-1839), que iniciado como uno de los primeros industriales textiles, llegó a ser miembro del Parlamento. A su muerte no sólo dejaba una cuantiosa fortuna, sino también un hijo a punto de ser designado Primer Ministro (aunque también es cierto que ese Primer Ministro, en algunos medios cerradamente aristocráticos, muchas veces no lograba hacer olvidar que era hijo de un fabricante ennoblecido de Lancashire que empleaba a 15-000 obreros).

En síntesis, con límites, algunos pudieron ser asimilados. Sin embargo, el proceso de industrialización generaba a muchos "hombres de negocios , que aunque habían acumulado fortuna, eran demasiados para ser absorbidos por las clases más altas. Muchos habían salido de modestos orí-

[4] Véase Hobsbawm, Eric J. (1982), pp. 77-93.

genes -aunque nunca de la más estricta pobreza-, habían consolidado sus posiciones, y a partir de 1812, comenzaron a definirse a sí mismos como "clase media". Como tal reclamaban derechos y poder. Eran hombres que se habían hecho "a sí mismos", que debían muy poco a su nacimiento, a su familia o a su educación. Estaban imbuidos del orgullo del triunfo y dispuestos a batallar contra los obstáculos que se pusieran en su camino. Estaban dispuestos a derribar los privilegios que aún mantenían los "inútiles" aristócratas -por los que esta "clase media" sentía un profundo desprecio- y fundamentalmente a combatir contra las demandas de los trabajadores que, en su opinión, no se esforzaban lo suficiente ni estaban dispuestos totalmente a aceptar su dirección.

Para estos hombres, al cabo de una o dos generaciones, la vida se había transformado radicalmente. Pero el cambio no los desorganizó. Contaban con las normas que les proporcionaba los principios de la economía liberal -difundidos por periódicos y folletos- y la guía de la religión. Sus fortunas crecían día a día, y para ellos era la prueba más contundente de que la Providencia los premiaba por sus vidas austeras y laboriosas. Indudablemente eran hombres que trabajaban duro. Vestidos siempre de levitas negras, vivían en casas confortables distantes de sus fábricas en las que ingresaban muy temprano y permanecían hasta la noche controlando y dirigiendo los procesos productivos. Su austeridad -que les impedía pensar en el derroche o en tiempos improductivos dedicados al ocio- era resultado de la ética religiosa, pero también constituía un elemento funcional para esas primeras épocas de la industrialización, donde las ganancias debían reinvertirse. Sólo el temor frente a un futuro incierto los atormentaba: la pesadilla de las deudas y de la bancarrota que dejaron a muchos en el camino. Pero estas amenazas no impidieron que estos nuevos hombres de negocios, esta nueva burguesía industrial fuera la clase triunfante de la Revolución Industrial.

Los nuevos métodos de producción modificaron profundamente el mundo de los trabajadores. Evidentemente, para lograr esas transformaciones en la estructura y el ritmo de la producción debieron introducirse importantes cambios en la cantidad y la calidad del trabajo. Y esos cambios constituyeron una ruptura que se transforma en la cuestión central cuando se toman en cuenta los "resultados humanos" de la Revolución Industrial.

Es indudable que, con la producción en la fábrica, surgió una nueva clase social: el proletariado o clase obrera. Sin embargo, el proceso de formación de esta clase no fue simple ni lineal. De allí que Eric J. Hobsbawm prefiera emplear para este período -por lo menos hasta 1830- el término "trabajadores pobres" para referirse a aquellos que constituyeron la fuerza

laboral. Esto es debido a que el proletariado aún estaba emergiendo de la multitud de antiguos artesanos, trabajadores domiciliarios y campesinos de la sociedad pre-industrial. Se trataba de una clase "en formación", que aún no había adquirido un perfil definido.

Además, la Revolución Industrial, en sus primeras etapas, lejos de desaparecerlas, reforzó formas pre-industriales de producción como el sistema de trabajo domiciliario. El éxito de las hilanderías multiplicó entre 1790 y 1830 el número de tejedores y calceteros en las unidades domésticas. Posteriormente cuando la tejeduría se mecanizó, en ciudades como Londres, aumentó notablemente el número de costurerías y sastrerías domésticas. Sin embargo, ya no se trataba del mismo trabajo, profundamente transformado por la Revolución Industrial. De una ocupación complementaria, con las tareas del ama de casa o con el cultivo de una parcela o con el ciclo de la cosecha, se transformó en una ocupación de tiempo completo cada vez más dependiente de una fábrica o de un taller. El sistema domiciliario comenzaba a transformarse en un trabajo "asalariado".

En estas primeras etapas, resultó clave el aporte de la mano de obra femenina e infantil. Con una remuneración menor que los varones, las mujeres constituyeron la base de la intensificación del trabajo y muchas veces fueron la alternativa (por ejemplo en la tejeduría) a los costos de la mecanización. Como señala Maxine Berg, los niños y las mujeres constituyeron la gran reserva de mano de obra de los nuevos empresarios.[5]

Dentro de la unidad doméstica, eran las mujeres las que trabajaban, pero también enseñaban y supervisaban el trabajo de los más jóvenes; al mismo tiempo que se ocupaban de sus hijos, trasmitían las "habilidades" a las nuevas generaciones de la fuerza de trabajo industrial.

De la heterogeneidad de formas productivas con la que se inició la Revolución Industrial dependió la pluralidad de grupos sociales que conformaban a los "trabajadores pobres." Sin embargo, con la expansión del sistema fabril, sobre todo en la década de 1820, con el avance poderoso de la maquinación, el proletariado industrial -en algunas regiones y en algunas ramas de la industria- comenzó a adquirir un perfil más definido: ya era la clase obrera fabril. ¿Cuáles son sus características? En primer lugar, se trata de "proletarios", es decir, de quienes no tienen otra fuente de ingresos digna de mención más que vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario. En segundo lugar, el proceso de mecanización les exigió concentrarse en un único lugar de trabajo, la fábrica, que impuso al proceso de

[5] **Véase Berg, Maxine (1987), pp. 145-172.**

producción un carácter colectivo, como actividad de un equipo en parte humano y en parte mecánico. El resultado fue un incremento de la división del trabajo a un grado de complejidad desconocido hasta entonces.

Y esto modificó profundamente las conductas laborales: las actividades del trabajador debían adecuarse cada vez más al ritmo y regularidad de un proceso mecánico. Dicho de otro modo, el trabajo mecanizado de la fábrica impuso una regularidad y una rutina completamente diferente a la del trabajo pre-industrial. Era un tipo de trabajo que entraba en conflicto no sólo con las tradiciones, sino con todas las inclinaciones de hombres y mujeres aún no condicionados. De allí, las quejas de los patronos por la "indolencia" de los trabajadores que se negaban, por ejemplo, a trabajar los lunes. En efecto, para los empresarios constituyó una ardua tarea desterrar la costumbre del "lunes santo," día reservado por los jornaleros artesanales para reponerse de la resaca dominguera.

El conflicto se planteaba entre las distintas medidas del tiempo. El trabajo pre-industrial se medía por los ciclos de las cosechas, en meses y en semanas; se medía por la necesidad y por las ganas de trabajar. En cambio, el trabajo fabril se medía en días, horas y minutos. Dicho de otro modo, la industria trajo la tiranía del reloj -que para los trabajadores culminó con la invención de Benjamín Franklin, el "reloj registrador", hacia fines del siglo XVIII—. Es cierto que, a la larga, los trabajadores incorporaron e internalizaron la nueva medida de tiempo del trabajo industrial. Y con esto comenzará la lucha por la reducción de la jornada laboral. Pero también es cierto que, en los comienzos, fueron también notables las resistencias frente a este tipo de trabajo.

Frente a las resistencias, ante las dificultades de acondicionamiento al nuevo tipo de trabajo, se forzó a los trabajadores mediante un sistema de coacciones que organizaba el mercado de trabajo y garantizaba la disciplina. Para esto concurrieron leyes, como la de 1823 que castigaba con la cárcel a los obreros que no cumplieran con su trabajo o la Ley de Pobres de 1834 que recluía a los indigentes en asilos transformados en casas de trabajo. También se obligaba a trabajar manteniendo bajos los salarios y a través del pago por pieza producida, lo que obligaba al trabajador a la concurrencia cotidiana.

Pero también se disciplinó mediante formas más sutiles. Y en ese sentido hay que destacar el papel que jugó la religión. El metodismo, de gran difusión entre los sectores populares, insistía particularmente en las virtudes disciplinadoras y el carácter sagrado del trabajo duro y la pobreza. En las escuelas dominicales se daba particular importancia a enseñar a los niños el valor del tiempo. Sin embargo, el papel jugado por el metodismo fue

ambivalente. Es cierto que, por un lado, disciplinó al trabajo. Pero, por otro lado, proveyó de formas de asistencia a los que por enfermedad o diversos problemas no podían trabajar. Además proveyó a los trabajadores de ejemplos de acción: sus primeras agrupaciones se organizaron sobre la base que proporcionaba el modelo de la asamblea metodista.

Para los trabajadores, las condiciones de vida se deterioraron. Hasta mediados del siglo XIX, mantuvo su vigencia la teoría del "fondo salarial" que consideraba que cuanto más bajos fueran los salarios de los obreros más altas serían los beneficios patronales. Los bajos salarios se combinaban con las condiciones materiales en las que se desarrollaba la vida cotidiana. Sobre todo después de 1820, el trabajo industrial se concentró en las ciudades del oeste de Yorkshire y del sur de Lancashire, como Manchester, Leeds, Bradford y otras concentraciones menores que prácricamente eran barrios obreros interrumpidos sólo por las fábricas. En este sentido, el desarrollo urbano de la primera mitad del siglo XIX fue un gran proceso de segregación que empujaba a los trabajadores pobres a grandes concentraciones de miseria alejadas de las nuevas zonas residenciales de la burguesía. Las condiciones de vida en estas concentraciones obreras, el hacinamiento, la falta de servicios públicos favoreció la reaparición de epidemias, como el cólera y el tifus que afectaron a Glasgow en la década de 1830.

Y estos problemas urbanos no sólo afectaban las condiciones materiales de vida, sino que fundamentalmente la ciudad destruía las antiguas formas de convivencia. La experiencia, la tradición, la moralidad pre-industrial no ofrecían una guía adecuada para un comportamiento idóneo en una sociedad industrial y capitalista. De allí, la desmoralización y el incremento de problemas como la prostitución y el alcoholismo.

Uno de los ámbitos donde más se advertía la incompatibilidad entre la tradición y la nueva racionalidad burguesa era el ámbito de la "seguridad social." Dentro de la moralidad pre-industrial se consideraba que el hombre tenía derecho a trabajar, pero que si no podía hacerlo tenía el derecho a que la comunidad se hiciese cargo de él. Esta tradición se continuaba en muchas zonas rurales, en algunas organizaciones de artesanos y trabajadores calificados, e incluso entre aquellos que participaban de la Iglesia metodista. Pero esta tradición era algo completamente incompatible con la lógica burguesa que basaba su triunfo en el "esfuerzo individual". Además, como ya señalamos, si la burguesía consideraba su riqueza como el premio de la Providencia a sus virtudes, resultaba lógica la asociación entre pobreza y pecado (asociación que hubo de tener una larga permanencia). De allí que la "caridad" burguesa funcionara como motor de degradación más que de ayuda material.

Frente a la nueva sociedad que conformaba el capitalismo industrial, los trabajadores podían dificultosamente adaptarse al sistema e incluso intentar "mejorar": sobre todo, los calificados podían hacer esfuerzos para ingresar a la "clase media" o, por lo menos, seguir los preceptos de austeridad y de ayuda a "sí mismos" que proponía la sociedad burguesa. También podían, empobrecidos y enfrentados a una sociedad cuya lógica les resultaba incomprensible, desmoralizarse. Pero aún les quedaba otra salida: la rebelión. Y para esto la experiencia no era desdeñable. Por un lado, estaban los primeros movimientos de resistencia del siglo XVIII pocos articulados pero de acción específica y directa que brindaban modelos para actuar. Por otro lado, las tradiciones jacobinas -del ala radical de la Revolución Francesa- que habían sido asumidas por artesanos que pronto se transformaron en los líderes de los trabajadores pobres y de la incipiente clase obrera. De este modo, pronto surgió la organización y la protesta. Como lo señala Edward P. Thompson, la clase obrera fue "hecha" por la industria, pero también se hizo a sí misma en el proceso que permitió el pasaje de la "conciencia de oficio" a la "conciencia de clase".[6]

En las últimas décadas del siglo **XVIII,** la primera forma de lucha en contra de los nuevos métodos de producción, el ludismo, fue la destrucción de las máquinas que competían con los trabajadores en la medida que suplantaban a los operarios. Cuando ya fue claro que la tecnología era un proceso irreversible y que la destrucción de máquinas no iba a contener la tendencia a la industrialización, esta forma de lucha continuó sin embargo empleándose como forma de expresión para obtener aumentos salariales y disminución de la jornada de trabajo. Y hacia 1811 y 1812 el movimiento ludista adquirió tal extensión que las leyes implantaron la pena de muerte para los destructores de máquinas.

Pero las demandas no se restringieron a la mejora de las condiciones de trabajo ni al aumento de los salarios, sino que también aparecieron reivindicaciones vinculadas con la política. En este sentido, la influencia de la Revolución Francesa fue significativa: el jacobinismo había dotado a los viejos artesanos de una nueva ideología, la lucha por la democracia y por los derechos del hombre y del ciudadano. No fue una simple coincidencia que en 1792 se publicara la obra de Thomas Paine, ***Los derechos del hombre*** y que el zapatero Thomas Hardy fundara la primera Sociedad de Correspondencia, asociación secreta que agrupaba a los trabajadores. De esta manera, a pesar de una legislación represiva -en 1799 se anularon los derechos de crear asociaciones-, comenzaron los movimientos que configuraban las primeras formas de lucha obrera.

[6] **Véase Thompson, Edward P. (1977), prólogo, t. I.**

En las primeras décadas del siglo **XIX,** las demandas de los trabajadores de una democracia política coincidieron con las aspiraciones de las nuevas "clases medias" a una mayor participación en el poder político. Frente a un sistema en que el sufragio era privilegio de las clases propietarias que contaban con un determinado nivel de renta, la lucha se centró en la ampliación del sistema electoral. El problema radicaba en que antiguos condados anteriormente densamente habitados habían disminuido su población -eran los llamados "burgos podridos"-, pero, a pesar de esto, conservaban la mayoría en la representación parlamentaria de modo tal que a veces un solo propietario podía llegar a tener dos bancas en el Parlamento. Por el contrario, centros densamente poblados, como las nuevas regiones industriales, carecían de representación.

Durante estos años, la intensa movilización permitió a los trabajadores, sobre todo a los calificados, avanzar en el derecho de asociación. En 1824, se anuló la legislación que prohibía asociarse y comenzaron a surgir los sindicatos ***(Trade Unions),*** culminando en 1830 con la formación de la Unión General de Protección al Trabajo. Pero si avanzaron en organización, los trabajadores perdieron en la lucha por los derechos políticos. En efecto, la lucha por la ampliación del sistema político culminó con la reforma electoral de 1832. Por esta reforma se suprimían los "burgos podridos", se otorgaba representación a los nuevos centros industriales y acrecentó el número de electores (de 500.000 a 800.000) al disminuir la renta requerida para votar. Esto indudablemente favorecía a la "clase media", pero excluía a la clase obrera de los derechos políticos.

El fracaso de 1832 constituyó un hito en la conformación del movimiento laboral: estaba claro que los intereses de los trabajadores no podían coincidir con los de la burguesía. Era necesario plantearse nuevas formas de lucha. Esto coincidía además con una ofensiva de los patronos contra los sindicatos —los empresarios se negaban emplear a trabajadores sindicalizados—, que los obligó a transformarse en asociaciones prácticamente clandestinas. Sin embargo, la cuestión de los derechos políticos continuó ocupando el centro del movimiento de trabajadores. En esta línea, en 1838, la Asociación de Trabajadores de Londres confeccionó un programa que se llamó la Carta del Pueblo: se exigía el derecho al sufragio universal, idéntica división de los distritos electorales, dietas para los diputados, entre otras peticiones.

La Carta del Pueblo dio origen a un vasto movimiento, el carlismo, que se extendió por toda Gran Bretaña alcanzando, sobre todo hacia 1842, una amplia resonancia. Sin embargo, el cartismo terminó disgregándose.

En parte, porque sus dirigentes, por sus posiciones divididas -algunos buscaban una alianza con los sectores más liberales de la burguesía, mientras otros consideraban la huelga como única forma de lucha-, no lograban unificar acciones conjuntas. Pero en gran parte también, por la repercusión que alcanzó en Inglaterra el fracaso, como veremos, de las revoluciones del 48 en el continente.

La Revolución Francesa

Si la economía del mundo del siglo XIX se transformó bajo la influencia de la Revolución Industrial inglesa, no cabe duda que la política y la ideología se formaron bajo el modelo de la Revolución Francesa. Francia proporcionó el vocabulario y los programas de los partidos liberales y democráticos de la mayor parte del mundo, y ofreció el concepto y los contenidos del nacionalismo. Fue una revolución, además, de repercusiones mundiales: no sólo significó un hito en la historia europea sino que sus efectos alcanzaron zonas muy alejadas como Hispanoamérica. Hasta la Revolución Rusa de 1917, la Francesa se transformó en el modelo revolucionario.

Los orígenes de la Revolución

¿Por qué esta revolución ocurrió en la Francia del siglo XVIII? En primer lugar -si bien no es algo exclusivo de Francia, allí se registró con mayor intensidad- desde mediados del siglo XVIII, se habían producido profundos cambios en el ámbito de las ideas y de las concepciones del mundo.

Los "filósofos" de la Ilustración, al fijar las fronteras del conocimiento, habían destronado a la teología: la religión, al integrar el terreno de las "creencias," estaba fuera de lo racionalmenre verificable, es decir, del conocimiento científico. El pensamiento se alejaba de lo sagrado para afirmar sus contenidos laicos. Pero esta separación ponía en tela de juicio las bases de la monarquía absoluta. La naturaleza divina del poder real, fundamento de su legitimidad, no era aceptada por los filósofos que propusieron una nueva instancia de legitimación, la opinión pública.

Como señala Roger Chartier, los cafés, los salones, los periódicos habían creado la esfera pública de la política -llamada también por Jürgen Habermas "esfera pública burguesa"-, es decir, espacios donde los individuos hacían un uso público de la razón.[7] Era un espacio de discusión, de comunicación y de intercambio de las ideas, sustraído del Estado -es decir, de la "esfera del poder político"— donde se criticaban sus actos y fundamentos. Además, en esa nueva esfera pública, las personas que hacían uso de la razón podían ser consideradas "iguales": ellas no se distinguían por su nacimiento, sino por la calidad de sus argumentaciones, es decir, por su capacidad. La esfera pública no reconocía, por lo tanto, las jerarquías sociales y las distinciones de órdenes sostenidas por el Estado absoluto.

[7] Véase Chartier, Roger (1995), pp. 33-50.

Esto no significa, sin embargo, que la "opinión pública" fuese considerada la opinión de la mayoría: "público" no significaba "pueblo". Por el contrario, la "opinión pública" era la opinión de los hombres ilustrados, era incluso la "opinión de los hombres de letras" opuestos al "populacho" de opiniones múltiples y versátiles, plagadas de prejuicios y pasiones. La frontera estaba dada entre los que podían leer y escribir y entre quienes no podían hacerlo. Desde esta perspectiva, los hombres ilustrados, que encarnaban la opinión pública, eran quienes debían erigirse en "representantes" del pueblo. En síntesis, dentro de la esfera pública se conformaba una nueva cultura política, con una nueva teoría de la representación, que colocaba el centro de la autoridad, no en las decisiones del monarca, sino en una opinión pública, que a fines del siglo XVIII se transformaba en un tribunal al que era necesario escuchar y convencer.

La nueva cultura política reflejaba la crisis de legitimidad de la monarquía absoluta que alcanzaba a amplios sectores sociales, a los campesinos, a las clases populares urbanas.

En los Cuadernos de Quejas de 1789 -que se redactaron ante la convocatoria de los Estados Generales y que recogían los petitorios de los distintos grupos sociales en todo el territorio de Francia— quedaron explícitos los cambios en las imágenes del rey: se había producido la desacralización de la monarquía. Es cierto que aún el término "sagrado" aparece unido al nombre del monarca, pero también eran "sagradas" muchas otras cosas: los diputados, los derechos de las personas. Era además una sacralidad que había cambiado su naturaleza, no estaba otorgada por Dios sino por la misma nación. Y según algunos autores, como Roger Chartier, esta desacralización fue lo que hizo posibles las profanaciones revolucionarias.

La crisis política se conjugaba con una peculiar situación social y económica. Durante el siglo XVIII, Francia fue la principal rival económica de Inglaterra en el plano internacional: había cuadruplicado su comercio exterior y contaba con un dinámico imperio colonial. Pero, a diferencia de Inglaterra, Francia era la más poderosa monarquía absoluta de Europa, y no estaba dispuesta a subordinar la política a la expansión económica. Por el contrario, esta expansión encontraba sus límites en la rígida organización

mercantilista del antiguo régimen, los reglamentos, los altos impuestos, los aranceles aduaneros.

Los economistas de la Ilustración, los fisiócratas, habían planteado soluciones. Consideraban que era necesario una eficaz explotación de la tierra, la abolición de las restricciones y una equitativa y racional tributación que anulara los viejos privilegios. Criticando las bases del mercantilismo, consideraban que la riqueza no estaba en la acumulación sino en la producción -fundamentalmente agrícola-, por lo tanto, para que prosperara, era necesario levantar las trabas, "dejar hacer" ***(laissez-faire),*** dar libertad a los productores, a las empresas, al comercio. Pero los intentos de llevar a cabo estas reformas en Francia fracasaron totalmente. El fisiócrata Turgor, ministro de Luis XVI entre 1774 y 1776, chocó contra una inconmovible aristocracia opuesta a un sistema impositivo que tocara sus privilegios. En síntesis, el conflicto entre los intereses del antiguo régimen y el ascenso de nuevas fuerzas sociales era más agudo en Francia que en cualquier otra parte de Europa. La "reacción feudal" fue la chispa que encendió la revolución.[8]

Para algunos historiadores, como Vovelle, la revolución fue el producto del conflicto entre la aristocracia feudal y las burguesías vinculadas a las nuevas actividades económicas y, por lo tanto, la consideran el paso necesario para el traspaso del poder de una clase social a la otra y el establecimiento de la sociedad moderna. Pero esta posición es enfrentada por las corrientes "revisionistas" que niegan la existencia tanto de una reacción nobiliaria como de una verdadera burguesía en la Francia del siglo XVIII.[9]

Niegan por lo tanto, el carácter de revolución "burguesa" a los acontecimientos que se desencadenaron a partir de 1789. Por el contrario, consideran que entre algunos sectores de la burguesía y de una nobleza "liberal" había amplio consenso respecto a la necesidad de reformas. De allí que la revolución fuese una "revolución de las élites" que el ***derapage*** (resbalón) que sufrió entre 1790 y 1794 fue por la intromisión de las masas campesinas y urbanas que se movilizaron en función de sus propias reivindicaciones. Ante las posiciones "revisionistas", Hobsbawm rescata nuevamente el carácter de "revolución burguesa".[10]

Para Hobsbawm el punto de partida está en el papel jugado por periodistas, profesores, abogados, notarios que defendían un sistema que se basaba no en el privilegio y el nacimiento, sino en el talento. Al defender un

[8] Véase Vovelle, Michel (1984), pp. 11-78.

[9] Véase Furet, Francois (1980).

[10] Véase Hobsbawm, Eric J. (1992), pp. 17-56.

nuevo orden social, estos burgueses -que no son exclusivamente los hombres de negocios- sentaron las bases para las posteriores transformaciones.

Las etapas de la Revolución

La participación de Francia en la guerra de independencia de los Estados Unidos había agravado los problemas financieros. Para sanear el défict fiscal, los ministros de Luis XVI habían intentado el cobro de un impuesto general a todas las clases propietarias, medida que afectaba el tradicional privilegio de la nobleza. Ante esto, la Asamblea de Notables, que reunía a la aristocracia, en una cerrada oposición a la medida, exigió a la corona la convocatoria de los Estados Generales (1788). Estos Estados representaban a los estamentos de la sociedad -el clero, la nobleza y el estado llano— y, ante los avances de la monarquía absoluta no se reunían desde 1615.

En síntesis, la revolución comenzó con la rebelión de la nobleza que intentaba afirmar sus privilegios frente a la monarquía. Pero, los efectos fueron distintos a los esperados. La convocatoria de los Estados Generales, la elección de los dipurados, la redacción de los Cuadernos de Quejas provocaron una profunda movilización que ponía en tela de juicio todo el andamiaje del antiguo régimen.

Los Estados Generales aún recogían la visión de la sociedad expresada en el modelo de los "tres órdenes": los que rezan (el clero), los que guerrean (la nobleza) y los que trabajan la tierra (los campesinos).

Los dos primeros Estados, el clero y la nobleza, reunían a los órdenes privilegiados; como resultado del cambio social, el Tercer Estado o Estado Llano incluía no sólo a los campesinos sino a todos los grupos —la mayor parte de la sociedad- que carecían de privilegios: burguesía mercantil y financiera, artesanos, manufactureros, profesionales, pequeños comerciantes, ricos arrendatarios, jornaleros, etc. Si bien la representación estaba ejercida por los personajes más influyentes de las ciudades, los sectores populares intervinieron activamente haciendo incluir sus reivindicaciones en los Cuadernos de Quejas, que constituían el mandato que debían asumir los diputados.

En mayo de 1789 los Estados Generales se reunieron en París. Inmediatamente comenzaron los debates sobre las formas de funcionamiento. Ante la falta de acuerdos, ante la negativa de la corona de aceptar la reunión conjunta de los tres Estados, el Estado Llano o Tercer Estado se autoconvocó en una Asamblea Nacional. Pero, en la coyuntura, los objetivos de sus integrantes cambiaron: se propusieron redactar una Constitución que, según el modelo que proporcionaba Inglaterra, limitara el poder real.

La primera etapa de la revolución (1789-1791)

Las intenciones de Luis XVI de disolver la Asamblea Nacional por la fuerza provocaron el levantamiento popular que agudizó el proceso: el 14 de julio de 1789, la toma de la fortaleza de La Bastilla simbolizó la caída del absolutismo y el comienzo de un período de liberación. Pronto la revolución se extendió en ciudades y, fundamentalmente, en el campo. Oleadas de levantamientos campesinos, el llamado "Gran Miedo" -saqueo de castillos, quema de los títulos de los derechos señoriales-, en sólo dos semanas quebraron la estructura institucional de Francia. El establecimiento de órganos de gobierno autónomos prácticamente hacía desaparecer toda forma de poder descentralizado.

En agosto de 1789, la revolución obtuvo su manifiesto formal: la Asamblea aprobó la *Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano.* La Declaración se basaba en los principios de *libertad, igualdad y fraternidad,* considerado el gran legado de la Revolución Francesa. La libertad se entendía fundamentalmente como la libertad personal de los individuos frente a las arbitrariedades del Estado, pero también libertad de empresa y libertad de comercio; la igualdad significaba que todos los individuos eran iguales ante la ley aboliendo de este modo los privilegios de sangre y de nacimiento; la fraternidad conformaba a la nación, todos eran franceses, con una sola patria y en tal sentido podían considerarse "hermanos".

> **Art. 1º Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos. Las distinciones sociales no pueden estar fundadas más que sobre la utilidad común.**
> **Art. 2º El fin de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre. Estos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad, la resistencia a la opresión.**
> **Art. 3º El principio de toda soberanía reside esencialmente en la nación: ningún cuerpo, ningún individuo puede ejercer autoridad si no emana directamente de ella.**
> *(Declaración de Derechos del Hombre y el Ciudadano).*

Pocos días antes, la Asamblea -por la presión de los levantamientos campesinos- había abolido el feudalismo. Es cierto que posteriores correcciones limitaron sus efectos. El pago de rescate por las tierras, por ejemplo, limitó el proceso de liberación campesina. Sin embargo, pese a esto, la importancia de la medida radicaba en echar las bases de un nuevo derecho civil con fundamento en la libre iniciativa. En la misma dirección concurrió la prohibición de la existencia de las corporaciones, medida que apuntaba

a eliminar los jerárquicos gremios medievales que limitaban la libertad de empresa y la libertad de trabajo. En síntesis, se comenzaba a construir el "orden burgués".

También se hacía necesario socavar otros de los fundamentos del antiguo régimen: las bases del poder de la Iglesia. A fines de 1789, se nacionalizaron los bienes del clero. En consecuencia, se expropiaron las tierras eclesiásticas que se pusieron en venta con el objetivo también de dar respaldo al "asignado", nuevo papel moneda. En julio de 1790, se dictaba la Constitución Civil del Clero que colocaba a la Iglesia bajo el poder del Estado: los obispos y los curas se transformaban en funcionarios públicos elegidos en el marco de las nuevas circunscripciones administrativas. Es cierto que esto generó un amplio conflicto que, durante mucho tiempo, enfrentó al clero constitucional y al mayoritario clero "refractario" que se negaba a aceptar la medida. Pero también quedaban cada vez más claras las intenciones de establecer un nuevo orden. Ese mismo año se decidieron los festejos del primer aniversario de la toma de la Bastilla: era la celebración de la fraternidad y de la abolición de las antiguas divisiones. El 14 de julio se transformaba en la fecha simbólica del nacimiento de ese nuevo orden.

Sin embargo, todavía quedaban pendientes problemas, fundamentalmente, la cerrada oposición de amplios sectores del clero y de la aristocracia frente al proceso que se desencadenaba. En efecto, muchas de las medidas se tomaban frente a la hostilidad de la nobleza y del rey que intentaba bloquear las resoluciones. Sin embargo, la movilización popular resultó clave para revertir la situación. Ya en octubre de 1789, una marcha de mujeres apoyadas por la Guardia Nacional -fuerza armada que la Asamblea Nacional había reclutado entre los ciudadanos- se dirigió a Versalles y obligó al rey a refrendar los primeros decretos. Ante esto, muchos nobles comenzaron a elegir el camino del exilio.

En septiembre de 1791, se aprobaba la Constitución, prologada por la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que establecía un sistema de monarquía limitada. El poder monárquico quedaba controlado por una Asamblea Legislativa, cuyos miembros debían ser elegidos mediante un sufragio restringido, derecho de los varones adultos propietarios. En este sentido quedaba claro que la "igualdad" de los hombres que había proclamado la revolución era la igualdad civil ante la ley, pero no implicaba en absoluto la igualdad política. Con esto, como señala Vovelle, culminaba la "revolución burguesa". Y esta fórmula de democracia limitada por el voto censatario constituyó a lo largo del siglo **XIX,** como veremos, el programa de la burguesía liberal europea.

La segunda etapa de la Revolución. La república jacobina (1792-1794)

Con el establecimiento de la monarquía limitada sobre la base de una participación restringida, para muchos que planteaban la necesidad de llegar a un acuerdo con el rey se habían cumplido los objetivos de la Revolución. Pero también eran muchos los que consideraban necesario seguir profundizando los contenidos revolucionarios. De este modo, dentro del Tercer Estado pronto comenzaron a diferenciarse las distintas corrientes, que se agrupaban en distintas asociaciones o clubes políticos. Algunos de estos clubes, como el de los jacobinos o el de los cordeleros -donde se escuchaban a los oradores más populares como Marat y Danton-, estaban reservados a la élite política. Pero también los sectores populares más radicalizados, que abarcaban a artesanos y jornaleros y a pequeños propietarios de tiendas y talleres, es decir, los *sans-culottes* -llamados así porque no usaban las calzas que vestían los sectores más acomodados sino simplemente pantalones-, se agrupaban en sociedades que se reunían en los barrios de las ciudades con un ideario democrático e igualitario. Esta red de asociaciones que cubría el país, junto con el aumento notable de la prensa revolucionaria, se transformó pronto en el motor de la agitación.

Las distintas tendencias también se expresaron en la Asamblea Legislativa y quedaron definidas por el lugar que ocupaban en el recinto de sesiones: en la "derecha" se agrupaban los sectores más conservadores; en la "izquierda", los más radicales. Si los más conservadores consideraban que la Revolución había concluido y que era necesario desmontar la "máquina de las insurrecciones", los acontecimientos no se desarrollaron a su favor. En primer lugar, una serie de malas cosechas y la devaluación de los asignados llevaron a una crisis económica que favoreció la movilización popular. En segundo lugar, el peligro de la contrarrevolución y de la guerra afirmó la influencia de los sectores más radicalizados.

En efecto, ante el desarrollo de los acontecimientos, en junio de 1791, Luis XVI junto con su familia había intentado huir para reunirse con los nobles exiliados en Austria. Pero la huida fue descubierta en la ciudad de Verennes y la familia real, en medio de la indignación popular, fue llevada por la fuerza a París. Poco despućs, Luis XVI fue forzado a prestar juramento a la Constitución. Pero el intento de huida y la intención del rey de unirse a los exiliados que complotaban en contra de la revolución para restaurar el poder absoluto fueron percibidos como un acto de "traición a la Patria . Y el descrédito de la monarquía afirmó el prestigio de los más radicalizados que habían comenzado a trazar un ideario republicano.

Estaba también el peligro de la guerra. Los nobles emigrados habían

obtenido el apoyo del rey de Prusia y del emperador de Austria para organizar una fuerza militar con el objetivo de invadir Francia. Para las coronas de Austria y de Prusia colaborar con la restauración del absolutismo era no sólo un acto de solidaridad política y familiar con Luis XVI -cuya esposa María Antonieta era austríaca- sino fundamentalmente una medida defensiva: evitar la expansión de esas ideas y de esos movimientos dentro de sus propios reinos. Pero las amenazas exteriores también parecían vincularse con conjuraciones internas. De este modo, la Asamblea Legislativa declaró la guerra a Austria en abril de 1792.

El estallido de la guerra favoreció la radicalización del proceso. Mientras los ejércitos enemigos se acercaban a la frontera y comenzaban a invadir el territorio, se proclamó la "Patria está en peligro" mientras acudían a París los voluntarios de las provincias en defensa de la revolución. Era el desenlace de un movimiento patriótico en contra de la traición. En este clima, el rey fue depuesto y enviado a prisión (agosto de 1792), se disolvió la Asamblea Legislativa y se la reemplazó por una Convención Nacional, elegida mediante sufragio universal. Para señalar el cambio incluso se estableció un nuevo calendario que buscaba marcar el comienzo de una nueva era: 1792 se transformaba en el Año I de la República. Se iniciaba así la segunda etapa de la revolución, etapa en la que guerra impuso su propia lógica.

La Convención inició sus sesiones en septiembre de 1792, en medio de difíciles circunstancias: la revolución parecía estar jaqueada desde adentro y desde afuera. Mientras los ejércitos invadían, la mayoría de las regiones estaban sublevadas y desconocían al gobierno. Era necesario tomar medidas excepcionales: tal fue la acción de los jacobinos que pronto ganaron el control de la Convención. Con el apoyo de los sectores populares de París y controlando mecanismos claves de gobierno como el Comité de Salvación Pública, los jacobinos lograron que todo el país fuese movilizado con medidas que configuraban la guerra total. La leva en masa incorporaba al ejército a todo ciudadano apto para llevar un fusil, mientras se establecía una economía de guerra rígidamente controlada: racionamiento y precios máximos. Las dificultades fueron muchas, pero las noticias de los primeros triunfos del ejército francés que había derrotado a los austríacos en la batalla de Valmy (septiembre de 1792) permitían mantener el ardor revolucionario.

Pero los enemigos no eran sólo externos. Para asegurar el orden y acabar de raíz con la oposición interna se impuso esa rígida disciplina que se conoció como el "Terror". Los sectores más radicalizados plantearon la necesidad de condenar a muerte al rey por su acto de traición: Luis XVI fue ejecutado en la guillotina. Con la suya, rodaron las cabezas de su esposa y

de otros nobles, pero también las cabezas de muchos antiguos revolucionarios que disentían con la conducción jacobina. Así murió, por ejemplo, en 1794, Danton, uno de los políticos más hábiles de la Convención, de gran popularidad, cuya capacidad oratoria había movilizado a la guerra por la defensa de Francia y de los ideales republicanos.

En 1793 se había promulgado una nueva Constitución, de carácter democrático, que establecía el sufragio universal, el derecho a la insurrección y al trabajo, la supresión de los derechos feudales aún existentes y la abolición de la esclavitud en las colonias. Pero esta Constitución casi no tuvo vigencia. Su aplicación fue suspendida por el mismo Comité de Salvación Pública, encabezado por Robesperrie, que prácticamente estableció una dictadura para profundizar la política del Terror.

Pero Robespierre pronto se encontró aislado. Si bien había eliminado la corrupción, las restticciones a la libertad disgustaban a muchos. Y tampoco agradaban sus incursiones ideológicas como la campaña de "descristianización" —debida sobre todo al celo de los *sans-culottes*— que buscaba reemplazar las creencias tradicionales por una nueva religión cívica basada en la razón y en el culto, con todos sus ritos, al Ser Supremo. Mientras, el silbido de la guillotina recordaba a todos los políticos que nadie podía estar seguro de conservar su vida.

La tercera etapa de la Revolución. La difícil búsqueda de la estabilidad (1794-1799)

La república jacobina pudo mantenerse durante la época más difícil de la guerra, pero hacia mediados de 1794 las circunstancias habían cambiado: los ejércitos franceses habían derrotado a los austríacos en Fleurus y ocupado Bélgica. En este contexto, una alianza de fuerzas opositoras dentro de la Convención, en julio -el mes thermidor del nuevo calendario— de 1794, desalojó del poder a Robespierre y a sus seguidores que fueron ejecutados. Poco después, en 1795, la Convención daba por terminadas sus funciones y sancionaba la Constitución del año III de la República.

El golpe de thermidor frenaba también a quienes aspiraban a cambios más profundos. En efecto, la Constitución de 1795 restablecía el sufragio restringido a los ciudadanos propietarios. Al mismo tiempo se establecía un poder legislativo bicameral y un poder ejecutivo, el Directorio, integrado por cinco miembros. De este modo, se aspiraba a retornar al programa liberal que había sido impuesto durante la primera etapa de la Revolución. Sin embargo, la mayor dificultad fue la de lograr la estabilidad política.

En una situación de difícil equilibrio, el gobierno del Directorio, sin demasiados apoyos, se encontró jaqueado tanto por los *sans-culottes* -que pronto lamentaron la caída de Robespierre- y los políticos más radicalizados, como por la reacción aristocrática. Era necesario encontrar la fórmula para no volver a caer en la república jacobina ni retornar al antiguo régimen. Y el delicado equilibrio fue mantenido básicamente por el ejército, responsable de reprimir y sofocar las periódicas conjuras y levantamientos. El ejército se transformó, de esta manera, en el soporte del poder político.

El ejército fue uno de los hijos más brillantes de la revolución. Nacido de la "leva en masa" de ciudadanos revolucionarios, pronto se convirtió en una fuerza profesional de combatientes. Pronto además mostró su capacidad en la guerra. Era además un ejército burgués, una de las carreras que la revolución había abierto al talento. Los grados y los ascensos no se debían al privilegio ni al nacimiento, sino que se debían -como en la sociedad burguesa- al mérito, transformado en la base de la jerarquía de valores. Y uno de esos militares de carrera, Napoleón Bonaparte, fue finalmente quien puso fin a la revolución al mismo tiempo que institucionalizó sus logros. Con él nacía además uno de los grandes mitos de la historia.

Fin e institucionalización de la Revolución: Napoleón Bonaparte (1799-1815)

Los ejércitos revolucionarios habían transformado el mapa de Europa. Se habían puesto en marcha como respuesta a la agresión de las dinastías europeas que apoyaban a los nobles exiliados, pero había algo más. La Revolución era considerada por muchos -como posteriormente en 1917, la Revolución Rusa— no como un acontecimiento que afectaba exclusivamente a Francia, sino como el comienzo de una nueva era para toda la humanidad. De allí las tendencias expansionistas y la ocupación de países, con ayuda de los partidos filojacobinos locales, donde transformaron el gobierno y la misma identidad nacional. De este modo, Bélgica fue anexada en 1795; luego lo fue Holanda que pasó a constituir la República Bátava. Desde 1798, Suiza, constituyó la República Helvética y en el norte de Italia se estableció la República Cisalpina. En síntesis, con los ejércitos se expandían también algunos de los logros revolucionarios, como el sistema republicano, ante el terror de las monarquías absolutas. Pero la guerra no sólo fue un enfrentamiento entre sistemas sociales y políticos, sino que también fue el resultado de la rivalidad de las dos naciones que buscaban esrablecer su hegemonía sobre Europa: Francia e Inglaterra.

En ese ejército revolucionario había hecho su carrera Napoleón Bonaparte, quien siendo muy joven, a los 26 años, había logrado el grado de ge-

neral. Su prestigio fue en aumento en 1795, cuando ante una sublevación monárquica estimulada por la caída de Robespierre, se le confió la defensa de la Convención. Bonaparte logró conjurar el peligro y desde entonces su posición fue sólida, no sólo por la certidumbre unánime de su capacidad militar, sino por la influencia personal que fue alcanzando. En 1796, el Directorio le confió la campaña militar a Italia y en 1798 -dispuesto a atacar la fuente de recursos de Inglaterra- Bonaparte se propuso la conquista de Egipto.

El sostenimiento de la guerra, junto con las dificultades internas, debilitó aún más al Directorio. En noviembre de 1799 -el 18 de brumario—, un golpe entregó el mando de la guarnición de París a Bonaparte. Poco después se formaba un nuevo poder ejecutivo, el Consulado, integrado por tres miembros. La Constitución del año VIH (1800) -que a diferencia de las precedentes no hacía mención a la Declaración de los Derechos del Hombre *y* del Ciudadano— dio forma al nuevo sistema: se disponía que uno de los tres mandatarios ejerciera el cargo de Primer Cónsul, reduciendo a los otros dos a facultades consultivas y otorgándole supremacía sobre el poder legislativo. El cargo de Primer Cónsul -que posteriormente fue declarado vitalicio— se otorgó a Napoleón Bonaparte que pudo ejercer un poder sin contrapesos.

Como ya señalamos, el sistema napoleónico significó el fin de la agitación revolucionaria. En primer lugar, se restringió la participación popular. Es cierto que se mantuvo el sufragio universal para todos los varones adultos, pero el sistema electoral indirecto, a través de la "lista de notabilidades" locales por quienes se debía sufragar, limitó sus efectos. Cada vez quedaba más claro que, a pesar de que la Constitución reafirmaba el principio de la soberanía popular, el poder venía "de arriba", y la participación popular se reducía a manifestaciones de confianza a través de los plesbicitos. En segundo lugar, se estableció un rígido sistema de control sobre la población. El control se perfeccionó sobre todo después de 1804, cuando el ministro de policía, Fouché, se encargó de eliminar todo asomo de protesta o disidencia. Iniciando una práctica de larga perdurabilidad, se confeccionaron "fichas" de funcionarios y de personalidades, bajo el pretexto de confeccionar una estadística "moral" de la Europa napoleónica. De este modo, mediante una centralización cada vez mayor del poder, se evitó toda radicalización que condujera a la república jacobina.

Pero el sistema napoleónico también institucionalizó muchos de los logros revolucionarios. Para acabar con los conflictos religiosos y contar con el apoyo del clero, Napoleón firmó con el papa Pío VII un Concordato (1801). Según sus términos, el papado reconocía las expropiaciones de los bienes eclesiásticos que había efectuado la Revolución, a cambio, se establecían severas limitaciones a la libertad de cultos. El Estado francés, por su parte, se reservaba el derecho de nombrar a los dignatarios eclesiásticos, pagarles un sueldo y exigirles un juramento de fidelidad. En síntesis, la Iglesia francesa —continuando una larga tradición- quedaba subordinada al Estado, anulando su potencial conflictivo.

Pero la obra más importante fue la redacción de un Código -conocido como ***Código Napoleónico***— redactado por importantes juristas con la participación del mismo Napoleón que quedó concluido en 1804. Allí se unificó la legislación y se institucionalizaron principios revolucionarios, como la anulación de los privilegios sociales y la igualdad de todos los hombres frente a la ley. Pero el Código no sólo institucionalizaba la "revolución burguesa" en Francia. El Código también se estableció en las regiones y países ocupados, expandiendo por Europa las bases de la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano.

El sistema napoleónico también reorganizó la administración y las finanzas y creó hasta un Banco Nacional, el más patente símbolo de la estabilidad burguesa. La enseñanza pública fue tratada con particular celo: se reorganizó la Universidad que quedó responsable de todo lo referente a la instrucción y se crearon los Liceos para la educación de los hijos de las "clases medias", los futuros funcionarios que concurrían al servicio del Estado. Y durante el período napoleónico se creó la jerarquía de funcionarios públicos que constituía la base del funcionamiento estatal. Se abrieron las "carreras" de la vida pública francesa -en la administración civil, en la enseñanza, en la justicia- de acuerdo con una jerarquía de valores, el "escalafón", propia de la burguesía, que encontraba su base en el mérito. Quedó establecido así un sistema de funcionamiento que ejercería gran influencia y que logró larga perdurabilidad.

A comienzos de 1804, el descubrimiento de un complot permitió a Bonaparte dar un paso más: la instauración del Imperio. De este modo, en mayo de 1804, se sancionaba la Constitución del año VIII que establecía la dignidad de "emperador de los franceses" para Napoleón, se fijaba el carácter hereditario del Imperio y se echaban las bases de una organización autocrática y centralizada. El eje de toda la organización era el mismo Napoleón asisrido por una nobleza de nuevo cuño, su familia y quienes podían ascender a ella no por nacimiento, sino a través de sus méritos y de •os servicios prestados al Estado.

La constitución del Imperio fue fundamentalmente el resultado de la Política exterior napoleónica: la nación que aspiraba a dominar el continente tenía que estar dirigida por una institución que históricamente lleva-

ra implícita una función hegemónica. Olvidando peligrosamente los sentimientos nacionales, Napoleón había proclamado: "Europa es una provincia del mundo y una guerra entre europeos es una guerra civil". Dentro de esa peculiar concepción de la unidad continental, el Imperio suponía la afirmación de la supremacía francesa. De este modo, la carrera política de Napoleón culminó en el fastuoso rito de la coronación imperial. Al coronarlo (2 de diciembre de 1804), el papa Pío VII legitimaba la hegemonía napoleónica. Como testimonio quedaron las transformaciones que se introdujeron en París: importantes monumentos destinados a restaurar la idea romana del Imperio.

En la lucha de Francia por la hegemonía europea, Inglaterra fue el enemigo inevitable. En la confrontación bélica ninguno de los dos países había conseguido éxitos decisivos. De allí que la lucha se trasladara al terreno económico. Desde 1805, la marina británica obstaculizaba las comunicaciones marítimas para los franceses; la respuesta fue un contrabloqueo que impedía la conexión y las transacciones comerciales de las islas con el continente. En síntesis, bloqueo marítimo y bloqueo continental eran los medios por los que Inglaterra y Francia intentaban asfixiarse mutuamente. Para Napoleón, además, el bloqueo continental presenraba una doble ventaja: no sólo aislaba a Inglaterra sino que subordinaba la economía del continente a las necesidades de Francia.

Sin embargo, para Francia, los efectos del bloqueo fueron graves: ruina de los puertos, falta de algodón y, sobre todo, la quiebra de los propietarios agrícolas que, en los años de buenas cosechas, no podían exportar el excedente. La situación económica hizo crisis en 1811. Ante la imposibilidad de una victoria económica, Napoleón decidió dar un vuelco decisivo a la guerra, mediante una contundente acción militar: la invasión de Rusia (1812).

Pero los resultados no fueron los esperados. Los rusos habían abandonado sus tierras destruyendo todo lo que pudiera servir al invasor, incluso incendiaron la ciudad de Moscú para desguarnecer las tropas francesas. Se comenzaron así a sufrir las consecuencias del crudo invierno ruso y se debió emprender una retirada que le costó al emperador lo mejor de sus tropas. El fracaso estimuló además el estallido de movimientos nacionalistas en los países ocupados. El imperio napoleónico se encontraba en las puertas de su fin. Las fuerzas aliadas de Prusia, Austria, Rusia y Suecia en la batalla de Leipzig (octubre de 1813) derrotaron a Napoleón que fue confinado en la isla de Elba (1814).

La ocupación de Francia por los aliados permitió la restauración de los Borbones en el trono de Francia. Pero, ante la situación generada por la ocupación, las intenciones del monarca Luis XVIII de retornar al antiguo

régimen permitieron que internamente se organizara un movimiento favorable a Napoleón (marzo de 1815). De este modo, evadiendo su custodia y con el apoyo de la fuerza militar, Napoleón pudo apoderarse de París, dispuesto a continuar la guerra. Pero sólo logró mantenerse en el poder cien días. En la batalla de Waterloo fue derrotado por el ejército inglés al mando del duque de Wellington (18 de junio de 1815). Napoleón abdicó y fue confinado en la lejana isla de Santa Elena, donde pasó sus últimos años.

2. El ciclo de las revoluciones burguesas

La caída de Napoleón llevó a la definición de un nuevo orden europeo, tarea que quedó a cargo de los vencedores: Gran Bretaña, Rusia, Austria y Prusia. Dos -Austria y Rusia- constituían monarquías absolutas; Inglaterra, por el contrario, como vimos, era una monarquía limitada por un Parlamento. Prusia era la nación menos significativa; sin embargo, al reconocérsele el papel de "gendarme" sobre las fronteras francesas, creció su papel internacional y su influencia sobre los otros estados alemanes. En síntesis, el nuevo orden constituyó un compromiso entre liberales y partidarios del antiguo régimen, compromiso que no significó equilibrio ya que, como lo demostraron las reuniones del Congreso de Viena (1815), el peso predominante se volcó hacia las viejas tradiciones.

El primer problema que tuvieron que afrontar fue el de rehacer el mapa de Europa: el objetivo era consolidar y acrecentar territorialmente a los vencedores y crear "estados-tapones" que impidieran la expansión francesa. Polonia fue distribuida entre Rusia y Prusia -que también obtuvo Sajorna-, sin escuchar los clamores polacos a favor de su autonomía. Inglaterra obtuvo nuevas posesiones coloniales y Austria ganó algunas regiones italianas, aunque vio disminuir su influencia dentro de los estados alemanes frente al nuevo peso que ganaba Prusia. Holanda y Bélgica se unieron en un solo reino, lo mismo que Noruega y Suecia. En Italia, fuera de las reglones bajo control austríaco, subsistía una serie de estados menores. España y Portugal mantuvieron sus límites, mientras Francia volvía a los que tenia antes de la Revolución. Pero este mapa europeo dejó planteados prolemas, como la cuestión de la "formación de las naciones", que frecuentemente reaparecerán a lo largo del siglo.

^ La obra del Congreso de Viena fue completada por la iniciativa del zar e Rusia, Alejandro I: la Santa Alianza. Orlado por el misticismo de su autor, el Proyecto proponía la alianza de los monarcas absolutistas en defene sus principios religiosos y políticos contra los ataques de una ola

liberal que -con razón- se pensaba que no estaba totalmente aniquilada. El misticismo de Alejandro I no cuadraba con un espíritu realista y práctico como el de Metternich, canciller de Austria, pero éste aceptó la propuesta: desde su perspectiva, se trataba de contar con un instrumento que permitiera intervenir en la política europea (1815). Pese a que estuvo listo el instrumento con el que se intentaría imponer el antiguo orden, la tarea no fue sencilla, ya que la sociedad se encontraba profundamente transformada.

Las revoluciones de 1830

Las bases de las revoluciones: liberalismo, romanticismo, nacionalismo

La cerrada concepción política que se intentaba imponer, las intenciones de retornar al absolutismo, desató en la sociedad intensas resistencias. Las ideas difundidas por la Revolución -la libertad, la igualdad- habían alcanzado suficiente consenso y el grado de madurez necesaria para agudizar el clima de tensión social y política. De este modo, ante la "restauración", se polarizaron los liberales que aspiraban imponer los principios revolucionarios. El panorama se complejizaba además por los movimientos nacionalistas que surgían en aquellos países que se sentían deshechos u oprimidos por los repartos territoriales del Congreso de Viena.

En algunos lugares, como en Italia y en Alemania, el liberalismo confluyó con el nacionalismo ya que, para poder constituir las unidades nacionales, era necesario expulsar a monarquías extranjeras o liberarse de los poderes autocráticos que dominaban. Para luchar por estos principios, surgieron sociedades secretas que adoptaron distintas formas de organización y distintos nombres. Entre ellas, las más conocidas fueron las logias masónicas y sociedades como la de los ***carbonarios,*** llamadas así en Italia porque sus miembros se reunían en los bosques para escapar del control de las autoridades austríacas. En Francia se organizó la ***charbonnerie,*** según el modelo italiano, integrada sobre todo por jóvenes universitarios y militares de filiación bonapartista. Los objetivos que perseguían estas sociedades eran variados pero coincidían en líneas generales. En Italia y Alemania, aspiraban a la unificación de la nación bajo una monarquía constitucional o -como aspiraban los grupos más radicalizados— bajo un gobierno republicano. En Francia y en España, buscaban establecer un gobierno que respetara los principios liberales. Pero en todas partes su característica fue la organización secreta, una rígida disciplina y el propósito de llegar a la violencia, si era necesario, para lograr sus objetivos.

Ya en torno a 1820 se dieron los primeros síntomas de que era imposible retornar al pasado según el proyecto de la restauración absolutista. Una revolución liberal en España -que por un breve tiempo impuso una Constitución a Fernando VII- y el levantamiento de Grecia que se independizó del Imperio turco constituyeron los primeros signos. Los movimientos y también las ideas que los sustentaban -el liberalismo, el romanticismo, el nacionalismo- alcanzaban su madurez.

El ***liberalismo*** —un término amplio e impreciso— era una filosofía política orientada a salvaguardar las libertades, tanto las políticas y económicas generales como las que debían gozar los individuos. Como política económica, el liberalismo logró su mayor madurez en Gran Bretaña. Los principios del ***laissez-faire*** formulados por los fisiócratas franceses, y también por Adam Smith en ***La riqueza de las naciones,*** llegaron a su mayor desarrollo con la obra de economistas como David Ricardo. Sostenían que las leyes del mercado actuaban como las leyes de la naturaleza, que "una mano invisible" hacía coincidir los objetivos individuales y los objetivos sociales. De allí la negativa a toda intervención estatal que regulara la economía: esta intervención sólo podía quebrar un equilibrio natural. El Estado debía limitarse a proteger los derechos de los individuos. Era además el sistema ideológico que más se ajustaba a las actividades y objetivos de las nuevas burguesía.

El liberalismo también se constituyó en un programa político: libertad e igualdad civil protegidas por una Constitución escrita, monarquía limitada, sistema parlamentario, elecciones y partidos políticos eran las bases de los sistemas que apoyaban la burguesía liberal. Pero también el temor a los conflictos sociales llevó a una concepción restringida de la soberanía que negaba el sufragio universal: el voto debía ser derecho de los grupos responsables que ejercían una ciudadanía "activa", de quienes tenían un determinado nivel de riqueza o de cultura, es decir, la burguesía del dinero y del talento. Desde nuestra perspectiva contemporánea, este liberalismo que implicaba una democracia restringida, resulta limitado e incluso notablemente conservador; sin embargo, en su época, en la medida que fue la base de la destrucción del antiguo régimen, constituyó indudablemente una fuerza revolucionaria.

Pero el liberalismo también se combinó con otras tradiciones intelectuales. En efecto, el pensamiento que se había acuñado en el siglo XVIII, el racionalismo y el materialismo propios de la Ilustración, también había despertado reaccciones. De este modo, el rechazo al racionalismo analítico y 'a exaltación de la "intuición," y de las viejas tradiciones medievales se transformaron en las principales características del romanticismo. Las primeras manifestaciones de esta nueva corriente fueron literarias, y se advier-

ten especialmente en Inglaterra, pero poco después se propagarán por toda Europa adquiriendo formas diversas.

En Francia, el romanticismo constituyó, originariamente, un movimiento tradicionalista en reacción contra la Revolución Francesa. Es el caso de Chateaubriand, católico y monárquico, dedicado a exaltar el medioevo -hasta entonces despreciado— en sus principales obras, buscando exaltar el espíritu nacional. Pero también fue romántico Víctor Hugo, republicano, liberal y revolucionario.

> **El romanticismo, tantas veces mal definido, no es, después de todo, otra cosa que el liberalismo en literatura [...] La libertad en el arte, la libertad en la sociedad, he ahí el doble fin al cual deben tender, con un mismo paso, todos los espíritus consecuentes y lógicos; he ahí la doble enseña que reúne, salvo muy pocas inteligencias, a toda esa juventud, tan fuerte y paciente, de hoy; y junto a la juventud, y a su cabeza, lo mejor de la generación que nos ha precedido [...] (Victor Hugo, prefacio a la primera edición de** *Hernani,* **1830).**

La exaltación del espíritu nacional, y la búsqueda de sus orígenes, permitió que el romanticismo prendiera fuertemente en aquellos países que se consideraban desmembrados u oprimidos por la dominación extranjera. En esta línea, el polaco exiliado en Francia, Federico Chopin; o Luis Beethoven, constituyeron grandes exponentes del romanticismo musical.

Pese a las diferencias, ¿qué tenían en común los diversos exponentes del romanticismo? El reemplazo de los mesurados modelos clásicos por un estilo apasionado y desbordante; la decisión de romper con los viejos moldes. De allí que, más que un conjunto coherente de ideas, el romanticismo constituyó una actitud. Era romántico sufrir, rezar, combatir, viajar a tierras lejanas y exóticas, comunicarse con la naturaleza, buscar el sentido de la historia. Era romántico leer sobre el medioevo y la antigüedad clásica. Era romántico amar apasionadamente, más allá de los patrones morales y convencionales. En síntesis, era el desafiante rechazo a todo lo que limitase el libre albedrío de los individuos.

En este contexto, la época fue favorable para los inicios del nacionalismo. Era aún un término confuso, que aludía más a un sentimiento que a una doctrina sistemáticamente elaborada. Pero lo cierto es que en muchos países europeos -y con mayor fuerza en los que se consideraban oprimidos- comenzaba a agitarse la idea de la nación. Comenzaba a conformarse la conciencia de pertenecer a una comunidad ligada por la herencia común de la lengua y la cultura, unida por vínculos de sangre y con una especial relación con un territorio considerado como "el suelo de la patria". En síntesis, cultura, raza o grupo étnico y espacio territorial confluían en la idea de la nación. Pero también el nacionalismo alcanzó repercusiones políticas. Se consideraba que el Estado debía coincidir con fronteras étnicas y lingüísticas, y fundamentalmente, se afirmaba el principio de la autodeterminación: el gobierno que dirigía a cada grupo "nacional" debía estar libre de cualquier instancia exterior.

Uno de los centros del nacionalismo europeo fue París, en donde se encontraba exiliado José Mazzini, que había constituido el grupo revolucionario la Joven Italia, destinado a luchar por la unificación de los distintos estados de la península y por su organización en un régimen republicano y democrático. Pero fue, sobre todo, en las universidades alemanas donde se dieron las formulaciones teóricas más completas que permitieron generar en el ánimo de sus compatriotas la idea de una "patria" unitaria. Dicho de otro modo, el nacionalismo -como el liberalismo y el romanticismo- fue un movimiento que se identificó con las clases letradas.

Esto no significa que no hubiese vagos sentimientos nacionales entre los sectores populares urbanos y entre los campesinos. Sin embargo, para estas clases, sobre todo para las masas campesinas, la prueba de la identificación no la constituía la nacionalidad sino la religión. Los italianos y españoles eran "católicos", los alemanes "protestantes" o los rusos "ortodoxos". En Italia, el sentimiento nacional parecía ser ajeno al localismo de la gran masa popular que ni siquiera hablaba un idioma común. Además, el hecho de que el nacionalismo estuviese encarnado en las burguesías acomodadas y cultas era suficiente para hacerlo sospechoso ante los más pobres. Cuando los revolucionarios polacos, como los carbonarios italianos trataron insistentemente de atraer a sus filas a los campesinos, con la promesa de una reforma agraria, su fracaso fue casi total. Y este es un dato de las dificultades que implicará la "construcción de las naciones" en el marco de las revoluciones burguesas.

Los movimientos revolucionarios de 183(P

En Francia, tras la caída de Napoleón, los viejos sectores sociales y políticos, los ***ultras,*** habían desencadenado una violenta reacción antiliberal intentando restaurar los principios del absolutismo. Pero eran muchas las dificultades para retornar al antiguo orden: la sociedad se había transformado y los principios de la revolución se habían extendido. De allí, la intensa resistencia.

[9] **Véase Hobsbawm, Eric J. (1997), pp. 116-137.**

Luis XVIII había intentado, con oscilaciones, una política conciliatoria. Incluso había concedido una Carta Constitucional en la que se admitían con limitaciones algunos derechos consagrados por la Revolución de 1789. Pero la situación cambió después de la muerte de Luis XVIII (1824). Su sucesor Carlos X, más compenetrado de los principios del absolutismo, desencadenó una persecución contra todo lo que llevara el sello del liberalismo que provocó el desarrollo de una oposición fuertemente organizada. Se preparaban así los ánimos para una acción violenta que no tardó en llegar.

Cuando Carlos X promulgó, sin intervención del parlamento, en julio de 1830, un conjunto de medidas restrictivas sobre la prensa y el sistema electoral, un levantamiento popular estalló en París. La represión fue impotente y el combate, durante tres días —27, 28, y 29 de julio— se instaló en las calles. Tras la abdicación del rey, ante el temor de que la participación popular desembocara en el retorno de la república jacobina, los liberales más moderados se apresuraron a otorgar al duque Luis Felipe de Orleans —notoriamente liberal- la corona de Francia.

Luis Felipe, el "rey burgués" —tanto por sus ideas como por su estilo de vida—, juró la Constitución (9 de agosto de 1830). El nuevo monarca recibía su titularidad no por un designio divino ni en una herencia histórica depositada en su familia, sino de la voluntad de los representantes del pueblo en ejercicio pleno de la soberanía nacional. De este modo, según los principios del liberalismo, se volvía a instalar una monarquía limitada sobre la base del sufragio restringido. Pero esto también significaba la derrota definitiva de las aristocracias absolutistas.

La agitación revolucionaria de 1830 no se limitó a Francia, sino que fue el estímulo para desencadenar otros movimientos que se extendieron por gran parte de Europa, incluso a Inglaterra, donde se intensificó la agitación por la reforma electoral que, como vimos, culminó en 1832. Pero los movimientos fueron particularmente intensos en otros países, donde los principios del liberalismo coincidían con las aspiraciones nacionalistas.

La remodelación del mapa de Europa que había hecho el Congreso de Viena había unificado a Bélgica y Holanda. Pero todo separaba a los dos países, la lengua, la religión e incluso, la economía. En efecto, la burguesía belga había comenzado su industrialización y reclamaba políticas proteccionistas, mientras que los holandeses, con hábitos seculares de comerciantes, se inclinaban por el librecambismo. Estas cuestiones, combinadas con el incipiente nacionalismo, fueron las que impulsaron la revolución en Bélgica. La libertad de prensa y la libertad de enseñanza que reclamaban los católicos -para impedir que el gobierno holandés propagara el protestantismo por medio de los programas escolares- fueron las banderas de lucha.

De este modo, los belgas proclamaron su independencia y un Congreso constituyente convocado en Bruselas eligió a Leopoldo de Sajonia-Coburgo, su primer monarca. Era la segunda vez que, en la oleada revolucionaria de 1830, un rey recibía sus poderes de un parlamento que representaba a la nación.

También en septiembre de 1830 estallaron motines en las ciudades del centro de Alemania, en noviembre la ola revolucionaria alcanzó a Polonia, y a comienzos de 1831 se extendió a los estados italianos. Pero estos movimientos fueron sofocados. Los príncipes alemanes reprimieron a los liberales y controlaron fácilmente los focos de insurrección. Los revolucionarios polacos e italianos fueron impotentes frente a los estados absolutistas -Rusia y Austria, respectivamente- a los que estaban sometidos. Las diferencias dentro de las fuerzas movilizadas, entre la burguesía y las masas populares por un lado, entre quienes aspiraban a reformas más radicales y entre los liberales que aspiraban únicamente a modernizar el sistema político, por otro, fueron factores que debilitaron a los revolucionarios. Sin embargo, quedaba el impulso para un nuevo asalto.

Las revoluciones de 1848: "la primavera de los pueblos"

De las revoluciones de 1830 sólo había quedado un testigo, Bélgica, independiente y con una Constitución liberal. En Francia, el viraje conservador de la monarquía de Luis Felipe de Orleans suponía para muchos la traición a la revolución que lo había llevado al trono. En Italia, los austríacos mantenían su férrea presencia; en Alemania, se posponían los ideales de unidad nacional mientras en muchos estados los príncipes gobernaban con un régimen prácticamente absolutista; en Polonia, los rusos habían suprimido todas las libertades. Pero en 1848 se intentó el nuevo asalto: las similitudes con las revoluciones de la década de 1830 fueron muchas, pero también se registraban significativas diferencias.

Las nuevas bases revolucionarias: democracia y socialismo

Los movimientos de 1848 fueron básicamente movimientos ***democráticos.*** En efecto, frente a ese liberalismo político que se definía por oposición al Antiguo Régimen, las revoluciones del 48 buscaron profundizar sus contenidos. Se comenzó a reivindicar el derecho de voto para todos los ciudadanos: no había democracia sin sufragio universal. En el mismo sentido, se prefería hablar de soberanía popular en lugar de soberanía nacional. Según

se observaba, el término "nación" parecía referirse a una entidad colectiva abstracta; en la práctica esa soberanía era ejercida nada más que por una minoría. El término "pueblo," en cambio, subrayaba la totalidad de los individuos; el "pueblo" al que invocaban los revolucionarios del 48 era el conjunto de los ciudadanos y no una abstracción jurídica. Y si el liberalismo se había inclinado por las monarquías constitucionales como forma de gobierno, esta democracia consideraba a la república como la forma política más idónea para el ejercicio del sufragio universal, la soberanía popular y la garantía a las libertades. Pero había más. Se comenzaba a acusar al liberalismo de predicar una igualdad estrictamente jurídica, de igualdad ante la ley, pero de permanecer insensible ante los contrastes sociales de riqueza/pobreza, cultura/analfabetismo. Era necesario también luchar por la reducción de las desigualdades en el orden social.[10]

Incluso, ya había comenzado a pronunciarse la palabra ***socialismo.*** En Francia, por ejemplo, Charles Fourier fue uno de los principales exponentes de lo que se llamó el "socialismo utópico". En su obra ***El nuevo mundo industrial*** (1820) había denunciado la propiedad privada, la competencia y la libertad de comercio como las bases de la desigualdad social. Pero Fourier no sólo criticaba, sino que también proponía un proyecto para construir una sociedad racional y armónica —el nuevo mundo industrial- basado en el principio de cooperación. También Etienne Cabet rescataba las ideas comunitarias presentes en las viejas utopías para formular en su novela ***Viaje por Icaria*** (1841) un proyecto de sociedad comunista. Pero fue tal vez Louis Blanc quien mayor influencia ejerció en la formación del socialismo francés: en su obra ***Organización del Trabajo*** (1840) proponía, como medio para transformar la sociedad y suprimir el monopolio burgués sobre los medios de producción, la creación de "talleres sociales", cooperativas de producción montadas con créditos estatales. En síntesis, delegaba en el Estado la tarea de la "emancipación del proletariado".

Pero no se trataba sólo de pensadores teóricos. Desde 1830, habían surgido organizaciones de trabajadores -embriones de los futuros sindicatos- y periódicos como el ***Journal des Ouvriers y Le Peuple*** se transformaban en los canales de difusión de las nuevas ideas. De este modo, Auguste Blanqui —que a diferencia de los otros socialistas propiciaba la insurrección armada como único método válido para la toma del poder político- inspiró un movimiento organizativo. Mientras las agrupaciones carbonarias republicanas reclutaban a la burguesía letrada (profesionales, estudiantes universitarios), las organizaciones blanquistas como las Sociedades de las

[10] Véase Agulhon, Maurice (1973), cap. 1.

Familias, reclutaban adeptos entre los sectores populares y el incipiente proletariado francés. En este sentido, las nuevas ideas reflejaban las transformaciones de la sociedad. En Francia, como veremos en el siguiente capítulo, estaba iniciándose el proceso de industrialización. Es cierto que aún primaban las antiguas formas de trabajo en los talleres tradicionales, pero la mecanización de las industrias del algodón y la lana y, posteriormente, la construcción de los ferrocarriles habían comenzado a conformar el núcleo inicial de la clase obrera.

Si bien su doctrina, considerada la base del pensamiento anarquista, fue sistematizada en la segunda mitad del siglo XIX, la obra de P. J. Proudhon ***¿Qué es la propiedad?*** (1840) causó un fuerte impacto en los medios socialistas. Fuertemente antiautoritario, Proudhon consideraba que la propiedad privada implicaba la negación de la libertad y de la igualdad, categorías que constituyeron el núcleo de su pensamiento. Para él, la única forma de asociación válida era la que derivaba del espíritu solidario, es decir, el mutualismo. Organizaciones de autogestión económica y autoadministración política debían multiplicarse por todo el territorio con independencia de todo estatismo. De allí surgiría un estado de no gobierno, la anarquía, al cual atribuía una carga de orden capaz de contraponerse al desorden dominante en la economía burguesa.

Los movimientos revolucionarios de 1848

La administración de Luis Felipe, apoyándose en grupos de la burguesía financiera, controlaba un gobierno en el que la participación electoral estaba restringida a quienes tenían derecho de voto, el ***país legal.*** Pero el descontento crecía alimentado por las sospechas de que la administración estaba corrompida y el Estado se dedicaba a beneficiar a especuladores y financistas. La situación se agravaba por la crisis económica que afectaba a Europa. En efecto, desde 1846, una drástica reducción en la cosecha de cereales había desatado oleadas de agitación rural. Pero también el alza de los precios de los alimentos y la reducción del poder adquisitivo habían generado, en las ciudades, la crisis del comercio y de las manufacturas, con las secuelas de la desocupación. Es cierto que las revoluciones estallaron, en 1848, cuando la situación económica había comenzado a estabilizarse, pero la crisis, al erosionar la autoridad y el crédito del Estado, intensificó y sincronizó los descontentos, preparando el terreno para la propaganda subversiva. En síntesis, las consecuencias de crisis se combinaban con el descontento político.

En ese contexto, la oposición al gobierno de Luis Felipe comenzó a realizar una "campaña de banquetes" donde se reunían los representantes

de los distintos sectores políticos para tratar temas de la política reformista, fundamentalmente, la cuestión de la ampliación del derecho de sufragio. El 22 de febrero de 1848, la prohibición del ministro Guizot de uno de esos banquetes, que debía celebrarse en un restaurant de los Campos Elíseos, fue la señal para el estallido: durante dos días la muchedumbre se adueñó de las calles, levantó barricadas en los barrios de París y, en la noche del 24, asaltó las Tullerías. Ante el curso que habían tomado los acontecimientos, Luis Felipe abdicó. La presión popular impidió que se tomara una solución tibia: se proclamó la República y se estableció un Gobierno provisional donde se vislumbraba el compromiso entre todos los sectores que habían participado en el levantamiento. En efecto, el Gobierno, presidido por el poeta Alphonse Lamartine estaba compuesto por republicanos liberales, demócratas, socialistas e incluso por un representante de los obreros de París. Se elaboró un programa que establecía el sufragio universal, la abolición de la esclavitud en las colonias, la libertad de prensa y de reunión, la supresión de la pena de muerte. Pero también se introdujeron los reclamos socialistas: derecho al trabajo, libertad de huelga, limitación de la jornada laboral. Para atender las demandas sociales se estableció una comisión que funcionaba en Luxemburgo, presidida por Louis Blanc, y para paliar el problema del desempleo se crearon los Talleres Nacionales.

Pero pronto comenzaron las dificultades. Quienes aspiraban a la república "social" pronto fueron confrontados por quienes aspiraban a la república "liberal". Las elecciones de abril fueron la prueba decisiva: 500 escaños para los republicanos liberales, 300 para los monárquicos y 80 para los socialistas establecieron el límite. Las elecciones demostraban el débil peso que aún tenía la república, que los sentimientos monárquicos aún tenían raíces vivas. Pero sobre todo demostraban el temor de los franceses a la república "social". El gobierno de Lamartine evolucionó entonces hacia políticas más conservadoras. Se elaboró un proyecto de construcción de ferrocarriles para atemperar la desocupación y, fundamentalmente, para alejar de París a los obreros ferroviarios; y, en segundo lugar, se comenzó a preparar la disolución de los Talleres Nacionales, centros de propaganda socialista.

Las medidas tomadas por el gobierno de Lamartine dieron lugar a mar nifestaciones de descontento que pronto se transformaron en un estallido social (junio de 1848), que fue violentamente reprimido por Cavaignac, ministro de Guerra. Se terminaba así toda expectativa sobre la "república social". El tono autoritario que fue adquiriendo el gobierno se expresó también en la nueva Constitución (noviembre de 1848) que confería fuertes poderes al Presidente de la República y había borrado de su preámbulo toda declaración sobre el derecho al trabajo. A fines de año, asumía la presidencia Luis Napoleón Bonaparte, apoyado por el Partido del Orden cuyo programa defendía la propiedad, la religión, el reestablecimiento de la guillotina y negaba el derecho de asociación. En síntesis, el temor a la "república social" había llevado a la burguesía francesa a abrazar la reacción.

Los acontecimientos franceses fueron inseparables de la ola revolucionaria que agitó a Europa en 1848. Italia, los territorios alemanes, Prusia, el imperio austríaco se vieron agitados por movimientos que mostraban características comunes: a las reivindicaciones políticas, se agregaba la insurrección social. En Italia se sumaba el componente nacionalista, la expulsión de los austríacos, como paso para la unificación. Pero las insurrecciones populares, que siguiendo los postulados de Mazzini, se produjeron en Florencia, Venecia, Roma -de donde debió huir el Papa- y otras ciudades italianas pronto fueron sofocadas por la flota austríaca y el ejército francés que envió Luis Napoleón Bonaparte. Después de los fracasos del 48, únicamente el reino de Piamonte-Cerdeña, bajo el reinado de Víctor Manuel III, contaba con una Constitución liberal. De allí saldrán las bases para la posterior unificación (1870).

La agitación revolucionaria también se propagó a Austria y a los estados alemanes. Mientras el pueblo de Viena se levantaba en armas y obligaba a huir al canciller Metternich, en otras regiones del Imperio -Bohemia, Hungría y los estados italianos del norte- estallaban las insurrecciones. En Prusia, la sublevación de Berlín exigió al rey una constitución, mientras los demás estados alemanes se movilizaban y los partidarios de régimen constitucional reunían en Francfort un congreso con el objetivo de unificar Alemania. Pero los soberanos absolutistas se apoyaron mutuamente para frustrar a los revolucionarios, de este modo, los levantamientos fueron sofocados por las fuerzas de las armas.

Las revoluciones del 48 rompieron como grandes olas, y dejaron tras de sí poco más que el mito y la promesa. Si habían anunciado la "primavera de los pueblos", fueron -en efecto- tan breves como una primavera. Sin embargo, de allí se recogieron enseñanzas. Los trabajadores aprendieron que no obtendrían ventajas de una revolución protagonizada por la burguesía y que debían imponerse con su fuerza propia. Los sectores más conservadores de la burguesía aprendieron que no podían más confiar en la fuerza de las barricadas. En lo sucesivo, las fuerzas del conservadurismo deberían defenderse de otra manera y tuvieron que aprender las consignas de la "política del pueblo". La elección de Luis Napoleón -el primer jefe de Estado moderno que gobernó por medio de la demagogia- enseñó que la democracia del sufragio universal era compatible con el orden social. Pero las revoluciones del 48 significaron fundamentalmente -al menos en Europa

occidental- el fin de la política tradicional y demostraron que el liberalismo, la democracia política, el nacionalismo, las clases medias e incluso las clases trabajadoras iban a ser protagonistas permanentes del panorama político.

Cronología"

1760 Jorge III es coronado rey de Inglarerra.
1762 Catalina la Grande llega al trono de Rusia con el proyecto de occidentalizar las costumbres y el pensamiento.
1763 Tras la Guerra de los Siete Años, se firma la Paz de París: Gran Breraña obtiene Canadá y Luisiana de Francia, y Florida de España.
1767 Expulsión de los jesuítas de España.
1774 Luis XVI, rey de Francia. Designa al fisiócrata Turgor como ministro de finanzas para la aplicación de un programa de reformas que fracasa por la oposición nobliliaria.
1775 Comienza la guerra de la independencia en los Estados Unidos.
En Inglaterra, empieza la utilización industrial del vapor.
1776 Declaración de la independencia de los Estados Unidos.
1777 Benjamín Franklin es el primer embajador de los Estados Unidos en París.
1778 Francia se alia con Esrados Unidos en la guerra contra Inglaterra; el ministro de Finanzas intenta cubrir las deudas de guerra con la creación de nuevos impuestos.
1783 Se firma la Paz de París por la que Inglaterra reconoce la independencia de los Estados Unidos.
1785 Primera fábrica de hilados a vapor en Nottingham.
1788 En Francia, la Asamblea de Notables intima al rey para la convocatoria de los Estados Generales. Sieyes publica el panfleto *¿Qué es el Tercer Estado?* que demandaba la participación de los representantes de la nación en el gobierno.
Carlos IV, sucede a su padre, Carlos III, como rey de España.
1789 En Francia, se reúnen los Estado Generales; un levantamiento popular toma de la Bastilla; se da a conocer la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano.
En Estados Unidos, George Washingron es el primer presidente.
1790 En Francia, se promulga la Constitución Civil del Clero que será condenada por el Papa.
1791 En Francia se promulga la Constitución; comienza a sesionar la Asamblea legislativa; el rey Luis XVI fracasa en su intento de huida.
1792 Francia declara la guerra a Austria; Rouget de Lisie compone la música y el texto de *La Marsellesa*, himno de la revolución; se reúne la Convención que proclama la República.
1792 Primera coalición (Prusia, Austria y Piamonte) contra Francia. Victoria francesa en Valmy. Francia anexa Bélgica después de la victoria de Jemmpes. Convención Nacional francesa: proclamación de la República.
1793 En Francia se proclama la nueva Constitución. El rey Luis XVI es guillotinado. Robespierre domina el Comité de Salvación Pública. Se declara la guerra entre Francia e Inglaterra.
1794 En Francia, estalla el golpe de thermidor; se organiza el Directorio. Victoria francesa en Fleurus.
1795 Francia firma tratados de paz con Prusia, Holanda y España.
1796 Napoleón Bonaparte es comandante en jefe del ejército francés; victorias en Italia.
1798 Expedición de Napoleón Bonaparte a Egipto. Segunda coalición (Rusia e Inglaterra) contra Francia.
1799 Francia le declara la guerra a Austria. Tras el golpe del 18 brumario, Napoleón es designado Cónsul.
1801 Se firma la paz entre Francia y Rusia.
1802 Francia firma la Paz de Amiens con Inglaterra; Napoleón es Cónsul Vitalicio.
1803 Se rompe la paz de Amiens.
1804 Se promulga el Código napoleónico. Napoleón es coronado Emperador; se rompen las relaciones entre Francia y Rusia.
1805 Tercera coalición (Inglaterra, Austria y Prusia) contra Francia. Capitulación austríaca en Ulms. En Trasfalgar, el almirante Nelson derrota a la flota franco-española. Victoria francesa en Austerliz.
1806 Cuarta coalición (Inglaterra, Prusia y Rusia) contra Francia. Victorias francesas en Jena y Auestard. Francia establece el bloqueo continental.
Primeras invasiones inglesas en el Río de la Plata.
1807 Las tropas de Napoleón ocupan Portugal.
1808 Napoleón anexa Roma después de la ruptura de relaciones con el Papa.
En España, tras la ocupación francesa, es coronado monarca José Bonaparte, hermano de Napoleón.
1809 Quinta coalición (Inglaterra, España y Austria) contra Francia. Victoria francesa en Wagram. Napoleón contrae matrimonio con la princesa austríaca, María Luisa, hija de Francisco I.
1810 Sublevación general de las colonias españolas en América. En Rusia, el zar Alejandro I rompe el bloqueo continental.
1811 Desórdenes ludistas en Gran Bretaña.
1812 Napoleón invade Rusia donde sufre importantes derrotas. Sexta coalición (Prusia, Rusia, Austria y Suecia) contra Francia. Simón Bolívar inicia su campaña libertadora en Venezuela.
1813 Concordato de Fontainebleau. Holanda proclama la independencia. Napoleón devuelve la corona de España a Fernando VII.

" Kinder, Hermann y Hilgemann, Werner (1978), pp. 11-61.

1814 Tras la campaña de Francia, los aliados entran en París. Napoleón abdica y es llevado a la isla de Elba. En Francia se restaura la monarquía borbónica con Luis XVIII.
Stephenson inventa la locomotora.

1815 Tras los "Cien días", Napoleón es derrotado en la batalla de Waterloo y desterrado en la isla Santa Elena. El Congreso de Viena rehace el mapa de Europa. Se forma la Santa Alianza.
Se organiza la Confederación germánica integrada por 35 príncipes, entre ellos los reyes de Inglaterra (casa Hannover), Dinamarca (Holstein), Países Bajos (Luxemburgo).

1816 Las Provincias Unidas del Río de la Plata declaran la independencia.

1817 El Papa condena las independencias americanas.

1819 En Alemania se crea la Unión Aduanera (Zollverein).
En Inglaterra comienza la movilización por la reforma electoral.

1820 Levanramientos liberales en España y Portugal.
En Inglaterra Jorge IV llega al trono; queda firmemente establecido el sistema institucional, en el que alternan los partidos *tory* (conservador) y *whigs* (liberal), con el predominio de la Cámara de los Comunes mediante el estrecho control del gabinete de ministros.

1821 Comienza la guerra de independencia de Grecia contra los turcos. Independencia de Perú y de México.

1822 Independencia de Brasil.

1823 Reestablecimiento del absolutismo en España. Las Provincias Unidas de Centro América (Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica) declaran la independencia.

1824 Carlos X llega al trono de Francia intensificando las políticas absolutistas. Las victorias de Bolívar en Junín y de Sucre en Ayacucho consolidan las independencias americanas.

1825 Segunda condena papal a las independencias americanas.

1830 Revoluciones liberales en Europa. Luis Felipe de Orleans es proclamado rey jurando obediencia a la Constitución. Bélgica se independiza de Holanda. Insurrecciones en los estados italianos y Polonia.
Guillermo IV llega al trono de Inglaterra.

1831 José Mazzini funda la "Joven Italia".

1832 En Inglaterra se aprueba el proyecto de reforma electoral del primer ministro Gray que aumenta el número de ciudadanos con derecho al voto.

1833 Tras la muerte de Fernando VII hereda el trono de España su hija Isabel anulando la tradición por la cual no podían heredar el trono las mujeres. Por la oposición del infante don Carlos, hermano del rey, comienzan las guerras carlistas.

1834 En Inglaterra se promulgan las "leyes de pobres".
Se promulga el manifiesro de la Joven Europa.

1837 En Gran Bretaña, muere sin dejar herederos Guillermo IV, le sucede en el trono su sobrina, Victoria, quien inicia un largo reinado (hasta 1901).

1838 Comienza la agitación cartista en Gran Bretaña.

1840 La "guerra del opio" en China. Los ingleses llegan a Nueva Zelandia.

1842 Los ingleses ocupan Hong-Kong.

1843 Los ingleses en Natal. Los boers, colonos de origen holandés, crean en África la República Libre de Orange.

1844 Inglaterra comienza la guerra de conquista de la India.

1845 Federico Engels publica *La situación de la clase obrera en Inglaterra.*

1847 Crisis económica en Europa. En California se descubre oro. Conferencia internacional obrera en Londres. Marx y Engels escriben el *Manifiesto Comunista.*

1848 Revoluciones en Europa. En Francia se establece la república y el sufragio universal. Insurrecciones en Italia, Alemania y Austria.
Estados Unidos anexa los territorios mexicanos de Texas, Nuevo México y Alta California.

Referencias bibliográficas

Agulhon, Maurice (1973), *1848 ou l'apprentissage de la République,* París, Seuil, cap. 1.

Berg, Maxine (1987), *La era de las manufacturas, 1700-1820. Una nueva historia de la Revolución Industrial británica,* Barcelona, Crítica, cap. 6 "La manufactura doméstica y el trabajo de las mujeres", pp. 145-172.

Chartier, Roger (1995), *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa,* Barcelona, Gedisa, cap. 2 "Espacio público y opinión pública", pp. 33-50.

Furet, Francois (1980), *Pensar la Revolución Francesa,* Barcelona, Petrel.

Hobsbawm, Eric J. (1982), *Industria e Imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750,* Barcelona, Ariel, cap. 2 "El origen de la Revolución Industrial", cap. 3 "La Revolución Industrial, 1780-1840" y cap. 4 "Los resultados humanos de la Revolución Industrial", pp. 34-93.

.________(1992), *Los ecos de La Marsellesa,* Barcelona, Crítica, cap. 1 "Una revolución de la clase media", pp. 17-56.

________(1997), *La era de la revolución,* Buenos Aires, Crítica, cap. 6 "Las revoluciones", pp. 116-137.

Kinder, Hermann y Hilgemann, Werner (1978), *The Penguin Atlas of World History. Volume II: From the French Revolution to the Present,* Middlesex-Nueva York, Penguin Books, pp. 11-61.

Mori, Giorgio (1983), *La Revolución Industrial. Economía y sociedad en Gran Bretaña en la segunda mitad del siglo XVIII,* Barcelona, Crítica, cap. 2 "El desarrollo del modo de producción capitalista en Gran Bretaña", pp. 20-43.

Thompson, Edward P. (1977), *La formación histórica de la clase obrera en Inglaterra, 1780-1832,* t. I, Barcelona, Laia, Prólogo.

Vovelle, Michel (1984), *Introducción a la historia de la Revolución Francesa,* Barcelona, Crítica, pp. 11-78.

CAPÍTULO IV
EL APOGEO DEL MUNDO BURGUÉS (1848-1914)

1. El triunfo del capitalismo

La segunda mitad del siglo XIX corresponde indudablemente a la época del triunfo del capitalismo. El triunfo se manifestaba en una sociedad que, habiendo asumido los valores burgueses, consideraba que el desarrollo económico radicaba en las empresas privadas competitivas y en un ventajoso juego entre un mercado barato para las compras -incluyendo la mano de obra- y un mercado caro para las ventas. Se consideraba que una economía sobre tal fundamento, y descansando sobre una burguesía cuyos méritos y energías la habían elevado a su acrual posición, iba a crear un mundo no sólo de riquezas correctamente distribuidas, sino también de razonamiento, ilustración y oportunidades crecientes para todos. Con el capitalismo triunfaban la burguesía y el liberalismo, en un clima de confianza y optimismo que consideraba que cualquier obstáculo para el progreso podía ser superado sin mayores inconvenientes.

Capitalismo e industrialización

En la segunda mitad del siglo XIX, el mundo se hizo capitalista y una significativa minoría de países se transformaron en economías industriales. Es cierto que, por lo menos hasta 1870, Inglaterra mantuvo su primacía en el proceso de industrialización y su indiscutible hegemonía dentro del área capitalista. La misma industrialización que comenzaba a generarse en el continente europeo amplió la demanda de carbón, de hierro y de maquinarias británicas. Incluso, la prosperidad permitía una mayor demanda de bienes de consumo procedentes de Inglaterra. De este modo, una rama tradicional como la textil experimentó un notable progreso basado en la mayor mecanización de la producción: entre 1857 y 1874 el número de telares mecánicos se había elevado en 55%. La minería y la siderurgia, por su parte, también mantenían un elevado nivel de crecimiento: hacia 1870

todavía más de la mitad de la producción mundial de hierro procedía de Inglaterra. Esta primacía industrial estaba además complementada con el predominio en el comercio internacional.

Sin embargo, la posición inglesa parecía amenazada. La misma Revolución Industrial había desencadenado procesos de industrialización en un puñado de países europeos como Francia, Bélgica y Alemania, a los que pronto se agregarían otros, ubicados fuera de Europa, como Estados Unidos y Japón. Eran sin duda una minoría de países, en un mundo que continuaba siendo predominantemente rural, pero sus efectos resultarían notables.

En Francia, durante el período del Segundo Imperio, al calor de la prosperidad económica de los años 1850-1870 y por políticas que la favorecían, la industria pudo conformar una estructura productiva moderna donde se impuso el sistema fabril. Es cierto que, a diferencia de lo que ocurrió en Inglaterra o en Alemania, la producción en pequeña escala perduró con tenacidad. Mientras la industria moderna se concentraba en algunos puntos -París, Lyon, Marsella, la Lorena-, en el resto de país se mantenían las viejas estructuras productivas. La clave para explicar la lentitud de la industrialización francesa puede encontrarse en la sociedad agraria: el predominio de la pequeña propiedad frenaba la conformación del mercado interno y el éxodo de la población del campo. Hasta fines del siglo XIX, Francia continuaba siendo un país mayoritariamente rural.

Sin embargo, el impulso para la industrialización provino de las políticas del Estado y de sus necesidades estratégicas. Dicho de otra manera, el impulso dado por el Segundo Imperio a la construcción de ferrocarriles -al otorgar favorables condiciones a las empresas concesionarias, garantizar a las líneas recién construidas un beneficio del 4% sobre el capital, y otorgar préstamos que cubrieran buena parte de la inversión inicial- sentaron las bases de la industria francesa. En efecto, el desarrollo ferroviario trajo aparejado una gran demanda para la siderurgia y estimuló las inversiones hacia la industria pesada. Incluso, el grueso de la producción metalúrgica se concentró en grandes empresas cuyas fábricas no tenían precedentes en Inglaterra tanto por su tamaño como por su organización.

La primera etapa de la Revolución Industrial inglesa -la de los textiles— se había basado en innovaciones tecnológicas sencillas y de bajos costos pero éste no era el caso de Francia que se incorporaba al proceso de industrialización en una etapa mucho más compleja -la de los ferrocarriles- y que exigía una gran acumulación de capitales. Sin embargo, el obstáculo pudo ser superado por la capacidad de adaptación del sistema bancario francés que pudo concentrar el capital repartido entre millares de

pequeños ahorristas y orientarlo hacia las actividades productivas. En este sentido, el sistema bancario francés parecía mostrarse más permeable a los requerimientos de la industria que el sistema británico. No sólo la alta banca tradicional orientó parte de su cartera de créditos al sector industrial, sino que aparecieron nuevas casas bancarias adaptadas a tal fin. Es el caso, por ejemplo, del Credit Mobilier, fundado en 1852 por los hermanos Pereire, que estimuló el ahorro para volcarlo hacia las empresas ferroviarias e industriales. Incluso, la ley de 1867 por la que el Estado autorizó la libre constitución de sociedades anónimas fue un instrumento que permitía canalizar el pequeño ahorro y concentrar capitales para la inversión.

De este modo, a partir de las iniciativas del Estado y de la participación del capital bancario, a pesar de las dificultades que desde 1870 pudieron afectar el desarrollo del capitalismo industrial francés, éste mantuvo su ritmo de constante crecimiento. Así, en los primeros años del siglo XX, Francia poseía ya el perfil de un país industrial moderno.

La industrialización alemana -con su principal polo en Prusia- también arrancó en la década de 1850 estrechamente ligada al desarrollo de una red ferroviaria que, hacia 1870, era la más densa del continente. La construcción de ferrocarriles permitió cuadriplicar la producción de hierro entre 1850 y 1870, y en este último año, Alemania ya ocupaba el segundo lugar entre los países europeos productores de hulla. Incluso, la industria química tuvo un importante desarrollo en la década de 1860 a través de la explotación de las potasas de Stassfurt. De este modo, Alemania, más que ningún otro país europeo, pudo basar su proceso de industrialización en la industria pesada, en la mecanización intensiva y en el pronto desarrollo de grandes establecimientos fabriles. En esta línea, su industrialización alcanzó un ritmo extraordinario: en 1893, Alemania ya superaba a Inglaterra en la producción de acero, y en 1903, en la producción de hierro.

¿Cuáles fueron los factores que impulsaron el acelerado desarrollo del capitalismo industrial en Alemania? En primer lugar, a diferencia de Francia, el mundo rural no constituyó un obstáculo para la industria. La concentración de la tierra en grandes propiedades y la modernización de la agricultura -que llevó a los terratenientes a racionalizar sus explotaciones mediante la mecanización- obligó, sobre todo en las regiones orientales, a millones de trabajadores agrícolas a abandonar el campo. Muchos emigraron al exterior, pero también muchos fueron absorbidos por Berlín, Hamburgo y los nuevos centros industriales de Alemania occidental, sobre todo en la región del Rhur, formando una importante reserva de mano de obra para la industria en expansión.

En segundo lugar, como en el caso de Francia, el sistema bancario tu-

vo una activa participación en la financiación de la industria. Ya desde la década de 1840 los bancos privados jugaron un importante papel en la movilización del capital necesario para financiar la primera etapa de la expansión ferroviaria. Después de 1850 se fundaron también nuevos bancos con orientación industrial que mostraron gran capacidad de organización de promoción de las compañías industriales en las regiones de Renania-Westfalia, Silesia y Berlín. En 1870 se promulgó la ley que autorizaba la formación de sociedades anónimas -en ese año en Prusia surgieron 41 sociedades- que actuaron como un poderoso agente de concentración de capitales dirigido además a la industria de la construcción, la minería, la metalurgia y la industria textil.

Además, también en el caso de Alemania, favoreció el desarrollo de la industrialización un marcado intervencionismo estatal. Ya desde antes de la unificación política, el gobierno de Prusia vinculaba estrechamente el problema de la formación y expansión del Estado alemán con el desarrollo económico, principalmente, industrial. El objetivo era obtener una creciente autarquía económica y un eficaz poderío militar. En este sentido, el Estado participó directamente en la construcción de las líneas ferroviarias percibidas como un instrumento de unificación política y económica. Además, aseguró los instrumentos jurídicos necesarios para la expansión de la gran empresa y subsidió el surgimiento de actividades industriales consideradas estratégicas para la seguridad nacional.[1]

Si bien sólo unos cuantos países se convertirían en economías industriales, la expansión del capitalismo transformado en un sistema mundial dejaba pocas áreas que no estuvieran bajo su influencia. El mundo parecía transformarse a un ritmo acelerado. En primer lugar, las ciudades crecían. Es cierto que aún Europa continuaba siendo predominantemente rural. Pero el crecimiento de la población (por mejoras en la alimentación y en la higiene) y la introducción de la mecanización en el campo generaba un excedente de mano de obra que no podía ser absorbido por las tareas rurales. Y esto produjo un éxodo de población rural. Muchos emigraron al extranjero -fue la época de las grandes oleadas migratorias a América y a Australia-, pero también muchos otros se dirigieron a las ciudades, donde la oferta de trabajo era creciente y los salarios superiores.

De este modo, las ciudades comenzaron a crecer, pero como señala Hobsbawm, no era sólo un cambio cuantitativo, las ciudades mismas se transformaban rápidamente convirtiéndose en el símbolo indudable del capitalismo. La ciudad imponía una creciente segregación social entre los ba-

[1] **Véase Kemp.Tom (1976), pp. 79-166.**

rrios obreros y los nuevos barrios burgueses, con espacios verdes, con residencias iluminadas a gas y con calefacción, y de varios pisos desde la aparición del "ascensor". Incluso, los proyectistas urbanos consideraban que el peligro potencial que significaban los pobres podía ser mitigado por la construcción de avenidas y boulevares que permitieran contener toda amenaza de sedición. Y en ese sentido, la remodelación de París podía ser considerada paradigmática.[2]

En las ciudades también comenzaban a transformarse los métodos de circulación y distribución de mercancías. La aparición de los "grandes almacenes" o "grandes tiendas" fue una novedad en París en 1850, que pronto se extendió a otras ciudades como Berlín y Londres. El objetivo de estos "grandes almacenes" era que el capital circulara rápidamente, se hacía necesario vender mucho, por lo tanto era necesario vender más barato. Y esto transformó la circulación de los productos de consumo y significó la ruina de muchos pequeños comerciantes e incluso de artesanos que todavía habían podido sobrevivir.

Pero antes que la ciudad, era el ferrocarril el símbolo más claro del capitalismo triunfante. No sólo hubo una ampliación notable de las vías férreas (en Europa, de 2.700 km en 1840, se pasa a 162.500 km en 1880), sino que los ferrocarriles presentaron mejoras considerables en su construcción. Aumentaron la velocidad y volumen de carga y los trenes para pasajeros ganaron en confort: se diferenció entre los vagones de primera y segunda clase -en otra muestra de segregación social—, al mismo tiempo que aparecían los cochecamas, los vagones restaurantes, la iluminación a gas, los sistemas de calefacción. Incluso se dio una mayor seguridad y regularidad en la circulación, sobre todo después de la generalización del telégrafo.

Los ferrocarriles, como ya señalamos, tuvieron un importante papel económico en la construcción del capitalismo industrial. Constituyeron un multiplicador de la economía global a través de la demanda de productos metalúrgicos y de mano de obra. Pero también permitieron unificar mercados de bienes de consumo, de bienes de producción y de trabajadores. En síntesis, el ferrocarril desde 1850 fue el sector clave para el impulso de la metalúrgica y de las innovaciones tecnológicas. Y este papel lo cumplió hasta 1914, en que cedió su lugar a la industria armamentista.

La construcción de ferrocarriles se vinculó estrechamente con el desarrollo de la navegación marítima. En rigor, muchas de las redes ferroviarias fueron suplementarias de las grandes líneas de navegación internacional. En América Latina, por ejemplo, los ferrocarriles unían a las regiones pro-

[2] **Véase Hobsbawm, Eric J. (1998), pp. 217-238.**

ductoras de materias primas con los puertos que comunicaban con los países industrializados. También en Europa, las redes ferroviarias terminaban en grandes puertos con instalaciones adecuadas para permitir la atracada de navios de gran envergadura. Porque también la navegación había sufrido cambios. Se aplicaba el vapor, y los barcos aumentaron sus dimensiones permitiendo transportar mayores volúmenes.

La construcción de grandes navios también produjo modificaciones en otros aspectos. Su construcción exigía grandes volúmenes de capitales por los costos de producción, que indudablemente estaban fuera del alcance de los armadores tradicionales que paulatinamente fueron desplazados. Estos fueron reemplazados por empresas de nuevo tiempo que concentraban grandes capitales. En síntesis, la industria naviera -como la construcción de ferrocarriles- actuó como un factor de concentración del capital (problema sobre el que volveremos).

Estas transformaciones en el sistema de comunicaciones consolidaron el capitalismo y le otorgaron una dimensión mundial. Permitieron que se multiplicaran extraordinariamente las transacciones comerciales —entre 1850 y 1870, el comercio internacional aumentó en 260%-, dando como resultado que prácticamente el mundo se transformara en una sola economía interactiva. Era un sistema de comunicaciones que no tenía precedentes en rapidez, volumen, regularidad e incluso bajos costos. Las redes que unía al mundo tendían a acortarse.

Ante un mundo que se achicaba, en 1872 Julio Verne (1828-1905) imaginó ***La vuelta al mundo en ochenta días,*** incluyendo las innumerables peripecias que debía sufrir su infatigable protagonista Phileas Fogg. ¿Cuál fue su recorrido? Fogg viajó de Londres a Brindisi en barco a vapor y en tren; luego volvió a embarcarse para cruzar el recién abierto Canal de Suez y dirigirse a Bombay; desde allí, por vía marítima llegó a Hong-Kong, Yokohama y, cruzando el Pacífico, a San Francisco en California. En el recientemente inaugurado ferrocarril que cruzaba el continente norteamericano -desafiando peligros como los ataques indios y las manadas de bisontes- llegaba a Nueva York, desde donde nuevamente en barco a vapor y en tren retornaba a Londres. Todo esto le llevó a Phileas Fogg exactamente 81 días incluyendo las múltiples aventuras -exigidas por el suspenso de la novela- vividas. ¿Hubiera sido posible hacer ese trayecto en 80 días, veinte años antes? Indudablemente no. Sin el Canal de Suez ni ferrocarriles que cruzaban el continente, sin la aplicación del vapor en las comunicaciones un viaje semejante -sin contar los días de puerto ni las aventuras vividas- no podía durar menos de once meses, es decir, cuatro veces el tiempo que empleó Phileas Fogg.

El ejemplo de la novela de Verne nos sirve para mostrar qué queremos decir con que el "mundo se achica". Pero también podemos preguntarnos por qué Verne imaginó tal aventura. En ese sentido, Verne fue un hombre de su tiempo. El tema de los viajeros, de aquellos que corren riesgos desconocidos -misioneros y exploradores en Africa, cazadores de mariposas en las islas del sur, aventureros en el Pacífico-, apasionaba a los hombres de la época. Y esto era también consecuencia del "achicamiento" del mundo: el hombre común -desde la sala de su casa, en un confortable sillón, leyendo un libro- podía vivir el proceso y descubrir regiones del mundo hasta entonces desconocidas.

Como decíamos, las redes que unían al mundo comenzaban a acortarse, y en este sentido tuvo una importancia fundamental el telégrafo. Era un invento reciente (1850) y alcanzó gran difusión a partir del momento en que se solucionó el problema del tendido de los cables submarinos: en 1851 se unían Dover y Calais; en 1866, Europa y los Estados Unidos; en 1870, la red llegaba a Oriente. El telégrafo tuvo una indudable importancia política y económica. Permitía a los gobiernos comunicarse rápidamente con los puntos más alejados del territorio lo mismo que permitía a los hombres de negocios estar al tanto de la situación de los mercados y la corización del oro aun en lugares muy distantes. Pero el uso más significativo del telégrafo ocurrió a parrir de 1851, cuando Reuter creó la primera agencia telegráfica, configurando la noticia. ¿Esto qué significaba? Que sucesos que ocurrían en los puntos más lejanos de la tierra podían estar a la mañana siguiente en la mesa del desayuno de quien estaba leyendo el diario. De este modo, se daba algo que, pocos años antes, estaba totalmente fuera de la imaginación de la gente. La información estaba dirigida además al gran público -favorecida por los progresos de la alfabetización- que permitía a la gente dejar de vivir en una escala local, para vivir en una escala mayor, la escala del mundo. En síntesis, esta revolución de las comunicaciones permitían transformar al globo en una sola economía interactiva y darle al capitalismo una escala mundial.

Pero al mismo tiempo el resultado era paradójico: cada vez iban a ser mayores las diferencias entre aquellos países y regiones que podían acceder a la nueva tecnología y aquellas partes del mundo donde todavía la barca o el buey marcaban la velocidad del transporte. El mundo se unificaba pero también se agudizaban las distancias.

La expansión del capitalismo industrial también estuvo estrechamente vinculado con una aceleración del progreso tecnológico. En efecto, cada vez fue más estrecha la relación que se estableció entre ciencia, tecnología e industria. La Revolución Industrial inglesa se había desarro-

liado sobre la base de técnicas simples, al alcance de hombres prácticos con sentido común y experiencia; en cambio, en la segunda mitad del siglo XIX, el avance de la metalurgia, la industria química, el surgimiento de la industria eléctrica se desarrollaban sobre la base de una tecnología más elaborada. Los "inventos" pasaban ahora desde el laboratorio científico a la fábrica. Dicho de otra manera, el laboratorio del investigador pasaba a formar parte del desarrollo industrial. En este sentido, el caso del célebre Louis Pasteur (1822-1895) -uno de los científicos más conocidos entre el gran público del siglo XIX- es ejemplificatorio: atraído por la bactereología a través de la química industrial, a él se le deben técnicas como la "pasteurización".

En Europa, los laboratorios dependían por lo general de las universidades u otras instituciones científicas, aunque se mantenían estrechamente vinculados a las empresas industriales; en Estados Unidos, en cambio, ya habían aparecido los laboratorios comerciales que muy pronto hicieron célebre a Thomas Alva Edison (1847-1931) y a sus investigaciones sobre electricidad. Y esta relación entre ciencia, tecnología e industria planteó una cuestión fundamental: los sistemas educativos se transformaron en elementos esenciales para el crecimiento económico. A partir de este momento, a los países que les faltase una adecuada educación masiva y adecuadas instituciones de enseñanza superior les habría de resultar muy difícil transformarse en países industriales, o por lo menos, quedarían rezagados. Y esto también permite explicar el atraso relativo que Inglaterra comenzó a mostrar frente a Alemania donde los estudios universitarios fueron claramente orientados hacia la tecnología.

Y la clara vinculación entre ciencia, tecnología e industria también causó un profundo impacto en las conciencias. La ciencia, transformada en una verdadera religión secular, fue percibida como la base de un "progreso" indefinido. Desde esta perspectiva se consideraba que no existía obstáculo que no pudiera ser superado. Ciencia y progreso se transformaron en dos conceptos fundamentales dentro de la ideología burguesa.

Del capitalismo liberal al imperialismo

La "gran depresión"

A pesar del optimismo y de los éxitos obtenidos, las dificultades no dejaban de plantearse. Tal como lo había previsto Sismondi (1772-1842), uno de los primeros críticos de la naciente economía capitalista, ésta se vio sometida a crisis periódicas, crisis inherentes a un sistema que se autocondenaba a momentos de saturación del mercado por el crecimiento desigual de la oferta y la demanda. De este modo, a los períodos de auge le sucedían períodos de depresión en la que los precios caían dramáticamente e incluso muchas empresas quebraban. A diferencia de las crisis anteriores -hasta la de 1847- que eran crisis que se inciaban en la agricultura y que arrastraban tras de sí a toda la economía, estas otras eran ya crisis del capitalismo industrial que se imponían a toda la vida económica. Sin embargo, parecía que las mismas crisis generaban los elementos de equilibrio: cuando los precios volvían a subir, se reactivaban las inversiones y comenzaba nuevamente el ciclo de auge. De este modo, las crisis eran percibidas como interrupciones temporales de un progreso que debía ser constante. Dentro de la expansión de los años que transcurrieron entre 1850 y 1873, caracterizados por el alza constante de precios, salarios y beneficios, las crisis de 1857 y 1866 pudieron ser consideradas como manifestaciones de desequilibrios propias de una economía en expansión.

Sin embargo, hacia los primeros años de la década de 1870, las cosas cambiaron. Cuando la confianza en la prosperidad parecía ilimitada se produjo la catástrofe: en Estados Unidos 39.000 kilómetros de líneas ferroviarias quedaron paralizadas por la quiebra, los bonos alemanes cayeron en 60% y, hacia 1877, casi la mitad de los altos hornos dedicados a la producción de hierro quedaron improductivos. Pero la crisis tenía además un componente que preocupaba a los hombres de negocios y que les advertía que era mucho más grave que las anteriores: su duración. En efecto, en 1873 se iniciaba un largo período de recesión que se extendió hasta 1896 y que sus contemporáneos llamaron la "gran depresión".

La caída de los precios, tanto agrícolas como industriales, era acompañada de rendimientos decrecientes del capital en relación con el período anterior de auge. Ante un mercado de baja demanda, los ***stocks*** se acumulaban, no sólo no tenían salida sino que se depreciaban; los salarios, en un nivel de subsistencia, difícilmente podían ser reducidos; como consecuencia, los beneficios disminuían aún más rápidamente que los precios. El desnivel entre la oferta y la demanda se veía agravado por el incremento de bienes producidos como consecuencia de la irrupción en el mercado mundial de aquellos países que habían madurado sus procesos de industrialización. La edad de oro del capitalismo "liberal" parecía haber terminado. Y esto también iba a afectar la política.

En efecto, la crisis había minado los sustentos del liberalismo: las prácticas proteccionistas pasaron entonces a formar parte corriente de la política económica internacional. De este modo, ante la aparición de nuevos

países industriales, la depresión enfrentó a las economías nacionales, donde los beneficios de una parecían afectar la posición de las otras. En síntesis, en el mercado no sólo competían las empresas, sino también las naciones. Pero si el proteccionismo fue casi una reacción instintiva frente a la depresión no fue sin embargo la respuesta económica más significativa del capitalismo a los problemas que lo afectaban. En el marco de las economías nacionales, las empresas debieron reorganizarse para adaptarse a las nuevas características del mercado: intentando ampliar los márgenes de beneficios, reducidos por la competitividad y la caída de los precios, la respuesta se encontró en la concentración económica y en la racionalización empresaria.

En primer lugar, se aceleró la tendencia a la concentración de capitales, es decir, a una creciente centralización en la organización de la producción. En Francia, por ejemplo, en 1860 había 395 altos hornos que producían 960.000 toneladas de hierro colado, en 1890 había 96 altos hornos que producían 2.000.000. En síntesis, la producción aumentaba, mientras que el número de empresas disminuía. Si bien el proceso no fue universal ni irreversible, lo cierto es que la competencia y la crisis eliminaron a las empresas menores, que desaparecieron o fueron absorbidas por las mayores; las triunfantes grandes empresas, que pudieron producir en gran escala, abaratando costos y precios, fueron las únicas que pudieron controlar el mercado.

En segundo lugar, la concentración se combinó dentro de las grandes empresas con políticas de racionalización empresaria. Esto incluía una modernización técnica que permitía lograr el aumento de la productividad (y dar a la empresa un mayor poder competitivo). Pero además la racionalización incluía la llamada "gestión científica" impulsada por F. W. Taylor. Según Taylor, la forma tradicional y empírica de organizar las empresas ya no era eficiente, era necesario por lo tanto darle a la gestión empresarial un carácter más racional y científico. Para ello elaboró una serie de pautas para lograr un mayor rendimiento del trabajo. De este modo, el taylorismo se expresó en métodos que aislaban a cada trabajador del resto y transferían el control del proceso productivo a los representantes de la dirección, o que descomponían sistemáticamente el proceso de trabajo en componentes cronometrados e introducía incentivos salariales para los trabajadores más productivos. Como veremos más adelante, a partir de 1918 el nombre de Taylor fue asociado al de Henry Ford, identificados en la utilización racional de la maquinaria y de la mano de obra con el objetivo de maximizar la producción.

La época del imperialismo

Desde algunas perspectivas, el imperialismo fue la más importante de las salidas que se presentaba para superar los problemas del capitalismo después de la "gran depresión". Los historiadores han debatido si ambos fenómenos podían vincularse. Indudablemente no puede establecerse un nexo mecánico de causa-efecto. Sin embargo, también es indudable que la presión de los inversores que buscaban para sus capitales salidas más productivas, así como la necesidad de encontrar nuevos mercados y fuentes de aprovisionamiento de materias primas pudo contribuir a impulsar políticas expansionistas que incluían el colonialismo. Además, en un mundo cada vez más dividido entre países ricos y países pobres había muchas posibilidades de encaminarse hacia un modelo político en donde los más avanzados dominaran a los más atrasados. Es decir, había muchas posibilidades de transformarse en un mundo imperialista.

De este modo, los años que transcurren entre 1875 y 1914 constituyen el período conocido como la época del imperialismo, en el que las potencias capitalistas parecían dispuestas a imponer su supremacía económica y militar sobre el mundo. Era, en este sentido, una nueva forma de imperio sustancialmente diferente de las otras épocas imperiales de la historia. Durante esos años, dos grandes zonas del mundo fueron totalmente repartidas entre las potencias más desarrolladas: el Pacífico asiático y África. No quedó ningún Estado independiente en el Pacífico, totalmente dividido entre británicos, franceses, alemanes, neerlandeses, estadounidenses y, en una escala más modesta, Japón; en la primera década del siglo XX, África pertenecía -excepto algunas pocas regiones que resistían la conquista- a los imperios británico, francés, alemán, belga, portugués y español.

De este modo, amplios territorios de Asia y de África quedaron subordinados a la influencia política, militar y económica de Europa. También a América Latina llegaron las presiones políticas y económicas, aunque sin necesidad de efectuar una conquista formal. En este sentido, los estados europeos parecían no sentir la necesidad de rivalizar con los Estados Unidos desafiando la Doctrina Monroe.[3]

[3] La Doctrina Monroe, que se expuso por primera vez en 1823 -y que se sintetizaba en la consigna "América para los americanos"-, expresaba la oposición a cualquier colonización o intervención política de las potencias europeas en el hemisferio occidental. A medida que los Estados Unidos se fueron transformando en una potencia más poderosa, los europeos asumieron con mayor rigor los límites que se les imponían. En la práctica, la Doctrina Monroe fue interpretada paulatinamente como el derecho exclusivo de los Estados Unidos para intervenir en el continente americano.

El fuerte impacto que el desarrollo imperialista produjo entre sus mismos contemporáneos explica el rápido surgimiento de distintas teorías que buscaban interpretarlo. Era, a los ojos de estos contemporáneos, un fenómeno nuevo que incorporó el término ***imperialismo*** al vocabulario económico y político desde 1890. Cuando los intelectuales comenzaron a escribir sobre el tema, la palabra estaba en boca de todos; el economista británico Hobson señalaba en 1900: "se utiliza para indicar el movimiento más poderoso del panorama actual del mundo occidental". Si bien en la obra de Karl Marx (que había muerto en 1883) no se registra el término imperialismo, las interpretaciones más significativas del fenómeno surgieron del campo del marxismo, desde donde sus teóricos intentaban explicar las nuevas características que asumía el capitalismo.

Dentro del marxismo, la interpretación clásica fue la formulada por Lenin. Desde su perspectiva, el imperialismo constituía "la fase superior del capitalismo", y estaba referido a la baja tendencial de la tasa de ganancia por la competencia creciente entre capitalistas. En la medida en que la competencia capitalista dejaba paso a la concentración y a la formación de "monopolios" -y éstos podían influir sobre las políticas del Estado- era cada vez más necesario buscar nuevas áreas de inversión que contrarrestara la tendencia decreciente de la tasa de ganancia que se daba en las metrópolis. De este modo, el "capital financiero", producto de la fusión entre el capital bancario y el capital industrial intentaba asegurarse el control de los mercados a escala mundial. También hubo -y hay- teorías que interpretaban al imperialismo buscando, sobre todo, criticar la interpretación marxisra. Estas trataban fundamentalmente de negar las raíces económicas del fenómeno para buscar explicaciones de otra naturaleza, estratégicas, políticas, culturales e ideológicas.[4]

Sin embargo, independientemente de las opiniones que pueda provocar la interpretación de Lenin, resulta indudable que sus mismos contemporáneos atribuyeron al imperialismo razones económicas. El británico liberal J. Hobson (1900), partiendo del subconsumo de las clases más pobres, interpretaba al imperialismo como la necesidad de buscar mercados exteriores en donde vender e invertir. Pero a diferencia de Lenin, que presentaba al imperialismo como un elemento estructural del desarrollo capitalista, Hobson consideraba al fenómeno como una "anomalía" que era necesario corregir a través del aumento de la capacidad de consumo de los trabajadores -ligado a la función decisiva del gasto público— que permitiera un constante crecimiento y una regular absorción de la producción sin necesidad de recurrir a la expansión imperialista.

[4] **Véase Fieldhouse, David K. (1977), pp. 74-101.**

Como señala Eric J. Hobsbawm, el imperialismo estuvo ligado indudablemente a manifestaciones ideológicas y políticas. Las consignas del imperialismo constituyeron -como veremos- un elemento de movilización de los sectores populares que podían identificarse con la "grandeza de la nación imperial". Ningún hombre quedó inmune de los impulsos emocionales, ideológicos, patrióticos e incluso raciales, asociados a la expansión imperialista. En forma general, en las metrópolis, el imperialismo estimuló a las masas -sobre todo a los sectores más descontentos socialmente- a identificarse con el Estado, dando justificación y legitimidad al sistema social y político que ese Estado representaba. Pero esto no implica negar las poderosas motivaciones económicas de tal expansión. Sin embargo, según Hobsbawm, la clave del fenómeno no se encuentra en la necesidad de los países capitalistas de buscar nuevos mercados ni de nuevas áreas de inversiones, tal como sostenía la teoría clásica de Lenin. En rigor, el 80% del comercio europeo -importaciones y exportaciones- se realizó entre países desarrollados y lo mismo sucedió con las inversiones que se efectuaban en el extranjero. De este modo, la clave del fenómeno radica, desde la perspectiva de Hobsbawm, en las exigencias del desarrollo tecnológico.[5]

En efecto, la nueva tecnología dependía de materias primas que por razones geográficas o azares de la geología se encontraban ubicadas en lugares remotos. El motor de combustión que se desarrolló durante este período necesitaba, por ejemplo, petróleo y caucho. La industria eléctrica necesitaba del cobre y sus productores más importantes se encontraban en lo que en el siglo **XX** se denominaría "tercer mundo". Pero no se trataba sólo de cobre, sino también de oro y de diamantes y de metales no férreos que comenzaron a ser fundamentales para las aleaciones de acero. En este sentido, las minas abrieron el mundo al imperialismo y sus beneficios fueron suficientemente importantes como para justificar la construcción de ramales ferroviarios en los puntos más distantes.

Independientemente de las necesidades de la nueva tecnología, el crecimiento del consumo de masas en los países metropolitanos significó la rápida expansión del mercado de productos alimenticios. Y ese mercado se encontraba dominado por productos básicos como cereales y carne, que se producían a bajo costo y en grandes cantidades en diferentes zonas de asentamiento europeo en América del Norte y América del Sur, Rusia y Austra-

[5] **Véase Hobsbawm, Eric J. (1989), pp. 56-84.**

lia. Pero también comenzó a desarrollarse el mercado de los productos conocidos desde hacía mucho tiempo como "productos coloniales" o de "ultramar": azúcar, té, café, cacao. Incluso, gracias a la rapidez de las comunicaciones y al perfeccionamiento de los métodos de conservación comenzaron a afluir los frutos tropicales (que posibilitaron la aparición de las "repúblicas bananeras"). En esta línea, las grandes plantaciones se transformaron en el segundo gran pilar de las economías imperialistas.

Estos acontecimientos, en los países metropolitanos, crearon nuevas posibilidades para los grandes negocios, pero no cambiaron significativamente sus estructuras económicas y sociales. En cambio, transformaron radicalmente al resto del mundo, que quedó convertido en un complejo conjunto de territorios coloniales o semicoloniales. Y estos territorios progresivamente se convirtieron en productores especializados en uno o dos productos básicos para exportarlos al mercado mundial y de cuya fortuna dependían casi por completo. Pero los efectos sobre los territorios dominados no fueron sólo económicos, sino que también afectó a la política y produjo un importante impacto cultural: se transformaron imágenes, ideas y aspiraciones, a través de ese proceso que se definió como "occidentalización".

En rigor, el proceso de "occidentalización" afectó exclusivamente al reducido grupo de la élite colonial. Algunos recibieron una educación de ripo occidental conformando una minoría culta a la que se le abrían las distintas carreras que se ofrecían en el ámbito colonial: era posible llegar a ser profesional, maestro, funcionario o burócrata. Pero la creación de una "élite colonial" occidentalizada también podía tener efectos paradójicos. En este sentido, el mejor ejemplo lo ofrece Mahatma Gandhi: un abogado que había recibido su formación profesional y política en Gran Bretaña. Sus mismas ideas y su método de lucha, la resistencia pasiva, era una fusión de elementos occidentales -Gandhi nunca negó su deuda con Ruskin y Tolstoi— y orientales. Munido de tales instrumentos pudo transformarse en la figura clave del movimiento independentista de la India. Y su caso no es único entre los pioneros de la liberación colonial. En síntesis, también el imperialismo creó las condiciones que permitieron la aparición de los líderes antimperialistas y generó además las condiciones que permitieron que sus voces alcanzaran resonancia nacional.

2. Las transformaciones de la sociedad

En una Europa que se volvía capitalista e industrial, la sociedad también se transformaba rápidamente. Un primer análisis muestra a dos clases que se desarrollaban y afirmaban: la burguesía y el proletariado. Sin embargo, esto no impide desconocer la diversidad de condiciones y el pluralismo que reinaba en la sociedad. Muchos ignoraban que su existencia acabaría por extinguirse y pugnaban por mantener sus posiciones en el nuevo orden: aristócratas y campesinos a la defensiva, artesanos a punto de desaparecer. En una sociedad profundamente heterogénea, clases recién formadas convivían, no sin compromisos, con otras que aún sobrevivían y se negaban a no estar. Como señala Palmade, tal vez una sola línea divisoria estaba nítidamente clara para los contemporáneos: la barrera que separaba a aquellos considerados "respetables" de los que no lo eran. Por un lado, la gente "respetable" -desde la pequeña burguesía hasta la más alta nobleza- que admitía un código común donde se fundían los viejos valores aristocráticos y las nuevas virtudes burguesas. Por otro lado, los excluidos, los trabajadores manuales. Y dentro de cada uno de estos dos grandes sectores, mil signos distintivos, símbolos y comportamientos separaban y definían a las clases.[6]

El mundo de la burguesía

La burguesía era indudablemente la clase triunfante del período, pero ¿es posible hablar de una "burguesía" unida, coherente y consciente de su poder? O, tal vez, ¿es preferible hablar de "burguesías"? Una parte de la burguesía se beneficiaba con el desarrollo capitalista, de la que era el motor, y ocupaba un lugar en las esferas dirigentes. Pero subsistía también una burguesía tradicional, lejos del humo de las fábricas, en pequeñas ciudades de provincia, que vivía de rentas y se mantenía en contacto con el mundo rural. En Inglaterra, por ejemplo, la burguesía se llamaba a sí misma, "clase media" y ésta englobaba a los ricos industriales, a los prósperos comerciantes, a profesionales como médicos y abogados, y en un nivel inferior a una pequeña burguesía de tenderos, maestros, empleados. Los límites parecían imprecisos.

Sin embargo, fue posible definir esos límites. Como señala Hobsbawm, en el plano económico, la quintaesencia de la burguesía era el "burgués capitalista", es decir, el propietario de un capital, el receptor de un ingreso derivado del mismo, el empresario productor de beneficios. En el plano social, la principal característica de la burguesía era la de constituir un grupo de personas con poder e influencia, independientes del poder y la influencia

[6] Véase Palmade, Guy (1978), pp. 133-164.

provenientes del nacimiento y del estatus tradicionales. Para pertenecer a ella, era necesario ser "alguien", es decir, una persona que contase como individuo, gracias a su fortuna y a su capacidad para mandar sobre otros hombres. Pertenecer a la burguesía significaba superioridad, era ser alguien al que nadie daba órdenes -excepto el Estado y Dios-. Podía ser un empleado, un empresario, un comerciante pero fundamentalmente era un "patrón": el monopolio del mando -en su hogar, en la oficina, en la fábrica- era fundamental para definirse. Y esto alcanzaba incluso a otros sectores, cuya caracterización no era estrictamente económica. En efecto, el principio de autoridad no estaba -ni está— ausente en el comportamiento del profesor universitario, del médico prestigioso o del artista consagrado. Como señala Hobsbawm, tal como Krupp mandaba sobre su ejército de trabajadores, Richard Wagner esperaba el sometimiento total de su audiencia.[7]

De este modo, si algo unificaba a la burguesía como clase, eran comportamientos, actitudes y valores comunes. Confiaban en el liberalismo —aunque, como veremos, cada vez con mayores límites-, en el desarrollo del capitalismo, en la empresa privada y competitiva, en la ciencia y en la posibilidad de un progreso indefinido. Confiaban en un mundo abierto al triunfo del emprendimiento y del talento. Esperaban influir sobre otros hombres, en el terreno de la política, y aspiraban a sistemas representativos que garantizasen los derechos y las libertades bajo el imperio de un orden que mantuviese a los pobres -las clases "peligrosas"- en su lugar. Era una clase segura y orgullosa de sus logros.

Nadie dudaba de que entre los logros del mundo burgués de la segunda mitad del siglo XIX se encontraba el espectacular avance de la ciencia. Desde las nuevas concepciones que se iban elaborando, la ciencia podía constituirse en la base de un progreso indefinido, pero también podía desempeñar otro papel: tenía la capacidad para dar las respuestas a todas las incógnitas, incluso a aquellas reservadas a la religión. Y en este sentido resultó paradigmática la figura de Charles Darwin (1809-1882) y el impacto que produjo la teoría de la evolución.

En efecto, Darwin se transformó en una figura pública de amplio renombre y su éxito se debió a que el concepto de evolución, que ciertamente no era nuevo, podía dar una explicación -muchas veces vulgarizada hasta el exceso— del origen de las especies en un lenguaje accesible a los hombres de la época, ya que se hacía cargo de uno de los conceptos más entrañables de la economía liberal, la competencia. La teoría implicaba

[7] **Véase Hobsbawm, Eric J. (1998), pp. 239-259.**

además una beligerante confrontación con las fuerzas de la tradición, del conservadurismo y, fundamentalmente, de la religión. De esta manera, si el triunfo de los evolucionistas fue rápido, esto se debió no sólo a las abrumadoras pruebas científicas -como la existencia del cráneo del hombre de Neandertal (1856)- sino fundamentalmente al clima ideológico del mundo burgués.

En rigor, también la izquierda recibió alborozadamente el embate al tradicionalismo que significaba la teoría de la evolución. Karl Marx dio la bienvenida a ***El origen de las especies,*** como "la base de nuestras ideas en ciencias naturales" y ofreció a Darwin dedicarle el segundo volumen de ***El Capital.*** Y el amable rechazo de Darwin -hombre de una izquierda liberal pero en absoluto un revolucionario- a tal oferta no impidió, sin embargo, que muchos marxistas, como Kautsky y la socialdemocracia alemana fueran explícitamente darwinistas. Pero esta afinidad de los socialistas con el evolucionismo no negó la encendida defensa que asumió la burguesía de una nueva teoría que daba nuevas respuestas. Todos coincidían en que la ciencia desplazaba a la religión.

Pero, en el mundo burgués, algo más llevaba al entusiasmo evolucionista. La imagen liberal de una sociedad abierta al esfuerzo y al mériro contrastaba con la creciente polarización social. A comienzos de siglo, los hombres habían considerado a sus riquezas —que crecían día a día- como el premio que les otorgaba la Providencia por sus vidas laboriosas y morales; pero los argumentos de la ética de la moderación y del esfuerzo ya no eran visiblemente aplicables a esa opulenta burguesía, muchas veces ociosa, dispuesta a la ostentación y a disfrutar sus fortunas, viviendo de rentas, en sus confortables residencias campestres. A lo sumo, podían ser aplicados para explicar las diferencias entre la esforzada pequeña burguesía y las masas proletarias, consideradas por definición "peligrosas", ebrias y licenciosas.

De allí, la importancia de teorías alternativas, que con un fundamento "científico" pudieran explicar la superioridad como resultado de una selección natural, transmitida biológicamente. En síntesis, la superioridad de la burguesía como clase comenzó a ser considerada como una determinación de la biología. El burgués era, si no una especie distinta, por lo menos miembro de una clase superior que representaba a un nivel más alto de la evolución humana. El resto de la sociedad era indudablemente inferior. Sólo faltaba un paso para alcanzar el concepto de "raza" superior. Para los sometidos sólo quedaba el camino de la aceptación de su propia inferioridad y del acatamiento de la dominación burguesa. Y esto no sólo incluía al conjunto de las clases "peligrosas", sino también a las mujeres de todas las clases sociales.

¿Cuál era el papel que debían desempeñar las mujeres en el mundo burgués? Estas mujeres de la burguesía debían fundamentalmente demostrar la capacidad y méritos de los varones, ocultando los suyos en el ocio y en el lujo. Su posición de superioridad social sólo podía ser demostrada a través de las órdenes que impartían a los criados, cuya presencia en los hogares distinguía a la burguesía de las clases inferiores. Y este ámbito de acción era el de la familia burguesa, un tipo de estructura familiar que se consolidó en la segunda mitad del siglo **XIX:** una autocracia patriarcal, apoyada en una red de dependencias personales.[8]

No deja de resultar sorprendente que esta estructura familiar y los ideales de la sociedad burguesa se presenten como absolutamente contradictorios. El ideal de una economía lucrativa, el énfasis en la competencia individual, las relaciones contractuales, el reclamo de libertades y de oportunidades para el mérito y la iniciativa que proclamaban las burguesías liberales eran negados sistemáticamente dentro del ámbito familiar. El ***pater familia*** era la cabeza indiscutible de una jerarquía de mujeres y niños consolidada sobre la base de vínculos de dependencia. Y la red culminaba en su base con los criados -la "servidumbre"- que, pese a su relación de asalariados, por la convivencia cotidiana no tenían con su "señor" tanto un nexo monetario como personal. En síntesis, el punto crucial es que la estructura de la familia burguesa contradecía de plano a la sociedad burguesa, ya que en ella no contaban la libertad, ni las oportunidades, ni la persecución del beneficio individual.

En rigor, la estructura familiar basada en la subordinación de las mujeres no era algo nuevo. La cuestión radica en advertir su contradicción con los ideales de una sociedad que no sólo no la destruyó ni la transformó, sino que reforzó sus rasgos, convirtiéndola en una isla privada inalterada por el mundo exterior.

Incluso, parece advertirse la búsqueda de un contraste deliberado: si las metáforas de guerra acudían para describir al mundo público -la economía, la polírica- las metáforas de armonía, de paz y de felicidad eran las que describían al mundo doméstico. Es posible que la desigualdad esencial sobre la que se basaba el capitalismo competitivo del siglo **XIX** encontrase su necesaria expresión en la familia burguesa: frente a la inseguridad, la inestabilidad y la competencia, frente a vínculos que tenían su única expresión en el dinero, era necesario forjarse la ilusión de un mundo seguro, estable, basado en dependencias no monetarizadas. Era necesario crear el

Véase Perrot, Michelle (1987), pp. 93-104.

ámbito del "reposo del guerrero". Pero la familia burguesa también cumplió otro papel. Núcleo básico de una red más amplia de relaciones familiares, permitió a algunos, como a los Rothschild y a los Krupp, crear verdaderas dinastías a través del intercambio de mujeres -vírgenes ¡mocadas- y dotes. Y estas alianzas e interconexiones familiares dominaron muchos aspectos de la historia empresarial del siglo **XIX.**

La vida familiar se desarrollaba en hogares donde la decoración se sobreañadía como un elemento que enmascaraba la función. La impresión más inmediata del interior burgués de mediados de siglo es el apiñamiento y la ocultación, una masa de objetos cubiertos por colgaduras, manteles, cojines, empapelados, fuese cual fuese su naturaleza, manufacturados. Ninguna pintura sin su marco dorado, ninguna silla sin tapizado, ninguna superficie sin mantel o sin un adorno, ninguna tela sin su borla. Pero los objetos eran algo más que útiles o signos de confort, eran los símbolos del estatus y de los logros obtenidos. De allí el abigarramiento de los interiores burgueses.

Pero había algo más. Los objetos debían ser sólidos -término usado elogiosamenre para caracterizar a quienes los construían-, estaban hechos para perdurar y así lo hicieron. Pero también debían expresar aspiraciones vitales más elevadas y espirituales a través de su belleza.

La dualidad, solidez y belleza expresaba la nítida división entre lo corporal y lo espiritual, lo material y lo ideal, típica del mundo de la burguesía, aunque en realidad todo dependía de la materia y únicamente podía expresarse a través de la misma o, en última instancia, a través del dinero que podía comprarla.

El hogar era también la fortaleza que salvaguardaba la moralidad. La dualidad entre materia y espíritu que caracterizaba al mundo burgués, la necesidad de enmascaramiento fue denunciada como una hipocresía omnipresente en el mundo burgués. Y esto resultaba particularmente notable en el ámbito de la sexualidad. El mismo Sigmund Freud, en 1898, no dudó en calificar como "hipócrita" la moral sexual de su tiempo.[9]

En rigor, el problema es más complejo. Si la duplicidad de normas y el enmascaramiento parecían ineludibles en algunas situaciones, como en el caso de la homosexualidad, en general se aceptaban explícitamente ciertas reglas de comportamiento: la castidad para las mujeres solteras y la fidelidad para las casadas; libertad sexual para los hombres solteros -con el límite de las muchachas solteras de la burguesía- y tolerancia con la infidelidad

[9] Véase Perrot, Michelle (1987), pp. 103-158.

de los casados, siempre y cuando esta infidelidad no pusiese en peligro la estabilidad de la familia burguesa. Tal vez, la hipocresía surgía cuando suponía a las mujeres -supuestamente despojadas de erotismo- completamente ajenas al juego sexual.

Sin embargo, estas normas no ocultan que el mundo burgués parecía obsesionado por el sexo. Y esto es particularmente visible en los modos de vestir, donde se conjugaban poderosos elementos de tentación y prohibición. Al mismo tiempo que se hacía gran ostentación de ropajes, que dejaban pocas partes del cuerpo visibles, la moda marcaba hasta el exceso las características sexuales secundarias: la barba y el vello de los hombres; el cabello, pero también los senos, las caderas y las nalgas de las mujeres destacados por moños y artificios. Como señala Hobsbawm, el impacto que produjo el cuadro de Manet, ***Desayuno sobre la hierba*** (1863), derivó del contraste entre la formalidad de los trajes masculinos y la desnudez de la mujer. Si el mundo burgués, a través de la dualidad permanente entre espíritu y materia, afirmaba que las mujeres eran básicamente seres espirituales, esto implicaba que los hombres no lo eran. De este modo, la atracción física obvia entre los sexos encajaba dificultosamente en este sistema de valores. Y la ruptura de estas normas podía llevar a la hipocresía, pero fundamentalmente a la angustia personal. La represión de los instintos se consideró un valor elevado sobre el que descansaba la civilización. Y sobre este principio, Freud construyó su reoría.

Si, como ya señalamos, en el mundo burgués se consideraba que la ciencia era la clave de todo progreso y tenía la posibilidad de dar todas las respuestas, resultó indudable, durante este período, el descenso del peso de la religión. Darwin había derrotado a la Biblia. Entre los varones de la burguesía, el indiferentismo, el agnosticismo e, incluso, el ateísmo eran las actitudes dominantes. El progreso implicaba la ruptura con las viejas creencias y con las iglesias, consideradas baluartes del oscurantismo y la tradición. De este modo, contra las iglesias, y fundamentalmente la católica que se reservaba el derecho a definir la verdad y el monopolio de los ritos de pasaje -como bautismos, casamientos y entierros-, se elevó una ola de anticlericalismo.

En rigor, el fenómeno no fue exclusivo del mundo burgués. Las ideologías de izquierdas -el marxismo, el anarquismo, el socialismo- compartían este belicoso anticlericalismo. No fue por azar que un herrero socialista de la Romana, de apellido Mussolini, llamase a su hijo, Benito, en honor a Juárez, el anticlerical presidente mexicano. Indiscutiblemente, la religión estaba en declive también en las grandes ciudades que crecían rápidamente y donde, como las estadísticas lo demostraban, la participación en el culto parecia retraerse. No sólo la ciencia había abatido a la teología, sino que las costumbres urbanas parecían alejarse de las prácticas y la moral religiosas.

Empero, las religiones persistieron. Entre la misma burguesía liberal comenzó a registrarse cierta nostalgia por las viejas creencias. En primer lugar, el frío racionalismo liberal no proporcionaba un sustituto emocional al ritual colectivo de la religión. Comenzaron entonces a surgir ciertos "sustitutos", como complejos rituales laicos -alrededor del Estado, por ejemplo— y nuevas formas religiosas, más acordes a los nuevos tiempos. En este sentido, resulta notable el desarrollo alcanzado por el espiritismo dentro del mundo burgués: en una época que descreía de los "milagros", el espiritismo ofrecía la ventaja de asegurar una tranquilizadora supervivencia del alma, sobre las "bases" de la ciencia experimental. Pero había algo más en esa nostalgia de las religiones. En el mundo burgués, comenzó a valorarse el papel tradicional de la religión como instrumento para mantener en el recato a los pobres -y a las mujeres de todas las clases sociales- siempre proclives al desorden. Las iglesias comenzaron a ser valoradas como pilares de la estabilidad y la moralidad frente a los peligros que amenzaban el orden burgués.

El mundo del trabajo

Una clase irrumpía en este período como capaz de desafiar al mundo burgués: la clase obrera. Y su importancia no era sólo cualitativa sino también cuantitativa ya que, entre 1850 y 1880, esta clase representaba en toda Europa enrre la cuarta y la tercera parte de la población. Sin embargo, si bien con el ocaso del viejo trabajo artesanal y el paso del taller a la fábrica moderna las condiciones de vida obrera habían tendido a uniformarse, aún se trataba, en muchos aspectos y en muchos lugares, de una clase en formación. Como Federico Engels señalaba en ***La situación de la clase obrera en Inglaterra*** (1845): "La condición proletaria no existe en su ***forma clasica*** completamente acabada excepto en el Imperio Británico y en particular, en Inglaterra." En Francia, por ejemplo, subsistía con tenacidad un artesanado organizado en gremios, con costumbres y tradiciones que los constituían en una especie de microsociedad.

De este modo, si bien era ya posible definir la situación de los obreros desde el punto de vista económico -formación de un mercado de trabajo asalariado, concentración en grandes centros industriales, trabajo disciplinado a máquina-, desde una perspectiva social, muchos de los trabajadores aún no podían ser incluidos estrictamente dentro de esa definición económica de la clase obrera.

Sin embargo, pese a la variedad de situaciones, las condiciones de vida tendían a uniformarse: tras varias generaciones, los trabajadores acabaron por acostumbrarse a la vida de la ciudad, una vida apartada de las tradiciones rurales, siendo hijos de obreros y habiendo comenzado a trabajar desde su infancia. La clase obrera adquiría cada vez un perfil más definido.[10]

Pero esta uniformidad no impide distinguir que la misma clase obrera distaba de ser una clase homogénea. En la cúspide parecían ubicarse los obreros "especializados", aquellos capaces de fabricar y reparar las máquinas. Eran los que indudablemente recibían un mejor pago, los que se encontraban en una mejor posición para "negociar" con los patrones. Muchos de ellos aspiraban a "mejorar": obtener las condiciones de vida de la pequeña burguesía, lograr que sus hijos abandonaran el trabajo manual e ingresaran entre los trabajadores de "cuello blanco" participando así de los sectores "respetables". Y, en efecto, la prosperidad del período, la alfabetización y el desarrollo del sector terciario les permitió a algunos conseguir, sobre todo en ciertos países como Inglaterra, lo que era considerado un claro signo de ascenso social.

Por debajo de los trabajadores especializados, se ubicaba la gran masa de los obreros y obreras de fábrica, con jornadas de trabajo de 15 o 16 horas diarias, con situaciones de trabajo precarias, bajo la amenaza de las periódicas crisis de desempleo. En Francia, por ejemplo, en 1857, la mitad de los obreros debieron abandonar sus puestos de trabajo, mientras el precio de los alimentos aumentaba bruscamente a raíz de las malas cosechas. Dentro de esta masa obrera, tanto en Francia como en Inglaterra, todavía se registraba una fuerte presencia de mano de obra femenina e infantil. En la industria algodonera, por ejemplo, las mujeres ocupaban la mitad de los puestos de trabajo y los niños una cuarta parte.

Pero había además, por debajo de la masa de obreros o obreras de fábrica, un tercer escalón: los recién emigrados del campo. Fue el caso, por ejemplo, de Irlanda que tras la crisis de la papa (1845) enviaba a Inglaterra cada año 50.000 trabajadores nuevos. Eran quienes por su indigencia y su resignación podían aceptar cualquier trabajo, por duro que fuese, a cambio de un salario irrisorio. Pero, por esto mismo, cumplían un papel fundamental en el desarrollo del capitalismo industrial: eran quienes, por su constante oferta de mano de obra barata, contribuían a mantener el bajo nivel salarial. Eran muchas veces peones que no tenían un trabajo fijo, trabajaban esporádicamente en la construcción de ferrocarriles, en la excavación de las grandes ciudades, en la descarga de navios.

[10] **Véase Hobsbawm, Eric J. (1987), pp. 216-237.**

Indudablemente, en el mundo del trabajo las condiciones de vida eran difíciles. Sin embargo, la prosperidad del período tendió a mejorar relativamente estas condiciones. Hubo progresos en la seguridad e higiene del trabajo, y comenzó a disminuir el empleo infantil. La jornada laboral tendió a reducirse, en parte por las presiones sindicales, pero también porque el aumento de la productividad permitía que en un tiempo menor los obreros produjeran más. En Alemania -y esta fue su originalidad- incluso la clase obrera mostraba ventajas decisivas sobre las demás: desde 1880 y 1890 comenzaron a implementarse sistemas de seguros en relación con situaciones de enfermedad, accidentes, invalidez y vejez; aunque también es cierto que la aplicación de esta legislación social vio limitada su aplicación por la falta de inspecciones adecuadas. De un modo u otro, en toda Europa, el capitalismo desenfrenado tendía a suavizarse: comenzaba a admitirse que un obrero cansado producía menos valor, que un niño deformado en las minas o en el trabajo fabril nunca llegaría a ser un eficaz trabajador robusto.

Durante este período también aumentaron los salarios. Si bien para la masa de obreros y obreras de fábrica este aumento implicó sólo un pequeño aumento sobre el costo de vida, benefició notablemente al sector de "especializados": entre 1850 a 1865 los salario aumentaron en 25% mientras que el costo de vida ascendía en 10%. Y en esto, Karl Marx, en una carta a Engels en 1863, encontraba una de las razones de lo que calificaba el aburguesamiento de esa "aristocracia" del trabajo que aspiraba a "mejorar": "La larga prosperidad ha desmoralizado terriblemente a las masas."

También hubo mejoras parciales en las viviendas y en las ciudades obreras. En Francia, algunos empresarios protestantes de Mulhouse fueron responsables de la construcción de bloques de casas obreras, cómodas y sanas, rodeadas de jardines. Pero estas expresiones paternalistas —que también se podían registrar en Alemania- eran excepcionales. Fueron fundamentalmente las administraciones municipales -como en el caso de Inglaterra- las que empezaron a preocuparse por el urbanismo y a crear instalaciones colectivas -iluminación, limpieza- que introducían progresos en la vida cotidiana. En síntesis, la mejoría de las condiciones de vida fue indudable pero también es cierto que fue un movimiento irregular que afectó fundamentalmente al sector de obreros "especializados". Eran muchos los que todavía permanecían en el hacinamiento y la inseguridad.

Pese a las diferencias internas que se registran en el mundo del trabajo ¿es posible hablar de los "obreros" como una única clase?, ¿cuál es el elemento que los unifica? Como señala Hobsbawm, pese a estas diferencias, el artesano "especializado", con un salario relativamente bueno, y el traba-

jador pobre, que no sabía dónde obtendría su próxima comida, se encontraban unidos por un sentimiento común hacia el trabajo manual y la explotación, por un destino común que los obligaba a ganarse un jornal con sus manos. Se encontraban unidos también por la creciente segregación a que se veían sometidos por parte de una burguesía cuya opulencia aumentaba espectacularmente y se mostraba cada vez más cerrada a los advenedizos que aspiraban al ascenso social. Y los obreros fueron empujados a esta conciencia común no sólo por la segregación sino por formas de vida compartidas, no sólo en el espacio de la fábrica o el taller sino fundamentalmente en espacios de sociabilidad —en los que la taberna, que fue llamada la "iglesia del obrero", ocupó un lugar primordial— que llevaron a conformar un modo de pensar común.[11]

La posibilidad de mejorar las condiciones de vida se abrió también mediante la organización colectiva. En Inglaterra, comenzó a desarrollarse un sindicalismo —despojado de toda connotación política— lo suficientemente fuerte como para poder presionar a los patronos, con tal éxito que la huelga muchas veces no era más que una amenaza. Pero este sindicalismo estaba reservado para la élite obrera, para los "especializados" que se negaban a aceptar en sus filas a aquellos trabajadores no calificados por el temor a perder capacidad de presión. En rigor, sólo en 1889, después de una huelga de estibadores londinenses, el sindicalismo se abrió a la masa no especializada. En el continente, en cambio, la situación fue diferente.

En efecto, en Francia, después de las revoluciones del 48, las organizaciones obreras habían quedado estrictamente controladas. Algunas sobrevivieron como mutuales y sociedades de socorros mutuos, aunque también es cierto que tras esta fachada se encontraban asociaciones de resistencia a los empresarios. Incluso, muchas de ellas seguían fieles a la idea de Proudhon de que las sociedades de producción y de ayuda mutua podían ser eficaces instrumentos para abolir el trabajo asalariado. Y en estas formas organizativas predominaba una clara desconfianza hacia el liberalismo burgués y fundamentalmente indiferencia frente al juego político electoral. En Alemania, hacia 1860, comenzaba a registrarse -a diferencia del apoliticismo de los sindicatos ingleses— un nuevo brote socialista. Pero no fueron sólo los obreros de las grandes empresas quienes estuvieron en su cabeza, sino que fueron fundamentalmente los viejos artesanos —más cultos, más organizados y más descontentos— los que constituyeron el punto de partida del socialismo. Sobre esta base, en 1863, se fundaba la Unión de Asociaciones de Trabajadores alemanes que, algunos años más tarde (1875), se habría de

[11] **Véase Hobsbawm, EricJ. (1998), pp. 217-238.**

transformar en el Partido Obrero Socialdemócrata. Nacía así el primer gran partido socialista europeo, que muchos otros, incluido Lenin, algún día querrán imitar. Pero no se trataba aún de un socialismo "revolucionario". Era un socialismo que trataba de utilizar al máximo los recursos de la democracia para actuar sobre el Estado, promover reformas y dar a la clase obrera una influencia política.

La clase obrera que se constituyó en este período fue la fuerza social visualizada como "peligrosa" para el orden constituido. Muchos contemporáneos reconocían la gravedad de la "cuestión social" y vivían con el temor a un levantamiento. La memoria de las revoluciones -de 1830 y de 1848- estaba aún suficientemente fresca, de allí que, pese a la seguridad de la burguesía en su fortaleza y en sus logros, el miedo a la insurrección siempre estuvo presente. Sin embargo, la época no fue favorable para revoluciones. Después de 1848, el potencial movimiento revolucionario se encontraba desarmado. Según Karl Marx, exiliado en Londres desde 1849, la derrota del 48 se debía a que el movimiento había surgido prematuramente, a causa de la crisis económica, pero la clase obrera no tenía aún la coherencia ni la conciencia para encabezar un ciclo revolucionario. Desde su perspectiva, era necesario por lo tanto abocarse a la organización, en espera de una nueva coyuntura en las crisis cíclicas del capitalismo. Pero pronto advirtió que la espera iba a ser larga. Marx tuvo entonces un período de intervalo político —con muchas horas transcurridas en la biblioteca del Museo de Londres- que le permitieron madurar su teoría: de esos años fueron la ***Contribución a la crítica de La Economía Política*** (1858) y el primer tomo de£/Gz/>/W(1867).[12]

Sin embargo, también comenzaron a surgir algunas iniciativas en materia de organización que culminaron, en Londres, en 1864, con la formación de la Asociación Internacional de Trabajadores (conocida posteriormente como la Primera Internacional).[13] La iniciativa surgió de algunos sindicalistas ingleses, movidos por preocupaciones inmediatas, y de exiliados franceses, de miras más largas y doctrinarias. Para los primeros, el objetivo era presionar a la burguesía apoyando huelgas de dimensión europea; para los segundos, se trataba de lograr la emancipación de los trabajadores a través de una primera etapa de educación política de las masas. De este modo, la Internacional reunió a grupos de distintas vertientes e incluyó a Marx, responsable de la redacción del ***Manifiesto Inaugural,*** en el comité organizativo.

La organización de la Internacional indudablemente fue motivo de

[12] **Véase Palmade, Guy (1978), pp. 196-212.**

[13] **Véase Abendroth, Wolfang (1978), pp. 35-50.**

profunda preocupación para quienes la visualizaron como un conjunto de miles de conspiradores que se movían en las sombras prontos a derribar el mundo burgués. Sin embargo, estos temores ¿estaban justificados?, ¿cuál es el balance que puede hacerse de la experiencia que constituyó la Internacional? Es cierto que pudo apoyar eficazmente huelgas en 1867 y en 1868 y que se constituyó en un indudable polo de atracción para los sindicatos europeos. Pero también sus limitaciones fueron muchas. Sus acciones fueron muchas veces paralizadas por las interminables discusiones entre Marx y los anarquistas; pero, además, si su objetivo era organizar al movimiento obrero ejerció mucha menos influencia sobre los obreros de las nuevas industrias modernas que sobre los artesanos o de las manufacturas en regresión.

En rigor, la mayor debilidad de la Internacional procedió de su mismo "internacionalismo", que se estrelló contra el carácter nacional de los sindicatos. De este modo, pese a las constantes admoniciones sobre el carácter sin fronteras del proletariado, como de su clase adversaria, la burguesía, cuando estalló la guerra franco-alemana (1870), los trabajadores se asumieron primordialmente como franceses o alemanes y partieron al frente a luchar contra un enemigo que incluía a su propia clase. Los socialistas debieron entonces enfrentar el problema de las nacionalidades, anunciando los desgarros de 1914. De este modo, en 1872, la Asociación Internacional de los Trabajadores dejaba de existir: no pudo sobrevivir al impacto de la guerra franco-prusiana, ni al fracaso de la Comuna de París (1871).

En efecto, la guerra franco-prusiana había sido seguida de un singular acontecimiento: la Comuna de París (marzo-mayo de 1871), en el que muchos de sus contemporáneos no dejaron de señalarla como un espectacular episodio de la "lucha de clases". ¿Cuáles fueron las causas de la sublevación? Evidentemente, la Internacional ejerció muy poca influencia sobre ella. Al terminar la guerra, en París, la federación de la guardia nacional trató de conservar las armas que poseía, y poner a buen seguro los cañones comprados gracias a una suscripción pública. Algunos quizá pensaban en oponerse a la ocupación de una parte de París por parte de los prusianos tal como rezaba una cláusula del armisticio. De este modo, cuando Thiers, el nuevo jefe del gobierno francés, envió tropas para retirar los cañones, una muchedumbre enardecida ejecutó a dos generales, sin que nadie haya dado la orden (marzo de 1871). Comenzaba así, el conflicto entre un gobierno conservador -Thiers debió huir y refugiarse en Varsalles— y el "pueblo" de París, a través de una revuelta espontánea, de objetivos poco claros, y de carácter popular y pequeñoburgués más que estrictamente obrero. La dirección pronto quedó a cargo no tanto de los socialistas participantes de la Internacional -algunos fueron elegidos como miembros del Consejo que

gobernaba la Comuna-, sino de los jacobinos fascinados por los recuerdos de las imágenes de las jornadas de 1789.

Los logros de la Comuna fueron modestos. Se adoptó la bandera roja, se tomaron algunas medidas anticlericales -incluida la ejecución del Arzobispo de París- y algunas pocas medidas sociales, como la supresión de los alquileres. Sin embargo, pese a esta modestia y a su brevedad -menos de tres meses-, la Comuna se transformó en un símbolo de la "lucha de clases". El terror que inspiró en los gobiernos se reflejó en la brutal represión que siguió: 47.000 personas fueron juzgadas, 7.000 deportadas o exiliadas, fue incalculable el número de muertos. Incluso, su recuerdo llevó a que en 1873 se formara la Liga de los Tres Emperadores (Alemania, Austria y Rusia) para defenderse de ese radicalismo que amenazaba tronos e instituciones. Pero también fue un símbolo para la izquierda: Lenin, después de octubre de 1917, contaba los días para finalmente poder decir: "Hemos durado más que la Comuna".

La Comuna fue fundamentalmente un símbolo. Con ella terminaba la época de las grandes insurrecciones. El socialismo de la década de 1880 ya no esperaba una pronta instauración de la nueva sociedad. Su éxito todavía se limitaba a algunos sectores restringidos del proletariado y a una importante capa intelectual, pero su influencia era todavía muy escasa sobre las amplias masas que conformaban el mundo del trabajo.

Un mundo a la defensiva: aristócratas y campesinos

Las aristocracias europeas, si bien en retirada desde 1830, conservaban aún una importante cuota de poder. Hasta la década de 1880 dieron la tónica en los círculos mundanos de París, Londres, Berlín o Viena: la obra literaria de Proust todavía rememoraba a esa aristocracia de salón que lanzaba sus últimos fulgores hacia finales del siglo. El poder de esta aristocracia se sustentaba, en parte, en su riqueza. La explotación de sus tierras continuaba, en efecto, proporcionándole grandes rentas. En Inglaterra, por ejemplo, aún después de la industrialización, las mayores fortunas continuaban siendo las de los Pares del Reino. Pero también continuaban conservando una importante cuota de influencia política: en el mundo rural ejercía un sólido poder de hecho. En Francia, por ejemplo, si bien allí la nobleza había perdido antes que en otras partes sus privilegios legales, hacia 1870 ocupaba una décima parte de los puestos de alcaldes de pueblo.[14]

[14] Véase Palmade, Guy (1978), pp. 133-164.

En la segunda mitad del siglo XIX, la más poderosa e influyente de las aristocracias europeas era, sin duda, la aristocracia inglesa. Era un grupo que había sabido adaptarse a la nueva situación, y que había hecho un sitio a la alta burguesía -a los ***gentlemen-,*** conformando poco a poco, sin descartar diversas vías como la del matrimonio, una nueva élite dirigente que asumió gran parte de las tradiciones aristocráticas. La aristocracia alemana era mucho más conservadora pero también más débil que la inglesa, entre ella sólo un grupo contaba, la nobleza prusiana de los ***junker,*** que controlaban una importante parte del suelo a donde habían podido introducir un verdadero capitalismo agrario. Si bien no era una nobleza siempre antigua -algunos burgueses habían logrado introducirse en ella por vía del matrimonio o por compra de tierras- mantenía un cerrado espíritu de casta, desprecio por la burguesía industrial y liberal, una actitud fuertemente conservadora en materia política y religiosa y gusto por el arte militar. Y también era la que controlaba gran parte de los puestos de la administración imperial.

En Francia, la aristocracia constituía una clase heterogénea en la que se codeaban la nobleza anterior a 1789, con la creada por Napoleón I durante el Imperio y la más reciente de la Restauración (1815-1830). Incluso, cerca de ellos se ubicaban aquellos burgueses muy ricos que habían tomado la costumbre de vivir como nobles: retirados en fincas campestres, transcurrían sus existencias ociosas. Pero si bien el poder efectivo de la aristocracia se había diluido después de 1830, continuaba manteniendo una importante cuota de prestigio social. De este modo, resultaba casi "natural" confiarles el destino del país en las horas graves: frente a crisis sociales -tanto después de la revolución de 1848 como de los acontecimientos de la Comuna de París (1871)-, los nobles ingresaron masivamente en las Asambleas nacionales elegidos por el sufragio universal. Incluso, hacia fines del siglo, si bien ya no ocupaban altos cargos administrativos, de sus filas se reclutaban oficiales y embajadores.

Como señala Palmade, resulta curiosa esta supervivencia aristocrática en el mundo burgués. Es tal vez una supervivencia que pone en relieve los límites de la conquista burguesa. La burguesía experimentaba una especie de complejo de inferioridad frente a las jerarquías heredadas del pasado. Y más que derribarlas totalmente buscaba imitarlas e insertarse en ellas. Aunque la burguesía poseía el poder económico, no titubeaba en conferir a las antiguas élites cierta delegación del poder político y administrativo. Sin embargo, tampoco hay dudas de que la aristocracia constituía una clase en retirada cuya influencia decrecía paulatinamente hacia fines del período.

En la Europa de la segunda mitad del siglo XIX, el mundo campesino continuaba siendo una sólida realidad. En rigor, la excepción la constituía Inglaterra: el campesinado, hacia 1880, constituía sólo el 10% de la población activa. Allí se había impuesto una empresa agrícola que ya no mantenía ninguna relación con las tradiciones rurales sino que era un apéndice del mundo urbano e industrial, obedeciendo a las normas de gestión de cualquier otra empresa. De este modo, Inglaterra abría una vía que habrán de seguir los países del continente europeo con un siglo de atraso.

La situación de Alemania y de Francia era, sin duda, diferente a la inglesa. Es cierto que las transformaciones de la agricultura que posibilitaron la industrialización alemana -de las que los ***junkers*** muchas veces tomaron la iniciativa- habían producidos profundos cambios en el mundo rural. Sin embargo, en algunas regiones, la presencia campesina aún era notable. ¿Cuál era la situación de este campesinado? Resulta difícil generalizar sobre situaciones muy diversas. No se puede considerar con la misma medida a la pequeña choza de las landas de Hannover y a la gran explotación de Sajonia, ni al viticultor de la Moselle y al campesino de los macizos montañosos. En todas partes, sin embargo, parecía predominar un pequeño campesinado propietario que explotaba personalmente la tierra con la ayuda familiar. Su situación podía ser compleja -dificultades de comunicación por la falta de caminos comunales-, pero la secularización no alcanzaba a modificar las costumbres y las viejas fiestas campesinas jalonaban el ciclo del trabajo. Pese a los años difíciles por la competencia extranjera, como entre 1870 y 1890, gracias a una adaptación rápida y constante, a la cooperación y el crédito agrícola, el campesinado alemán resistía y lograba sobrevivir.

Francia, por su parte, era un país de campesinos -entre 1850 y 1880 constituían la mitad de la población activa- hostiles a toda innovación. Entre ellos había muchos propietarios, pero también colonos o arrendatarios instalados en las tierras de nobles o burgueses. Fuertemente individualistas -a diferencia de los alemanes- los campesinos franceses se negaban a cualquier tipo de cooperación. Esto no significa que su situación fuese fácil: la mayor parte de los campesinos —que cultivaban menos de 10 hectáreas- obtenía una renta inferior a la de los trabajadores urbanos en términos monetarios. Sin embargo, la comparación no es totalmente válida: los campesinos obtenían alimento de sus huertos, consumían lo que producían, obtenían madera en el bosque más próximo, satisfechos de no tener ningún patrón que dirigiese su trabajo. De este modo constituían un mundo estable, sin reivindicaciones especiales.

En síntesis, frente a las transformaciones económicas y sociales que se vivían en Europa las clases sociales del antiguo orden buscaban sobrevivir,

procurando adaptarse o presentando resistencia frente a los cambios. Y la inercia muchas veces triunfaba sobre las innovaciones. Pero también es cierto que, pese a todas las resistencias, la expansión capitalista cambiaba al mundo y consolidaba el apogeo de la burguesía.

3. Las ideas y los movimientos políticos y sociales

Las transformaciones del liberalismo: democracia y nacionalismos militantes

Junto con la burguesía, también había triunfado su principal fundamento ideológico, el liberalismo. Programa político y económico, se proponía conducir a Europa a un futuro mejor borrando todos los obstáculos que se oponían a ese avance. Sin embargo, este programa comenzó a encontrar resistencias, y sufrir enconadas críticas que provenían tanto de la izquierda como de la derecha. De este modo, estas resistencias y los mismos cambios que vivía la sociedad no dejaron de impactar sobre un liberalismo que comenzó también a sufrir transformaciones.

En los últimos decenios del siglo **XIX,** cabían pocas dudas de que el liberalismo era el programa que se había impuesto en gran parte de Europa occidental. Era además el programa que gozaba de mayor prestigio: se lo consideraba una fuerza progresista, la única con posibilidades de éxito para desplazar a los resabios del tradicionalismo. En rigor, casos como las monarquías absolutas de la Rusia de los zares y del Imperio austrohúngaro eran casos extremos, excepcionales, y percibidos como anacrónicos. Pero también es cierto que en Europa occidental, las fuerzas conservadoras, que aún mantenían algunas posiciones de poder, no dudaron en alinearse para atacar al liberalismo, considerado como una doctrina errónea y peligrosa, que irremediablemente conduciría a la destrucción del orden social.[15]

De un modo u otro, era indudable que este ***conservadurismo*** se encontraba en retirada. Sus argumentos tradicionales, como el origen divino del poder político y del orden social establecido, y la legitimidad exclusiva del derecho tradicional, perdían cada vez más fuerza en un mundo que se transformaba rápidamente. De esta manera, frente al liberalismo, los conservadores sólo podían proceder por reacción, sin alcanzar propuestas positivas: frente al "progreso" hacían hincapié en el "orden" y la "estabilidad"; y oponían las "tradiciones" frente a todo lo que significara cambio o novedad.

[15] **Véase Mommsen, Wolfgang (1973), pp. 5-34.**

Pero este conservadurismo en retirada encontró algunas fortalezas desde las cuales resistir. Las iglesias fueron una de ellas.

En efecto, el anglicanismo en Inglaterra, el protestantismo en Alemania y el catolicismo en los países latinos -fieles a las monarquías-, pronto se transformaron en baluartes del conservadurismo. Todas estas Iglesias eran profundamente antiliberales, aunque sólo la mayor de ellas, la Iglesia católica se pronunció explícitamente en contra del liberalismo. En 1864, el papa Pío IX había publicado el ***Syllabus,*** en el que se condenaban los errores modernos. En el documento se enumeraba ochenta errores: entre ellos, el "naturalismo" -la negación de la acción de Dios sobre el mundo-, el "racionalismo" -el empleo de la razón sin referencia a Dios-, el "indiferentismo" -considerar equivalentes a todas las religiones-, la "enseñanza secular", y la "separación de la Iglesia y el Estado". El último de los errores señalados era precisamente el liberalismo.

La Iglesia podía ejercer una influencia conservadora sobre la sociedad en la medida en que, a pesar de la innegable secularización, aún mantenía ciertos controles. Y éstos eran ejercidos sobre todo a través de la familia burguesa, institución conservadora en sí misma. La Iglesia introducía en el mundo burgués efectivas quintacolumnas a través de la piedad tradicional de las mujeres, y ejercía su influencia a través del control de las ceremonias de bautismo, casamientos y entierros, y de una cuota considerable de la educación. Pero también es cierto que ya hacia la década de 1880, la Iglesia, bajo el embate de los liberales había perdido muchos de estos controles: no sólo la enseñanza comenzó a secularizarse, sino que fue el Estado el responsable de llevar los registros de nacimientos, matrimonios y muerte. Parecía que el conservadurismo poco podía hacer frente al avance arrollador del liberalismo.

En rigor, muchas veces, las viejas capas aristocráticas podían mantenerse, adaptándose a la nueva situación, a través de alianzas con la burguesía y con sectores del campesinado. Sin embargo, ésta no era la estrategia de aquellos sectores del conservadurismo reacios a toda transacción con el mundo "moderno". Para ellos, aún quedaban bastiones que les permitían salir en defensa de sus posiciones. Y el principal de estos bastiones fueron las fuerzas armadas. La marina en Inglaterra y los ejércitos en el continente -particularmente en Alemania- fueron el refugio donde se perpetuaban las tradiciones aristocráticas, en un mundo burgués que incluso comenzaba a democratizarse.

El gran avance del liberalismo no se hizo sin conflictos. Y el principal problema que se planteó a la burguesía liberal fue precisamente el de la democracia. Estaba cada vez más claro que las "masas", es decir, los "no res-

petables", la misma clase obrera, constituían un amplísimo sector que cada vez más contaba en política. Estaba bastante claro que, tarde o temprano, todos los sistemas políticos tendrían que darles un lugar. Y esto era algo que aterrorizaba a los "respetables", quienes consideraban a las masas ignorantes y peligrosas por definición. El problema radicaba en que el liberalismo, por un lado, carecía de reservas teóricas sólidas contra los avances de la democracia. Si sus fundamentos políticos eran la participación de la "nación" -entendida como el conjunto de ciudadanos- en la vida política y la defensa de los derechos individuales, el liberalismo ofrecía argumentos muy pobres para negar derechos políticos, como por ejemplo, el sufragio.[16]

Se reconocía la necesidad de ampliar el derecho al voto, pero el problema que se planteaba era ¿hasta qué límite? Dentro de la masa, ¿cuáles eran los sectores que podían considerarse "respetables" y cuáles eran las clases "peligrosas"? Era tal vez posible movilizar a una pequeña burguesía a la que le era difícil decidir a quién temía más si a los ricos o al proletariado. Indudablemente, la pequeña propiedad necesitaba igual defensa que la gran propiedad frente a las amenazas del socialismo; los empleados de "cuello blanco" necesitaban diferenciarse de los simples trabajadores manuales. Incluso, algunos conservadores estaban dispuestos a más: Bismarck, por ejemplo, confiaba en la lealtad tradicional de un electorado de masas y consideraba que el sufragio universal fortalecería más a la izquierda que a la derecha (aunque también es cierto que prefirió no correr riesgos y mantuvo en Prusia un sistema que le permitía un estricto control sobre los votos).

Ya en el reavivamiento de las presiones populares en la década de 1860 hizo imposible que la política se aislara del debate sobre el sufragio universal. Y la mayoría de los estados occidentales tuvieron que resignarse a lo inevitable: durante este período, en casi todos los estados europeos se realizaron ampliaciones más o menos significativas del derecho al voto. Hacia 1873, únicamente la Rusia de los zares y el Imperio turco eran los únicos países que se mantenían como autocracias, sin ninguna forma de participación política. En la década de 1870, había habido una amplia extensión del sufragio -en teoría, el sufragio universal para los varones- en Francia, Alemania, Suiza y Dinamarca. En Gran Bretaña, las leyes de 1867 y 1883 cuadruplicaron prácticamente el número de electores. En 1894, en Bélgica una huelga general para obtener la reforma electoral permitió que el número de votantes pasara del 4% al 37% de la población masculina. En 1907, el sufragio universal se estableció en Austria y, en 1913, en Italia.

[16] Véase Hobsbawm, Eric J. **(1989),** pp. **85-112.**

Y esta ampliación del sufragio se debió no sólo a las carencias teóricas del liberalismo y a las presiones que llegaban desde abajo, sino al contundente hecho de que las burguesías necesitaban la "fuerza del número". En efecto, ni las viejas aristocracias ni las burguesías constituían mayorías, no contaban con la "fuerza del número". Pero la diferencia radicaba en que las aristocracias no necesitaban de esa fuerza: ejercían influencia de hecho y estaban parapetadas en instituciones que la protegían del voto. Las mismas monarquías -la forma predominante de gobierno en Europa- les daban un apoyo político sistemático. Pero la burguesía, si bien confiaba en su riqueza, en su destino histórico y en ideas que eran los fundamentos de los estados modernos representativos, necesitaban de los votos: necesitaban, por lo tanto, movilizar a los "no burgueses", a esas masas trabajadoras que constituían las mayorías. Y si el liberalismo se convirtió en una fuerza política considerable esto fue posible precisamente por su capacidad para movilizar también a las capas más bajas de la burguesía y de los trabajadores manuales. Y evidentemente el éxito les sonrió: por lo menos en las primeras décadas de este período, los liberales, partido clásico de las burguesías industriales y comerciantes se mantuvieron en el poder, salvo interrupciones ocasionales, en Inglaterra, Holanda, Dinamarca, Bélgica y Austria.

De un modo u otro, en este proceso de democratización, el liberalismo fue sacudido profundamente. Algunos, a partir de 1895, como Samuelson y Hobson, en Inglaterra, y Friedrich Naumann, en Alemania, comenzaron a plantear la necesidad de una renovación del liberalismo. No sólo aspiraban a realizar el principio de la soberanía mediante el sufragio universal, sino que también comenzaron a considerar anticuados algunos principios liberales como el del ***laissez-faire,*** principios que debían ser sustituidos por un vasto plan de "reformas" políticas y sociales bajo la responsabilidad del Estado. Consideraban que el liberalismo debía ser adaptado a las necesidades de la sociedad generada por la industrialización; consideraban además que este reformismo atraería a vastas capas de la población y permitiría acabar con las supervivencias del poder aristocrático. En síntesis, desde el liberalismo comenzó a conformarse una rama más democrática, que fue calificada como radical, progresista, o reformista.

Sin embargo, las tendencias ideológicas y políticas de la época fueron por una dirección opuesta. Muchos temían que la democratización condujera irremediablemente al reino del terror de las masas. De allí que la burguesía liberal comenzara a mirar cada vez con más simpatía al conservadurismo. Sobre todo después de los acontecimientos de la Comuna de 1871, el empuje liberal fue perdiendo fuerza: concentró sus esfuerzos en mantener las posiciones conquistadas. Y en este proceso, el

conservadurismo proveyó a un liberalismo cada vez más conservador algunos conceptos políticos claves, entre ellos, el del nacionalismo.

El nacionalismo había sido un concepto que en sus orígenes se vinculaba con el liberalismo y la democracia. La idea de nación, como comunidad de todos los ciudadanos políticamente maduros estuvo ligada a los principios liberales y democráticos: el liberalismo italiano, por ejemplo, concebía la unidad nacional y la libertad política como dos aspectos que no podían separarse. Sin embargo, el término mismo de nacionalismo no apareció hasta las postrimerías del siglo **XIX.** Comenzó a emplearse para definir grupos de ideólogos de derecha, en Francia y en Italia, quienes agitaban la bandera nacional contra los extranjeros, los liberales y los socialistas. Y este empleo no fue arbitrario. La idea de la nación -que novedosamente se definía en términos étnicos y, especialmente, lingüísticos- se transformó no sólo en una fuerza aglutinante para amplios sectores sociales, sino que la convirtió en una militante ideología que se adueñó de la derecha política.

Indudablemente, la idea de nación fue un factor aglutinante. Con el declive de las comunidades reales a que estaba acostumbrada la gente -la aldea, la familia, la parroquia, el barrio, el gremio-, la comunidad imaginaria de la "nación" llenaba ese vacío. Esto indudablemente estuvo vinculado al fenómeno característico del siglo **XIX,** de la "nación-Estado". Era el Estado el que creaba la nación: a través de los controles burocráticos de los nacimientos, por ejemplo, era quien otorgaba la "nacionalidad". Pero había más, habiéndose debilitado los antiguos nexos sociales, el Estado debía mantener la cohesión creando nuevos nexos de lealtad. No sólo los símbolos nacionales se multiplicaron sino que la misma instrucción pública estatal, al difundir la unidad lingüística e ideológica, se transformó en un agente indispensable de la construcción de la nación. Como señala Hobsbawm, hasta el triunfo de la televisión, ningún medio de propaganda podía compararse con la eficacia de las aulas.

Pero fue fundamentalmente el conservadurismo, atrincherado en las fuerzas armadas, el que configuró un nuevo concepto de nacionalismo agresivo y militante. Dicho concepto se basaba en la idea de la "grandeza de la nación", grandeza que se establecía a partir de la "superioridad" de una nación sobre las otras. Y hay un ejemplo paradigmático: fue en estos años cuando la canción ***Deutschland Über Alies*** (Alemania sobre todos los demás) se consagró como el himno nacional alemán.[17]

Y este agresivo nacionalismo pronto se vinculó con el ***imperialismo:*** para ser una "gran" nación, no era suficiente ser una potencia europea, era necesario ser una "potencia mundial". Se consideraba que únicamente las naciones capaces de transformarse en imperios se impondrían en el futuro: los imperios coloniales eran la condición de la grandeza nacional. El advenimiento de este nacionalismo imperialista y militarista provocó un cambio en la conciencia política europea. Y la burguesía liberal aceptó gustosamente esta ideología conservadora que les daba la justificación ideológica de la expansión imperialista.

Véase Hobsbawm, Eric J. (1991), pp. 101-130.

Este nacionalismo agresivo y militante -que contaba muchas veces con el entusiasta apoyo de las masas-, daba, de este modo, su fundamento al imperialismo. Éste se apoyaba en la "superioridad" de los conquistadores. El mismo "humanitarismo" del poeta inglés Rudyard Kipling (1865-1936), sobre "la responsabilidad del hombre blanco", es decir, sobre el deber de transmitir a los pueblos conquistados los avances de la civilización europea, se apoyaba en la firme convicción de la "superioridad" de unos y la "inferioridad" de los otros. E incluso, esto recibió la aprobación "científica" de los social-darwinistas, que trasladaron la doctrina de la "lucha por la existencia" a la vida de las naciones: de allí se justificaba el dominio que los "superiores" podían y debían ejercer sobre los "inferiores".

En esta línea, el concepto de nación pronto derivó en el de raza. Las razas blancas, y en especial las arias, parecían estar llamadas a dominar a los pueblos de color gracias a su "superioridad" y mayor cultura. Dentro de este clima de ideas, el antisemitismo comenzó a extenderse por toda Europa hacia la década de 1880. En nombre de la "nación" se renovaron entonces los antiguos postulados que reclamaban la asimilación de los judíos en las diversas naciones, a través de la renuncia a sus peculiaridades culturales y religiosas. Sin embargo, esto también tuvo otros impactos: hacia mediados de la década de 1890, Theodor Herzl iniciaba el movimiento sionista entre los judíos, en nombre de un nacionalismo hasta ese momento desconocido.

Pero también el antisemitismo se profundizó. En muchos lugares de Europa, junto con las exigencias de asimilación, aparecieron nuevas voces que pedían la exclusión radical de los judíos del cuerpo de la "nación". Aparecieron incluso quienes llegaban a formular oscuras amenazas de exterminio a aquellos que no decidiesen emigrar voluntariamente. Y este clima de ideas permite valorar el significado del ***afluiré*** Dreyfus (1894). En efecto, cuando el oficial francés Alfred Dreyfus fue acusado y condenado por espionaje -a pesar de los fuertes debates y las denuncias de intelectuales como Emile ¿ola- pocos dudaron de su culpabilidad: su condición de judío era la causa de su condena.

El terror a la democratización, el violento nacionalismo, el racismo fueron elementos que confluyeron en un conservadurismo radical, de ex-

trema derecha, que en Francia encontró una cabeza indiscutible en Charles Maurras. Desde 1899, Acción Francesa propiciaba la creación de un Estado corporativo de carácter autoritario, basado en una idea monárquica de matriz clerical, mientras difundía una ideología de fuerte atracción emocional, donde las denuncias sobre la "decadencia burguesa" se confundían con la apología de un militante nacionalismo. Desde la perspectiva de Acción Francesa, la nación era el valor supremo, posición que la llevó a considerar -cuando el capitán Dreyfus fue rehabilitado (1906)- que un error de la justicia carecía de importancia si éste servía a los intereses de la nación. De este modo, a fines del siglo XIX, en Europa se comenzaba a conformar una derecha que, en muchos aspectos, parecía anunciar el clima de los futuros años de entreguerras.

El desafío a la sociedad burguesa: socialismo y revolución

Como señala Mommsen, mientras entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX se conformaba la derecha que constituiría la principal amenaza al liberalismo y la democracia, también dentro de la izquierda se agrupaban contrincantes en un número cada vez más considerable. Como en los años anteriores, las tendencias ideológicas fueron variadas: anarquistas y socialistas, sindicalistas y reformistas debatían ardorosamente las formas que debía asumir la liberación del proletariado del "yugo" de la sociedad burguesa. Sin embargo, pronto el horizonte ideológico se clarificó: un socialismo de tipo marxista se ponía a la cabeza de los distintos grupos de izquierda.

Había, por supuesto, excepciones en España, Italia y Rusia, es decir, sociedades con un fuerte componente rural y escaso desarrollo industrial, el "socialismo científico" de Marx y Engels, con su profecía del triunfo del proletariado, tenía mucho menos cabida que la imagen de una sociedad descentralizada, con cooperativas agrícolas e industriales autónomas. De allí la persistencia del anarquismo. También Inglaterra constituyó un caso aparte: tras la derrota del cartismo, el movimiento sindical aspiraba a discretas reformas sin conmover el sistema establecido. Y esta tendencia quedó claramente expresada en la orientación del Partido Laborista, fundado hacia fines del siglo: política social reformista en el marco del sistema parlamentario y apoyo recíproco entre partido y sindicatos.

Pero como ya hemos señalado, fue un socialismo de tipo marxista el que se impuso en el continente. Y en este proceso cumplió un papel importante la socialdemocracia alemana. En efecto, en 1890, el Partido Socialdemócrata alemán había adoptado un programa, redactado por Karl Kautsky, su principal ideólogo, que se ajustaba a los principios del marxismo. Sobre la base de tales principios, el programa declaraba que "la transformación de la propiedad privada capitalista de los medios de producción en propiedad colectiva" era la condición necesaria para la liberación "no sólo del proletariado, sino de toda la humanidad". Pero también se establecían las líneas a las que se ajustaría la "lucha política": en primer lugar, la "revolución de las mentes", es decir, la preparación ideológica del proletariado para la revolución socialista; en segundo lugar, un programa de reformas políticas, que el partido se comprometía a realizar, dentro del sistema establecido, para mejorar las condiciones de los trabajadores.

En rigor, el programa alemán no era estrictamente "revolucionario". En él subyacía la confianza en un proceso "evolucionista": el mismo proceso histórico, gracias a la dinámica del desarrollo económico, daría a la clase obrera -siempre que ésta mantuviera su unidad y su conciencia de clase- de forma casi irremediable y automática, el poder político. Sin embargo, pese a las críticas que se le hicieron desde la extrema izquierda, este programa fue el que más éxito alcanzó en Europa. Además, el Partido Socialdemócrata alemán, que se había transformado en una fuerza política sustentada por amplias masas populares, se transformó en el modelo a alcanzar para los otros partidos socialistas europeos.

La influencia de la socialdemocracia alemana quedó ampliamente demostrada en el congreso que organizó en París, en 1889, la Segunda Internacional Socialista. Es cierto que, en esa ocasión, también se tomaron medidas "combativas", como la declaración del Primero de Mayo, "día de la lucha del movimiento obrero internacional a favor de la jornada de ocho horas". En rigor, esto constituyó una concesión de la socialdemocracia -que hubiera preferido acciones más legalistas- a la presión de los grupos más radicalizados: el Primero de Mayo se transformó en una bandera del movimiento socialista y en algunos países, como en Francia, fue considerado un día de lucha contra el orden establecido. Pero también es cierto que el programa alemán fue el que se impuso en la nueva organización. De este modo, durante la década de 1890, un socialismo de este tipo parecía imponerse en toda Europa: en varios países, mientras decrecía la influencia anarquista, se organizaban partidos socialistas siguiendo el modelo alemán. Incluso en Rusia, también se organizaba, en 1898, bajo la dirección de Plejanov, el Partido Obrero Socialdemócrata ruso, en la más absoluta clandestinidad e ilegalidad.

Sin embargo, la unidad ideológica dentro de la Segunda Internacional no fue duradera. La cuestión que se planteó fue precisamente, ¿hasta qué

punto esa política reformista propuesta por la socialdemocracia no implicaba colaborar con gobiernos "burgueses", es decir, con gobiernos que se encontraban en manos de los "enemigos de clase"? Quienes propiciaban una política de "pequeños pasos" que implicaba el compromiso con otras fuerzas políticas -tachados de "revisionistas" por sus oponentes-, se basaban en la introducción que Engels escribiera en 1895 para una reedición de la obra de Marx, ***La lucha de clases en Francia,*** donde afirmaba que la socialdemocracia alcanzaría la revolución socialista por la vía parlamentaria legal. El conflicto estalló abiertamente en Francia, cuando el jefe del Partido Socialista, Alexandre Millerand, aceptó una cartera ministerial en el gobierno de Waldeck-Rousseau. Si bien él intentó justificarse señalando que después del ***affaire*** Dreyfus era necesario defender la república de sus enemigos de extrema derecha, sus argumentos no convencieron a quienes lo calificaron de "traidor" a la clase obrera.

La socialdemocracia alemana estableció su punto de vista en la Segunda Internacional: el socialismo no debía participar en coaliciones burguesas, ni colocarse en el terreno de un simple reformismo dentro del establecimiento. Evidentemente, aún no se quería renunciar al mito revolucionario. Pero esto también fue fuente de conflictos. La posición "evolucionista" que mantenía la socialdemocracia, junto con la negativa a actuar junto con otras fuerzas políticas conducía a un "inmovilismo", que fue denunciado por grupos que aspiraban recuperar el impulso revolucionario del marxismo.

Entre estos últimos, la cuestión que se planteaba era la naturaleza que debía asumir la "revolución". Y tal vez porque se consideraba que las perspectivas de revolución allí eran posibles e inmediatas, el debate se dio principalmente entre intelectuales marxistas del este de Europa, procedentes del imperio de los Habsburgo o del imperio zarista. Y una de las cuestiones básicas que se planteó fue el de la huelga política. Huelgas generales cada vez más amplias habían sacudido a varios países europeos a comienzos del siglo **XX.** Pero fundamentalmente, la Revolución Rusa de 1905 había demostrado lo que podían esperar los trabajadores de una huelga de masas. Rosa Luxemburgo, a partir de la experiencia rusa, fue una de las principales defensoras de la huelga general como método de lucha. En su obra ***Huelga de masas, partido y sindicatos*** (1906), desarrolló una nueva teoría revolucionaria: huelgas espontáneas, de amplitud e intensidad cada vez mayores, provocarían la caída de la sociedad burguesa permitiendo instaurar la "dictadura del proletariado". En síntesis, para Rosa Luxemburgo, la revolución socialista sería el resultado de la acción espontánea de las masas.

El "espontaneísmo" de Rosa Luxemburgo se oponía a la estrategia que Lenin, del Partido Socialdemócrata ruso, había diseñado en su obra ***¿Qué hacer?*** (1902). Dada la clandestinidad en que la socialdemocracia debía moverse en Rusia -y de la experiencia política que allí se había acumulado-, Lenin consideraba que el partido debía transformarse en una "organización de revolucionarios profesionales", dirigida autoritariamente. El partido no debía tener por función organizar a las masas sino que debía transformarse en una "vanguardia" que condujera a la revolución. Esto no significaba que las masas proletarias y sus representantes sindicales no debían participar en la lucha, sino que debían estar subordinados a la conducción partidaria.

En un congreso del Partido Socialdemócrata ruso, celebrado en Londres en 1903, Lenin expuso su estrategia revolucionaria. Sus oponentes fueron vencidos en las votaciones. Y este memorable cisma dentro del socialismo ruso dio origen a la denominación de los partidarios de Lenin, bolcheviques -es decir, mayoría- porque triunfaron sobre los mencheviques -es decir, minoría-. Comenzaba así un nuevo ciclo para la izquierda socialista. Y la crisis de las ideologías tradicionales -el conservadurismo y el liberalismo— junto al desarrollo de una extensa gama -de derecha a izquierda- de direcciones políticas eran simplemente el reflejo de las tensiones que cruzaban a la sociedad. Y éstas ya anunciaban la guerra y la revolución.

Anexo. Acerca de las unificaciones de Italia y de Alemania

La unidad italiana

El Congreso de Viena, al rehacer el mapa de Europa, había formado en Italia siete estados distintos que conformaban bloques de distintas tendencias. El reino lombardo-veneciano, los ducados de Parma y Módena y el gran ducado de Toscana se encontraban bajo la influencia directa e indirecta de Austria; en el centro de la península, los estados pontificios mantenían sus antiguos territorios bajo la soberanía absoluta del Papa, y en el sur, una rama borbónica había obtenido nuevamente el Reino de las Dos Sicilias. Únicamente el reino de Cerdeña, integrado por Piamonte, Saboya, Genova, Niza y la isla de Cerdeña, en manos de una dinastía italiana -la casa de Saboya- mantenía su autonomía en medio de difíciles circunstancias.

La agitación nacionalista y liberal, durante los convulsivos períodos de 1830 y 1848, se había mostrado impotente frente a los estados, especialmente Austria, que respaldaban el orden establecido. Sin embargo, tras los sucesos del 48, el reino de Cerdeña había adquirido una fisonomía distin-

ta: se presentaba como un Estado auténticamente liberal e italiano. El rey Carlos Alberto había establecido un sistema constitucional de monarquía limitada, que fue mantenido por su hijo y sucesor Víctor Manuel II, a pesar de las presiones de las potencias autocráticas para que volviera sobre sus pasos. De este modo, la dinastía de los Saboya se transformó en el baluarte del liberalismo italiano que aspiraba a la unidad. Y en este proyecto cumplió un papel esencial Camilo Benzo, conde de Cavour, integrante del gabinete del reino desde 1850, y quien fue el responsable de la reorganización del Estado sardo y de una estratégica alianza con Francia.

En 1859, Austria declaró la guerra al reino de Cerdeña. Tras una breve campaña los austríacos fueron derrotados por los ejércitos sardo-franceses en las batallas de Magenta y Solferino. En muy pocos días, Víctor Manuel II había logrado incorporar a su reino a Toscana, Parma y Módena. Los ejércitos italianos estaban dispuestos a marchar sobre Venecia en una campaña que les permitiría dominar el norte de la península. Sin embargo, un armisticio entre Francia y Austria -por el que Austria cedía la Lombardía a Francia, que a su vez la entregaba al reino sardo, y Francia reconocía el poder de Austria sobre Venecia- detuvo los proyectos.

Al año siguiente la situación cambió. Mientras una serie de plebiscitos confirmaban la decisión de los estados del centro de Italia -Módena, Parma, Florencia y Bolonia- de permanecer anexados al reino sardo y otros consagraban la decisión de entregar Niza y Saboya a Francia, como precio por la ayuda recibida anteriormente, se reiniciaron las acciones militares. Desde Sicilia, José Garibaldi -un ejemplo del característico aventurero del siglo XIX— iniciaba una audaz campaña que le permitió ocupar el reino de Ñapóles. Desde el norte, el ejército sardo inició operaciones que le permitieron apoderarse de los estados pontificios, con excepción de Roma, hasta unirse con las fuerzas de Garibaldi. Poco después, mediante plebiscitos, la Italia meridional y los estados papales resolvían anexarse al reino de Cerdeña. De este modo, en marzo de 1861, Víctor Manuel II podía tomar el título de rey de Italia.

Sin embargo aún quedaban problemas para concretar la unidad de Italia, y el principal era el planteado por la posesión de Roma, residencia del Papa. Y para muchos italianos, que consideraban a esta ciudad la capital "natural" del reino, esto constituía una disminución de su patrimonio nacional. El Papado se encontraba protegido por una guarnición francesa ubicada en Roma desde la insurrección de 1849, sin embargo, cuando se retiraron esas fuerzas durante la guerra franco-prusiana, se planteó la situación propicia. El 20 de septiembre de 1870 los tropas italianas ocupaban Roma y establecían allí la capital del reino, mientras el papa Pío IX se atrincheraba en los palacios del Vaticano declarándose a sí mismo "prisionero del Reino de Italia". La situación -la llamada "cuestión romana"- pronto se transformó en un símbolo de la relación entre la Iglesia y el Estado dentro del nuevo clima del liberalismo y recién encontró una salida en 1929, cuando el Papado firmó con el gobierno de Mussolini los Tratados de Letrán que constituyeron un pequeño Estado independiente, la Ciudad de Vaticano.

La unidad alemana

En Alemania, como en Italia, los movimientos liberales y nacionalistas de 1830 y 1848 habían fracasado, sin embargo, también en la segunda mitad del siglo XIX Alemania concretó su camino hacia la unificación, aunque en este caso por vías alejadas del liberalismo. Después de 1815, el territorio alemán había quedado dividido en numerosos estados que se agrupaban en una confederación presidida por Austria. Sin embargo, el hecho político más relevante fue la posición de predominio reconocida a Prusia, como "gendarme" europeo. Pese a la actitud vigilante que mantenía frente al ascendiente reino de Prusia, Austria no había podido impedir que en 1819 organizara el *Zollverein* o Unión Aduanera, sobre cuya base se afianzó la unidad entre diversos estados que pronto comenzaron a reconocer la hegemonía prusiana.

En 1861, llegó al poder Guillermo I, cuyos proyectos de unificación y de dominación de Prusia eran conocidos. Estaba convencido, además, de que esa unidad sólo podría lograrse por la fuerza ya que era necesario neutralizar a Austria y para ello su principal objetivo fue la creación de un ejército poderoso y bien organizado. Dadas las resistencias internas que se levantaban contra sus planes, Guillermo I recurrió al barón Otto von Bismarck, a quien designó canciller. Bismarck, enemigo acérrimo de todo liberalismo y dispuesto a arrasar con las conquistas políticas que se habían introducido en Prusia —como las cámaras legislativas-, fue quien elaboró los instrumentos de acción para la ejecución de los planes políticos. Y, en estas condiciones, no vaciló en lanzarse a la lucha. De este modo, las guerras conrra Dinamarca (1863-1864), contra Austria (1866) y contra Francia (1870) fueron las vías por las que Prusia extendió sus territorios y aseguró su hegemonía.

El 18 de enero de 1871 los príncipes alemanes reunidos en Versalles proclamaron el Imperio y reconocieron al rey de Prusia como emperador. La capital quedaba establecida en Berlín, donde residiría el gobierno. Este

gobierno estaba constituido por el emperador y su gabinete presidido por el Canciller del Imperio responsable del poder ejecutivo. Sin embargo, las presiones llevaron a realizar concesiones a los nuevos tiempos: se reconocía un poder legislativo, el Reichstag, electo mediante el sufragio. El título de Emperador, otorgado en 1871 a Guillermo I, fue declarado hereditario en la familia de los Hohenzollern. Se establecía así la unidad de Alemania.

Cronología[17]

1848 Luis Napoleón Bonaparte es consagrado presidente de la Segunda República francesa.

1849 En Gran Bretaña, el largo reinado de la reina Victoria (iniciado en 1837) marca toda una época. La derogación de leyes restrictivas, inicia un período de libertad comercial.
La insurrección liberal en Roma hace que Luis Napoleón establezca allí una guarnición francesa en defensa del Papado.

1850 En el gabinete de la monarquía de Cerdeña ingresa Camilo Benso, conde de Cavour, figura clave en el proceso de la unificación italiana.

1852 En Francia, conflictos con la Asamblea Legislativa por el crecienre autorirarismo de Luis Napoleón Bonaparte habían planteado la necesidad de un nuevo régimen. Mediante un plebiscito, se restablece la dignidad imperial y Bonaparte es consagrado emperador como Napoleón III.

1853 Comienza la guerra de Crimea, a causa de las disputas entre griegos ortodoxos y católicos sobre los lugares santos de Jerusalén. Nicolás I de Rusia demanda el protectorado sobre los cristianos ortodoxos. Tropas rusas invaden principados danubianos.
El descubrimiento de oro en Transvaal (sur de África) atrae la inmigración europea.
Se estrena en Roma, la ópera // *Trovatore,* de G. Verdi, compositor estrechamente comprometido con la unidad italiana.

1854 Inglaterra, Francia y Austria intervienen en la guerra de Crimea. Florence Nightingale actúa en el cuidado de los enfermos y heridos.

1856 La Paz de París pone fin a la guerra de Crimea.

1857 En la India, estalla la rebelión de los cipayos en contra del poder inglés que fue vencida tras grandes esfuerzos.

1859 En Italia, los austríacos son derrotados en las batallas de Magenta y Solferino. Franceses y austríacos firman el tratado de Zurich.
Charles Darwin explica la teoría de la evolución en *El origen de las especies a través de la selección natural.*

[17] Kinder, Hermann y Hilgemann, Werner (1978), pp. 62-121.

1860 José Garibaldi inicia la campaña de Sicilia.
Abraham Lincoln es elegido presidente de los Estados Unidos.
Se firma el Tratado de Pekín, por el que se abre China al comercio y se establecen embajadas europeas.

1861 Víctor Manuel II es coronado rey de Italia.
Guillermo I llega al trono de Prusia; su canciller, el barón Otón von Bismarck cumple un papel primordial para consolidar la hegemonía prusiana en el proceso de unificación de Alemania.
En Esrados Unidos comienza la Guerra de Secesión.
Alejandro II establece la abolición de la servidumbre dentro de un programa de reformas tendientes a la modernización de Rusia.

1862 Napoleón II de Francia comienza la invasión de México.

1863 Ocupa la corona de Dinamarca Christian IX, quien organizó al Estado de acuerdo a los principios liberales.
Comienza la guerra de Prusia y Austria contra Dinamarca que debe entregar los ducados de Schleswing y Holstein para que sean administrados por los vencedores.

1864 El archiduque de Austria, Maximiliano, es consagrado emperador de México.
Se funda la Asociación Internacional de Trabajadores (Primera Internacional).

1866 Prusia inicia la guerra contra Austria, que queda excluida de los estados alemanes. Prusia amplía sus dominios territoriales.
Un intento de asesinato de Alejandro II intensifica la reacción autocrítica y también la de los movimientos de la *intelligentsia* (populistas, nihilistas).

1867 En Gran Bretaña, el ministro Benjamin Disraeli, jefe del partido conservador, hace aprobar un proyecto que al disminuir el requisito de renta amplía el número de electores.
En México, un consejo de guerra condena a muerte a Maximiliano.
Marx publica el primer volumen de *El Capital.*
Estados Unidos adquiere de Rusia, Alaska.

1868 Una revolución liberal derroca a Isabel II del trono de España.
En Japón comienza la dinastía Meiji que desarrolla políticas de modernización.

1869 Se inaugura el canal de Suez, importante vía de comunicación entre Inglaterra y sus posesiones orientales, en particular la India.
En Roma, se reúne el Concilio Vaticano que declara la "infalibilidad" papal.
Se funda el Partido Obrero Socialdemócrata alemán.

1870 Las tropas italianas toman la ciudad de Roma y se establece allí la capital del reino. Se desata la guerra franco-prusiana. Tras la derrota de Sedán, Francia pierde Alsacia y Lorena y debe pagar una fuerte indemnización de guerra.
Estalla la Comuna de París.

Tras largas negociaciones el príncipe Amadeo de Saboya es elegido para ocupar el trono de España.

1871 Se proclama el Imperio alemán y Guillermo I de Prusia es reconocido emperador.

1872 En Inglaterra, el ministro Gladstone, líder del partido liberal -rival de Disraeli con quien alterna el poder- instituye el sistema de voto secreto para asegurar la libertad del electorado.

Se forma la Liga de los Tres Emperadores (Alemania, Austria-Hungría y Rusia).

1873 Tras la abdicación de Amadeo de Saboya, en España se instaura la República.

1874 Se restaura la monarquía en España. Asume en poder Alfonso XII, hijo de Isabel II.

En Alemania se establece el matrimonio civil.

1875 En Francia se establece la Tercera República.

1876 La reina Victoria de Inglaterra es coronada Emperatriz de la India, como heredera del título de los conquistadores mongoles.

1877 Comienza la guerra entre Rusia y Turquía.

1878 Llega al rrono de Italia Humberto I.

1879 Se forma la Liga Irlandesa que aplica la resistencia pasiva frente a la ocupación británica.

1880 La convención de Madrid establece los derechos de los países europeos sobre el sultanato de Marruecos.

1881 Francia establece el protectorado sobre Túnez.

Llega al rrono de Rusia el zar Alejandro III quien reafirma los poderes autocráticos.

1882 Gran Bretaña ocupa Egipto.

En Francia, la legislación secularizadora establece las escuelas públicas para la enseñanza elemental.

Se funda el Partido Socialista italiano.

1883 Friedrich Nierzsche publica *Así hablaba Zaratustra.*

Fallece Richard Wagner, símbolo del nacionalismo alemán, cuyas óperas, como la tetralogía *El anillo del Nibelungo,* están inspiradas en la mitología germánica.

1884 En Gran Bretaña, una nueva ley propuesra por Gladstone amplía el número de varones con acceso al sufragio.

En Francia se establece el matrimonio civil.

1886 Comienza en España el reinado de Alfonso XIII bajo la regencia de su madre María Crisrina de Austria (hasra 1902).

1888 Cecil Rodhes obtiene Rodhesia. Los británicos también controlan, en África, Somalia, Uganda y Kenia.

1889 Se funda la Segunda Internacional, con sede en Bruselas.

En Francia se conmemora el centenario de la Revolución con la Feria Mundial; se construye la Torre Eiffel.

Italia establece el protectorado sobre Abisinia.

1890 La rebelión de los Boxer, en China, ejecuta una matanza de cristianos incluido el embajador de Alemania.

El Partido Obrero socialdemócrata alemán adopta un programa marxista redactado por Karl Kautsky.

1891 El papa León XIII publica la encíclica *De Rerum Novarum,* estableciendo la posición de la Iglesia frente a la "cuestión social".

1893 En Inglaterra se funda el Partido Laborista Independiente. Francia esrablece el protectorado sobre Laos.

1894 En Bélgica se proclama el sufragio universal.

El *affaire* Dreyfus sacude la opinión pública francesa.

En Rusia, llega al trono el zar Nicolás II quien continúa la línea autocrítica de su antecesor.

Italia comienza la guerra contra Abisinia, tras la cual debe abandonar las intenciones colonialistas.

1895 El primer ministro británico, Joseph Chamberlain, intenta frenar la competencia europea con el Imperio británico a través de la expansión en zonas aún no ocupadas.

En Francia se funda la Confederación General del Trabajo.

Los Lumiére trabajan sobre la cinematografía.

Fallece Louis Pasteur, fundador de la microbiología y uno de los científicos más populares de la época.

1896 Teodoro Herzl escribe *El Estado judío,* base del movimiento sionista.

1898 Comienza la guerra entre España y Estados Unidos, a raíz de la independencia de Cuba.

El incidente Fashoda enfrenta a británicos y franceses por el protectorado de Sudán que queda finalmente bajo control inglés.

En Francia, Emile Zola publica *Yo acuso* en donde denuncia las implicaciones del *affaire* Dreyfus. Se funda la organización de derecha Acción Francesa. Pedro y María Curie investigan sobre el *radium.*

Se funda en Partido Obrero Socialdemócrata ruso.

1899 Comienza la Guerra de los Boers, entre los descendientes de colonos holandeses y los británicos.

1900 Llega al trono de Italia Víctor Manuel III.

1903 Comienza en Italia el gobierno de Giolitti, primer ministro liberal.

1904 Estalla la guerra ruso-japonesa.

1905 En China se funda el Kuomintang (Partido Nacional del Pueblo).

En Rusia estalla la revolución, tras una huelga general. El zar Nicolás II promete la instalación de la *Duma* (Parlamenro).

1910 En España se proclama la República.

1914 Se abre el Canal de Panamá tras diez años de construcción.

Referencias bibliográficas

Abendroth, Wolfgang (1983), *Historia social del movimiento obrero,* Barcelona, Laia, cap. 2 "La Asociación Internacional de Trabajadores", pp. 35-50.

Fieldhouse, David K. (1977), *Economía e imperio. La expansión de Europa, 1830-1914,* Madrid, Siglo XXI, cap. 4 "Inrerpretaciones políticas, populares y periféricas del imperialismo", pp. 74-101.

Gay, Peter (1992), *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud, l. La educación de los sentidos,* México, Fondo de Cultura Económica, cap. 2 "Dulces comuniones burguesas", pp. 103-158.

Hobsbawm, Eric (1987), *El mundo del trabajo,* Barcelona, Crítica, cap. 9 "La formación de la cultura obrera británica", pp. 216-237.

— (1989), *La era de imperio (1875-1914),* Barcelona, Labor, cap. 3 "La era del imperio" y cap. 4 "La política de la democracia", pp. 56-112.

— (1991), *Nations and Nationalism since 1780. Programme, Myth, Reality,* Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, cap. 4 "The Transformation of Nationalism", pp. 101-130.

— (1998), *La era del capital, 1848-1875,* Buenos Aires, Crítica, cap. 12 "Ciudad, industria y clase obrera" y cap. 13 "El mundo burgués", pp. 217-259.

Kemp, Tom (1976), *La Revolución Industrial en la Europa del siglo XIX,* Barcelona, Fontanella, cap. 3 "El desarrollo económico francés ¿una paradoja?" y cap. 4 "El nacimienro de la Alemania industrial", pp. 79-166.

Kinder, Hermann y Hilgemann, Werner (1978), *The Penguin Atlas of World History. Volume II: From the French Revolution to the Present,* Middlesex-Nueva York, Penguin Books, pp. 62-121.

Mommsen, Wolfgang (1973), *La época del Imperialismo,* Madrid, Siglo XXI, cap. 1 "Las ideologías políticas", pp. 5-34.

Palmade, Guy (1978), *La época de la burguesía,* Madrid, Siglo XXI, pp. 133-164 y 196-212.

Perrot, Michelle (1987), "La famille triomphante", en Philippe Aries y George Duby (dirs.), *Histoire de la vie privee,* vol. IV: *De la Revolution a la Grande Guerre,* París.

CAPÍTULO V

EL SIGLO XX: LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA (1914-1991)

1. El mundo en crisis (1914-1945)

1914: continuidades, rupturas y significados

¿El año 1914 puede ser considerado un punto de inflexión en la historia? En rigor, muchos de los elementos que caracterizan al siglo XX se originaron en el medio siglo que va desde la gran depresión a la guerra mundial: los modernos partidos políticos, los sindicatos obreros, los sistemas de tipo representativo, la internacionalización de la economía, concepciones de la sociedad, el cine, el psicoanálisis, el automóvil, etc. Muchos elementos parecen indicar más continuidades que rupturas. De un modo u otro, 1914 fue considerado un punto de inflexión por sus propios contemporáneos. Para la mayor parte de los europeos de la época, 1914 significaba el fin de una era. Las preguntas entonces son: ¿por qué los contemporáneos vivieron así esta fecha?, ¿cuáles son las razones de ese significado?

Hacia 1914, nos encontramos con un mundo (sobre todo en las áreas geográficas que interesan para nuestro análisis, Europa y Estados Unidos) densamente poblado. La población europea, por ejemplo, había ascendido de 200 millones en 1800, a 430 millones en 1900. Y esto sin tener en cuenta los movimientos migratorios que habían trasladado europeos a América y Australia. Era un mundo cada vez más integrado por el movimiento de personas, de bienes, de capitales, de servicios y de ideas. Movimientos que se vieron favorecidos por la transformación de las comunicaciones: el ferrocarril, los barcos a vapor, el automóvil y, fundamentalmente, el teléfono y el telégrafo, elementos básicos para la comunicación de masas. Y esta integración estaba dada por la expansión del capitalismo que, ya nadie dudaba, se había transformado en un sistema mundial.

Era un mundo integrado pero a la vez dividido en sociedades "avanzadas" y "atrasadas", en regiones económicamente ricas y pobres, en países

política y militarmente fuertes y débiles. Este panorama de integración y diferenciación, que estuvo ya claramente esbozado antes de 1914, se acentuó en forma notable durante el siglo XX. La relación de la renta *per capitel,* por ejemplo, entre países "desarrollados" y "subdesarrollados" fue, en 1880, de 1 a 2; en 1913, de 1 a 3; en 1950 de 1 a 5, y en 1970, de 1 a 7. En síntesis, las diferencias se hicieron cada vez más notables.

Esta diferenciación es económica pero también política. El desarrollo tecnológico, por ejemplo, en los países avanzados no tiene sólo implicancias económicas, sino también militares. Cuando Napoleón invadió Egipto, franceses y mamelucos se enfrentaron con equipos militares más o menos semejantes. Pero esta relación de fuerza fue transformada con la industrialización: para los países "avanzados" fue cada vez más fácil conquistar a un país "atrasado". Incluso, después de 1914, la relación entre los países avanzados quedó expresada en términos militares y de capacidad bélica en una tendencia que llegó hasta el desarrollo de la tecnología nuclear: el mundo se dividió en áreas que se reconocían en términos de misiles, de acuerdo con su capacidad destructiva. De esta manera se enfrentaron los Estados Unidos y la Unión Soviética, hasta alcanzar niveles como el proyecto de la Guerra de las Galaxias durante el gobierno de Ronald Reagan.

En 1914 ya era muy claro que existían países avanzados y países atrasados, sólo que sus límites no estaban claramente establecidos. Muchas zonas de Europa todavía estaban afuera del límite del desarrollo capitalista. Rusia, por ejemplo, era un país "atrasado", área además de inversión imperialista para los capitales franceses. Su desarrollo era incomparablemente inferior al de los Estados Unidos que en 1914 tenía un ritmo de industrialización que permitía prever su futuro de gran potencia. Sin embargo, ningún contemporáneo culto dudaba de que Rusia (o por lo menos la intelectualidad rusa) constituía uno de los más poderosos bastiones de la cultura europea. Eran nombres de las postrimerías del siglo XIX y de comienzos del siglo XX, Dostoievsky, Chaicovsky, Tolstoi, Borodin, Chéjov, Rimski-Korsakov, etc. Eran además nombres incomparables con los pocos que podían proporcionar los Estados Unidos: el escritor Mark Twain y el poeta Walt Whitman. Incluso, el novelista estadounidense Henry James (que muere en 1916), se había radicado en Gran Bretaña en búsqueda de un clima intelectual más favorable para la creación literaria. En síntesis, para cualquier europeo culto, Estados Unidos era sinónimo de salvajismo mientras que Rusia era un relevante centro intelectual. Indudablemente, los límites se clarificaron en los años siguientes.

El mundo "avanzado" se caracterizaba por una serie de procesos que comenzaron antes de 1914 y que se intensificaron a lo largo del siglo XX.

En primer lugar, el crecimiento de las ciudades se caracterizó por procesos de urbanización ligados a la industrialización, a la transformación de las estructuras agrícolas, a la mayor complejidad de los servicios y de la administración privada y estatal. En segundo lugar, el desarrollo de modelos de instituciones deseables: un país debía constar de un Estado territorial homogéneo y soberano e integrado por "ciudadanos", es decir, individuos con derechos legales y políticos. En rigor, estas dos cuestiones se vinculaban con la irrupción de las masas, fenómeno que se dio desde las postrimerías del siglo XIX y que caracterizó al desarrollo de todo el siglo XX. Por un lado, las ciudades eran cada vez más conglomerados de individuos, donde se visualizaba con mayor nitidez la presencia de la gente "común"; por otro lado, todo el mundo occidental (incluyendo a Rusia, desde 1905) avanzaba hacia un sistema político basado en un electorado cada vez más amplio, dominado por el peso de esa misma gente "común".

Esta irrupción de las masas tuvo como corolario la movilización política de las masas, fundamentalmente en épocas eleccionarias. Esta movilización implicó el desarrollo de partidos y organizaciones de masas, políticas de propaganda y desarrollo de medios de comunicación masiva. La prensa "popular", en los años previos al año 1914, alcanzó una importancia fundamental para los políticos que debían dirigirse a electorados cada vez más masivos.

¿Quiénes integraban esta gente "común" o esta masa? Por un lado, la clase obrera, pero sobre todo los hombres y las mujeres integrantes de una nueva clase media de "cuello blanco" (empleados de la administración pública y privada, por ejemplo) que procuraban diferenciarse de la clase obrera (de la que frecuentemente habían salido) a través de la educación, de formas de vestirse y de vida diferentes. Y no sólo aspiraban a diferenciarse de la clase obrera, sino que también aspiraban a ascender socialmente a los estratos superiores (ascenso que logran algunos a través de la educación universitaria, por ejemplo). Pero muchos, la mayoría, se senrían entrampados entre los ricos y los obreros y defendieron sus posiciones a través de distintas manifestaciones ideológicas, que, como veremos, integraban elementos como la xenofobia y el antisemitismo. El caso Dreyfus (1994-1906) constituye en este sentido un ejemplo significativo.

Los sectores dirigentes no tenían problemas en ampliar los marcos de la participación en tanto pudieran mantener los controles. En este sentido, la gente pequeña se transformó en la base de sus operaciones, la destinataria de un discurso demagógico que apelaba a sus principales temores. Más problemática era la inclusión en el sistema político del socialismo y del movimiento obrero. Ya desde fines del siglo XIX y comienzos del XX, se dise-

ñaron entonces dos tipos de estrategias: en primer lugar, la incorporación de los sectores más moderados al sistema parlamentario, lo que provocó el aislamiento de las minorías más radicalizadas que aspiraban a una salida revolucionaria; en segundo lugar, ante la convicción de que cuanto menos fueran los descontentos, menores serían los problemas: una salida fue el desarrollo de programas de asistencia social, que se alejaban del liberalismo clásico y preanunciaban algunas políticas del Estado de bienestar. Hacia comienzos de siglo, el triunfo de este sistema de participación política ampliada llevó cada vez más a identificar la democracia con la estabilidad económica del capitalismo.

La irrupción de las masas era también signo de que los viejos mecanismos de subordinación social habían dejado de existir. Las antiguas lealtades campesinas, las relaciones personalizadas de la aldea o aún de la fábrica desaparecían y eran cada vez más reemplazadas por la imagen de una abstracta subordinación de hombres (las mujeres carecían de derechos políticos) supuestamente iguales frente al Estado. El problema era entonces cómo asegurar la lealtad de los ciudadanos al Estado o, dicho de otra manera, cómo construir la legitimidad del Estado. Y esto se vincula, como dice Hobsbawm, con la "invención de las tradiciones",[1] "tradiciones" difundidas por el Esrado, a través de circuitos institucionales, como por ejemplo, las escuelas. Es importante recordar que una tradición, si bien hace alusión al pasado, no es un trozo inherte de ese pasado, sino una selección intencional que hace referencia al presente. En síntesis, toda tradición tiene fundamentalmente un significado contemporáneo. Estas "tradiciones" se expresaron en la creación de símbolos y ritos que configuraron el cuerpo de la nación. Los años previos a la guerra (1890-1914) fue el período de auge de la creación de símbolos patrios o de apropiación o de incorporación de símbolos: fue el caso, por ejemplo, de La Marsellesa, que de himno jacobino o "rojo" se transformó en el himno nacional de Francia (lo que a su vez llevó a que el movimiento obrero tuviera que crear un contra-símbolo, la célebre marcha "La Internacional"). Pero el "patriotismo" también se confundió con un nacionalismo que sufrió profundas transformaciones.

Un nacionalismo con prejuicios raciales prendió en amplios sectores de las masas, antes y después de la Gran Guerra. El prejuicio racial permitía a la gente común, a los pequeños que aspiraban al ascenso social, participar de una ilusoria superioridad y, de este modo, canalizar resentimientos. Dicho de otra manera, permitía compensar la inferioridad social con

[1] **Véase Hobsbawm, EricJ. (1983), "Introduction: Inventing Traditions", pp. 1-14.**

la ilusión de la superioridad racial. El antisemitismo además no sólo permitía esta compensación, sino que también podía exculpar de males al capitalismo. Al estar dirigido fundamentalmente hacia los banqueros y empresarios, a quienes se identificaba con los prejuicios que el capitalismo infligía la gente común, era fácil desplazar las responsabilidades.[2]

La xenofobia y el nacionalismo afloraron en sus peores expresiones a comienzos de la guerra. A pesar de que la Internacional, e incluso el Papado, recomendaron la neutralidad y la pacificación, los europeos marcharon con fervor patriótico a la guerra. Los estados pudieron probar la lealtad de los ciudadanos con una guerra que permitió construir la imagen de un "nosotros" víctima de una agresión, frente a un "otro" que representaba una amenaza mortal para los valores que encarnaba el "nosotros".

Pese a las permanencias, los contemporáneos percibieron el estallido de la guerra, y los años subsiguientes, como una ruptura. ¿Por qué? Porque las burguesías habían vivido durante la última década del siglo XIX anunciando un cataclismo, la guerra o la revolución. Y durante esos años se cumplieron sus peores pesadillas: estalló la Gran Guerra y en Rusia se impuso la revolución bolchevique.

¿Por qué las burguesías habían esperado un cataclismo? Pese a la expansión económica que Europa vivía desde 1890, la burguesía habían vivido su situación como algo cada vez más incierto. En primer lugar, había sido desplazada de la influencia política por el ascenso de las masas. Excepto un grupo que se constituyó en "grupo dirigente" o "clase política", la burguesía había dejado de pesar políticamente en un mundo que debía contar con el apoyo de las mayorías. De allí, su abandono del liberalismo y su refugio en el conservadurismo. Pero en segundo lugar, el propio estatus de la burguesía estaba puesto en duda en una sociedad donde el ascenso social y la desaparición de las antiguas jerarquías tornaban a las diferencias de clase en algo cada vez más borroso. La sociedad de 1914 era una sociedad que le costaba reconocerse. La misma sociología de comienzos de siglo expresa esta visión con sus interminables debates sobre clases y estatus social, con el tácito objetivo de reclasificar a la sociedad.

Por un lado, los límites entre burguesía y aristocracia eran cada vez más difusos: la burguesía no desdeñaba los títulos de nobleza y el dinero era un criterio de aristocracia que opacaba los viejos criterios de nacimiento y la herencia. Pero también eran cada vez más borrosos los criterios que separaban a la burguesía de las otras clases subalternas. La dificultad co-

[2] **Véase Anderson, Benedict (1993).**

menzaba con la expansión del sector terciario, de un trabajo que era subalterno y asalariado pero que no era trabajo manual y que exigía cierta calificación y cierta educación formal. Y, como señalábamos, es importante el reconocimiento que de sí mismos hacen esos sectores: se negaban a ser considerados clase obrera y aspiraban, aun a costa de grandes sacrificios, a incorporar el estilo de vida de las clases respetables. De este modo, la movilidad social, por un lado, y, por otro, la difusión de ciertos modos de vida asociados a la burguesía, como el acceso a una educación formal (incluso, universitaria), ciertas formas de ocio (como el turismo o la práctica de un deporte) comenzaban a borrar los límites de clases.

A esto se sumaba la aparición de grupos sociales nuevos vinculados con la complejización de la administración pública y privada: profesionales de alto rango, ejecutivos asalariados (como los gerentes) y los funcionarios más elevados que muy pronto se confundieron con los empresarios estrictamente burgueses. En síntesis, la identidad burguesa había entrado en crisis.

La idea de ruptura expresa fundamentalmente esta crisis de la identidad burguesa. Y la cuestión aparecía claramente esbozada en el campo de la cultura. En efecto, la alta cultura dejó de ser un coto de la burguesía. La educación de masas amplió el campo a nuevos sectores sociales: la música, la ópera, el ballet comenzaron a ampliar su público. Cada vez más era el número de niñas de familias que buscaban signos de respetabilidad social, abocadas al estudio del piano. Pero la democratización de la cultura se dio fundamentalmente sobre la base de la combinación entre tecnología y descubrimiento del mercado de masas. La edición de novelas baratas y la aparición de la industria discográfica fueron un claro ejemplo de esto.

Pero tal vez el signo más importante de esta democratización de la cultura que sintetizaba tecnología y mercado de masas fue la aparición del cine. La cinematografía apareció poco antes de 1914 y, después de la guerra, se difundió espectacularmente como la forma de cultura popular por excelencia. La expansión del cine fue un fenómeno sin precedentes dentro del campo de la cultura por la universalidad que alcanzó. Las primeras imágenes en movimiento fueron exhibidas en ferias de diversiones entre 1895 y 1896 en París, Berlín y New York. Sólo diez años después, ya casi todas las ciudades europeas y de Estados Unidos contaban con numerosas salas de cine que apuntaban a un público popular. Además, el cine se mostró muy pronto como un buen negocio y generó una auténtica industria: Universal Films, Warner Brothers y Metro-Goldwyn-Mayer fueron las tres empresas cinematográficas que se iniciaron en Estados Unidos en 1905. En 1912 ya se establece el ***film star system,*** sistema que creaban los estudios Universal

para su principal ***star,*** Mary Pickford. Dicho de otra manera, ya antes de 1914 se esbozaba el reinado del cine de Hollywood. Era todavía cine "mudo" (el cine sonoro comenzará en la década de 1920) lo que constituía una ventaja porque estaba libre de las restricciones idiomáticas.

Además de esta democratización de la cultura, otra área donde se expresa la crisis de identidad es en el ámbito de las ideas, o en un sentido más general, de las concepciones del mundo. Las ideas del progreso, percibido como un progreso indefinido, y de la ciencia, los principios del positivismo y del evolucionismo habían sido los principios rectores del pensamiento en la segunda mitad del siglo **XIX.** Sin embargo, en los años previos a 1914, el sentimiento de la proximidad del cataclismo llevaron a perder confianza en la razón y la idea del progreso indefinido. Las preocupaciones pusieron entonces el acento en lo irracional. Cobraron cada vez más importancia aquellos aspectos de la realidad que aparecían como ocultos o inexplicables. Dicho de otra manera, la preocupación por lo desconocido o por lo incomprensible ocupaba el primer plano. De allí el éxito que alcanzó Sigmund Freud.

Freud, psiquiatra austríaco -a través del psicoanálisis, una teoría y una terapéutica-, señalaba que lo racional sólo podía ser explicado por las manipulaciones de lo oculto, es decir, del inconsciente. Las teorías de Freud tuvieron un alto impacto en ciertas élites ilustradas que ya hacia 1918 comenzaron a incorporar a su lenguaje términos psicoanalíticos. Y este éxito se debió no sólo a esta intención de develar lo oculto, de rescatar la importancia de la irracionalidad, sino también porque Freud incluyó, como punto central de su teoría, otra de las problemáticas que preocupaba a sus contemporáneos: la sexualidad. Freud fue percibido como aquel que rompía con los tabúes sexuales, que indagaba en un campo de la conducta humana que también pertenecía al campo de lo oculto.

Si la aparición del psicoanálisis, con su eje en la importancia de la irracionalidad, es uno de los indicios de la crisis de la identidad de la sociedad burguesa, otro indicio de esta crisis lo encontramos en los desarrollos de la sociología, a partir de los primeros años del siglo **XX.** Dos fueron los nombres de los sociólogos más significativos: Emile Durkheim (francés) y Max Weber (alemán). La principal pregunta que cada uno por su lado intentaba responder fue: ¿cómo mantienen la cohesión las sociedades cuando desaparecen de ellas los antiguos elementos de cohesión, como, por ejemplo, la costumbre? La pregunta estaba referida precisamente a las sociedades de masas y la preocupación fundamental era tratar de mantener bajo control los cambios sociales, cómo manejar las situaciones de "anomia", es decir, de falta de normas. Y no es casual que ambos, Durkheim y Weber -pese a ser

hombres manifiestamente ateos- hayan centrado sus estudios en el tema de la religión, para sostener que toda sociedad necesitaba de una religión o de un sustituto de religión para poder mantener su cohesión.

En síntesis, fue esta crisis de identidad social lo que llevó a la espera de un colapso expresado en la guerra o en la revolución, y ambas llegaron finalmente: la guerra en 1914 y la revolución en 1917. De allí la percepción de estos años como una ruptura, como el fin de una época y el comienzo de otra.

La guerra y la revolución

1914: el comienzo de la guerra

El mismo desarrollo capitalista había conducido a la expansión imperialista y a la rivalidad entre potencias. Y finalmente, condujo al enfrentamiento bélico. Esto no significa que los hombres de negocios conscientemente hayan querido la guerra; de hecho, eran quizá de los pocos que no la querían: sabían que la guerra significaba el disloque del mundo de los negocios y la quiebra de los mercados. Estaba muy claro que por el desarrollo tecnológico alcanzado, por la capacidad de los estados para movilizar a sus ciudadanos y enviar ejércitos a grandes distancias, la guerra que se anunciaba se presentaba como la más destructiva de bienes y de vidas. Sin embargo, el mismo desarrollo económico había generado una serie de rivalidades que presentaban la guerra como la única vía posible para ajustar las diferencias. Frente a Gran Bretaña se levantaba Alemania, cuyo poder económico y su crecimiento industrial la habían colocado como la primera potencia del continente europeo. Cada vez más se identificaba a las grandes potencias por su poder económico, pero también por su poder político, militar y tecnológico. Y esta fusión entre poder económico y poder político-militar hizo al conflicto inevitable.

Hasta ahora la diplomacia, estableciendo claramente sus objetivos (determinando, por ejemplo, cuáles eran las zonas de influencia de cada país), había limado las rivalidades, había puesto límites a la expansión. Sin embargo, la lógica de la acumulación capitalista era diferente a la lógica de la política. La acumulación capitalista implica la ausencia de todo límite. Para la Standard Oil, por ejemplo, su expansión dependía del control del petróleo esté donde esté, independiente de todo control diplomático y de toda zona de influencia. La Standard Oil no buscaba petróleo en las zonas de influencia, sino que procuró que el Estado estableciera su zona de influencia allí donde hubiera petróleo. Dicho de otra manera, los antiguos límites impuestos por la diplomacia tendían a desaparecer.[3]

Dentro de esta lógica, la rivalidad de Gran Bretaña y Alemania se intensificó cuando Alemania no respetó sus viejos límites de potencia continental y comenzó la construcción de una gran armada que fue percibida como una amenaza por el Imperio británico. En medio del clima de nacionalismos triunfantes, esta pérdida de límites transformó a las viejas rivalidades entre países (por ejemplo, la de Francia y Alemania después de la guerra francoprusiana) en dos bloques rígidos y cada vez más hostiles: por un lado, Gran Bretaña, Francia y Rusia; por otro, Alemania y el Imperio Austro-Húngaro (posteriormente durante el transcurso de la guerra, Estados Unidos e Italia se habrán de agregar a los primeros y Bulgaria y el Imperio otomano, a los segundos).

En medio de una creciente tensión internacional, la crisis de los Balcanes encendió la pólvora. En 1908, el Imperio Austro-Húngaro había anexado las provincias serbias de Bosnia y Herzegovina. El 28 de junio de 1914, el archiduque Francisco Fernando, sobrino del emperador Francisco José y heredero del trono, fue asesinado en Sarajevo, por los nacionalistas serbios. El incidente llevó entonces a que el Imperio austro-húngaro declarase la guerra a Serbia. Crisis políticas semejantes ya habían ocurrido y se habían zanjado con pactos diplomáticos más o menos satisfactorios para las partes afectadas. Pero las intenciones de las cancillerías europeas de lograr un nuevo equilibrio no funcionaron. Sería además demasiado simplista pensar que los gobiernos estaban ansiosos por ir a la guerra para superar sus problemas internos (en Francia, el debate por el servicio militar; en Inglaterra, la cuestión irlandesa). Lo cierto es que los países europeos se vieron atrapados en una dinámica que los llevó a un enfrentamiento de proporciones inéditas.

Rusia, sostenida a su vez por las diplomacias británica y francesa, declaró su apoyo a Serbia. De este modo, el 28 de julio de 1914, cuando las tropas imperiales atacaron el territorio serbio, comenzaba la guerra, conocida por sus contemporáneos como la Gran Guerra. Sólo en dos semanas cinco millones de hombres habían sido movilizados, agrupados en unidades militares, equipados para la guerra y enviados a las fronteras, en medio de un clima de patriotismo casi religioso. Las pocas voces que llamaban a la paz no fueron escuchadas, incluso fueron violentamente silenciadas: Jean Jaurés, cabeza del Partido Socialista francés, fue asesinado por un fanático nacionalista (julio de 1914).

[3] **Véase Hobsbawm, Eric (1995), pp. 29-61.**

En realidad, se esperaba que la guerra fuera muy breve. Cada uno de los estados mayores había preparado un plan ofensivo que les permitiera ganar una batalla decisiva en el menor tiempo posible. Pero en contra de lo esperado, tras la batalla del Mame (septiembre de 1914) que estabilizó el frente occidental, la guerra se prolongó hasta 1918. La moderna tecnología —la aviación fue empleada en los últimos años del conflicto— o, para suplirla, inmensos contingentes de soldados (como los ocho millones de rusos en el frente oriental) constituyeron la maquinaria más mortífera conocida hasta el momento. De este modo, el fin del largo conflicto bélico mostraba a una Europa destruida, con campos calcinados, ciudades devastadas y una población marcada por la muerte: la guerra había cobrado más de ocho millones de vidas.

Indudablemente, la vida en las trincheras para los hombres que habían estado en el frente había sido muy dura. Pero la guerra también había afectado profundamente a la población civil. Y a medida que pasaba el tiempo y las condiciones se volvían cada vez más difíciles, las consignas nacionalistas que habían apoyado al conflicto se volvían cada vez más vacías de contenido. Para mantener la maquinaria bélica, los gobiernos necesitaban controlar todo el aparato productivo. La economía de guerra implicó entonces una estricta planificación —que se dio en Alemania en su máxima expresión- que supeditaba el abastecimiento de la población a las necesidades del frente. Pero también el bloqueo económico fue un arma de guerra. No sólo se buscaba dificultar el aprovisionamiento de repuestos y suministros militares al enemigo, sino también la extensión del hambre entre los civiles como eficaz medio de desmoralización. La situación era tal que hasta para los propios jefes militares resultaba evidente que no se podía sostener por mucho tiempo el esfuerzo que la guerra implicaba: las protestas no tardarían en llegar. Y así fue. Es cierto que, desde el punto de vista de la política interna, los gobiernos trataron de mantener la paz interior para canalizar todas las energías disponibles hacia la guerra. Pero esto no impidió que desde la izquierda se tratara de canalizar el descontento. En tal clima, en 1917, en Rusia estallaba la revolución: era el primer desafío abierto al capitalismo. Las peores pesadillas de la burguesía parecían haberse cumplido.

La Revolución Rusa de 1917

El análisis de la Revolución Rusa remite necesariamente a dos cuestiones: la situación de guerra que, como señalamos, agudizó los conflictos sociales y, sobre todo, las condiciones específicamente rusas que llevaron a un movimiento revolucionario. ¿Cuál era la situación de Rusia entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX? Comparada con otros países de Europa occidental, la Rusia zarista mostraba un notable atraso: un Estado autocrítico se centraba en la figura del zar que ejercía un poder absoluto basado en el principio del derecho divino de los reyes. Ese Estado se apoyaba sobre una sociedad fuertemente polarizada: una aristocracia que basaba su poder y su riqueza en la tierra y un campesinado que, hasta 1861, había estado sometido a la servidumbre.

La permanencia del sistema zarista y la posición privilegiada de la aristocracia en la sociedad rusa parecía verse favorecida por la falta de una burguesía fuerte, comparable con la de Europa occidental. Sin embargo, vinculados a las universidades, en las últimas décadas del siglo XIX comenzaron a surgir algunos grupos de intelectuales, la ***intelligentsia,*** que pronto se reconocieron como un factor dinámico dentro de la sociedad. Si bien estaban influenciados por ideas "occidentalistas" e incluso socialistas, no constituían un grupo homogéneo. Los ***narodnik*** (Amigos del Pueblo) consideraban que la vía capitalista no proporcionaba un modelo válido, ya que la única fuerza revolucionaria en Rusia la constituía el campesinado. Incluso, muchos combatían la idea de un proceso de industrialización porque consideraban que sólo conduciría al empobrecimiento y la miseria del campesinado. Para estos grupos, el modelo de socialismo estaba dada por el ***mir,*** la comunidad rural rusa. Para otros, en cambio, fascinados por los éxitos de Europa occidental, defendían la industrialización. Consideraban que ésta sería el camino no sólo de modernizar Rusia, sino también —según los principios marxistas— de crear un proletariado como clase revolucionaria.

Más allá de sus diferencias, estos grupos adoptaron similares formas: organizaciones secretas, rígidamente centralizadas y disciplinadas, que se consideraban el motor de la actividad revolucionaria destinada a derribar el régimen zarista (era un modelo de acción que tal vez Lenin tuvo en cuenta cuando planteó su tesis del partido como "vanguardia").

Y sus acciones pronto se dejaron sentir: en 1881, el zar Alejandro II -que había efectuado algunas reformas destinadas a la modernización, como la liberación de los siervos- caía asesinado por la bomba de un terrorista.

Su sucesor, Alejandro III, puso fin a todo intento de modernización y concentró sus esfuerzos en restaurar los principios autocríticos. Para acabar con las influencias occidentales, llevó a cabo un plan de "eslavificacion . Para ello, se iniciaron iniciaron los ***pogroms*** contra los judíos y se prohibieron las lenguas que no fueran la rusa y las religiones que no fueran la ortodoxa (situación que afectó particularmente a algunas regiones comprendidas dentro del imperio zarista, como el caso de Polonia). En 1894, 'a llegada al trono de Nicolás II no mejoró las cosas: el nuevo zar continua-

ba convencido de que era la voz de Dios la que lo convocaba para mantener el poder autocrático.

Sin embargo, paulatinamente la sociedad rusa comenzaba a transformarse. Desde 1890, capitales franceses habían sido invertidos en Rusia. Se comenzó a llevar a cabo la construcción de los ferrocarriles -impulsados por las necesidades estratégicas del Estado- que activó la industria y el comercio. Se empezaron a explotar las minas de carbón y de hierro en Ucrania y en los Urales; aparecieron fábricas en Kiev, en San Petersburgo y en Moscú, que comenzaron a adquirir la forma de ciudades industriales. De este modo, la incipiente industialización comenzaba conformar una burguesía, muy pequeña numéricamente y muy débil, que pronto asumió las ideas del liberalismo. Comenzaba a exigirse participación política dentro de un sistema constitucional que limitase el poder monárquico. Con ese objetivo se formó el ***Kadete*** (Partido Demócrata Constitucional), que aspiraba a conformar un Estado semejante a los de Europa occidental.

Pero la industrialización también llevó a la formación de un proletariado. Era también débil numéricamente, se encontraba concentrado en las pocas ciudades fabriles y estaba bajo la constante presión de los campesinos que, empujados por la miseria, se incorporaban al mercado de trabajo urbano. Sin embargo, a pesar de que las organizaciones obreras debieron permanecer clandestinas y moverse en marcos restrictivos -los sindicatos estaban prohibidos-, ya en 1890 comenzaron las primeras oleadas de huelgas. En ese clima, en 1897, se fundaba el Partido Obrero Socialdemócrata ruso que aspiraba, como su modelo alemán, a transformarse en un gran partido de masas.

En 1905 estalló el movimiento que llevó a algunos teóricos del marxismo, como Rosa Luxemburgo, a analizar el carácter revolucionario de las huelgas. En efecto, en enero de 1905 (el "domingo sangriento") una masiva manifestación fue reprimida duramente por las tropas zaristas: el saldo fue más de cien muertos y miles de heridos. La indignación provocó una ola de huelgas en las ciudades y levantamientos campesinos. Carecían de objetivos claros, pero una resolución de la Universidad de San Petersburgo -aprobada por unanimidad por alumnos y profesores- se los proporcionó: se exigía la convocatoria a una asamblea constituyente, libertad de prensa, derecho de asociación y de huelga.

Mientras el movimiento de protesta se profundizaba -comenzaron a organizarse los primeros ***soviets,*** es decir consejos elegidos por los trabajadores en las distintas fábricas-, una serie de derrotas durante la guerra ruso-japonesa mostraba las deficiencias internas del aparato estatal, sin que el gobierno zarista se atreviese a emplear la fuerza para reprimir. Ante la situación dada, el zar Nicolás debió hacer algunas concesiones, incluida la formación de la Duma, la asamblea legislativa. Sin embargo, la composición de ésta permitía comprobar la ruptura entre la autocracia y la sociedad. La elección -179 representantes del Kadete, 94 representantes campesinos, 18 socialdemócratas y sólo 15 fieles al zarismo- mostraba el abismo que se abría entre la Duma y el zar. Ante la situación, Nicolás II no dudó. Una vez que hubo contado con capacidad represiva, disolvió la Duma para convocar otra de clara composición aristocrática (1907).[4]

La guerra acentuó el descontento y la conflictividad. En febrero de 1917, la falta de abastecimiento de pan en Petrogrado -la capital había eslavizado su nombre en 1914- impulsó una huelga que, después de inútiles intentos de represión, desembocó en una abierta insurrección. En rigor, la fragilidad del régimen quedó de manifiesto cuando las tropas del zar, incluso los siempre leales cosacos, se negaron a atacar a la multitud y comenzaron a fraternizar con ella. Intentando salvar lo que se podía salvar, la Duma solicitó la abdicación de Nicolás II, que fue depuesto sin ninguna resistencia, y designó en su lugar un Gobierno Provisional. Su objetivo era crear una Rusia liberal con un régimen constitucional.

Pero ello no ocurrió. Lo que sobrevino fue un vacío de poder, en el que convivían un impotente Gobierno Provisional, por un lado, y por otro, una multitud de soviets. Como señala Carr, se había establecido "un doble poder". Sin embargo, los soviets que surgían espontáneamente no tenían objetivos demasiado nítidos. Diferentes partidos revolucionarios -bolcheviques, socialdemócratas y otras organizaciones menores que emergían de la clandestinidad- intentaban conseguir que se adhirieran a su política, pero lo único que quedaba claro era que los soviets ya no aceptaban ninguna autoridad, ni siquiera la de los dirigentes revolucionarios. La exigencia de los pobres urbanos era conseguir pan y la de los obreros, mayores salarios y jornadas de trabajo reducidas. Y en cuanto al 80 por ciento de la población rusa que vivía de la agricultura reclamaba, como siempre, la tierra. Y todos coincidían en el deseo de que concluyera la guerra.

En contra de la imagen de Lenin que construyó la mitología de la guerra fría -que lo presentó como un hábil organizador de golpes de Estado-, el único capital con que contaban los bolcheviques fue el conocimiento de estas aspiraciones que les indicó cómo proceder. (Incluso cuando Lenin comprendió que los campesinos deseaban la tierra, aún en contra del programa socialista, no dudó en comprometerse con el individualismo agrario.) Las consignas "Pan, paz y tierra" y "Todo el poder a los soviets

[4] **Véase Carr, Edward H. (1993), pp. 11-113.**

articulaban las difusas aspiraciones de las masas. De allí que los bolcheviques de Lenin pudieran crecer de unos pocos miles en marzo, a casi 250.000 en julio de 1917.

En el mes de octubre, el afianzamiento de los bolcheviques en las principales ciudades rusas, especialmente en Petrogrado y en Moscú, y el debilitamiento del Gobierno Provisional —sobre todo cuando debió recabar el apoyo de las fuerzas de los soviets para sofocar un intento de golpe encabezado por un general monárquico— llevó entonces a la decisión de la toma del poder. El comité central de los bolcheviques aprobó la insurrección armada y se constituyó un Buró político -integrado entre otros por Lenin, Stalin y Trotsky— responsable de llevarla a cabo. Pocos días más tarde, en una rápida operación, cuidadosamente planificada, los bolcheviques ocuparon los principales centros de poder de Petrogrado y se hicieron del control absoluto de la capital. En rigor, dado el vacío existente, se trató más de ocupar el poder que de tomarlo. Como señala Hobsbawm, hubo más heridos durante el rodaje de ***Octubre,*** el gran film de Eisenstein (1927) conmemorativo de la revolución, que en el momento de la ocupación del Palacio de Invierno.[5] Para los bolcheviques había sido muy fácil derrocar al Gobierno Provisional. Sustituirlo, establecer un control efectivo sobre el caos en el que estaba sumido el vasto territorio, y establecer un nuevo orden iban a resultar tareas mucho más complejas.

La construcción del mundo soviético

En un principio, los países de Europa occidental observaron la Revolución en Rusia, como un suceso con escasas posibilidades de éxito. (El mismo Lenin parecía no tener demasiada confianza cuando transcurridos dos meses y quince días pudo observar con orgullo y alivio: "Hemos durado más que la Comuna de París".) Hubo que afrontar duras tareas: el fin de la guerra, las difíciles relaciones con Alemania, las amenazas contrarrevolucionarias, la caótica y brutal guerra civil. En contra de los pronósticos, la Revolución sobrevivió aunque también salió de allí profundamente transformada.

Si bien los bolcheviques tenían el control de la capital, quedaba, no obstante, el resto del país: un país inmenso, en el que muy pronto las fuerzas combinadas de las nacionalidades descontentas con la opresión rusa, los partidarios del zarismo y los simplemente opositores al partido bolchevique dieron lugar a un extenso frente armado que chocaría con el nuevo poder en una guerra civil que se prolongó durante tres años. Pero también estaba el frente externo. La imperiosa necesidad de Rusia de poner fin a la sangría que significaba la guerra permitió que Alemania impusiera en la paz de Brest-Litovsk (3 de marzo de 1918) condiciones que les hicieron perder territorios que significaban las tres cuartas partes de recursos mineros -si bien también es cierto que la derrota alemana a fines del mismo año hizo que se paliaran parcialmente esas condiciones.

[5] **Véase Hobsbawm, Eric J. (1995), pp. 62-91.**

Frente a la situación de inestabilidad, ganar la guerra a los enemigos internos se había transformado en el objetivo principal, aunque para ello se sacrificaran algunos de los principios revolucionarios. Trotsky organizó el Ejército Rojo según los más estrictos criterios de disciplina, pues era la efectividad lo que contaba. A su vez, el poder político se desplazó desde los soviets -teóricamente los órganos supremos-, al Partido Bolchevique, y dentro de él, a un reducido núcleo con Lenin a la cabeza. De este modo, el nuevo régimen iba en marcha hacia un Estado autoritario, fuertemente centralizado, inflexible con quienes discutían su estrategia, sus tácticas y sus medios. Pero también había otras dificultades. El total desorden de la economía condujo a adoptar, desde 1918, drásticas medidas que posteriormente se conocieron como el "comunismo de guerra". Se nacionalizó la industria y todo el aparato productivo y la asignación de la mano de obra quedó bajo la dependencia de las necesidades del Estado. Para muchos, este "comunismo de guerra" significaba un avance hacia el socialismo, en la medida que la economía ya no dependía del mercado. Sin embargo, tras la guerra civil, esra imagen utópica chocó con la realidad de una economía devastada.

De este modo, hacia 1921, la **NEP** (Nueva Política Económica) introducía cierta flexibilidad anteponiendo la mejora de las condiciones de vida, aunque para ello debiera recurrir a la admisión de algunas fórmulas de propiedad privada y de mecanismos de mercado. En síntesis, la **NEP** constituyó una forma de compromiso entre la industria nacionalizada y las explotaciones campesinas privadas. Se trataba fundamentalmente de generar estímulos a la agricultura: los campesinos, luego de pagar al Estado un impuesto en "especie", podían vender en el mercado. Esto incluso constituía un estímulo para la industria liviana. Pero el proceso de recuperación económica que se había iniciado se vio ensombrecido por el comienzo de la larga y fatal enfermedad de Lenin (mayo de 1922).

La ausencia de Lenin había permitido a Stalin convertirse en una figura dirigente dentro del Partido Comunista de modo tal que, tras la muerte del fundador de los bolcheviques (1924), pudo ascender al poder, desde donde profundizó la vía autoritaria.

El problema que se debía afrontar era indudablemente el de la industrialización. En 1927, la ruptura de relaciones con Gran Breraña y la amenaza de la guerra centró la atención en la defensa militar, y las necesidades de rearme reforzaron la causa de un rápido desarrollo de la industria pesada También se planteaba el problema de la desocupación, cuya principal causa era la superpoblación rural. La solución parecía residir en la creación de nuevas empresas industriales que absorbieran la mano de obra desocupada.[6]

Pero la industrialización exigía también otros cambios. Exigía transferir recursos y producir alimentos para una creciente población urbana. El problema radicaba en la baja productividad de la agricultura. Complicaba la situación la actitud de los ***kulaks,*** los campesinos ricos, que acaparaban el grano esperando mejores precios para lanzarlo al mercado. Cuando a partir de 1927 la carestía se hizo crónica, se comenzaron a tomar medidas extremas: prestaciones obligatorias y requisas. Fue, como dice Carr, una "declaración de guerra a los kulaks". Pero la medida no sólo afectó a los campesinos ricos, sino también a medianos productores y a otros que apenas tenían reservas mínimas. No obstante, el gobierno había obtenido enormes cantidades de cereales acaparadas. Se confió entonces en la política de la "mano dura" y esto llevó a la colectivización de la tierra.[7]

La colectivización de la tierra figuraba en el programa del partido como una meta distante. También era coherente con los principios del marxismo: se la consideraba un corolario natural del proceso revolucionario. Pero esto no indicaba el camino que Stalin eligió. A comienzos de 1930, bajo la fuerza de las armas, se procedió a la "liquidación de los kulaks como clase", según la expresión de Stalin, a través de la colectivización de las principales regiones productoras de granos. Allí se introdujeron los ***svojzi,*** concebidos como "fábricas" mecanizadas de granos, y los ***koljozi,*** que reunían a la masa campesina. Stalin la definió correctamente como "una revolución desde arriba", pero agregó en forma errónea que había estado "apoyada desde abajo". En rigor, los campesinos -y no sólo los kulaks- veían a los emisarios de Moscú como invasores que no sólo habían destruido sus formas de vida sino que los sometían a las mismas condiciones de esclavitud de las que los había liberado la primera etapa de la Revolución.

Los costos de la transformación no tardaron en hacerse evidentes. La mecanización de la agricultura había estado asociada al proyecto de colectivización. Ya Lenin había anunciado que el campesinado se volcaría al comunismo con 10.000 tractores. Sin embargo, la producción de máquinas no estaba aún suficientemente avanzada como para responder a un proyecto tan amplio. La producción además había quedado desorganizada. Hasta fines de la década de 1930, la producción de granos no volvió a los niveles alcanzados antes de la colectivización forzosa. Lo que había sido planeado como una gran transformación terminó como una de las grandes tragedias de la historia soviética.

[6] Véase Carr, Edward H. (1985), pp. 137-155.
[7] *Ibid.*, pp. 121-136.

La reacción producida por la colectivización y las restricciones al consumo para permitir la industrialización generaron fuertes resistencias. El Estado, por lo tanto, debió acentuar los controles sobre la sociedad: el Partido se adueñó de todos los resortes del Estado, mientras la figura de Stalin se transformaba en el centro de un verdadero "culto a la personalidad".

La política represiva culminó con los procesos de Moscú cuando, en 1936, fue ejecutado un numeroso grupo de disidentes. Pero el poder de Stalin no se apoyó sólo en la represión. Su compromiso con la industrialización -atractivo para muchos comunistas convencidos que veían en ella el camino al socialismo- y su compromiso con el restablecimiento de la grandeza de Rusia, en un renovado discurso nacionalista -atractivo para el ejército y muchos sobrevivientes del régimen zarista- fue la combinación que le permitió mantener un férreo dominio sobre el partido y el Estado. Además hubo éxitos notables: entre 1928 y 1938 la producción -en medio de la crisis de la economía occidental- se multiplicó cinco veces y la URSS ocupó el cuarto lugar entre las naciones industriales. Tal vez por eso, la dictadura de Stalin despertó sentimientos encontrados de admiración y repudio, en una ambigüedad que tardó mucho en disiparse.

*La **crisis económica***

Estados Unidos: la expansión de la década de 1920

Analizar la crisis del capitalismo que se inició con el ***crack*** de la Bolsa de Valores de Nueva York en 1929 y que se prolongó en la profunda depresión económica de la década de 1930 requiere introducirse en la siruación de los Estados Unidos, país que se afirmó como potencia mundial después de la Gran Guerra. Ya en la segunda mitad del siglo XIX, los Estados Unidos habían logrado un considerable desarrollo. Por un lado, la expansión hacia el Oeste -exploradores, tramperos, mineros, vaqueros, agricultores fueron la punta de lanza que permitió a los Estados Unidos una expansión que creó un vasto comercio interregional-; por otro lado, las políticas industrialistas que se intensificaron luego del triunfo de los estados del norte en la Gue-

rra de Secesión (1861-1866) fueron los factores que favorecieron este crecimiento. En 1917, los Estados Unidos entraron en la guerra que asolaba a Europa, considerando que esto les proporcionaría un lugar de la conferencia de paz y les daría la posibilidad de hacer oír su voz en el futuro. Lo cierto es que, en medio del desastre de la postguerra, Estados Unidos fue la única nación acreedora. Y, a partir de 1918, comenzó a experimentar un crecimiento sin precedentes.

La sociedad norteamericana de la década de 1920 fue la primera sociedad de consumo de masas. Ningún otro país había alcanzado esa situación y los europeos no podían dejar de contemplarla con una mezcla de admiración y de envidia, mientras el cine de Hollywood difundía las imágenes de la "buena vida" norteamericana. El crecimiento se basaba en un mercado cada vez más amplio de productos de consumo durable: automóviles y artículos eléctricos. Y la formación de dicho mercado había sido posible por varios factores. En primer lugar, en el proceso productivo fueron incorporados avances tecnológicos como la "cadena de producción", desarrollados durante la guerra para la producción bélica. Incluso los principios de la "gestión científica" de Taylor ya habían sido incorporados por Henry Ford desde 1914. De este modo, los trabajadores podían producir más, bajar costos y reducir los precios al consumidor. En segundo lugar, comenzó a surgir una serie de mecanismo destinados a modificar las actitudes frente al consumo. La publicidad a través de la radio y los periódicos, la importancia creciente del diseño -un nuevo modelo podía volver obsoleto a otro aún útil-, los sistemas de distribución como las cadenas de almacenes, y las ventas "a plazos", que permitían crear una demanda para productos caros (como los automóviles), modificaban los hábitos de consumo. En síntesis, se trataba de "crear" un nuevo mercado.

En este sentido, el caso de Henry Ford ejemplifica este proceso de formación de un nuevo mercado de consumo. Anteriormente, los automóviles eran artículos de lujo empleados para efectuar breves desplazamientos urbanos. Ford, en cambio, advirtió la existencia de un potencial mercado: el rural. Desde 1909 comenzó a fabricar un automóvil, el célebre "Ford T", alto de ejes, que lo independizaba de las carreteras, y de la mecánica especializada (las piezas de repuesto podían ser adquiridas en cualquier almacén de pueblo). Era posible emplearlo como medio de recreo los domingos, pero en los días de semana constituía un factor de producción que reemplazaba el caballo y la carreta. El éxito fue notable: hacia 1927 habían sido vendidas quince millones de unidades.

Sin embargo, durante la década de 1920 también comenzaron las dificultades para la Ford Motor Company. No sólo su propio mercado parecía saturado, sino que el mismo consumo del automóvil se había modificado: las otras grandes compañías, General Motors y Chrysler, producían automóviles más potentes y más cómodos e incluso de colores -recordemos la importancia del diseño- que competían exitosamente con Ford. Esto lo obligó entonces a reformular la producción. Lo importante es que la producción de automóviles ejercía un efecto multiplicador sobre toda la economía. En primer lugar, esta industria absorbía un alto porcentaje de la producción de acero, pero también requería cristal, níquel, plomo, cueros y textiles. La industria del caucho creció paralelamente a la industria del motor. Y constituyó un imporrante incentivo para la construcción de carreteras, en su mayor parte a cargo de los gobiernos estatales, dando impulso a la fabricación de cemento.[8]

Pero también el automóvil modificó los modos de vida. Como señala Baines, creó "una nación de nómades". Las clases más acomodadas optaron por vivir en residencias suburbanas rodeadas de jardines, dotadas de energía eléctrica, y todos los elementos necesarios para el confort: aparatos de radio, aspiradoras, lavarropas y, a finales de la década, heladeras.

Y todo esto resultaba un importante impulso para la industria eléctrica. El automóvil permitió también la construcción de residencias veraniegas en lugares —como el sur de Florida— donde se podía acceder fácilmente por carreteras, donde aparecieron nuevas posibilidades de negocios, desde moteles hasta puestos de venta de salchichas. De este modo, la economía se activaba y parecía ofrecer múltiples oportunidades para todos.

La industria de la construcción recibió un fuerte impulso por la construcción de viviendas particulares, pero también por la construcción de edificios comerciales destinados a oficinas para la administración gubernamental o de los negocios privados, que adquirió gran complejidad. La aplicación de estructuras de acero y la difusión de los ascensores permitieron la construcción de "rascacielos" e hizo que las ciudades crecieran en altura: Manhattan, en Nueva York, y el Loop de Chicago adquirieron su perfil característico en los años de la década de 1920. Esta fue la época dorada de la gran ciudad —que creció a un ritmo mayor que la población total—, con su centro y sus barrios suburbanos, y la sociedad norteamericana quedó sometida a una nueva cultura urbana.

A pesar de las ideas sobre la no intervención del Estado en la economía y la confianza en la fuerza del mercado y la habilidad de los hombres de los negocios, lo cierto es que el gobierno también estimuló este creci-

Véase Baines, Dudley (1979), pp. 257-327.

miento económico. Los gobiernos de los estados participaron a través de inversiones en, por ejemplo, la construcción de las carreteras. Pero también el gobierno federal actuó a través de dos mecanismos: aranceles aduaneros que protegían la producción estadounidense (por ejemplo, la industria química) y políticas de créditos baratos. De este modo, la prosperidad era atribuida, fundamentalmente, al gobernante Partido Republicano, considerado el "partido de los negocios" y, mientras la prosperidad duró, los republicanos fueron imbatibles en las elecciones. Además, como la prosperidad abarcaba a amplios sectores sociales, parecía confirmarse la convicción sobre el carácter democrático de la sociedad estadounidense, una sociedad que ofrecía "iguales oportunidades para todos".

Sin embargo, parte de la sociedad quedaba indudablemente excluida de la prosperidad: fundamentalmente, amplios sectores rurales. En efecto, la agricultura no participó de la prosperidad general: los precios agrícolas caían en comparación con los precios industriales. Los productores intentaban compensar sus pérdidas aumentando la superficie cultivada, pero la mayor producción acentuaba -frente a un mercado inelástico como el de los alimentos- la caída de los precios. Además, si bien la exportación hacia los devastados países europeos había constituido una salida que estimuló la ampliación del área cultivada, estas exportaciones se cortaron ya hacia 1920 cuando los europeos normalizaron su producción. Por otra parte, durante la guerra, se introdujeron sucedáneos de materias primas agrícolas, como fibras artificiales que redujeron la demanda de algodón. Esto afectó principalmente a las regiones del sur de los Estados Unidos, donde muchos aparceros blancos abandonaron sus tierras agobiados por las deudas para ser reemplazados por negros aun más pobres.

Ante la difícil situación, los agricultores comenzaron a exigir al gobierno la "paridad", es decir, el sostén de los precios con el objeto de garantizar sus ingresos. Se aspiraba a volver a los niveles obtenidos entre 1910 y 1914, lo que implicaba un aumento de los ingresos rurales de aproximadamente 20 por ciento. Pero esto no ocurrió. Sin embargo, pese a los vetos presidenciales, los agricultores continuaban convencidos de la autenticidad de sus reclamos: consideraban que no sólo merecían la "paridad" por la caída de los precios, sino que merecían también un mejor trato, fundamentalmente, por los valores y las formas de vida que representaban. Ellos constituían la América "auténtica".

En efecto, las contradicciones entre el campo y la ciudad se tradujeron en un enfrentamiento entre dos formas de vida y dos sistemas de valores: los "tradicionales", vinculados al área rural y las ciudades pequeñas, y los "modernos", relacionados con las grandes ciudades en donde los cambios

eran más visibles. Durante la década de 1920 las radios, las revistas, el cine difundían las nuevas formas de vida, al mismo tiempo que las cuestiones sexuales eran tratadas con creciente libertad. En estas cuestiones, en figuras femeninas que acortaban sus polleras y sus cabellos, en bailes de moda como el ***cbarleston,*** en el consumo de alcohol, desde las costumbres tradicionales se visualizaban los avances más claros de la corrupción y del libertinaje. Como señala Baines, en 1925, la aparición de los automóviles "cerrados" fue percibida como la más clara invitación al pecado.

Ante los cambios, los sectores más tradicionalistas reaccionaron con total intransigencia, afirmando su fe en los antiguos valores, en Dios, en la austeridad, en la moralidad y en todo lo que definían como el "espíritu" americano. En este clima comenzó a tener particular éxito el ***fundamentalismo*** religioso, que a partir de la interpretación literal de la Biblia, procuraba afirmar las viejas tradiciones. Estas tendencias tuvieron particular importancia en los estados del sur -los más afectados por la crisis de la agricultura- en donde lograron, por ejemplo, que en 1925 en el estado deTennessee se promulgara una ley que prohibía los "ataques" a la Biblia: esto significaba que en las escuelas estaba vedada la enseñanza de la interpretación darwiniana de la evolución humana. Dentro de este clima, en la década de 1920 resurgió el Ku Kux Klan, secta que defendía la idea de una América tradicional, una América ***Wasp,*** es decir, blanca ***{whité),*** anglosajona y protestante. El KXK recomenzó entonces los violentos ataques a los grupos que consideraban que destruían esa esencia americana: en primer lugar, negros, pero también católicos y judíos.

El gobierno no estaba dispuesto a otorgar a los sectores rurales el reclamo de la "paridad", pero ante las presiones debió dar lugar a su otra gran reivindicación: la prohibición del consumo de alcohol. En efecto, el consumo de alcohol era percibido por los sectores tradicionalistas como el origen de todos los males. Ya antes de la guerra, habían obtenido su prohibición en algunos estados, pero a partir de 1920 la "ley seca" se estableció a nivel nacional. Si bien con esta ley se buscaba preservar la moral, sus resultados fueron paradójicos. La "prohibición" fue, en rigor, una invitación a beber ¡legalmente, actividad que se revistió de emoción, mientras los locales clandestinos se ponían de moda. Para solucionar el abastecimiento, aparecieron destilerías clandestinas (el ***cocktail se*** inventó para disimular el mal sabor de algunos de estos productos) y se intensificó el contrabando. No es sorprendente, por lo tanto, que esta actividad quedara controlada por los gánsters, que se transformaron en los más fervorosos partidarios de la prohibición". En estas circunstancias, el célebre Al Capone construyó su primer imperio sobre la base de la producción ilegal de cerveza, mientras co-

menzaban las primeras guerras entre bandas en Chicago por barrios en que los gánsters tomaban bajo su "protección".

Si los valores "tradicionales" y los valores "modernos" enfrentaban a la sociedad estadounidense, en cambio, todos se unificaban en un fuerte nacionalismo. Ya durante la guerra, muchos estadounidenses se habían dedicado ardorosamente a detectar "saboteadores" alemanes. Y cabe aclarar que todo aquel que no entrara estrictamente en las pautas norteamericanas podía ser definido como "saboteador" alemán. Y todos realmente estaban convencidos de que el prejuicio contra los extranjeros constituía un sincero patriotismo. Después de la guerra se mantuvieron estos prejuicios dirigidos, sobre todo, hacia aquellos extranjeros que mantenían sentimientos de lealtad hacia sus países de origen y hacia sus Iglesias, y se reaccionó violentamente contra aquellos rasgos que se consideraban "foráneos".

Bajo el impacto de la Revolución Rusa, estos sentimientos se intensificaron y se dirigieron contra los políticos radicales y, sobre todo, contra los sindicalisras. Estos grupos, muchas veces de origen inmigrante, caían entonces bajo un doble estigma: "extranjeros" y "comunistas". De este modo, cualquier conflicto laboral (como las importantes huelgas de 1919 y 1920 en las minas de carbón y en la industria metalúrgica) podía ser presentado como una amenaza contra la Constitución. El miedo al "peligro rojo" que invadió a la sociedad norteamericana de la década de 1920 era bastante infundado: el Partido Comunista tenía sólo 75.000 afiliados, de los cuales un pequeño grupo era activista. Sin embargo, para muchos era una amenaza real que se tradujo en una verdadera histeria. Se persiguió a dirigentes sindicales, políticos, profesores universitarios, directores de cine (preanunciando el ***macartismo*** de la década de 1950). Dentro de este clima, dos anarquistas italianos, Sacco y Vanzetti, no lograron ser juzgados de manera imparcial en el estado de Massachusetts y, cuando fueron ejecutados en 1927, el movimiento de protesta fue mínimo.

Pero, más allá del nacionalismo y la xenofobia, sobre todo en las grandes ciudades, muchos de los conflictos sociales podían ser ignorados. Se vivía uno de los momentos de auge económico más duraderos de la historia estadounidense y esto alimentó la creencia de que se había encontrado una maquinaria de prosperidad de movimiento perpetuo. Pero muy pronto, la crisis puso abruptamente fin a la euforia.

El crack del 29 y la depresión de los años de la década de 1930

Desde fines de la guerra, la venta de acciones había constituido una de las principales formas de obtener capital para invertir en la industria y, por lo

tanto, se había transformado en un factor clave para el crecimiento económico. La confianza que se tenía en el capitalismo se trasladó entonces a la Bolsa de Valores: parecía imposible que allí se pudiera perder dinero. Esta confianza pronto derivó en una verdadera ola especulativa: comprar y vender valores se transformó en un negocio en sí mismo. En medio de la euforia y prosperidad, la Bolsa cobraba una popularidad creciente, era un tema de conversación coridiana en amplios sectores sociales, mientras que las revistas femeninas, como ***The Lady Home,*** publicaban artículos que explicaban cómo un obrero que invirtiera 15 dólares mensuales en acciones en poco tiempo podría obtener 80.000 dólares. La especulación también parecía confirmar la idea de que la sociedad norteamericana ofrecía iguales oportunidades para todos. Y a nadie le parecía importante averiguar si las cotizaciones reflejaban el verdadero estado de la economía.

Sin embargo, el 29 de octubre de 1929 la Bolsa de Valores neoyorquina quebró.[9]

Desde los inicios de ese mes habían comenzado las incertidumbres: las acciones habían bajado y empezaron a correr rumores sobre financistas que habían perdido su fortuna y se habían suicidado arrojándose de los "rascacielos". De este modo, en medio de una ola de pánico, en Nueva York, el lunes 28, se vendieron nueve millones de títulos. Al día siguiente, el fatídico "martes negro", se vendieron más de 16 millones, pero la Bolsa no pudo responder, las acciones perdieron totalmente su valor y el mercado de valores quebró estrepitosamente. Arrastraba tras de sí a bancos y a empresas. En pocas horas se habían perdido fortunas, mientras los pequeños ahorristas formaban largas filas frente a los bancos tratando, muchas veces infructosamente, de salvar sus ahorros.

¿Cuáles fueron las causas de la crisis? La especulación había llevado a un alza artificial de las acciones y se acentuó la desproporción entre el valor nominal de los títulos y los verdaderos activos que las empresas tenían. En tales circunstancias los dividendos repartidos no podían ser más que ficticios. En síntesis, las acciones habían dejado de reflejar la marca de la economía.

En efecto, tras la expansión de comienzos de la década de 1920, el sector productivo comenzaba a registrar señales de estancamiento. Algunos rubros, como la industria de la construcción, mostraban cierta saturación del mercado. Lo mismo ocurría en la industria del automóvil. No se puede dudar de la importancia creciente de los automóviles, incluso como valor "social": el típico ***babbitt*** -apellido de una familia protagonista de una

[9] **Véase Galbraith, John K. (1983), pp. 108-158.**

novela de Sinclair Lewis que simbolizaba al estadounidense de clase media- prefería no vestirse antes que dejar de moverse en automóvil. Sin embargo, a comienzos de 1929, se vendieron menos de la mitad de los automóviles a compradores "nuevos". (Dicho de otra manera, compraban automóviles quienes "cambiaban" el viejo modelo por uno reciente, pero se reducían los compradores que accedían al automóvil por primera vez.) No se trataba de una crisis de subconsumo del mercado existente, sino de la dificultad de encontrar un mercado "adicional" que ampliase ese mercado existente.

Al mismo tiempo, las empresas habían realizado grandes inversiones en nuevos equipos, en maquinarias más eficaces. De este modo, se estaba incrementando una producción que iba a ser muy difícil de colocar. Por eso, Baines se refiere también a un proceso de ***sobreinversión,*** ya que estas inversiones crecían más rápidamente que el consumo, carecían de un mercado que las justificase. Pero había más. La caída de los precios agrícolas había llevado a los agricultores a retrasar el pago de los créditos para la compra de maquinarias poniendo en dificultad a algunos bancos. De este modo, como señalábamos, el estancamiento de la producción y las incipientes dificultades de los bancos no correspondía con el alza de valores que, como señalábamos, habían dejado de reflejar la marcha real de la economía.

Otro factor decisivo para explicar la gran depresión que continuó y que alcanzó niveles mundiales puede ubicarse en el sector del crédito internacional. En efecto, los aliados habían impuesto a los vencidos fuertes pagos en concepto de reparación por los gastos y la destrucción de la guerra; pero Alemania también había sabido aprovechar la situación: era imprescindible que se la ayudara a reconstruirse si se pretendía obligarla a pagar. Los capitales norteamericanos comenzaron entonces a fluir sobre Alemania y Austria, ya que los altos intereses pagados por los bancos germanos constituían sin duda un poderoso atractivo. Pero ante las dificultades internas, la repatriación de fondos puso al sistema financiero europeo en una grave situación: la quiebra del Creditanstalt en Viena generó una ola de pánico. Los banqueros estadounidenses procuraron entonces adelantarse unos a otros en la repatriación de capitales, agudizando la crisis a nivel mundial.

La crisis modificó la fisonomía de los Estados Unidos. Los efectos se sintieron más duramente en algunas ciudades como Detroit y Chicago donde se concentraba la industria pesada, la más afectada por la crisis, y menos en otros centros urbanos como Nueva York donde se producían artículos de "primera necesidad" como zapatos y vestimenta. Pero lo cierto es que una ola de problemas sociales abatió al territorio. Los salarios cayeron estrepitosamente: en 1932, su nivel era 60 por ciento inferior a 1929- La desocupación alcanzó, en 1931, a más de ocho millones de personas, lo que representaba a una de cada seis familias. Los suicidios masculinos aumentaron en 20 por ciento. Hubo cambios en la estructura familiar en la medida en que muchas veces los ingresos dependían de las mujeres y los hijos. La desocupación disfrazada (como el caso de vendedores ambulantes), la mendicidad, las "ollas" comunes, las ***hoovervilles*** -caseríos armados de cartón y hojalata que fueron apodadas con el nombre del presidente Hoover- daban de los Estados Unidos una imagen muy diferente a la de la década anterior.[10]

En 1929 no se tenían todavía demasiados indicios para predecir que la crisis iba a prolongarse en una depresión tan larga y profunda. Fue un acontecimiento de una magnitud insospechada aun hasta para los críticos más acérrimos del capitalismo. Crisis anteriores habían sido superadas por los mecanismos espontáneos de la economía: cuando los costos de producción disminuían se creaban nuevamente los incentivos para inversión. Pero la depresión se fue prolongando y agravando cada vez más y cuando los costos alcanzaron su punto más bajo, las inversiones no reaccionaron. Había una profunda falta de confianza, la crisis había sido lo suficientemente grave como para que se mantuviera la incertidumbre frente al futuro. Y esto no sólo para los hombres de negocios. Destruyó incluso entre los pequeños ahorristas el estímulo individual al ahorro, no pudiéndose recuperar los recursos destinados a la inversión. Ya no se podía confiar en los mecanismos automáticos de la economía y debía actuar algún factor externo. Y ese factor fue el Estado.

La consecuencia política más inmediata de la crisis fue el desprestigio del Partido Republicano, considerado, hasta ese momento, como "el partido de los negocios". No es extraño entonces que el presidente electo en 1932, Franklin Delano Roosevelt, procediese del Partido Demócrata. En su primer discurso a los estadounidenses, Roosevelt prometió un "Nuevo Trato" ***(New Deal),*** término con que se definió su política. El ***New Deal*** consistió en una activa intervención del Estado en la regulación de la economía. Tomando medidas consideradas casi heréticas -muchas de las cuales fueron consideradas anticonstitucionales por la Corte Suprema que centralizó la oposición-, el Estado asumió el control del sistema financiero, se establecieron seguros contra el desempleo, se otorgaron subsidios a los agricultores.

Una de las medidas más significativas del ***New Deal*** la constituyó la NIRA (Ley Nacional de Recuperación Industrial), por la que se autorizó al

[10] **Véase el film de Charles Chaplin,** *Tiempos modernos* **(1936).**

gobierno a invertir en obras públicas. El objetivo era mitigar la desocupación y paliar el descontento social, pero también crear a través de los salarios, una masa de ingresos que permitiera aumentar el consumo y, por lo tanto, la demanda global. Y la confianza de los estadounidenses en las políticas de Roosevelt quedó expresada en las reelecciones que lo mantuvieron en el gobierno durante cuatro períodos presidenciales, hasta 1945 en que falleció.

Cabe preguntarse hasta qué punto tuvo éxito el ***New Deal.*** En rigor, la renta ***per cápita*** no recuperó su nivel de 1929 hasta 1940, momento en que el motor del crecimiento económico era el rearme. En este sentido pareciera que fue la guerra, y el desarrollo de la industria armamentista, lo que reactivó la economía norteamericana. Pero es indudable que, a partir del ***New Deal,*** el intervencionismo se transformó en un elemento clave de la política económica. En este sentido, se coincidía con las teorías que el economista inglés lord Maynard Keynes formuló en 1936, en ***Teoría general del empleo, del interés y la moneda.*** Se trataba de lograr el pleno empleo y de sostener la demanda; esto alejaría el conflicto social pero también estimularía la producción. Y esto no sólo ocurría en los Estados Unidos. Gran Bretaña, por ejemplo, abandonó en 1931 el libre comercio y fue el ejemplo más claro de esta rápida generalización del proteccionismo. En esta línea, los gobiernos se vieron forzados a dar prioridad a las consideraciones sociales sobre las económicas en la formulación de sus políticas para alejar el peligro de la radicalización, tanto de izquierda como de derecha. En síntesis, nacía el "Estado de bienestar".

La crisis de la política: el fascismo

En 1919, en Milán, se formaban los Fasci Italiani di Combattimento, adoptando como símbolo el haz de varas que representaba la autoridad de los magistrados en la antigua Roma. Así, ***fascio*** puede traducirse como "haz", o en un sentido más amplio, "unión". De allí derivó el término ***fascismo.*** Y esto es más que una anécdota: la vaguedad de ese término tiene su correlato en la ambigüedad ideológica que caracterizó a estos movimientos. Si bien en su origen el término fascismo designó al proceso italiano, pronto se extendió a otras formas autoritarias de modo tal que, en el período de entreguerra, los gobiernos de muchas partes de Europa -e incluso de fuera de ella- podían ser calificados de fascistas. Muchas veces se empleó también el término, en un sentido peyorativo, para calificar a dictaduras civiles o militares, o a partidos tradicionalistas o conservadores sin límites

cronológicos precisos. Pero tal extensión del concepto resulta problemática. Al aplicarlo a una serie de regímenes de características disímiles, el término pierde capacidad explicativa.

¿Qué es el fascismo? A partir de los casos de Alemania e Italia, algunas corrientes historiográficas marxistas, en términos generales, han presentado al fascismo como la dictadura del gran capital. Desde estas perspectivas, en medio de una situación de difícil crisis económica y social, los partidos fascistas instrumentaron las dificultades de la pequeña burguesía para acceder al poder, reprimir a la clase obrera y contener la revolución comunista. Otras corrientes, en cambio, consideran al fascismo y al comunismo como dos caras de una misma moneda: el totalitarismo. Según Francois Furet, la guerra de 1914 tuvo el carácter de matriz: sentimientos anti-burgueses despertaron una "pasión revolucionaria" que se expresó en estos regímenes inéditos, que convirtieron a la movilización de los ex soldados en la palanca de dominación de un partido único. Estas corrientes ponen de relieve lo que el fascismo y el comunismo tienen en común desde el punto de vista económico (planificación y dirigismo), como en el social (uniformización, adoctrinamiento), en el cultural (nacionalismo, exaltación de un líder providencial), y en el político (dictadura de partido único). Consideran que ambos fueron respuestas a una profunda crisis y que esa respuesta se expresó en la negación de la liberrad bajo todas sus formas.[11]

En rigor, podemos señalar que el fascismo fue un producto del período inmediatamente posterior a la Gran Guerra. Se trató de un fenómeno profundamente novedoso: fue un movimiento revolucionario-conservador que aspiraba a movilizar a las masas a través de la combinación de técnicas modernas, valores tradicionales y una ideología de violencia irracional, centrada en el nacionalismo. Su novedad no significa que hubiera una ruptura con el pasado, ni que desconociera sus antecedentes, como la exaltación nacionalista y el racismo, que modelaron el consenso que indudablemente estos regímenes tuvieron. Nacidos de una grave crisis económica y social y del descrédito de la política, estos movimientos pudieron canalizar el descontento social haciendo uso de los medios de propaganda y a través los grandes desfiles, las inmensas concentraciones, la escenografía de los mítines, un discurso fuertemente emotivo y la sumisión incondicional a un líder. Un discurso antirracionalista articuló las aspiraciones difusas de las masas y estableció las "causas" concretas de los males.

[11] Véase Furet, Francois (1995), pp. 15-45.

En efecto, tanto Hitler como Mussolini pudieron interpretar la frustración de vastos sectores sociales que identificaban su situación con la decadencia de la nación. Ambos consideraron a la guerra y al Tratado de Versalles como las causas de todos los males. Tanto Hitler como Mussolini denunciaron la opresión del "capital usurero". Según Mussolini, "unos cuantos usureros colgados darán un buen ejemplo", mientras Hitler denostaba a la burguesía judía. Ambos eran hombres "comunes", hombres de orígenes oscuros que habían alcanzado posiciones preeminentes y con los que resultaba fácil identificarse a los sectores más frustrados. Hitler recordaba insistentemente al "hombre desconocido" que había sido en su juventud. De este modo, el fascismo pudo reemplazar las frustraciones -de soldados que volvían de la guerra cargados de medallas pero que sentían que sus sacrificios habían sido vanos, de padres que no podían dar un futuro a sus hijos, de muchachas sin dote, de pequeños propietarios hundidos en la bancarrota, de comerciantes sin clientes, de universitarios sin empleo- por un sistema de símbolos que nutrió las ansias de poder. Una ideología que proporcionaba seguridad en la obediencia al Duce o al Führer, la exaltación de la nacionalidad a extremos inimaginables y el desprecio por las minorías raciales -el antisemitismo, en el caso alemán- brindaron las oportunidades de acción y dieron salida al resentimiento que generaba la frustración social y económica. En síntesis, el fascismo nació como una respuesta a la profunda crisis europea del período de entreguerras.

Centrar el análisis en los casos de Iralia y Alemania no significa desconocer la existencia de otros movimientos autoritarios, surgidos en Europa durante el mismo período, que algunos autores también calificaron como fascistas. Son, por ejemplo, los casos del régimen establecido por Salazar en Portugal y la dictadura de Primo de Rivera y el franquismo en España. Es indudable que la crisis del liberalismo permitió el surgimiento de movimientos autoritarios de derecha en distintas partes del mundo. Y estos movimientos, fuertemente nacionalistas, acusaban el "clima de ideas" de la primavera fascista. Pero también es indudable que los casos de Italia y Alemania, durante el período de entreguerra, son los que representan al fascismo "clásico".

¿Cuáles habían sido los resultados de la guerra para Europa? El Tratado de Versalles (1919) había intentado rehacer el mapa de Europa. La derrotada Alemania debió devolver Alsacia y Lorena a Francia, y otros territorios a Bélgica y Dinamarca. Danzig se constituyó en ciudad "libre y las minas carboníferas del Sarre fueron ocupadas por Francia y administradas por la Sociedad de las Naciones. Asimismo, Alemania debía comprometerse al pago de indemnizaciones y de los gastos de guerra, reducir

su flota y su ejército a cien mil hombres. Por medio de otros trarados se entregó Trieste a Italia, se formó Yugoslavia con Serbia, Croacia y Eslovenia y se creó la República de Checoslovaquia sobre la base de Moravia y Bohemia. Polonia recuperó territorios y se le concedió salida al mar a través del "corredor polaco". Austria debió otorgarle la independencia a Hungría -que a su vez perdió tres cuartas partes de su territorio— y ambos países quedaron constituidos como pequeños estados sin salida al mar. Líbano y Siria pasaron a ser controlados por Francia, mientras Gran Bretaña se reservaba la administración de Palestina, TransJordania e Irak.

Como corolario se creó la Sociedad de las Naciones. A través de este organismo internacional los países europeos esperaban encontrar un equilibrio, pero muy pronto se evidenció su fracaso. Desde sus comienzos la Sociedad de las Naciones careció de una verdadera representatividad. La Unión Soviética y Alemania habían sido excluidas y los Estados Unidos no participaron al rechazar el convenio. De esta forma, sin las principales potencias internacionales, la organización se redujo a una serie de acuerdos entre Gran Bretaña y Francia, y con la guerra chino-japonesa (1937) se hizo evidente su inoperancia. Pero ni los nuevos repartos, ni los acuerdos internacionales podían resolver los graves problemas que aquejaban a los países europeos. La guerra había dejado un saldo de pérdidas desfavorable para todos y, en rigor, ninguno obtuvo mayores beneficios. La excepción la constituían los Estados Unidos, nación acreedora que quedó confirmada como primera potencia mundial. Quedaba claro que el eje del mundo había virado.

El caso italiano

Para Italia, las consecuencias de la guerra no habían sido favorables. Casi setecientos mil muertos y quince millones de dólares como pérdida eran un saldo considerable. Del Tratado de Versalles sólo había obtenido Trieste, ninguna colonia alemana había pasado bajo su control y las ambiciones sobre Fiume, en el Adriático, se habían visto frustradas. Como los mismos italianos decían: "Italia había ganado la guerra, pero perdido la paz".

La crisis económica de posguerra se hacía sentir con toda su dureza. Además, ante la política de muchos países americanos que para balancear su mano de obra se habían cerrado a la inmigración, Italia veía reducirse el mecanismo al que recurría para superar el desequilibrio interno -las remesas de emigrantes- y se veía obligada a encerrarse en sus propias fronteras. La agitación obrera parecía alcanzar límites extremos: la desocupación, la 'nflación, la caída de los salarios eran paralelos a huelgas y a la "toma" de

fábricas, a la constitución de las "ligas rojas" y al tercio de diputados socialistas que habían ganado las elecciones en 1919. Pero el fenómeno no era sólo urbano ni se reducía al norte industrializado (Milán *y* Turín, fundamentalmente). También en el sur, campesinos cansados del hambre habían iniciado la ocupación de tierras. Todo parecía indicar que en Italia podían darse las condiciones para reproducir la experiencia rusa de 1917.

También en 1919 nacieron los primeros Fasci di Combattimento. Al comienzo resultaron un fenómeno irrelevante. En Milán, donde habían sido fundados, habían recibido en las elecciones 5.000 votos, frente a los 170.000 sufragios socialistas. De qué manera un grupúsculo semejante pudo llegar al poder en sólo tres años es una pregunta que apasionó a historiadores *y* politólogos. Sin embargo, también es cierto que la fuerza del fascismo no puede medirse exclusivamente con datos electorales. Ya en los últimos meses de 1920, el pequeño grupo comenzó a beneficiarse tanto por la tolerancia del gobierno como por el apoyo de los grandes propietarios y de los dueños de fábricas alarmados por el curso de los acontecimientos. Los ***fasci*** cada vez más se fueron convirtiendo en organismos de carácter paramilitar, integrados por ex combatientes, y exaltados nacionalistas, dedicados al asalto de sindicatos, de periódicos, de grupos y de partidos de izquierda y de todo aquello que significara el "peligro comunista". Y lo que había comenzado como un fenómeno urbano, limitado a los centros industriales, pronto se extendió también al medio rural y a las pequeñas ciudades de Toscana, de Emilia y del Valle del Po.

A fines de 1921, se organizaba el Partido Nacional Fascista Italiano. Su crecimiento, en apenas un año, había sido espectacular: con 250.000 afiliados se había constituido en el mayor partido de Italia. Su programa también fue perdiendo su retórica revolucionaria poniendo de manifiesto lo que constituiría una de sus principales características: su pragmatismo, su capacidad de adaptación a las circunstancias. Sin duda, el ***alma mater*** del partido era Benito Mussolini. Desde muy joven Mussolini había militado en el Partido Socialista, en donde había dirigido el periódico ***Avanti.*** Expulsado del partido por su prédica belicista, pasó a dirigir ***Il Popólo d'Italia*** *y* participó en la guerra como soldado raso. En 1919, había sido elegido ***Duce,*** del ***fascio*** de Milán. Durante los años siguientes, el prestigio de Mussolini fue en aumento. Y su principal oportunidad se presentó en el transcurso de un motín en Ñapóles que le permitió declarar la "revolución fascista y ordenar la célebre Marcha sobre Roma, en la que 50.000 "camisas negras" tomaron la ciudad (28 de octubre de 1922).

La audacia de Mussolini se vio recompensada. Ante la situación creada, el rey Víctor Manuel III le otorgó el gobierno y le encomendó la formación de un nuevo gabinete. Durante los primeros años, Mussolini actuó con cautela: la autoridad del rey se mantuvo nominal y se respetaron los mecanismos institucionales. Sin embargo, Mussolini fue construyendo un poder omnímodo: como ***Duce,*** controlaba el partido y como ***Capo di Governo*** el poder político. Los destinos de Italia estaban en sus manos. Sin embargo, el apoyo que lograba también parecía ser notable: en las elecciones de 1924, la coalición integrada por los fascistas obtenía el 70% de los escaños.

Pronto comenzó a construirse el Estado de "excepción". En mayo de 1924, el diputado socialista Giacomo Matteotti había lanzado una dura acusación contra los métodos fascistas: denunciaba el clima de intimidación y de violencia en el que se habían celebrado las elecciones. Matteotti fue secuestrado en pleno centro de la ciudad de Roma y su cadáver apareció dos meses después. Y esto marcó un hito. Se intensificaron las medidas represivas contra los disidentes y la marcha hacia el totalitarismo fue un dato incuestionable. El parlamento fue disuelto y reemplazado por el Gran Consejo Fascista, cuerpo consultivo cuyos miembros se elegían bajo la orientación de Mussolini. Los partidos políticos fueron clausurados y se estableció el sistema de "partido único", el Partido Fascista. Pero no se trataba sólo de reorganizar la política. Se trataba básicamente de "disciplinar" a toda la sociedad, según un modelo militarizado.

En 1932, el ministro de Guerra, general Gazzera podía admirar los logros: "El régimen disciplinario de nuestro ejército gracias al fascismo aparece hoy como arma directiva que tiene valor para toda la nación. Otros ejércitos han tenido y todavía conservan una disciplina formal y rígida. Nosotros tenemos siempre presente el principio de que el ejército está hecho para la guerra y que para ella debe prepararse; la disciplina de paz debe ser, por consiguiente, la misma que la de tiempo de guerra. [...] Este sistema ha resistido magníficamente durante una larga y durísima guerra hasta la victoria; es mérito del régimen fascista haber extendido a todo el pueblo italiano una tradición disciplinaria tan insigne."

En rigor, los resultados obtenidos fueron ambiguos.[12]

Sin embargo, se construyeron los instrumentos destinados a organizar la sociedad fascista: en 1927 se suprimieron los sindicatos y el movimiento obrero quedó bajo un estricto control. Se cumplía, en este sentido, lo que el mismo Mussolini había declarado: "El sindicalismo fascista es una fuerza que se impone, un poderoso movimiento de masas, completamente

[12] **Véase Tannenbaum, Edward R. (1975), capítulos 5 y 8, pp. 159-201 y 283-331.**

controlado por el fascismo y el gobierno, un movimiento de masas que obedece." También se creó la Opera Nazionale Dopolavoro, espacios de recreación destinados a administrar el tiempo libre de los trabajadores y se estableció una rígida censura sobre la prensa y la educación. Los niños incluso pasaron a formar parte de organizaciones controladas por el fascismo.

Los principales dirigentes sindicales y políticos fueron perseguidos y encarcelados. Entre ellos, Antonio Gramsci, secretario del Partido Comunista, fue acusado de pretender "instaurar por la violencia la república italiana de los soviets" y condenado a veinte años de cárcel. Murió en prisión -en donde escribió los ***Cuadernos,*** que renovaron la teoría marxista- en 1937.

También se desató una cuidadosa campaña de exaltación del "espíritu nacional". El objetivo era no sólo la consolidación del consenso, sino también crear el clima apropiado para la expansión. Pero para ello era necesario asegurar el orden interno y atraer la adhesión de muchos católicos que miraban al fascismo con cierta desconfianza. Mussolini -ateo declarado y que muchas veces había manifestado su anticlericalismo- comenzó entonces un proceso de acercamiento a la Iglesia católica. Se trataba, fundamentalmente, de resolver la "cuestión romana" que había quedado pendiente desde 1870.

Con este objetivo, tras largas y complejas tratativas, en 1929 se firmaban los Tratados de Letrán, por el que se creó el Estado del Vaticano, particular enclave dentro de la ciudad de Roma. También el Estado italiano reconocía como religión oficial al catolicismo, cuya enseñanza se implantó en las escuelas. A cambio, el Vaticano se comprometía a no reclamar los territorios perdidos hasta 1870 y controlar a algunos de sus díscolos miembros.

En 1931, el papa Pío **XI,** en la encíclica ***Quadragesimo Anno,*** daba su aprobación al fascismo. El texto es explícito: "Recientemente, todos los saben, se ha iniciado una especial organización sindical y corporativa [...] Basta un poco de reflexión para ver las ventajas de esta organización, aunque la hayamos descripto sumariamente: la colaboración pacífica de las clases, la represión de las organizaciones y de los intentos socialistas, la acción moderadora de una magistratura especial." Es cierto que se reconocían problemas: "hay quien teme que en esa organización el Estado sustituya a la libre actividad en lugar de limitarse a la necesaria y suficiente asistencia y ayuda", pero también se consideraba que el problema del "estatismo" podía ser superado por medio de la participación de los católicos: "Cuanto mayor sea la cooperación de la pericia técnica, profesional y social, y más todavía de los principios católicos y de la práctica de los mismos." De este modo, incitando a los católicos a participar del régimen, la Iglesia transformaba al fascismo en un modelo a seguir.

En la década de 1930, Italia comenzó a expandirse fuera de sus fronteras, al mismo tiempo que intentaba afirmarse como potencia europea. En 1935 ocupó Etiopía y el gobierno italiano comenzó a reclamar los territorios de Túnez, Niza y Saboya, que estaban en poder de Francia, mientras Mussolini hacía explícita la intención de recuperar la tradición imperial y hacer del Mediterráneo, un "lago romano". Desde 1936, Italia participó de la Guerra Civil española, apoyando a las fuerzas de Franco, cuya simpatía por los regímenes totalitarios era clara. En ese mismo año, se había formado el llamado Eje Roma-Berlín. A partir de ese momento los acontecimientos parecieron precipitarse: Italia adhirió al Pacto AntiComintern —para "la defensa de la civilización contra el bolcheviquismo"- que habían firmado Alemania y Japón. En 1937, ocupaba Abisinia. Europa se encontraba nuevamente al borde de la guerra.

El caso alemán

Durante los últimos momentos de la Gran Guerra, muchos observadores se atrevieron a predecir para Alemania la inminencia de una revolución similar a la estallada en Rusia un año antes. La huelga general, la ocupación de fábricas, la sublevación de tripulaciones, soviets funcionando en Berlín eran indicios de un ascendente movimiento revolucionario. El armisticio y la crisis interna obligaron finalmente a abdicar al emperador Guillermo II. Ese mismo día se proclamó la República. Ante el vacío de poder creado e intentando mantener una línea "moderada", los socialdemócratas se colocaron a la cabeza de los sucesos: se convocó un Congreso en Weimar que eligió a Frederick Ebert, primer presidente, y se promulgó la Constitución que establecía un sistema representativo, republicano y federal.

Pero jaqueada desde la izquierda y la derecha, la República de Weimar carecía de bases sólidas. Además, la crisis económica alcanzaba niveles extremos. Ante una enorme deuda externa -sobre Alemania pesaban los gastos e indemnizaciones de guerra- y el caos interior reinante, la inflación se hizo incontrolable. A fines de 1923, la crisis financiera alcanzó su punto más agudo: el marco se desvalorizó totalmente y muchos alemanes se encontraron con que sus ahorros de toda la vida no eran más que una masa de papeles inservibles. En el mes de noviembre, el dólar se cotizaba en Berlín en dos billones y medio de marcos. Ese mismo año estallaba el ***"putsch*** de la cervecería de Munich". Era un golpe organizado por uno de los tantos grupúsculos de ultraderecha que se concentraban en Baviera -protegidos por un gobierno católico-conservador-, el Partido Obrero Nacional Socialista Alemán (Partido NAZI, según su sigla en alemán), y había estado

conducido por un todavía oscuro dirigente, Adolf Hitler, ex combatiente que había alcanzado la modesta categoría de cabo. El golpe fracasó y Hitler fue condenado a la cárcel. En prisión, escribió ***Mein kampf*** (Mi lucha) donde se enunciaban los principios nazismo.

Mein kampf constituye una obra importante no por su originalidad y profundidad sino por todo lo contrario. Es un libro muy elemental, sin grandes ideas donde se mezclan arbitrariamente lo biográfico, y principios de distinta procedencia. Sin embargo, es una muestra representativa del concepto nazi de adoctrinamiento: llegar a muchos con pocas ideas, expresadas en forma simple y reiteradas hasta lograr su eficacia. Algunos párrafos pueden servir de ejemplo:

> **Como una mujer que prefiere someterse al hombre fuerte antes que dominar la débil, así las masas aman más al que manda que al que ruega, y en su fuero íntimo se sienten mucho más satisfechas por una doctrina que no tolera rivales que por la concepción de la libertad propia del régimen liberal; con frecuencia se sienten perdidas al no saber que hacer con ella, y aún fácilmente se consideran abandonadas. Ni llegan a darse cuenta de la imprudencia con que se las aterroriza espiritualmente ni se percatan de la injuriosa restricción de sus libertades humanas, puesto que de ninguna manera caen en la cuenta del engaño de esta doctrina.**
>
> **El mitin de masas es necesario, al menos para que el individuo que al adherir a un nuevo movimiento se siente solo y puede ser fácil presa del miedo de sentirse aislado, adquiera por primera vez la visión de una comunidad más grande, es decir, de algo que en muchos produce un efecto fortificante y alentador... él mismo deberá sucumbir a la influencia mágica de lo que llamamos sugestión de masa (Adolf Hitler,** *Mein kampf).*

En los años siguientes la situación económica se estabilizó, sin embargo, como ya señalamos, la crisis estadounidense tuvo efectos catastróficos en Alemania. En medio de una difícil situación, el prestigio de Hitler fue en aumento: a fines de 1932, el Partido NAZI contaba con el 33 por ciento del electorado y se constituía en la segunda fuerza política. A comienzos de 1933, el presidente Hindenburg llamó a Hitler y le ofreció la jefatura de un gobierno de coalición con otras fuerzas conservadoras. Hitler fue entonces designado Canciller y al año siguiente, tras la muerte del anciano Hindenburg, asumía también la presidencia, decisión que fue ratificada por un plesbicito que le concedía además el título de ***Führer*** (Caudillo). Comenzaba así el ***Tercer Reich.***

La bandera de la república fue reemplazada por la esvástica, símbolo que representaba la superioridad de la raza aria, mientras que el sistema federal era también reemplazado por un Estado unitario. Se disolvieron los sindicatos y se estableció el Frente de Trabajo Alemán controlado por el Estado; el único partido admitido fue el Partido NAZI.

Comenzaba así una dictadura que superaba las peores previsiones: la Gestapo, policía secreta, pronto fue reconocida por su eficacia, mientras comenzaban a funcionar los primeros campos de concentración, dedicados, en una primera etapa a los opositores políticos.[13]

La violencia y el terror se transformaron en verdaderas armas políticas. El terror tenía un claro y definido objetivo. El mismo Hitler había declarado:

> **¿Habéis notado cómo acuden los babiecas cuando dos granujas se trenzan en la calle? La crueldad impone respeto. La crueldad y la brutalidad. El hombre de la calle no respeta más que la fuerza y la bestialidad. Las mujeres también, las mujeres y los niños. La gente experimenta la necesidad de sentir miedo, los alivia el temor. Una reunión pública, pongamos por caso, termina en pugilato, ¿no habéis notado que los que más severo castigo han recibido son los primeros en solicitar su inscripción en el Partido? ¿Y me venís a hablar de crueldad y de torturas? Pero si precisamente lo quieren las masas. Necesitan temblar. [...] Lo que no quiero es que los campos de concentración se transformen en pensiones familiares. El terror es el arma política más poderosa y no me privaré de ella so pretexto que resulta chocante para algunos burgueses imbéciles. Mi deber consiste en emplear todos los medios para endurecer al pueblo alemán y prepararlo para la guerra.**

Junto con este rígido sistema de control social se estableció también el control sobre la economía que quedó subordinada a los objetivos políticos. El "Plan de Cuatro Años" tenía como objetivo el autoabastecimiento. Al mismo tiempo que se desconocían las determinaciones del Tratado de Versalles que prohibían el rearme, se comenzaron a reclutar nuevamente hombres para el ejército reestableciendo el servicio militar obligatorio, y se orientó la producción hacia las industrias bélica y química. Sin duda, Alemania se preparaba para una expansión que conduciría irremediablemente hacia la guerra.

La prueba más siniestra y evidente de la irracionalidad del nazismo la constituye la persecución desatada contra los judíos. En rigor, la cultura occidental rechazaba en muchos aspectos a los judíos, a quienes se responsa-

[13] Véase Dietrich Bracher, Karl (1995), cap. 7, pp. 64-152.

bilizaba del deicidio. No son escasas las fuentes que ponen en evidencia la exclusión a la que se los pretendía someter ni el hecho de que, desde el medioevo, se les adjudicara la responsabilidad sobre distintas calamidades. Sin embargo, estas actitudes antijudías nunca alcanzaron la amplitud y la radicalización que alcanzarían durante el nazismo. Con la toma del poder quedó libre el camino para transformar en realidad el objetivo que ya figuraba en ***Mein kampf*** y en el programa del Partido: eliminar la influencia cultural, política, social y económica judía y proceder a la sistemática expulsión de los judíos del Estado nacionalista. El "espíritu ario" no podía ser atacado por ese "fermento de descomposición".

Desde la radio y la prensa se puso en práctica una activa campaña difamatoria contra los judíos. En las escuelas y en todas las universidades se estableció como obligatoria una "ciencia de la raza": se trataba de formar a la juventud alemana en un antisemitismo que constituiría la base de la Gran Alemania "aria" que se procuraba construir. La campaña parecía contar con consenso. En rigor, no se levantaron protestas cuando ya en abril de 1933 se estableció el boicot a los comerciantes judíos. Tampoco las hubo cuando los judíos perdieron los derechos políricos y se estableció que ninguno podía ocupar cargos públicos. No se levantó ninguna ola de indignación entre los profesores de escuelas y universidades cuando fueron expulsados de las cátedras sus colegas judíos. Tampoco hubo reacciones -más allá de muestras de solidaridad individual- cuando en marzo de 1941 se decidió la exterminación biológica de los judíos, misión encomendada a las tropas de asalto de las SS en distintos campos de concentración, de los que Auschwitz alcanzó la más trágica celebridad.

La intención de explicar el Holocausto ha generado un amplio debate historiográfico. En 1996, en una controvertida obra, Daniel Goldhagen sostenía que los principales perpetradores del Holocausto eran alemanes "comunes" y que la única motivación para el genocidio era el antisemitismo eliminacionista de la cultura alemana, incubado durante mucho tiempo.[14] Desde su perspectiva, este antisemitismo omnipresente y virulento impregnó a la sociedad alemana de una manera distintiva y casi única y transformó a los alemanes corrientes en verdugos voluntarios capaces de llegar a límites extremos, más allá incluso de las políticas diseñadas por el Estado nazi. Era un antisemitismo fundado política e institucionalmente que formaba parte de la misma "identidad" nacional alemana.

El libro de Goldhagen -basado en su tesis doctoral defendida en la Universidad de Harvard- tuvo un gran éxito editorial que alcanzó a un amplio público. Desde los ámbitos estrictamente académicos, en cambio, se cuestionaron muchos de los criterios metodológicos empleados por el autor.[15]

[14] Véase Goldhagen, Daniel (1998).

Es cierto que Golhagen no ensaya ninguna explicación en torno a las condiciones sociales y políticas que permitieron la radicalización del antisemitismo, sin embargo, su interés, al ubicar el problema como intríseco a la cultura alemana, radica en abrir una línea de investigación que supera otros intentos explicativos del Holocausto.

Las explicaciones clásicas sobre el Holocausto siguieron dos tendencias. Por un lado, la línea representada, entre otros, por Saúl Friedlander y Steven Katz hizo hincapié en la importancia del antisemitismo en la determinación de las políticas nazis, las dimensiones irracionales del sistema y la importancia de la figura carismática de Hitler sustentadora de la radicalización racial alemana. Por otro lado, una segunda línea representada por Adorno, Horkheimer y Hannah Arendt, pone énfasis en la racionalidad instrumental y burocrática del exterminio, en los tecnócratas nazis, en el surgimiento de una ciencia racista, y en la crisis de la sociedad occidental.

Más recientemente, una línea de debate fue abierta por Ernest Nolte y Francois Furet.[16] Mientras el historiador alemán Nolte, en una posición "revisionista" que intenta limitar los efectos del Holocausto, considera a los judíos no como víctimas de una empresa infame sino como actores necesarios de una tragedia, el francés Francois Furet sostiene que el antisemitismo moderno estaría basado en una privilegiada relación de los judíos con el mundo de la democracia. En su respuesta a Nolte, Furet señala que mientras el antisemitismo, en el medioevo, está arraigado en el mismo cristianismo -la negativa judía a reconocer la divinidad de Cristo, el diecidio- el moderno, si bien las antiguas motivaciones pueden persistir, "acusa al judío de ocultar, bajo la universalidad abstracta del mundo del dinero y de los Derechos del Hombre, una voluntad de dominación del mundo, que comienza por un complot en cada nación en particular [...] De muy buena gana reconozco que la representación imaginaria que el antisemita tiene del judío deriva no sólo de una herencia histórica, sino del conjunto de observaciones sobre la parte que los judíos tomaron en la economía capitalista, en los movimientos de izquierda o en las cuestiones del espíritu en las naciones de la Europa democrática". La transformación de ese juicio, que puede llamarse "racional" aunque sea para deplorar tal estado de cosas,

[15] Véase Filchelstein, Federico (ed.) (1999).

[16] Véase Nolte, Ernest (1996) y Nolte, Ernest y Furet, Francois (1998).

en ideología de exterminio, es lo que caracteriza el paso de lo racional a lo irracional. Y se opera por el deslizamiento de esa idea -el papel desempeñado por los judíos en la modernidad- en un medio de movilización de masas y un imperativo de la acción política. En esta línea, los judíos fueron transformados, en el imaginario colectivo, en agentes constantes y activos de un complot contra la nación. Sin embargo, más allá de las interpretaciones, una cosa queda clara: el Holocausto demuestra el grado de monstruosidad que los hombres y las mujeres somos capaces de alcanzar.

El irracional nacionalismo que se alentó en Alemania tenía como objetivo también la expansión y la guerra. Después de formar el Eje Roma-Berlín, de participar en la Guerra Civil española, de firmar el Pacto AntiComintern con Japón (1936), Hitler anexó Austria (1938) e invadió Checoslovaquia (1939). Ya desde abril de 1939, Hitler había expresado sus intenciones de anexar Danzig y exigió a Polonia la concesión de un camino y un ferrocarril para atraversar el "corredor polaco". Ante la situación creada, Gran Bretaña y Francia firmaron un tratado militar para garantizar la defensa de Polonia. Finalmente tras una serie de ultimátums que fueron rechazados por el gobierno polaco, las fuerzas alemanas invadieron Polonia el primero de septiembre de 1939. La guerra se reiniciaba.

1945: El fin de la guerra

En rigor, en su reanudación, la guerra fue un conflicto exclusivamente europeo: una guerra "civil" que enfrentaba a fascistas y antifascistas. En una primera etapa, la guerra fue favorable para los alemanes. Tras una rápida expansión, Alemania controlaba, a mediados de 1940, Austria, Checoslovaquia, Dinamarca, Noruega, Bélgica, Holanda, Polonia y gran parte de Francia; al año siguiente invadía Bulgaria, Yugoslavia y Bélgica. La rapidez de la ocupación demostraba la eficacia de la nueva técnica militar empleada, la ***blitzkrieg*** (guerra relámpago). Ésta consistía en devastadores bombardeos, posibles por la abrumadora superioridad aérea alemana, contra fortificaciones, carreteras, ferrocarriles, fábricas, centrales eléctricas, etc. En medio del caos y la destrucción reinante después de los bombardeos, el segundo paso era, por tierra, el avance de los tanques arrasando lo que quedaba y, tras los tanques, el avance de la infantería, que garantizaba la ocupación del territorio.

Pero esta situación bélica favorable pronto se agotó. En junio de 1940, sin previa declaración de guerra, las fuerzas alemanas invadían la URSS -rompiendo el pacto nazi-soviético de 1939, con el que Hitler había buscado garantizar la neutralidad de Stalin- en un frente que se extendía desde el mar Blanco hasta el mar Negro. El ataque a Stalingrado fracasó y con la táctica de "tierra arrasada" los rusos infligieron considerables pérdidas a los alemanes. Además, el invierno ruso hizo fracasar la técnica del ***blitzkrieg.*** Con una guerra en dos frentes, Alemania se veía condenada a perder posiciones. Además, desde fines de 1941, la guerra nuevamente había dejado de ser un conflicto europeo: no sólo se había extendido al norte de África, sino que Japón atacó a una base militar estadounidense en el Pacífico.

En Japón también se había instalado un sistema de carácter fuertemente nacionalista que se expresaba en una idea esencial: la concreción del espíritu imperial mediante una política expansionista. En esa línea, después de haber firmado el Pacto AntiComintern, Japón había ocupado el Manchu-kuo con el objetivo de consolidar su hegemonía. A partir de ese momento (1937) estalló la guerra chino-japonesa que luego se confundió con la guerra general. Y el ataque a Pearl Harbor fue el motivo que determinó al renuente Congreso de los Estados Unidos autorizar al presidente Roosevelt a participar en la guerra (1942). A partir de ese momento la coalición de fuerzas fue la del Eje (Alemania, Italia y Japón), enfrentada a los Aliados (Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética). En síntesis, en la guerra se enfrentaban nuevamente las principales potencias industriales.

La guerra dependía en gran medida de la capacidad para producir armamentos, lo que implicaba gran concentración de capitales y métodos adecuados de producción en masa. Gracias al "Plan de los Cuatro Años", Alemania había ingresado en la guerra en coincidencia con una óptima producción; sin embargo la situación varió a partir de 1942. Comenzó a registrarse una aguda crisis de producción y un grave déficit de mano de obra. Se intentaron programas de emergencia, se requisaron las zonas ocupadas y contigentes de mano de obra fueron enviadas a las fábricas alemanas. Pero esto no impidió que en 1943 la crisis alcanzara su punto más agudo y que debiera declararse la "movilización total". Situaciones similares eran atravesadas por Italia y por Japón. En síntesis, se debilitaba la capacidad de producción del Eje, en el momento en que se daban los ataques cada vez más intensos de los Aliados. Además, la consolidación de los movimientos de resistencia en las zonas ocupadas minaban la "colaboración".

En julio de 1943, los aliados ocuparon Sicilia y la situación italiana llegaba a un punto crítico. Mussolini fue acusado de "servilismo" con Alemania, depuesto por el Gran Consejo Fascista y apresado por orden del rey Víctor Manuel III. Inmediatamente Italia firmó la capitulación (septiembre de 1943). Ante esto, Alemania invadió el norte de Italia y rescató a Mussolini, quien mediante un golpe de Estado fue nombrado -tras abolir a la monarquía- presidente de la República Social Fascista.

Sin embargo, la suerte del Eje estaba echada y la ofensiva soviética sobre Berlín determinó el fin de la guerra. El 24 de abril de 1945, Mussolini se aprestaba a huir, pero fue capturado y ejecutado por guerrilleros de la resistencia italiana. Dos días más tarde, Hitler, junto con su amante Eva Braun, se suicidaba en los sótanos de la Cancillería del Reich. El 7 de mayo, Alemania firmaba la capitulación. El conflicto aún continuaba en el Pacífico, pero la solución fue drástica: la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki determinó la rendición de Japón, dejando un incalculable saldo de pérdidas humanas. La guerra había terminado con los regímenes fascistas, pero también había modificado al mundo de la democracia. A partir de ese momento las altas inversiones en armamentos y la revolución tecnológica permanente en el campo bélico habían encontrado una salida para la crisis del capitalismo.

Terminaba entonces la Guerra de los Treinta y un Años: una guerra iniciada en 1914 con el asesinato del archiduque de Austria en Sarajevo y acabada con la bomba atómica en 1945, dividida por un conflictivo período de entreguerra. Y dejaba a un mundo profundamente transformado.[17]

Los contemporáneos hablaron de Primera y de Segunda Guerra Mundial. Hubo indudables diferencias entre ambos períodos de la guerra, pero también resulta indiscutible su continuidad. Entre ambas hubo muchas semejanzas. Fueron dos episodios de una carnicería sin posible parangón, que dejaron imágenes de pesadillas tecnológicas —la memoria de los gases tóxicos y de los bombardeos, después de 1918, y de la nube de destrucción nuclear, después de 1945— que marcarían a los sobrevivientes y a la siguiente generación. También ambos conflictos concluyeron con el derrumbamiento y la revolución social en extensas zonas de Europa y Asia. Ambas dejaron a beligerantes extenuados, con la excepción de los Estados Unidos. Pero la continuidad está dada sobre todo por el hecho de que la segunda parte de la guerra concluyó con los problemas que la primera había dejado pendientes. Acabó con los problemas de la economía capitalista —por lo menos por un tiempo- y el progreso de la vida material sostuvo la democracia política occidental. Después de la guerra los viejos enemigos —Alemania y Japón- acabaron integrándose a la economía del mundo occidental, mientras surgían nuevos enemigos —Estados Unidos y la Unión Soviética— que nunca se enfrentarían en el campo de batalla. La guerra cambiaba de escenario y se desplazaba hacia el "tercer mundo".

[17] **Hobsbawm, Eric (1995), cap. 1, pp. 29-61.**

2. La sociedad contemporánea

El mundo de la posguerra

La Guerra Fría

Tras la guerra mundial, era indudable que los Estados Unidos y la Unión Soviética se constituirían en las potencias hegemónicas dentro del concierto internacional. Ya entre 1943 y 1945 se había esbozado la línea demarcatoria que dividiría a Europa, tanto en función de las cumbres internacionales en que habían participado Churchill, Stalin y Roosevelt, como por el innegable hecho de que los ejércitos soviéticos eran los que habían derrotado a Alemania. En síntesis, la guerra terminó con el fin del sistema de equilibrio entre las potencias europeas, entretejido desde el siglo **XVI.** En su lugar surgía un nuevo ordenamiento internacional.

Dentro de ese nuevo ordenamiento, los países europeos dependerían de las relaciones soviético-americanas y podrían influir en su desarrollo según su importancia estratégica para los dos nuevos centros hegemónicos. Estaba claro además que ambas potencias estaban interesadas en la rápida estabilización económica de una Europa que había quedado devastada por la guerra.

Además era necesario atender urgentes problemas sociales: la desmovilización de los ejércitos, la inserción de masas de gente en la vida civil y productiva, la situación de los prisioneros de guerra, de los confinados en campos de concentración y de muchos que habían sido desplazados de sus lugares de origen. Ante la difícil situación, el gobierno de los Estados Unidos temía, al acabar la guerra, una nueva crisis de superproducción sin los socios ni los mercados europeos; en la URSS se temía que los debilitados estados europeos cayeran bajo la dependencia de los Estados Unidos que rápidamente habían concedido créditos y suministros de socorro. De este modo, ya desde fines de la guerra, Europa se convirtió en el centro de temores y planes contrapuestos aún antes de que la división en un bloque oriental y un bloque occidental fuese una realidad inalterable.[18]

La línea comenzó a estabilizarse paulatinamente. En los países europeos, muchos partidos conservadores o de derecha habían quedado desprestigiados por el explícito o implícito apoyo otorgado al fascismo. Al mismo tiempo, crecía el prestigio de la izquierda, en particular del Partido Comunista, prestigio que estaba avalado por el triunfo de la Unión Sovie-

[18] **Véase** *ibid,* **cap. 8, pp. 229-259.**

tica sobre Alemania y por el papel que los comunistas habían jugado en los movimientos de resistencia. Coaliciones de izquierda se impusieron en Polonia, Yugoslavia, Bulgaria, Rumania, Albania, Hungría y Checoslovaquia, que en distinto grado y en distintas condiciones, quedaron bajo la órbita de la URSS. De este modo, Europa oriental se separaba de la occidental por lo que Winston Churchill había definido en 1946 como el "telón de acero": una línea que se extendía del Báltico hasta el Adriático, pasando por las zonas de ocupación soviética en Alemania.

Pero el éxito de los partidos comunistas no se había dado sólo en Europa oriental, también ganaban adeptos en Italia, en Francia, en Grecia. Incluso, en Gran Bretaña, el ascenso de la izquierda se expresó en el triunfo del Partido Laborista en julio de 1945, que desplazó al conservador Winston Churchill como primer ministro. Desde la perspectiva de los Estados Unidos, el ascenso de la izquierda, y fundamentalmente del comunismo, se alimentaba de la pobreza y de la desesperación: era necesario actuar para contener la marea ascendente de esa amenaza. Tal fue el objetivo del Plan Marshall (1948) que otorgó ayuda financiera para acelerar la recuperación económica. Pero, desde la perspectiva de la Unión Soviética, esto constituía una indebida intromisión de los Estados Unidos en los asuntos internos de los países europeos. Y con esto comenzaron las tensiones que se definieron como la ***Guerra Fría.***

El conflicto se agudizó en torno a la situación de Alemania. En efecto, tras la guerra, Alemania había sido dividida en cuatro zonas que fueron ocupadas por los vencedores. Hacia 1948, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos comenzaron las gestiones encaminadas hacia la unificación, al mismo tiempo que se tomaban medidas para formar un gobierno elegido por los propios alemanes. En síntesis, se daban los pasos conducentes a la formación de la República Federal de Alemania. Ante esto, la Unión Soviética procedió al establecimiento de un gobierno "títere" en Alemania oriental que pasaría a constituirse en la República Democrática Popular alemana.

Las tensiones que se generaban en una Alemania dividida tuvieron su mayor expresión en la ciudad de Berlín. La antigua capital alemana estaba también repartida entre las distintas fuerzas de ocupación, pero se encontraba enclavada en territorio soviético. En un intento de expulsar a los aliados de Berlín, la URSS cerró los accesos a la ciudad pese a las protestas internacionales. Los aliados pudieron mantener el control, sobre todo de suministros de provisiones para la población urbana, a través de la intensificación de las comunicaciones aéreas. Sin embargo el bloqueo de 1948, si bien fue temporario, anunciaba medidas más definitivas. En efecto, en 1961, para evitar la fuga hacia la zona occidental, las autoridades de Alemania oriental comenzaron la construcción de un sólido muro de cemento que atravesaba la ciudad de norte a sur. La metáfora del "telón de hierro" adquiría consistencia física y el Muro de Berlín se transformó en el símbolo más consistente de la Guerra Fría.

Pero la Guerra Fría no se expresaba sólo en el control de territorios y poblaciones. Ya hacia el fin de la guerra, los Estados Unidos habían demostrado con la bomba atómica que habían desarrollado un armamento de gran potencia destructiva. Pero esta supremacía pronto se acabó: en agosto de 1949 también la Unión Soviética produjo su primera explosión atómica. A partir de ese momento, la carrera armamentista se transformó en un elemento central de la Guerra Fría. La cantidad de armamento nuclear o químico, los emplazamientos y el número de cabezas de misiles, es decir, la capacidad destructiva que era capaz de desarrollar cada una de las "superpotencias" se transformó en el eje de la Guerra Fría. Según los discursos gubernamentales, estos armamentos no tenían como objetivo iniciar un ataque, sino que tenían solamente objetivos de defensa o de "disuasión". Sin embargo, también comenzó a instalarse el temor de que la Guerra Fría pudiera transformarse en "caliente" provocando un holocausto mundial.

La noticia de la capacidad nuclear de la Unión Soviética llevó al presidente Truman a asumir un discurso donde se presentaba al comunismo como un bloque monolítico y en expansión que sólo podía ser contrarrestado por un programa de contención. La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), considerada hasta ese entonces como una garantía de protección psicológica, se transformó en un ejército de defensa, después de que el inicio de la Guerra de Corea (1950) provocó un rebrote de los sentimientos anticomunistas y del temor a la expansión soviética. En respuesta a la OTAN, la Unión soviética organizó el Pacto de Varsovia (1955). De este modo, en la década de 1950, los bloques quedaban formalizados.

La imagen difundida por la Guerra Fría, de un mundo dividido en bloques mutuamente amenazantes, que caminaba sobre el filo de una navaja, pasó a formar parte del sentido común de la sociedad. Era una imagen incansablemente repetida y que, por ejemplo, el cine de Hollywood reprodujo sin temor a las reiteraciones.[19]

Sin embargo, como señala Hobsbawm, la singularidad de la Guerra

[19] **Stanley Kubrik, por su parte, filmó** *El Doctor Insólito o cómo aprendí a no preocuparme y amar la bomba* **(1964), con Peter Sellers y George Scott. En este film, considerado una protesta moral de rechazo contra el paradigma dominante, Kubrik deja al descubierto el irracional terror americano al comunismo de la década de 1960 *y* muestra los riesgos de la Guerra Fría.**

Fría estribaba en que, más allá de la retórica de ambos bandos, no había ningún peligro inminente de guerra mundial, a pesar de algunos incidentes como la "crisis de los misiles" (1962). Es cierto que en la década de 1970, la Guerra Fría se intensificó: la derrota en la guerra de Vietnam y los conflictos en Oriente Próximo habían debilitado a los Estados Unidos que respondió con una extraordinaria aceleración de la carrera armamentista. Sin embargo, esto tampoco alteró el equilibrio global.

De allí, las preguntas planteadas por Edward P. Thompson: ¿cuál es el significado de la Guerra Fría?, ¿cuáles son los objetivos a los que efectivamente sirvió?[20]

Indudablemente, la imagen de bloques sólidos, sin ningún tipo de fisuras, que construyeron mutuamente los antagonistas no corresponde a la realidad. Dentro del bloque "libre", occidental o capitalista no todos los países acataron disciplinadamente las consignas estadounidenses: el laborismo británico, la socialdemocracia alemana, la democracia cristiana en Italia, muchas veces adoptaron posiciones autónomas. Otro tanto ocurría dentro del bloque comunista, oriental o soviético: la Yugoslavia de Tito (que en 1948 fue expulsada del bloque), los conflictos surgidos en Polonia (1956), en Hungría (1956) y en Rumania (1963), la ruptura de relaciones entre la URSS y China (1964) y la "primavera de Praga" (1967) también fueron expresiones de las tensiones internas.

¿De dónde surgió entonces la imagen de bloque monolítico? Esa imagen fue la que construyó el "otro", buscando asegurar su propia existencia. Según Thompson, la Guerra Fría fue un "negocio" que se inauguró a partir de 1947, pero que posteriormente se independizó de sus orígenes para transformarse en un fenómeno encerrado en sí mismo; un fenómeno autónomo que, además, se autorreproducía. A medida que el poder militar de cada una de las "superpotencias" crecía año tras año, la Guerra Fría generaba sus propias estructuras. La carrera armamentista contaba con directores, administradores, productores e inversores interesados en que el negocio se ampliara y perdurara. En ambos bloques había intereses materiales muy poderosos: personal militar e industrial, investigadores para el desarrollo de las nuevas tecnologías bélicas, servicios de seguridad y de espionaje. Eran grupos que manejaban importantes y crecientes partidas de recursos, controlaban el desarrollo científico y ejercían una indudable influencia en la vida económica y social. Y el mantenimiento de esa estructura dependía básicamente de la Guerra Fría. Lo importante es marcar el carácter recíproco de este proceso: para que existiera uno debía existir necesariamente el

Véase Thompson, Edward P. (1983), pp. 199-240.

otro. Los proyectiles soviéticos alimentaban a los proyectiles de la OTAN y éstos a los soviéticos, y así indefinidamente. En síntesis, la principal característica de la Guerra Fría fue su autorreproducción.

Pero la Guerra Fría generó una visión del mundo que también se reprodujo. Para definir a un "nosotros" es necesario definir a un "otro". Y si ese "otro" se presenta como algo amenazador, los vínculos que constituyen al "nosotros" se fortalecen. De esta manera, la Guerra Fría permitió homogeneizar a la sociedad y construir el consenso dentro de cada bloque. Según Thompson, la amenaza del "otro" se había internalizado de modo tal en la cultura estadounidense y en la soviética que la identidad de muchos de sus ciudadanos estaba íntimamente a las premisas de esta guerra.

En efecto, los Estados Unidos contaban con una población dispersa en medio continente, proveniente de distintas oleadas inmigratorias que no se organizaba tanto horizontalmente, en clases o grupos sociales, como verticalmente según orígenes regionales, étnicos o lingüísticos: negros, hispanos, polacos, italianos, judíos, irlandeses y chinos mantenían sus propias estructuras mentales y culturales. Además, el mito norteamericano de las posibilidades de ascenso que los Estados Unidos ofrecían para todos reforzaba el individualismo e impedía trazar objetivos comunes. El modo de contrarrestar esas fuerzas centrífugas fue la ideología de la Guerra Fría. La existencia de un "otro" amenazador permitió fortalecer la identidad de "norteamericanos libres". Además, el virulento anticomunismo permitía consolidar la disciplina interna: permitió descabezar sindicatos o marginar ciudadano de la política. Y esto explica el éxito logrado por las políticas del *macarüsmo* en la década de 1950.

El clima de la Guerra Fría preparó indudablemente el terreno al senador republicano Joseph McCarthy, quien en febrero de 1950 ya había denunciado la existencia de comunistas en el propio Departamento de Estado de los Estados Unidos. Pero el estallido de la Guerra de Corea contribuyó además a crear una atmósfera donde sus denuncias indiscriminadas llegaron a tener gran respaldo popular. Incluso, estas denuncias llevaron a la formación de un Comité en el Senado responsable de las investigaciones. McCarthy -de gran habilidad en el manejo de la prensa, la radio y la televisión- logró que, en medio de sentimientos anticomunistas que alcanzaban la histeria, cualquier pertenencia, presente o pasada, a cualquier organización reformista, liberal o internacionalista resultase sospechosa. El fin de la guerra de Corea, en julio de 1953, restó impulso a las campañas del macartismo. Finalmente, en 1954, las denuncias de McCarthy sobre un supuesto espionaje en las fuerzas armadas le valió una censura del Senado que acabó con su carrera.

dos y los sectores más radicalizados contaron con el apoyo, primero, de la URSS y luego, de China.

En Asia, movimientos nacionalistas que integraron a distintas fuerzas sociales, ya se habían desarrollado desde las primeras décadas del siglo XX. Un ejemplo lo tenemos en los comienzos de la revolución china (1911-1912).

Pero el ejemplo de la Revolución Rusa, el impacto de la crisis económica de 1930 y de la Guerra Mundial hicieron que, después de 1945, estos movimientos fueran incontenibles. Los movimientos asiáticos estuvieron integrados por distintos elementos. En algunos casos, hubo también grupos que actuaron por motivaciones religiosas. Frente a la penetración de las misiones cristianas, tanto protestantes como católicas, percibidas como elementos estrechamente vinculados al dominio político y económico extranjero, estos grupos intentaron hacer de las religiones tradicionales el símbolo de la identidad nacional. Esto fue característico de algunos países, como Birmania y Camboya, donde las asociaciones budistas se transformaron en núcleos de la propaganda nacionalista.

Sin embargo, los núcleos principales de estos movimientos fueron dos: 1) los partidos nacionalistas, integrados por intelectuales, con aportes de la burguesía y de sectores populares, y 2) los "frentes populares", organizados por los distintos partidos comunistas nacionales en alianza con otros grupos políticos.

Dentro del primer grupo, tenemos el caso de Indonesia, antigua colonia holandesa, que declaró su independencia bajo la conducción de Sukarno, líder del Partido Nacionalista, en 1945 (y fue reconocida por Holanda en 1947). Pero el caso más notable lo constituyó la India. Ya desde fines del siglo XIX nos encontramos en la India con un movimiento independentista que se institucionalizó en el Partido del Congreso. Esta acción política, después de 1918, se combinó con la acción de Mahatma Gandhi que propuso un movimiento de "resistencia pasiva", de retiro de colaboración y de boicot a los productos extranjeros, que muy pronto demostró la fragilidad de la hegemonía inglesa.

Después de la guerra, se agudizaron los conflictos entre los ingleses y los nacionalistas indios que finalmente llevaron a la independencia en 1947. Empero, desde ese entonces, la India estuvo sacudida por profundos conflicto internos, regionales y religiosos. Estallaron conflictos entre la India, mayoritariamente hindú, y el Pakistán, musulmán. Incluso, Gandhi cayó asesinado por un fanático hindú ante las concesiones que se habían hecho a los musulmanes pakistaníes. Así, desde el establecimiento de la independencia los conflictos religiosos jalonaron la hisroria de la India (con picos importantes en 1948, 1965, 1971).

Los movimientos del segundo grupo, los "frentes populares", también se dirigían contra el dominio extranjero, pero además aspiraban de sistemas políticos y económicos socialistas. En Asia —si bien algunos autores consideran que dentro de este grupo puede encuadrarse la Revolución China—, fue especialmente el caso de Indochina, colonia francesa en donde Ho Chi Minh había proclamado la independencia en 1945 y establecido la República Democrática de Vietnam, de carácter socialista. La independencia de Vietnam dio origen a una larga y cruenta guerra, que culminó en 1954 cuando los franceses fueron derrotados en Diem Bien Puh. Los Tratados de Ginebra ordenaron el alto al fuego, de modo tal que las tropas de ambos bandos se agruparon a cada lado del paralelo 17. El norte, con capital en Hanoi, quedó controlado por el Frente Unificado Nacional, conducido por Ho Chi Minh; el sur, con capital en Saigón, quedó controlado por la dictadura anticomunista de Ngo Dinh Diem. Pero el conflicto se reinició cuando en el sur se formó, en 1960, el Frente de Liberación de Vietnam del Sur y comenzó una guerra que se extendió a Laos y Camboya y en la que los Estados Unidos tuvieron una activa participación. El conflicto terminó en 1976 con la derrota de los Estados Unidos y la reunificación del territorio en la República Socialista de Vietnam, con capital en Hanoi.

Los movimientos independentistas también se dieron en Africa. Desde fines del siglo XIX, y principalmente desde 1884, Africa fue repartida entre los países europeos en distintas áreas de dominación política y económica.

La economía fue organizada fundamentalmente en función de la exportación de productos agrícolas, en grandes plantaciones dedicadas al monocultivo, cacao, café y la explotación del caucho. Dentro de este esquema, el comercio fue monopolizado por grandes empresas agroexportadoras de origen europeo. Con esta base económica, la situación fue particularmente difícil después de la crisis de 1930. La caída de los precios agrícolas obligaba a exportar cada vez más para poder importar más o menos lo mismo. En este contexto, después de la guerra, también en África surgieron vigorosos movimientos nacionalistas.

La administración colonial había dado origen a una capa de nativos educados en Estados Unidos o en Europa. Estos sectores configuraban una capa de funcionarios, empleados, maestros, profesores universitarios, profesionales, e incluso militares que configuraron una ***intelligenzia*** africana que proveyó los líderes nacionalistas. Sobre estas bases, en la década de 1950, estallaron diversos conflictos, aunque los procesos se adaptaron a las distintas condiciones locales. De este modo, nos encontramos con movimientos de diferente tipo según tomemos como referencia el África musulmana o el África negra.

En el caso del África musulmana, los movimientos por la independencia comenzaron en Egipto, antiguo protectorado inglés. La monarquía egipcia estaba sostenida en realidad por el apoyo de Gran Bretaña, cuya presencia, sobre todo expresada en las tropas británicas encargadas de mantener el orden interno, causaba una marcada irritación en la sociedad. Esto no impedía, sin embargo, que se desataran huelgas, motines y manifestaciones sin que el gobierno encontrara una salida política. Dentro de ese clima, cobró importancia una organización interna del ejército egipcio, el grupo llamado de "Oficiales libres" que sostenía posiciones nacionalistas y propugnaba un proyecto político de nacionalización e incluso de modernización de la economía. El principal dirigente del grupo fue el coronel Nasser que dio un golpe militar, en 1952, por el que se pudo establecer la República (1953). Nasser llegó además a un acuerdo con Gran Bretaña que comenzó a retirar sus tropas. De este modo, en 1956, cuando culminó este retiro quedó garantizada la independencia de Egipto.

El golpe militar nacionalista en Egipto, en 1952, avivó los sentimientos nacionalistas árabes que impulsaron nuevos movimientos independentistas: en 1952, se estableció la República de Libia; en 1956, Sudán se liberó de la presencia tanto de egipcios como de ingleses y proclamó la República; en 1956, también se dieron los movimientos en Marruecos y en Túnez, que se independizaron de España y de Francia, respectivamente. Y también en 1952 comenzó la lucha por la independencia de Argelia, colonia francesa. Pero este proceso fue mucho más conflictivo y generó una larga guerra. El problema era que en Argelia se había establecido un número considerable de colonos franceses, que tenían un relevante papel dentro de la economía y en la organización política local. De esta forma, el movimiento independentista tuvo que enfrentarse no tanto con las tropas francesas como contra estos colonos, muchos de los cuales eran ya nacidos en Argelia, que se negaban a aceptar la independencia. La guerra abierta se declaró en 1954 y fue dirigida por el Frente de Liberación Nacional, de orientación socialista, que después de una lucha bastante cruenta fue consolidando posiciones.

El gobierno francés, presidido por el general Charles De Gaulle, decidió entonces iniciar las conversaciones destinadas a otorgar la independencia a Argelia. La decisión fue tomada, en parte, por las derrotas militares que los argelinos habían ocasionado, pero también por la presión de la opinión pública francesa. En efecto, cuando se conocieron los cruentos detalles de la guerra, dentro de la misma sociedad francesa pronto surgió un movimiento a favor de la independencia argelina. Pero los colonos no estaban dispuestos a admitir que Argelia abandonara su situación colonial y organizaron una fuerza armada, la OAS, dispuestos a resistir. La OAS desencadenó una serie de atentados terroristas tanto en Argelia como en Francia: en alguno de ellos, el mismo De Gaulle salvó sorprendentemente su vida. De este modo, la guerra se prolongó hasta 1962 en que se firmaron los acuerdos de Evian y, después de un sonado plebiscito, se le otorgó la independencia a la antigua colonia.

En el caso de los movimientos independentistas del África negra, la situación fue muy complicada. La primera vez que se formuló la aspiración a la independencia fue en 1945 cuando se reunió el Congreso Panafricano. Esta aspiración fue formulada por Nkrumah, un líder de la independencia africana, quien más tarde sería el presidente de Ghana. Sin embargo, los movimientos nacionalistas surgieron algunos años más tarde, a mediados de la década de 1950 y en las dos décadas siguientes. La mayor dificultad que tuvieron los líderes negros africanos no fue en conseguir la independencia. Aunque en algunos casos hubo enfrentamientos sangrientos, en muchos otros casos los países europeos estuvieron dispuestos al reconocimiento de las independencias, en gran parte por la presión internacional. El problema mayor fue lograr una mínima cohesión social que sirviera de base a los nuevos estados africanos. Una vez que se obtuvo la independencia, viejos conflictos tribales y regionales -que habían estado tapados por el poder colonial- salieron a la luz y se proyectaron en sanguinarias luchas políticas. El problema, en estos casos, fue inverso a lo que sucedió en los estados árabes dónde una lengua y una religión común y una vieja tradición cultural les daba su sostén.

Lo significativo de la constelación de nuevos países asiáticos y africanos, que surgieron en menos de dos décadas, fue que pronto repercutió a nivel mundial. No sólo ingresaron a las Naciones Unidas, atrayendo la atención mundial sobre sus problemas políticos, sociales, económicos y culturales, sino que además, si bien recibieron apoyo económico y tecnológico de las grandes potencias, fueron estados que comenzaron a actuar con cierta independencia en materia de política internacional, consolidando el Movimiento de los Países no Alineados, que buscaba incluir a los países del llamado Tercer Mundo.

Esto llevó a una transformación de los bloques de poder. Porque si bien en la oposición entre bloques regía el enfrentamiento entre capitalismo y comunismo, eran cada vez más innegables las diferencias que se planteaban entre países "avanzados" o "desarrollados" y países "atrasados" o "subdesarrollados", independientemente de que fueran capitalistas o socialistas. De esta manera, al conflicto entre bloques pronto comenzó a agregarse lo que se considera el enfrentamiento entre otra división del mundo: el Norte (avanzado) y el Sur (atrasado).

La construcción del Estado de bienestar

Tras la guerra, para los países europeos la prioridad absoluta la constituyó la recuperación económica, de modo tal que ya entre 1949 y 1950 se habían alcanzado los niveles de producción del período de entreguerra. A partir de esta base, en la década de 1950 y, sobre todo, en la de 1960, se produjo un aumento sostenido de la producción industrial. En rigor, el avance de los países europeos, incluso de Japón, fue más rápido que el de los Estados Unidos, ya que para este último país —que indudablemente dominaba la economía mundial- la prosperidad que se iniciaba en la década de 1950 implicaba una prolongación de la expansión de los años de guerra. Como señala Hobsbawm, mientras en Estados Unidos se continuaban tendencias, en los países europeos se acortaban las distancias. Ya en la década de 1950, Europa occidental aumentaba su participación en la actividad económica global sentando las bases para su prosperidad de la década de 1970.[21]

El resultado de este proceso fue el fortalecimiento de la situación económica de los países capitalistas desarrollados. Y este rápido crecimiento produjo una reestructuración y reformas sustanciales dentro del capitalismo, al mismo tiempo que un avance hacia la globalización y la internacionalización de la economía. La agricultura disminuyó su importancia en casi todas partes, tanto en lo que hace a su participación en el producto como en el empleo, siendo el sector industrial el que verificó los índices de crecimiento mayores. Por su parte, los sectores de servicios (transporte, comunicaciones, construcción, etc.) absorbieron una participación creciente del empleo.

La característica más destacada de este período fue el cambio del papel de los gobiernos respecto a la economía. La reestructuración del capitalismo facilitó a los estados la planificación y la gestión de la modernización económica, dentro de los parámetros de una economía mixra. Los grandes éxitos económicos de la posguerra en los países capitalistas, con contadísimas excepciones -como el caso de Hong Kong-, se debieron a procesos de industrialización efectuada con el apoyo, la supervisión, la dirección y, a veces, la planificación y la gestión de los gobiernos. Y hay ejemplos de esta actividad tanto en Gran Bretaña, Francia y España, en Europa; como en Japón, Singapur y Corea del Sur, en Asia. Al mismo tiempo, el compromiso con el pleno empleo y con la reducción de las desigualdades económicas -para alejar el fantasma de los conflictos sociales y de peligros del comunis-

[21] Véase Hobsbawm, Eric (1995), cap. 9, pp. 260-289.

mo—, es decir, el compromiso con el bienestar de la población y con la seguridad social permitió la expansión de un mercado de consumo masivo.

Durante los años anteriores a la guerra no se habían considerado que esos objetivos —el desarrollo económico, el bienestar de la población- estuvieran incluidos dentro de las responsabilidades gubernamentales. Los objetivos básicos de las políticas económicas habían sido el reestablecimiento de la estabilidad monetaria, el mantenimiento del patrón oro y de presupuestos equilibrados. También los instrumentos de las políticas económicas eran limitados: el arma principal de la administración de la economía era —por lo menos hasta su descrédito en la década de 1930— la política monetaria a la que se agregaban políticas en materia fiscal.

Pero a partir de la posguerra y, sobre todo, a partir de la década de 1950, el Estado no sólo aceptó la responsabilidad de mantener el pleno empleo y conseguir un crecimiento más rápido y la estabilidad económica, sino que absorbió una proporción mucho mayor y creciente de recursos nacionales, que en algunos casos supuso una extensión de la propiedad pública en las actividades de la economía. En síntesis, los gobiernos aceptaron un abanico más amplio de responsabilidades —incluyendo la administración global de la actividad económica- y utilizaron una variedad mayor de instrumentos para lograr sus objetivos.

El período de la posguerra también se caracterizó por un elevado nivel de innovación tecnológica, especialmente en aquellas industrias basadas en la investigación científica, como la química y la electrónica, y por la rápida difusión de los avances técnicos entre los principales países industriales. Los circuitos de comunicación de ideas, tecnología y productos se vieron facilitados por la desaparición de algunas barreras mercantiles, el crecimiento del comercio, especialmente de productos manufacturados, el mejoramiento general de las comunicaciones, la expansión de la inversión internacional y la explotación de nuevos productos por las compañías multinacionales. La eliminación de restricciones comerciales y la creación de nuevos tratados tuvieron un impacto favorable particularmente para el comercio europeo. En este sentido, tuvieron particular relevancia el programa de liberalización de la Organización Europea de Cooperación Económica, en 1950; la reducción de aranceles a través del GATT (Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio), y la formación de nuevas entidades como la Comunidad Económica Europea y la Asociación Europea de Libre Comercio, de fines de la la década de 1950. De este modo, la estabilidad económica lograda en este período favoreció el crecimiento. Incluso, a pesar de la división en bloques y de la Guerra Fría, la situación política se mostraba lo suficientemente estable como para estimular un mayor gra-

do de cooperación internacional. Este clima también dispuso a los Estados Unidos a participar.

Como señala Hobsbawm: "El capitalismo de posguerra era una especie de matrimonio entre el liberalismo económico y socialdemocracia (o en versión norteamericana, política rooseveltiana del ***New Deal)*** con préstamos sustanciales de la URSS, pionera en planificación económica." Resultaba evidente además que los gobiernos habían adoptado los principios de Keynes, configurando lo que se llamó el Estado de bienestar. Algunos autores establecen diferencias entre el Estado de bienestar y el nuevo Estado keynesiano que se organizó en los años de la década de 1950. En rigor, el Estado de bienestar había comenzado a esbozarse antes de la guerra apuntando a evitar el conflicto social mediante una redistribución que buscaba permitir a amplios sectores de la sociedad el acceso al consumo de bienes y servicios. Era un Estado que respondía a motivaciones políticas y sociales. El Estado de bienestar keynesiano que surgió en la posguerra tenía, en cambio, motivaciones económicas: paliar, mediante el pleno empleo, los efectos de las crisis cíclicas de la economía.

De un modo u otro, por las políticas asumidas, puede considerarse Estado de bienestar a los sistemas sociales desarrollados por las democracias capitalistas industriales después de la guerra y que permanecieron más o menos estables hasta mediados de la década de 1970. Y estas políticas, como señala Ramesh Mishra, se caracterizaron, en primer lugar, por la intervención estatal en la economía para mantener el pleno empleo o, por lo menos, garantizar un alto nivel de ocupación. La segunda característica fue la provisión pública de una serie de servicios sociales, incluyendo transferencias para cubrir las necesidades básicas de los ciudadanos en sociedades cada vez más complejas y cambiantes (educación, asistencia sanitaria, pensiones, ayudas familiares, vivienda).[22] En síntesis, se trataba de proveer servicios que tenían como objetivo la seguridad social en un sentido amplio. En tercer lugar, el Estado se hacía responsable del mantenimiento de un nivel mínimo de vida, entendido como derecho social, es decir, no como caridad pública para una minoría, sino como un problema de responsabilidad colectiva hacia todos los ciudadanos de una comunidad nacional moderna y democrática.

Estos programas se basaban en la convicción de que el gobierno podía y debía tratar de alcanzar esos objetivos dentro del marco de las democracias capitalistas. Y en este sentido, más allá de algunas controversias -en

[22] Véase Mishra, Ramesh (1989).

1957, el profesor de Harvard J. K. Galbraith, en su obra ***La sociedad opulenta,*** anunciaba un negro futuro—, no hay dudas de que hasta los años de la década de 1970 hubo un marcado y significativo consenso sobre el Estado de bienestar, considerado como una deseable y posible forma de organización social.

La evolución del mundo capitalista

Hacia fines de la década de 1970 había terminado la ola de prosperidad. El desempleo, la inflación y la amenaza de la hiperinflación, el estancamiento de la economía y los déficit crecientes señalaban una crisis que pronto afectó al Estado de bienestar. Sobre todo, parecía que las herramientas que habían sido empleadas en los años anteriores, en la economía "mixta" de la posguerra, ya no eran suficientes: los gobiernos se veían superados por la inflación y el desempleo. Comenzó entonces a ponerse en duda la convicción de que el Estado podía asumir la responsabilidad del bienestar de sus ciudadanos en una sociedad capitalista.[23]

La crisis del Estado de bienestar provocó distintas respuestas políticas. Sin embargo, los modelos pueden reducirse a dos. Por un lado, la línea de la socialdemocracia, que se negó a abandonar los objetivos del capitalismo de bienestar, especialmente de pleno empleo, estabilidad y seguridad social. Es el caso, por ejemplo, de Suecia que mantuvo la idea de que la responsabilidad política del bienestar público es posible. Por otro lado, el modelo neoconservador o neoliberal que desmanteló el Estado de bienestar y se apoyó en el sector privado y en las fuerzas del mercado para alcanzar el crecimiento económico y cubrir la provisión de los servicios sociales. Son los casos de la Gran Bretaña de Margaret Thatcher y, como analizaremos, de los Estados Unidos de Ronald Reagan.

El neoconservadurismo: la era Reagan en los Estados Unidos

En julio de 1979, el presidente demócrata James Cárter definía lo que llamó la "crisis de confianza": "La mayoría de los ciudadanos no cree que los próximos cinco años serán mejores. [...] Dos tercios de nuestra población ni siquiera vota. Da productividad de los obreros ha bajado. Aumenta la falta de respeto hacia el poder estatal. La ruptura entre los ciudadanos de los

[23] Véase Hobsbawm, Eric (1995), cap. XIV, **pp. 403-431.**

Estados Unidos y el gobierno jamás fue tan grande como ahora. [...] Esta crisis de confianza es una crisis que afecta el corazón, el alma y el espíritu de nuestra voluntad nacional."

Sin embargo, también se podía advertir que la crisis no era exclusivamente moral, sino que era expresión de una crisis profunda y global que, desde los comienzos de la década de 1970, había alcanzado un nivel mundial. En ese marco, los Estados Unidos parecían visualizar el fin de su hegemonía. En el plano económico, la superioridad financiera, tecnológica y productiva que había favorecido las relaciones norteamericanas con el resto del bloque occidental estaban en una clara disminución y le impedían imponer sus condiciones en forma unilateral. A esto se sumaban los problemas internos. Según datos de la Administración de la Seguridad Social, en 1976, el 12 por ciento de los norteamericanos vivía por debajo del límite de la pobreza. Hacia 1979, la desocupación alcanzaba el 9 por ciento de la población activa. Pero si estas cuestiones habían sido compensadas por el Estado de bienestar, a través de mecanismos como asistencia social y seguros de desempleo, intentando mantener el equilibrio económico y social, el problema radicaba en que también estos lincamientos keynesianos habían entrado en crisis. De este modo, el lema de la década de 1960, "la lucha contra la miseria", paulatinamente, fue dejada en el olvido.

Las dificultades de empleo agudizaron la discriminación social. Jóvenes, mujeres, negros, "chícanos" fueron los más afectados: constituían el 80 por ciento de los desocupados. Además eran los que más sufrían la discriminación en cuanto a los salarios y a los puestos de trabajo. Las dificultades mayores eran para los más jóvenes, para los que buscaban trabajo por primera vez. Hacia 1979, constituían el 25 por ciento de los desocupados. Al mismo tiempo, el acceso a la enseñanza universitaria se hacía cada vez más difícil por sus altos costos. Aunque este acceso tampoco constituía una solución. Según datos de la Organización Internacional del Trabajo, de 1974 a 1985, 950.000 egresados de universidades estadounidenses no encontraban posibilidades de un empleo de acuerdo con su calificación. En síntesis, la educación superior se había transformado en "un pasaje para ningún lado". Todas estas dificultades, la desocupación, la insatisfacción con el presente y la pérdida de confianza en el futuro, pudieron ser vinculadas con el aumento de la criminalidad y de la delincuencia, con la violencia dentro de la familia (mujeres y niños golpeados), y con el aumento del alcoholismo y la drogadicción que alcanzaba a escolares de 10 a 12 años. Eran expresiones de la "crisis de confianza".

En 1976 -cuando los Estados Unidos celebraban el bicentenario de su independencia, con un impresionante aparato publicitario dedicado a la exaltación de la nacionalidad-, la bajísima participación en las elecciones (votó el 54 por ciento de los inscriptos en padrones electorales) indicaba rambién que la crisis de confianza se había extendido a la política. Por un lado, la parricipación en la guerra de Vietnam -guerra considerada por amplios sectores sociales injusta e inconstitucional— puso en evidencia que la política había entrado en contradicción con los ideales democráticos de muchos norteamericanos. La derrota fue además el indicio más claro de la crisis de la hegemonía norteamericana. Pero fue sobre todo el escándalo de Watergate, que obligó a Nixon a renunciar a la presidencia (1974), lo que produjo la quiebra entre la sociedad y el Estado. En efecto, desde George Washington, la figura del presidente era una instancia imprescindible para las emociones patrióticas y los juicios de valor colectivos. Cada cuatro años se efectuaban elecciones de las que surgía un presidente, una figura simbólica que representaba las virtudes, los ideales y las esperanzas de todo el país. Con Watergate, entró en crisis el significado de esta figura simbólica y los principios que se habían creído inmutables.

Dentro de ese clima, signado por la recesión económica y la "crisis de confianza", desde 1977 la administración de Cárter no parecía encontrar los caminos adecuados. Su política exterior, basada en la defensa de los derechos humanos, no parecía reestablecer el consenso interno ni frenar la carrera armamentista. Su política interna tampoco encontraba soluciones para la inflación, la desocupación, ni para la crisis energética (el problema del petróleo que se vinculaba a las presiones de los países árabes), ni para una política económica que provocaba fuertes críticas ya que se basaba en la intensificación de la presión fiscal. El empeoramiento de la situación del norteamericano medio y la falta de respuestas políticas eficaces reafirmaba la idea de que a fines de la década de 1970 la "búsqueda de la felicidad" que había guiado a la sociedad estadounidense de las décadas de 1950 y de 1960, no era ya asunto del Estado sino una búsqueda privada, asunto del individuo, de sus esfuerzos y de su suerte. Dicho de otra manera, el bienestar no era una cuestión pública, sino privada. Dentro de este clima de ideas, reanudaron muy pronto sus actividades los círculos más conservadores.

Desde fines de la década de 1970 comenzó a cobrar cohesión una nueva corriente de pensamiento, el neoliberalismo o neoconservadurismo, producto de la actividad de un grupo de intelectuales (como Daniel Bell, Jean Kirkpatrick, Hermán Kahn y el economista Milton Friedman) convencidos de la necesidad de salvaguardar al sistema capitalista de su colapso. Para los neoconservadores, el rasgo distintivo de la crisis era la pérdida de legitimidad de los gobiernos democráticos y de sus clases gobernantes. Era una crisis cultural, producto de la acción de intelectuales liberales que,

desde las universidades, los medios de comunicación y los aparatos gubernamentales, habían minado los valores fundamentales de la sociedad americana al fomentar un Estado de bienestar, un Estado intervencionista que conllevaba un socialismo encubierto. Según los neoconservadores, la ampliación de funciones del Estado -en salud, comunicación, educación, seguros sociales- derivaba no sólo en una crisis fiscal sino también en una crisis de credibilidad porque el Estado se mostraba ya incapaz de cumplir con todas las expectativas. Se consideraba que el keynesianismo había exacerbado las demandas igualitarias y conducido el Estado a la crisis, al mismo tiempo que lo debilitó al colocarlo en una situación de excesiva dependencia con respecto al consenso de la sociedad.

Para estos neoconservadores, por lo tanto, la salida era la recuperación de los viejos valores centrados en el esfuerzo individual y en la libre empresa, al mismo tiempo que afianzar la autoridad y la eficacia de los gobiernos deslindándolos de las excesivas cargas sociales. Y estos principio neoconservadores sirvieron como plataforma para el Partido Republicano, en 1980, y fueron la base de los discursos de Ronald Reagan durante su campaña electoral. Reagan insistió en que su política económica tendría como objetivo reducir la actividad gubernamental y colocar al mercado nuevamente como centro de la economía. Los mecanismos para equilibrar el funcionamiento económico serían la reducción de los impuestos y el control del presupuesto, evitando la socialización de áreas como salud y educación. En política exterior, el eje de su discurso fue la reconstitución de la posición hegemónica de los Estados Unidos que debería reconquistar el liderazgo mundial.

Sobre estas bases, Ronald Reagan accedió a la presidencia de los Estados Unidos en 1981. Sin embargo, las elecciones no habían provocado demasiado entusiasmo: Reagan fue electo por el 29 por ciento del electorado, lo que demostraba el escepticismo de los ciudadanos.[24]

[24] ¿Quién fue Ronald Reagan? Nació en un pequeño pueblo del Medio Oeste, en 1911, hijo de un modesto vendedor de zapatos. Estudió ciencias económicas pero muy pronto abandonó sus estudios y entre 1933 y 1937 trabajó en radio como locutor deportivo. En 1937, consiguió un contrato como actor en la Warner Brothers, donde filmó la primera de sus 51 películas. En Hollywood, se consolidó como actor de películas de clase B filmadas prácticamente en serie. Pero sus actividades actorales fueron combinadas con el sindicalismo y, en 1946, fue elegido presidente del sindicato de actores. Participó activamente en la campaña maccartista, denunciando en el Comité de Actividades Antinorteamericanas la "infiltración" comunista en Hollywood. En 1964, participó también de la campaña presidencial del candidato ultraderechista y racista Barry Goldwater y al año siguiente, 1965, lanzó su propia candidatura para gobernador de

Pese al escepticismo inicial, ya en los años 1983 y 1984 parecían advertirse signos de reactivación económica. La propaganda republicana insistía en que la inflación anual en 1984, que había llegado con Cárter al 12 por ciento, había bajado al 5 por ciento; que el desempleo, que en 1982 era del 10 por ciento, había bajado al 7 por ciento. Indudablemente Reagan fue reelecto en 1984 por estos aspectos más visibles de la nueva prosperidad. Sin embargo, la recuperación presentaba ciertas debilidades (que son las que explican la recesión de comienzos de la década de 1990).

Las debilidades radicaron en el modo en que se reacomodó la economía estadounidense en el mercado mundial. Dentro de ese reacomodamiento internacional, las principales corporaciones industriales abandonaron los mercados de masas para dirigirse a la producción de alta tecnología y servicios financieros. Si iniciaba la época de auge de los grandes proveedores informáticos, como IBM y Texas Instrument, y de las empresas dedicadas a la electrónica, como ITT y Standart Electric. Esta reactivación se fundó en la captación de capitales extranjeros (europeos y japoneses) que fueron atraídos por altas tasas de interés. Por otra parte, la apertura del mercado inundó a los Estados Unidos de productos de consumo masivo -desde automóviles hasta vestimenta y alimentos- importados. Esto arruinó a muchas industrias que no pudieron competir con las importaciones más baratas. Esta contradictoria reactivación favoreció otras economías nacionales, especialmente al Japón y a Corea, Taiwán, Singapur y Tailandia que encontraron en el mercado norteamericano la salida para una producción de muy bajos costos debidos a una superexplotación del trabajo.

De este modo, la región del Pacífico surgió como el área más dinámica de la economía. En 1983, el intercambio comercial de Estados Unidos con los países del Pacífico superó ampliamente al intercambio con Europa. También en los Estados Unidos fue la región del Pacífico, sobre todo California, la que presentó el mayor desarrollo relativo. Allí se instalaron las industrias "de punta", con fuertes inversiones y tecnología de vanguardia. Y la prosperidad californiana se reflejó en el ostentoso "megaconsumo" de las clases más altas. Este "megaconsumo" fue, sin embargo, un problema de la economía norteamericana. El auge de la industria de la construcción y el desarrollo de empresas de servicios habían absorbido una parte importante de la riqueza transformándose en una amenaza para la estabilidad fi-

California, cargo al que llegó en 1966, y en el que fue reelecto en 1970. En 1980, sobre la base de los principios neoconservadores, fue elegido como el cuadragésimo presidente de los Estados Unidos. Falleció en 2004.

nanciera. Además, el "megaconsumo" hacía evidente la desigual redistribución de los ingresos: mostraba la agudización de las diferencias sociales.

Tras la derrota en Vietnam, el papel internacional de los Estados Unidos parecía haber sido puesto en tela de juicio. El problema se agravó cuando, en abril de 1980, el presidente Cárter en un breve comunicado hizo público que una misión comando enviada a Irán para el rescate de 53 rehenes norteamericanos había fracasado.

Estas cuestiones permitieron que Reagan durante su campaña hiciese de la "defensa nacional" un objetivo prioritario. Era un discurso grato para el Pentágono, pero también para muchos norteamericanos que vivían su propia situación, basada en la inflación y en la desocupación, como la decadencia de la nación. Nuevamente, las aspiraciones al ascenso social *y* económico fueron reemplazadas por un sistema de símbolos basados en la grandeza de la nación: para ser una gran potencia era necesario recuperar el liderazgo internacional.

Este renovado nacionalismo se combinó con el viejo anticomunismo que nutría a la Guerra Fría. De este modo, durante la primera presidencia de Reagan, se justificó la formación de la mayor fuerza militar que haya visto el mundo. Se instalaron nuevas bases militares y construyeron nuevos y sofisticados armamentos; se continuaron proyectos como la construcción de los Trident, una nueva generación de submarinos nucleares armados con misiles intercontinentales, y se iniciaron otros nuevos: el desarrollo de nuevos sistemas de misiles, despliegue de armas químicas y la experimentación de la bomba neutrónica. En síntesis, se aspiraba a utilizar el poderío militar para compensar la pérdida de poder en el campo económico.

El crecimienro y sofisticación de los nuevos armamentos generó oposición entre los grupos pacifistas y ecologistas que temían por la destrucción del mundo y que llamaron a este sistema "Destrucción Mutua Asegurada", cuya sigla en inglés es **MAD** (loco). Dentro de los planes militares del reaganismo, el que mayor oposición provocó fue la llamada "guerra de las galaxias". Hasta ese momento, la Guerra Fría había tenido límites geográficos, pero con el reaganismo se aspiró a liberarse de esos límites para ganar el espacio. El objetivo era la militarización espacial. El mismo Reagan, en marzo de 1983, comunicó por televisión a atónitos espectadores, este proyecto que según él estaba destinado a cambiar el curso de la humanidad. El proyecto -llamado oficialmente Iniciativa de Defensa Estratégica- consistía en establecer una especie de "paraguas" defensivo de armas espaciales que destruirían a los misiles intercontinentales soviéticos antes que tocaran el suelo norteamericano. Este proyecto, que también suponía una revolución industrial sin precedentes, desencadenó una serie de debates sobre la legitimidad moral de militarizar el espacio y sobre su factibilidad, tanto en términos económicos (sus costos iban a ser desorbitantes) como tecnológicos (nadie estaba seguro de que la teoría era practicable).

El reaganismo también se apoyó en una decidida política cultural que permitió el avance de los sectores más conservadores. Nuevamente se rescataron los viejos valores puritanos, considerados fundacionales de la sociedad norteamericana, y se persiguió a todo aquello que amenazara el "espíritu americano" expresado en el fe en Dios, la moralidad y el esfuerzo individual. Se configuraba así un discurso que si bien apelaba a la ética era fundamentalmente un discurso nacionalista: lo positivo equivalía a lo americano. Estas concepciones coincidían con las de distintos grupos que desde comienzos de la década de 1980 habían conocido una marcha ascendente. La coalición "por la familia y los valores tradicionales" estaba formada por grupos ultraconservadores que desde 1974 integraban la Nueva Derecha. Desde 1977, aparecieron aliados con grupos Pro-Vida, en acciones contra la legislación sobre el aborto y, desde 1977, con las iglesias fundamentalistas, a favor de la enseñanza religiosa y el rezo obligatorio en las escuelas. La acción de estos sectores permitió generar una cultura populista conservadora que sustentó las políticas de Reagan.

El conservadurismo se expresó en la educación. En 1981, en California hubo una nueva ofensiva contra la enseñanza del evolucionismo en las escuelas elementales y medias. Pero también se expresó en la enseñanza superior y en publicaciones especializadas donde se atacaron las tendencias intelectuales consideradas responsables de debilitar los valores nacionales. Se combatieron las influencias liberales y se procuró que las universidades dejaran de ser ámbitos de pensamiento libre y crítico y se fijaran como objetivo adiestrar profesionales con una marcada orientación pragmática y, sobre todo, infundir valores. Pero el conservadurismo también alcanzó los medios masivos de comunicación, con una importancia fundamental para la constitución de ese nuevo populismo conservador. Grupos religiosos y conservadores controlaron emisoras de radios y la difusión de los canales a "cable' les permitió acceder a la televisión hasta entonces controlada por las grandes redes comerciales. Desde allí se destacaron temáticas como la revisión de la guerra de Vietnam, para rechazar lo que se consideraban las desviaciones liberales. En esta línea, también contribuyó la cinematografía a través de películas como la serie de ***Rambo,*** cuyo protagonista reinicia individualmente una guerra que no considera terminada. Pero tal vez fue la serie de ***Rocky*** -también interpretada por el popular actor Sylvester Stallone-, la que mejor expresó la política cultural reaganiana: es la historia del éxito del héroe mítico que afirma los valores tradicionales y la identidad estadounidenses.

Pero los modelos culturales no brindaban soluciones a algunos de los más graves problemas que aquejaban a la sociedad de los Estados Unidos. Uno de los fenómenos más visibles era el auge de la delincuencia juvenil en las grandes ciudades, como Nueva York. Allí se concentraban casi doscientas bandas que reunían a más de 6.000 miembros. Todos ellos tenían características semejantes: eran negros o hispanoparlantes, habían pasado la mayor parte de sus vidas en los barrios más pobres, habían dejado la escuela a edad temprana, habían trabajado sólo ocasionalmente y tenían muy poco futuro dentro de la sociedad. En un medio basado en la exaltación del individualismo, la banda era lo único que proporcionaba la sensación de seguridad y pertenencia. En síntesis, surgía una nueva clase de pobres, más jóvenes y menos educados, marginada por una sociedad que no les daba cabida.

A mediados de la década de 1980, la política de la Guerra Fría parecía mostrar signos de cambio. En medio de la expectativa internacional, se realizó la "cumbre" entre Ronald Reagan y Mijail Gorbachov, líder de la Unión Soviética, en Ginebra en noviembre de 1985- La reunión, celebrada en medio de las mayores medidas de seguridad, había despertado resquemores en los Estados Unidos. Mientras el Pentágono daba a conocer un informe donde se formulaban implícitos interrogantes sobre la oportunidad de llegar a nuevos acuerdos con Moscú, el *Washington Post* anunciaba el temor de algunas empresas comprometidas con los planes armamentistas de una reducción de armamentos antes de que algunas piezas entraran en la fase remunerativa de la producción. El temor radicaba tanto en que el mentado "encanto personal" del líder soviético debilitara la inflexibilidad de Reagan, como que el anciano presidente -enfermo y sin posibilidad de reelección- decidiese pasar a la historia por su acción en favor de la paz. Sin embargo, nada de esto pasó: todo se redujo a una declaración mutua de buena voluntad y a la promesa de reuniones anuales. En rigor, la reunión demostraba los cambios que se estaban registrando en la URSS.

La evolución del socialismo "real"

Las transformaciones de la Unión Soviética

La Guerra Fría permitió que el férreo dominio que Stalin ejercía sobre Europa del Este se endureciera aún más. Siguiendo los principios que marcaba lo que se llamó el "centralismo democrático" se habían impuesto constituciones —que situaban el poder en el Politburó— y economías planificadas de corte soviético en Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Alemania oriental, Albania y Bulgaria. Además, para completar las reformas (1948), se declaró abolida la propiedad privada y el Estado se hizo cargo de los medios de producción como representante de la clase obrera. En síntesis, el "centralismo democrático" concentraba, además del poder político, el económico, en manos del Estado, en una fusión que subrayaba la autoridad incuestionable del Partido Comunista. De este modo, entre 1948 y 1953, la "estalinización" que había caracterizado a la Unión Soviética también se transformó en la característica dominante del mundo socialista.[25]

Tras la muerte de Stalin (1953), comenzó a afirmarse el liderazgo de Nikita Jruschov. Su prestigio se fundamentaba en su fama de reformista, pero se consolidó en el inicio de la "desestalinización". En efecto, en 1956, en el Vigésimo Congreso del Partido Comunista, Jruschov lanzó un duro ataque contra las políticas de Stalin, donde condenó tanto los métodos empleados como el "culto a la personalidad". Indudablemente, Jruschov estaba motivado por el deseo de sacudir a la pesada burocracia soviética y generar el clima necesario destinado a promover un plan de reformas. En efecto, tras el rápido crecimiento económico de la URSS, surgía el fantasma del estancamiento. Era necesario además tomar medidas que mejoraran el nivel de vida de la población. De allí, la importancia de introducir modificaciones en el sistema económico.

Bajo la administración de Jruschov, se mantuvo la autoridad del Politburó sobre las repúblicas soviéticas, pero se intentó iniciar un debate político y público sobre las reformas económicas. Para ello se crearon entonces asambleas locales y regionales, al mismo tiempo que se promovía el cultivo de nuevas tierras, la modernización de la agriculrura y se modificaban los objetivos de la producción industrial: si bien se mantuvo el dominio de la industria pesada, también se intensificó la producción de bienes de consumo. Sin embargo, ya en 1960 se advertían los límites de las medidas tomadas. Y el estancamiento de la economía sumado a la "crisis de los misiles" (1962) llevaron a un debilitamiento de la autoridad de Jruschov que fue destituido en 1964.

Después del nombramiento de Brezhnev, hasta las más tímidas reformas fueron rechazadas a favor del mantenimiento del ***statu tjuo.*** De este modo, durante su gobierno no hubo cambios drásticos sino una lenta, constante e inexorable caída hacia el estancamiento. El único cambio lo constituyó la intensificación del peso de las fuerzas armadas en la vida soviética. En efecto, el aumento de la autoridad y de los recursos a disposi-

25 **Véase Hobsbawm, Eric (1995), cap. XIII, pp. 372-399.**

ción de las Fuerzas Armadas reforzaron el papel de la Unión Soviética en el campo de la política internacional. Pero los problemas de la agricultura y la industria continuaron sin resolver. En rigor, la acumulación de arsenal soviético sólo sirvió para acentuar el desequilibrio crónico entre la producción de la industria pesada y la producción de bienes de consumo.

Desde la "perestroika" a la caída de la URSS

Hacia finales de la era Brezhnev, y de sus sucesores, el estancamiento era la principal amenaza que se cernía sobre la URSS. Dentro de este panorama, en 1985, el liderazgo caía en Mijail Gorbachov -de la llamada "nueva generación"- quien era designado Secretario del Partido Comunista.[26]

Gorbachov, de 53 años, era un hombre relativamente joven para los parámetros políticos soviéticos y pronto mostró además una nueva actitud ante los problemas que se debían enfrentar. En primer lugar, mostró una posición más abierta hacia los intelectuales permitiéndoles expresarse en los medios de comunicación; pero además encargó informes científicos para conocer la real situación de la URSS. Y dichos informes, que mostraban sin ocultamientos la desastrosa situación económica y social soviética, fueron la base de las políticas reformistas. Indudablemente Gorbachov no actuaba solo, junto a él trabajaba un equipo dispuesto a asumir tanto las críticas pasadas como presentes. Tal vez ignoraban que esto llevaría al cuestionamiento global de la realidad soviética.

En 1986, Gorbachov inauguró el nuevo estilo. En el XXVII Congreso del Partido Comunista planteó abiertamente la necesidad de la "transparencia" ***(glasnost)*** como premisa básica para la "reconstrucción" ***(perestroika)*** de la URSS. Y ambos términos pronto se transformaron en los principios de las reformas impulsadas por el gobierno. Poco después, el accidente nuclear de Chernobil, en Ucrania (abril de 1986), cuyos efectos equivalieron a los de una guerra nuclear limitada, aceleró la toma de medidas. Chernobil demostraba el deterioro de la economía y de la tecnología soviéticas, pero también la información brindada era demostrativa de la ***glasnost.***

Para dinamizar la economía se introdujeron medidas destinadas a fomentar la creación de sistema de autogestión que ponía fin a la planificación centralizada y que permitió la formación, entre 1987 y 1988, de numerosas empresas cooperativas semiprivadas. Sin embargo, las intenciones de hacer más rentable la economía exigían atenuar una carrera armamentista que consumía la mayor parte del presupuesto estatal. Y ese fue el objetivo que,

[26] Véase Veiga, Francisco, Da Cal, Enrique y Duarte, Ángel (1997), pp. 305-371.

ya a fines de 1985, impulsó a Gorbachov a reunirse con Reagan en la Cumbre de Ginebra. En esta línea, en 1987, se firmaban con los Estados Unidos tratados destinados a suprimir los misiles de alcance intermedio.

Las intenciones de desarme contribuyeron a consolidar el prestigio internacional de Gorbachov y a otorgar credibilidad a su propuesta de ***perestroika.*** Pero la Unión Soviética daría aún pasos más espectaculares que los tratados con Estados Unidos. En abril de 1988 se anunciaba el retiro de las tropas de Afganistán —considerado el Vietnam soviético— y, en diciembre de ese mismo año, Gorbachov comunicaba en la Asamblea de las Naciones Unidas el retiro de un importante contingente de fuerzas militares de los países de Europa oriental: a comienzos de 1989, retornaban a la Unión Soviética desde las bases de los países satélites 240.000 soldados y 10.000 carros de combate. Indudablemente se trataba de pasos destinados a reducir el presupuesto militar, con el objetivo de rentabilizar el sistema soviético; sin embargo, sus efectos serían insospechados.

Respecto a los países europeos del Este, el objetivo que se planteaba era también dinamizar sus economías, liberalizando las trabas para generar mayor producción de bienes de consumo e iniciar libres contactos con las economías occidentales. De esta manera, desde la perspectiva soviética, estos países dejarían de cumplir el papel de barreras defensivas -inútiles además en la era de los misiles intercontinentales— para transformarse en el nexo con Occidente, sus inversiones y sus capacidades tecnológicas. Sin embargo, no pudo calcularse el impacto emocional que significó el retiro de las tropas. En Polonia, por ejemplo, en las elecciones parlamentarias de 1989, triunfaban los candidatos del sindicato católico -religión que definía la identidad polaca— ***Solidarnosc*** (Solidaridad), en una clara muestra de afirmación de autonomía frente a la Unión Soviética. En Hungría, también se comenzó a desmontar el sistema buscando el camino hacia el pluralismo político. Pero el efecto más importante de la liberalización húngara fue la apertura de la frontera con Austria: desde allí comenzó a afluir una oleada de alemanes del Este deseosos de alcanzar la República Federal alemana.

Este aperturismo también influyó en la misma Alemania oriental e importantes y tumultuosas manifestaciones comenzaron a exigirlo en varias ciudades. Tras varias incertidumbres -Moscú desaconsejaba rotundamente la represión— y un recambio de autoridades, la noticia de que se otorgarían pases de salida hacia la zona occidental de Alemania (9 de noviembre de 1989) lanzó en Berlín a la multitud contra el Muro, mientras la guardia fronteriza quedaba desbordada. La caída del Muro de Berlín se transformó en un disparador. Al día siguiente, en Bulgaria, un golpe palaciego derribaba al viejo líder Zhivkov; en Praga, la multitud en la calle hacía caer sin vio-

leticia el régimen comunista; el 17 de diciembre, se iniciaba la insurrección en Rumania.

El mundo occidental estaba eufórico. Gorbachov había demostrado sobradamente su espíritu conciliador. Eliminado el bloque oriental, abierta la vía para la reunificación de Alemania (que se consumó el 3 de octubre de 1990), la Guerra Fría llegaba a su fin. Francis Fukuyama podía anunciar "el fin de la Historia" al haberse quedado Occidente sin oponentes ideológicos. En síntesis, 1990 traía la confirmación de lo que pasó a llamarse el Nuevo Orden Internacional. Sin embargo, no todo el optimismo estaba justificado. En primer lugar, surgían conflictos en tableros hasta entonces secundarios, como lo fue la Guerra del Golfo. Pero también el Nuevo Orden, con su magnitud planetaria, no parecía impresionar a los pequeños nacionalismos de objetivos limitados: en 1991, el mundo se paralizaba ante el estallido de la guerra entre Eslovenia y Croacia.

También los conflictos comenzaron a sacudir a la Unión Soviética. Las medidas económicas no habían dado los resultados previstos. Los afanes capitalistas chocaban contra la mentalidad de muchos ciudadanos acostumbrados a pensar en contra de ellos durante la mayor parte del siglo. La desaparición de la planificación centralizada no había dado paso a la formación de un mercado libre, sólo había dejado a la economía soviética descabezada. Las huelgas proliferaban sin que nadie fuese capaz de controlarlas. El mercado negro crecía sin control y con él crecían las "mafias." Pero el aligeramiento de los controles también había permitido surgir desde un auge de los nacionalismos.

En efecto, a lo largo de 1988, los nacionalismos se afianzaron en los puntos más conflictivos de la Unión Soviética, mientras Gorbachov caía en la contradicción de reconocer el derecho a la soberanía de los estados del Este, mientras lo negaba a las repúblicas que constituían la Unión Soviética. Pero esto no hubiera pasado a mayores sin las tensiones que atravesaban a Moscú. Ya a comienzos de 1990, Gorbachov se encontraba encajonado entre dos tendencias diferentes. Por un lado, un sector más conservador aspiraba a hacer más lentos los cambios de la ***perestroika,*** y no faltaban además quienes proponían el retorno a la antigua ortodoxia. Por otro lado, un grupo, muy difuso en sus límites, propiciaba la aceleración de las reformas, e incluso al abandono total del comunismo. Dentro de estos últimos, la cabeza visible era la de Boris Yeltsin.

El auge de los separatismos brindó a Yeltsin la oportunidad de actuar. Habiendo sido electo presidente de la República Soviética Federativa Rusa -la mayor de la URSS— en mayo de 1990, tomó una serie de desafiantes medidas: declaró la supremacía de las leyes rusas sobre las soviéticas, proclamó

la autonomía de Rusia y finalmente abandonó el Partido Comunista. Desde allí, comenzó a presionar para el abandono definitivo del sistema soviético y para una rápida transición a la economía de mercado, algo a lo que nunca Gorbachov había estado dispuesto. La crisis política se sumaba a la inflación, a la corrupción y a un estancamiento general de la economía, mientras que las privaciones que pasaba la población agudizaban el descontento. Pero el descontento mayor era el que atravesaba a las fuerzas armadas, privadas del protagonismo anterior, con un presupuesto disminuido y con una tecnología cada vez más obsoleta. La retirada de Afganistán, la incapacidad de controlar los brotes nacionalistas, el abandono de las defensas en los países del Este habían sido golpes difíciles de asimilar. Más aún, la "hazaña" del joven alemán Mathias Rust aterrizando impunemente en la Plaza Roja -violando el sector más vital del espacio aereo soviético- constituía una humillación que los enfrentaba con su incapacidad para la defensa.

En agosto de 1991 se intentó un golpe contra Gorbachov de objetivos poco claros. Lo único que permitió el golpe fue la consolidación de la figura de Yeltsin que logró erigirse como líder "carismático" antigolpista. Pero el liderazgo de Gorbachov, ya muy deteriorado frente a la opinión pública, sobreviviría sólo unos meses, mientras que el proceso de fragmentación se hacía incontenible. En esa coyuntura, Yeltsin -que había llegado a declarar la ilegalidad del Partido Comunista en Rusia- firmaba con los líderes de Ucrania y de Bielorrusia un tratado por el que se comprometían a crear una Comunidad de Estados Independientes. El 25 de diciembre, Gorbachov presentaba su renuncia; se arrió la bandera roja del Kremlin y se izó la rusa: la Unión Soviética había dejado de existir. Con ella, poco después terminaba también, el siglo **XX.** Pero son muchos los interrogantes que quedan abiertos.

Anexo. De los frentes populares a la Guerra Civil española

Mientras en países como Italia y Alemania se asistía a la consolidación del fascismo, en otros, como en Francia y en España, se registraba un ascenso de la izquierda que complejizaba el panorama político europeo.

El caso francés

La situación económica en Francia también había entrado en crisis después de 1930, con la consiguiente caída de la producción de los salarios, aunque

la desocupación no alcanzó los niveles de Alemania. También en Francia comenzaron a actuar grupos de derecha, de orientación fascista, como la Cruz de Fuego (1927) y Solidaridad Francesa (1932). Este último estaba constituido por los "camisas azules", un grupo paramilitar que se preparaba para un golpe de Estado y producía enfrentamientos con sindicalistas y grupos de izquierda. Y ambos estaban financiados, entre otros, por el perfumista francés Francois Coty.

A partir de 1934, estos grupos provocaron una serie de graves desórdenes. A fines 1933, se habían descubierto las actividades de un financista, Stavinky, acusado de fraude al Estado. Varios diputados aparecieron además comprometidos con la estafa. Fueron acusados de corrupción, lo que provocó, en enero de 1934, una gran concentración fascista frente a la Cámara de Diputados exigiendo la disolución del parlamento. Hubo enfrentamientos que culminaron con cerca de 20 muertos y más de mil heridos.

Lo ocurrido en enero de 1934, recordó a muchos franceses la toma de Roma por parte de Mussolini. Para prevenir la situación se organizó una gran coalición de partidos de izquierda, el llamado Frente Popular, impulsada por comunistas e integrada por radicales y socialistas. Esta coalición ganó las elecciones en 1936 y llevó al gobierno al socialista León Blum, que integró su gobierno con miembros de la coalición. Sin embargo, la suerte del Frente Popular fue efímera. El temor al fascismo había favorecido su triunfo, pero las medidas sociales que comenzó a tomar Blum (aumentos salariales, establecimiento de la semana laboral de 40 horas, vacaciones pagas, etc.) generó el remor ante el ascenso de la izquierda entre amplios sectores de la clase media. Por otra parte, la drástica división de la sociedad francesa en izquierdas y derechas inconciliables hizo pensar a muchos que Francia se encontraba al borde de una guerra civil semejante a la que estaba asolando a España durante esos mismos años.

A fines de 1937, Blum (que era hostilizado además por la prensa de derecha por su origen judío) renunció a la presidencia y fue reemplazado por un radical, Daladier, que para calmar la situación interna intentó anular algunas de las medidas sociales, sin conformar a nadie y sin poder anular las críticas que venían tanto de la derecha como de socialistas y comunistas. Estos agudos conflictos internos permiten explicar, en parte, la facilidad con que Alemania pudo ocupar gran parte de Francia una vez declarada la guerra. Mientras comunistas, socialistas y radicales enfrentados entre sí observaron impotentes la ocupación nazi, la derecha le dio la bienvenida esperando que los alemanes pusiesen finalmente en orden la situación francesa.

El caso español

Desde su instauración en 1931, la república española se había visto sacudida por conflictos sociales y por la lucha política entre la derecha y la izquierda. Dentro de ese clima, se había organizado un Frente Popular -sindicalistas, socialistas y comunistas- que ganaron las elecciones para diputados a comienzos de 1936. Ante el ascenso de la izquierda, en julio de 1936, se produjo la sublevación militar encabezada por el general Francisco Franco. El golpe militar fracasó en su intento de tomar el gobierno, pero desencadenó una guerra civil que se prolongó hasta 1939.

La guerra civil española fue una guerra entre distintos grupos políticos: por un lado republicanos, socialistas, anarquistas y comunistas; por otro lado, los "nacionales", es decir, monárquicos y la derecha junto con un grupo, la Falange, de clara orientación fascista. Además, la Iglesia católica apoyaba a los nacionales mientras consideraba la guerra como una nueva "cruzada". Pero la guerra fue también un conflicto regional: autonomistas catalanes y vascos apoyaban a los republicanos, mientras que los nacionales eran apoyados por el oeste y el sur (Galicia y Andalucía).

Si bien esta era una guerra civil, pronto cobró una dimensión internacional. Alemania e Italia apoyaban y enviaban su ayuda a los nacionales, como lo demostró el célebre episodio de Guernica; mientras que los republicanos recibían la ayuda de la Unión Soviética. Incluso los partidos comunistas organizaron en distintos países las llamadas Brigadas Internacionales, que fueron a la guerra en apoyo republicano. Sin embargo, la ayuda que recibieron estos últimos fue más débil que la recibida por los nacionales, ya que Gran Bretaña mantuvo su neutralidad y la agitada Francia que gobernaba León Blum poco apoyo pudo brindarles.

De esta manera, en marzo de 1937, Franco completó la conquista de las provincias vascas del norte y, a comienzos de 1938, lograba aislar al ejército republicano de Cataluña de la comunicación con Madrid que terminó capitulando tras un asedio de 29 meses, en marzo de 1939. De esta manera en España, el generalísimo Franco se hizo cargo del gobierno, asumiendo el título de Caudillo de España por la Gracia de Dios e iniciando una larga dictadura que duró hasta su muerte en la década de 1970.

Anexo. El otro comunismo: la Revolución China

Si bien la constitución del bloque socialista había girado alrededor de la Unión Soviética, poco después de acabada la guerra mundial, en 1947 se

consolidó otro proceso que constituyó a China como un país comunista, al mismo tiempo que generó un nuevo modelo tanto revolucionario como de concepción del comunismo.

Desde mediados del siglo XIX, el imperio chino había quedado abierto al comercio y a las inversiones de los países imperialistas occidentales. El impacto de Occidente sobre la estructura económica y social de China había generado la existencia de dos mundos yuxtapuestos: una economía "moderna" ubicada en los puertos de exportación y en algunas ciudades vinculadas al comercio (Shangai, Cantón, Tientsin) y una economía "tradicional", rural y ampliamente autosuficiente, localizada en el interior. El sector "moderno" estaba constituido por un área de inversiones extranjeras, con mayor interés en el comercio que en la industria. La mayor parte de las inversiones se daban en bancos y en transporte marítimo. Incluso dentro de la industria, el interés estaba puesto más en las manufacturas de consumo inmediato (textiles, cigarrillos) que en la industria pesada. Además, esta economía se caracterizaba por su dualidad (empresas autóctonas coexistían con empresas extranjeras) y por bajas tarifas, impuestas por los tratados comerciales que frenaban el desarrollo nacional.

A este sector se encontraba ligada una incipiente burguesía, que a medida que advertía las desventajas de la competencia imperialista, descubría el nacionalismo. También se encontraba un embrionario proletariado, generalmente recién emigrados del campo, sumergido en miserables condiciones de vida: hacinamiento, bajos salarios, mano de obra infantil y femenina, extensas jornadas de rrabajo, severas reglamentaciones, etc. Dentro de esos grupos, el actor dinamizante lo constituían intelectuales y estudiantes que organizaron ideológicamente los principios del nacionalismo como base de la lucha contra el orden establecido. Incluso, ya desde la década de 1920, muchos de estos grupos intelectuales fueron influenciados por las ideas del marxismo, intentando encontrar el método para transformar a la sociedad china.

La presencia de una burguesía y de un proletariado incipientes no ejercía un peso relevante en la estructura de la sociedad china que seguía siendo fundamentalmente una sociedad campesina. El campesinado chino vivía en condiciones que apenas superaban el límite de la subsistencia. En parte, el bajo nivel de vida se debía a la explotación que los sometían los *fi-chú* (terratenientes), pero en gran parte se debía también a problemas estructurales: el peso de la demografía y el retraso de la economía rural. Los demógrafos ignoran los motivos que llevaron a que la población china subiese de 400 millones en 1850 a 500 millones en 1930 y a 700 millones en 1965. Hay explicaciones parciales sobre la difusión de cultivos como el arroz y el trigo que dieron la base para un ***boom*** demográfico que constituyó a su vez la base de una reproducción que sigue los patrones de los países subdesarrollados. Pero la cuestión está muy lejos de haber quedado completamente resuelta.

Una tierra excesivamente parcelada llevó a que la agricultura china fuese prácticamente un trabajo de jardinería. A esto se agregaban herramientas primitivas, falta de capitales y abonos, dificultades para sistemas de drenaje y de irrigación (por la excesiva parcelación) y prácticas culturales profundamente arraigadas. Entre estas prácticas culturales, el culto a los antepasados llenaba de tumbas las tierras familiares, quitándolas para el cultivo. Sobre estos campesinos también caía un formidable sistema impositivo, que les quitaba la mitad de la cosecha, cada vez que el gobierno local necesitaba recursos extraordinarios. Se cobraban además sobretasas, que quedaron después establecidas en forma permanente, para la construcción de obras públicas o para la represión del bandolerismo, que era otra de las plagas del campo. Era bastante usual que las familias campesinas debieran recurrir a préstamos de los usureros y la imposibilidad de cumplir con los pagos era una de las causas más frecuentes de la proletarización. Los usureros del pueblo y los recaudadores de impuestos solían pertenecer a una aristocracia rural ***(ti-chu)*** que vivía de rentas y monopolizaba el comercio de granos. Era además la clase de los letrados (la mayoría campesina era analfabeta), por lo tanto detentaban el prestigio intelectual y controlaban el poder político de la región.

La presión de los países imperialistas sobre China puso en evidencia la debilidad de la dinastía de origen manchú (que para muchos chinos continuaba siendo vista como una dinastía extranjera). De esta manera, el último cuarto del siglo XIX estuvo jalonado por la formación de sociedades secretas y una serie de disturbios. Incluso las tentativas de modernización económica que -por presión de los países occidentales- intentaba hacer el gobierno imperial chino conoció el enfrentamiento generado por los Boxer, una sociedad secreta que provocó un grave enfrentamiento con base en el tradicionalismo religioso, en la destrucción de las máquinas y la expulsión de los extranjeros. Si bien la guerra de los Boxers (1899-1901) terminó con el aniquilamiento de éstos, la lucha civil había quedado enquistada. Los conflictos se sucedieron hasta que en 1911 finalmente una revolución acabó con el imperio chino y estableció la república.

El primer período de la república se extendió desde 1912 a 1927. Su principal característica fue la anarquía reinante. Las instituciones democráticas y liberales que los intelectuales nacionalistas chinos habían aspirado a imponer resultaban completamente extrañas a la tradición y a la clase po-

lírica china. Además, la opinión pública era algo absolutamente inexistente y lo que contaba efectivamente en política era el apoyo financiero de las potencias imperialistas y la actitud de los gobernadores de provincia y de los generales del ejército. Después del caos que siguió a la caída del imperio, aparecieron nuevas figuras en el interior de China que fueron generando un poder basado en el personalismo. Eran los llamados "señores de la guerra", que intentaron afirmar su dominio combatiendo entre sí.

Sin embargo, en este período se encuentra también la génesis de la Revolución China. Una fecha importante fue el 4 de mayo de 1919, el día del levantamiento de los estudiantes de Pekín. Esta rebelión de los estudiantes tuvo como motivo las concesiones que China efectuó frente a Japón (reconocimiento de derechos sobre la provincia de Santung). En este sentido, fue una reacción del nacionalismo chino que además se extendió a otros centros urbanos (de Pekín a Shangai, Cantón y otras grandes ciudades) y a otros grupos sociales. Hubo, por ejemplo, huelgas de comerciantes, que reforzaron las manifestaciones estudiantiles. Pero el movimiento también incluyó la renovación intelectual: los estudiantes comenzaron a impugnar el sistema ideológico sobre el que descansaba toda la estructura social china, el ***confucionismo.*** Atacaron las prácticas y los valores tradicionales, las jerarquías sociales, la obediencia y la sumisión del subdito al soberano, del hijo al padre y de la mujer al marido; el respeto a los ancianos, la sumisión a códigos y ritos, el conformismo, los matrimonios concertados, la práctica de los pies vendados en las mujeres, etc. Pero además sostenían un proyecto de reforma que desde la perspectiva del confucionismo era considerado herético: propusieron que los publicistas y literatos abandonaran el uso de la lengua clásica (wen-yen) comprendida sólo por una minoría y emplearan para escribir la lengua vulgar (pai-hai) empleada por la mayoría. Esto significaba un golpe para las minorías letradas, en particular para el grupo de la burocracia estatal, los mandarines, que con la escritura controlaban un instrumento de dominación.

El problema estribaba en cómo conciliar estas demandas, de qué manera un movimiento nacionalista podía atacar los fundamentos culturales chinos. En rigor, las demandas no eran contradictorias: se aspiraba a construir la nación barriendo con los obstáculos culturales que impedían que China se integrase en un mundo caracterizado por los avances de la tecnología y la competencia. En síntesis, se consolidaba un nacionalismo moderno. A partir de estos principios se formó el Partido Nacionalista, el ***Kuomintang,*** que en 1922 se aliaba con el recién fundado Partido Comunista chino, muy débil numéricamente, pero integrado por un sólido núcleo de intelectuales.

En 1924, comenzó la organización de un Ejército Revolucionario (integrado por comunistas y nacionalistas) que quedó al mando del dirigente del Kuomintang, Chiang Kai Chek. La campaña que desarrolló el ejército con el objetivo de unificar China, permitió tomar Shanghai y Nankín y controlar las regiones centrales y meridionales del país. Pero la expedición hacia el norte se detuvo durante más de un año: comunistas y nacionalistas estaban demasiado ocupados con sus propias diferencias como para continuar la lucha contra los "señores de la guerra". En abril de 1927, Chiang Kai Chek -que aspiraba a la unificación pero no a la revolución social- se volvió contra los comunistas a quienes masacró según los procedimientos descriptos por André Malraux en ***La condición humana.*** Esto no impidió que la era de los "señores de la guerra" quedara cerrada: en 1928, tras nuevas conquistas y nuevas alianzas, el conjunto de China reconocía al nuevo gobierno al mando de Chiang Kai Chek -que reestableció el confucionismo y una ideología impregnada de muchos de los principios del fascismo- con sede en Nankín.

Sin embargo, los comunistas no abandonaron la lucha. Los levantamientos se dieron en el campo y estuvieron dirigidos por el hijo de un campesino, Mao Tsetung. Pudieron instalarse en la provincia de Kiang Si, en donde comenzaron a repartir tierras entre los campesinos y, en 1931, establecieron la República Soviética China. Si bien habían podido resistir varios ataques de las fuerzas de Chiang Kai Chek, un último ataque (1934), reforzado por el asesoramiento técnico y armamento alemanes, derroró al Ejército Rojo. Para escapar del aniquilamiento, los comunistas comenzaron a evacuar el terreno, iniciando la Larga Marcha (1934 a 1935) que les permitió ubicarse en el norte del país.

La invasión japonesa en 1937 cambió la situación de los comunistas. No sólo los comunistas se mostraron como celosos defensores de la integridad nacional, sino que desde el bando nacionalista primaba la opinión de que no se podían dispersar las fuerzas, sino que era necesario formar un frente común. La participación en la guerra chino-japonesa-que se confundió a partir de 1939 con la Guerra Mundial- permitió a los comunistas consolidar su posición frente a los campesinos como campeones de la resistencia frente a los invasores. De este modo, cuando terminó la guerra, en 1945, habían logrado un poder que les era muy difícil de negar. Sin embargo, Chiang Kai Chek no aceptó organizar un gobierno de coalición y la guerra civil recomenzó en 1946, ya en el marco de la incipiente Guerra Fría: el bando nacionalista con apoyo de los Estados Unidos y el bando comunista con apoyo de la Unión Soviética. Sin embargo, la superioridad del Ejército Rojo no puede medirse en términos exclusivamente militares. La lucha fue in-

disociable de la reforma agraria: significaba para los campesinos liberarse del poder de terratenientes y recibir una parcela de tierra. Dicho de otra manera, los comunistas habían lograron movilizar a la masa campesina, sentando las bases de la táctica del maoísmo: asentamiento de bases revolucionarias rurales y toma militar del poder. De este modo, se logró tomar la ciudad de Pekín donde, en octubre de 1949, se estableció la República Popular China. Por su parte, Chiang Kai Chek se retiró a la isla de Taiwán, donde estableció como contrapartida, la República Nacionalista China.

Da construcción del socialismo en China tuvo que salvar dos obstáculos: la presión demográfica y el atraso económico. Los primeros años (1949-1953) tuvieron como objetivo la reconstrucción económica del país devastado por la guerra (era necesario reconstruir las vías férreas, por ejemplo), pero también el adoctrinamiento y el encuadramiento ideológico de la población. Hubo juicios en masa y ejecuciones de los "contrarrevolucionarios", y pronto empezaron también las depuraciones dentro del propio partido en el marco de la lucha contra la corrupción, el burocratismo y el despilfarro. Pero la coacción fue combinada también con lo que se llamó la "reforma del pensamiento", una tarea de adoctrinamiento, desuñada a que la gente rompiera los lazos emocionales con la vieja sociedad. Y esto era necesario no sólo para introducir el socialismo, sino también nuevas formas de vida. El tradicionalismo era muy fuerte en China y algunas medidas que se habían tomado como la prohibición de los matrimonios de niños u organizados por los padres, y del concubinato y la bigamia eran medidas que encontraban grandes resistencias sociales.

El segundo período (1953-1957) coincidió con el Primer Plan Quinquenal que se planteó como objetivo la colectivización y la industrialización. El objetivo era, indudablemente, la construcción de una industria de base que garantizara el desarrollo económico de China. La colectivización de la tierra era considerada, como lo había sido en el caso de la Unión Soviética, el paso previo a la industrialización. Sin embargo, el ejemplo de la URSS estuvo presente y la colectivización agrícola se dio en pasos paulatinos. Esta política económica coincidió con la campaña de las "Cien Flores" ("Flores" era la metáfora con que Mao, que además era poeta, se refería a las distintas escuelas de pensamiento). La finalidad fue dar cierta libertad de pensamiento para ganar a intelectuales y profesionales que miraban remisos a la revolución, con el objetivo de ganar colaboración técnica para el desarrollo.

El tercer período fue el llamado "Gran Salto adelante" que abarcó de 1958-1965. El Primer Plan Quinquenal había logrado importantes objetivos de industrialización, pero en lugar de buscar la estabilización de esta

etapa, China se lanzó al Gran Salto con el objetivo de superar la industrialización de Gran Bretaña. Para ello se propuso encontrar un camino más breve hacia el desarrollo a través de la implantación de las llamadas "comunas populares", cada una dedicada a organizar su propia industria y su propia agricultura, al mismo tiempo que cada una funcionaba como unidad administrativa y militar autónoma. Sin embargo, esta experiencia no dio los resultados esperados: hubo errores de planificación, faltaron controles de calidad de la producción, las máquinas se deterioraron por el uso intensivo. A esto se sumó el retiro, por fricciones políticas, de la asistencia técnica soviética. En síntesis, el Gran Salto terminó en la crisis económica de 1960. Sin embargo, también pareciera que los observadores occidentales exageraron los efectos de la crisis (en este sentido, también la información que se brindaba formaba parte de la Guerra Fría). En rigor, China pudo reestablecer rápidamente el nivel de su producción industrial, basada en una elaborada tecnología. Hacia 1964, ya controlaba la energía atómica y los datos de 1965 mostraron que había duplicado la producción en comparación con 1957.

Mientras tanto se fueron agudizando los conflictos entre China y la Unión Soviética. Conflictos fronterizos se sumaron a tradiciones culturales diferentes y llevaron a Mao a acusar a los dirigentes de la URSS de "revisionismo", lo que significaba abandonar los principios de Lenin para aproximarse al occidente capitalista. Los ataques principales se centraron sobre la figura de Jruschov, al que un artículo en 1963 -que finalmente signa la ruptura entre los dos países— lo acusa de "pseudocomunista". La lucha contra el "revisionismo" y el "pseudocomunismo" también se aplicó para depurar las propias filas del Partido Comunista chino, sobre todo, de algunos dirigentes que se oponían a la política de Mao en contra de la URSS.

Ante las protestas que generó la "depuración" del partido, Mao tomó una medida extraordinaria: la Revolución Cultural, que se extendió entre 1965 y 1969 y se desarrolló con el apoyo del Ejército. Primero se dirigió contra todos aquellos, desde literatos hasta burócratas, que habían disentido con Mao; luego la limpieza se dirigió a las universidades, intelectuales, y centros de producción artística, controlando toda expresión de pensamiento considerada disidente. Por último, bajo el control de la Guardia Roja, se logró que todas las manifestaciones culturales tuvieran como centro a Mao, construyendo un efectivo culto a su personalidad. Para fortalecer esta orientación se establecieron en todos los puntos del país los "comités revolucionarios" destinados a un control estricto sobre la población.

Esta orientación no impidió que la Revolución China se transformara para muchos en un modelo a seguir, alternativo al modelo que proporcio-

naba la Unión Soviética. En los sectores marxistas de Occidente, sobre todo entre los jóvenes e intelectuales en los años de las décadas de 1960 y 1970, el maoísmo despertó grandes esperanzas. Se consideraba que era el verdadero camino a la revolución, aquel que los burócratas soviéticos habían traicionado. En las universidades, entre los estudiantes y los profesores más radicalizados se aceptaba con fruición el nuevo comunismo chino con su insistencia en la inevitabilidad de la guerra contra el imperialismo, y el énfasis en la combatividad y creatividad de las masas.

Anexo. Los conflictos de Medio Oriente

La nueva presencia del mundo árabe

Uno de los rasgos de la década de 1970, que se prolonga hasta nuestros días, es la nueva presencia del mundo árabe, basada en una peculiar cultura y una fuerte conciencia religiosa. Muchos de los estados árabes habían estado bajo el dominio occidental, tras la desintegración del imperio otomano después de la Gran Guerra. Ya en 1916, Francia e Inglaterra habían firmado una serie de tratados por los cuales se repartían esas regiones en áreas de influencia. Así, por ejemplo, entre otros territorios, Siria y el Líbano correspondieron a Francia; y Egipto, Irak y la amplia región de Palestina quedó bajo la administración inglesa. Pero a diferencia de la colonización en otras zonas, el occidente cristiano europeo no pudo vencer la fuerza del Islam que continúo siendo la religión y la culrura dominante.

Su posición de proveedores de materias primas y, en algunos casos de petróleo, dejó a la economía de estos países fuertemente subordinada a la economía occidental, al mismo tiempo que la invasión de mercaderías importadas europeas arruinó a las artesanías tradicionales. Respecto a la explotación de petróleo, Irak cumplió un papel clave, lo mismo que Palestina, en donde, en la región de Haifa, estaba una de las estaciones finales del oleoducto. De allí la importancia estratégica que el control de Irak y de Palestina, y también del Canal de Suez, tenía para Inglaterra durante los años de entreguerra.

En 1950 comenzaron a gestarse los movimientos independentistas. Sin embargo, en estos primeros movimientos fue el nacionalismo y la intención de modernizar a estos países lo que guió la conducta de sus líderes: en los años de la década de 1950 las motivaciones culturales y religiosas ocuparon un segundo plano. En este sentido, el punto de partida fue el movimiento encabezado por Nasser a favor de la independencia de Egipto, movimiento que se transformó en un hecho paradigmático para los otros países árabes a lo largo de la década de 1960.

En la década de 1970, en cambio, los movimientos de los países árabes cambiaron sus contenidos, abandonaron el nacionalismo y los planes de modernización económica, para acentuar los contenidos religiosos y los valores tradicionales de la cultura. Para esto concurrieron varios factores. El peso económico de muchos de estos países radicaba en su riqueza petrolera, con la que incluso pudieron presionar con el control de los precios y la suspensión de ventas al occidente capitalista, generando incluso una importante crisis energética, a comienzos de la década. Esta posibilidad afirmó su sentimiento nacional, pero también creó para muchos nacionalistas un dilema: la modernización y la industrialización implicaban muchas veces perder las viejas pautas culturales e incorporar de forma cada vez más creciente formas de vida y valores occidentales. Y esto produjo como reacción una verdadera "reislamización" de los países árabes.

El ejemplo más típico de la "reislamización" lo encontramos en el caso de Irán (la antigua Persia). Después de la guerra mundial, Irán había quedado bajo el control indirecto de los Estados Unidos. En 1951 triunfó en las elecciones el Frente Nacional, encabezado por el líder nacionalista Mossadeq, quien como primer ministro logró la nacionalización del petróleo. Ante esto, en 1953, un golpe de Estado -en el que se denunció la participación de la **CIA,** central de inteligencia norteamericana- lo derrocó y otorgó al Sha, el monarca, poderes casi absolutos. Incluso, en 1961, fueron disueltas las cámaras legislativas y en 1967, el Sha y su esposa fueron coronados emperadores de Irán. El gobierno del Sha estaba prácticamente sostenido por los empréstitos y el apoyo militar de los Estados Unidos. A cambio, de esto, el mayor porcentaje de la producción de petróleo pasó a ser controlada por empresas estadounidenses.

Pero además de perder de vista los objetivos nacionalistas, el gobierno del Sha introdujo una serie de medidas de modernización, que le ganaron la oposición de los grupos religiosos más tradicionales. Desde 1962, las mujeres obtuvieron derecho al voto, se les otorgó también la tenencia de sus hijos en caso de divorcio, y hubo planes de alfabetización para los campesinos. Sin embargo, esta modernización no debe engañar respecto a la naturaleza del gobierno del Sha: una verdadera dictadura unipersonal, sin ningún tipo de mecanismo de participación política y con una gran represión policíaca contra todo intento de oposición política.

Desde 1963 estallaron serios conflictos antigubernamentales en Teherán. Estos descontentos, que se extendieron pese a la represión durante las décadas de 1960 y 1970, fueron canalizados por un líder religioso que se

encontraba en el destierro, el ayatollah Jomeini. Jomeini dirigió, en 1979, una huelga general que hizo a la situación incontrolable. El Sha debió desterrarse y Jomeini volvió a Irán donde se proclamó la República Islámica. En diciembre de 1979, se establecía entonces una nueva Constitución, cuya fuente de inspiración fue el Corán, y se reestablecían las viejas costumbres culturales y religiosas (obligación para las mujeres de usar chador, pena de muerte por adulterio, etc.). Jomeini murió en 1989, pero sus sucesores mantuvieron el carácter de esta república religiosa, donde lo secular y lo sagrado aparecían totalmente confundidos.

Pero la revolución iraní fue también un desafío para Occidente. Cuando, durante la insurrección, la situación se hizo incontrolable, en noviembre de 1979, un grupo de estudiantes extremistas ocupó la embajada de Estados Unidos en Teherán tomando 53 rehenes. El objetivo declarado era "canjearlos" por el Sha, que enfermo de cáncer se encontraba internado en una clínica de Nueva York. Pero indudablemente era mucho más que un canje: se trataba de desafiar al orden internacional, de humillar a la potencia que establecía el orden en el mundo. Y la humillación se cumplió cuando el presidente Cárter ordenó una operación rescate que fracasó estrepitosamente (abril de 1980).

El Estado de Israel y Palestina

La presencia del fundamentalismo islámico, donde lo político y lo religioso se confunde, se intensificó por el enclave dentro de mundo árabe de otro Estado donde también la organización política se confunde con la religión, que es el Estado de Israel. Después de la primera guerra mundial, Palestina había sido otra de las regiones que habían pasado a control británico. Pero en esa región había comenzado a darse una paulatina inmigración judía, favorecida por el surgimiento del movimiento sionista que aspiraba a la construcción de un Estado que se identificara con la nacionalidad judía.

Para constituir un Estado era necesario conseguir territorios, de allí que la adquisición de tierras, la colonización agrícola y el establecimiento de ***kibutz,*** granjas colectivas, fueron los primeros pasos para el asentamiento. Durante el período nazi la inmigración judía se acrecentó, lo que no dejó de ocasionar una serie de conflictos, porque el territorio que se buscaba habitar estaba ocupado por la población árabe de Palestina. Para mantener la calma interna, los británicos intentaron detener esta inmigración judía, lo que desencadenó una serie de atentados y guerra de guerrillas por parte de organizaciones judías. Ante el conflicto, Gran Bretaña acudió, después de la guerra, ante las Naciones Unidas que propusieron que en el territorio de Palestina se crearan dos estados, uno árabe y otro judío, pero tanto unos como otros rechazaron la propuesta. Los conflictos armados continuaron hasta que finalmente, los judíos proclamaron el Estado de Israel que fue reconocido internacionalmente en 1949.

Sin embargo, el conflicto original, entre árabes e israelíes parece no encontrar una solución. El Estado de Israel intentó evitar la organización de un Estado palestino, formado por árabes, que podría constituirse en un rival de peso. Para esto desarrolló una política de anexión de territorios que impediría la unificación de Palestina. Las guerras árabes-israelíes de 1956, 1967 y 1973 fueron parte de un conflicto que todavía parece no encontrar solución.

La guerra del Golfo

Si bien el resurgimiento del islamismo tuvo como centro Irán, muy pronto se extendió a otros países árabes. Sin embargo, hablar de islamismo no significa hablar de unanimidad religiosa. En parte porque el islamismo está fracturado en dos corrientes religiosas, el chiísmo y el sunismo, enfrentadas entre sí muchas veces en forma violenta, además de otros grupos. Pero por otra parte, la unidad en el islamismo no es suficiente para evitar conflictos por intereses nacionales. De este modo, dos países fuertemente islámicos, Irán e Irak se vieron envueltos en una serie de conflictos fronterizos que finalmente desembocaron en la guerra.

Irak era también un centro de producción petrolera donde se jugaban poderosos intereses internacionales. También en la década de 1950 nos encontramos con un movimiento nacionalista y republicano que culminó con el derrocamiento del rey Faisal y el establecimiento de la República de Irak. Sin embargo la política de la nueva república fue muy inestable hasta que en 1979, se hizo cargo de la presidencia y de numerosos cargos (en una suerte de "suma" del poder público) el líder militar Saddam Hussein. En septiembre de 1980, un conflicto fronterizo había desencadenado una larga guerra entre Irán e Irak, que finalizó en 1988. En esa guerra, Irak había logrado apoderarse de algunos territorios; sin embargo, el saldo no le fue favorable. Irak había quedado con una situación económica muy crítica, con un ejército sobredimensionado y con numerosos conflictos internos. La población chiíta se sublevaba contra el régimen sunita de Saddam Hussein; mientras que la población de origen kurdo continuaba con sus levantamientos.

En medio de este clima político, Irak invadió el emirato de Kuwait. Kuwait es un pequeño territorio que hacia 1989 contaba con sólo dos millones de habitantes, pero su escaso territorio es compensado por la riqueza

petrolera: en 1934, empresas británicas y estadounidenses habían organizado la Kuwait Oil Company que tranformó al país en el principal productor de petróleo del Medio Oriente. En 1961, si bien los intereses económicos anglobritánicos se mantuvieron, se organizó el primer emirato independiente. Se estableció una monarquía constitucional, aunque en la práctica el poder era detentado por el Emir y un estrecho grupo de familiares y allegados (que son, por otra parte, las familias más ricas del mundo). Desde 1989, comenzaron las tensiones con Irak, por el reclamo que Kuwait hizo sobre la isla de Babiyán en el Golfo Pérsico. Las tensiones se agudizaron de modo tal que Irak invadió Kuwait y lo anexó en agosto de 1990.

Ante la situación planteada, en 1991, una fuerza internacional integrada por los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Arabia Saudita inició las operaciones que condujeron a la derrota de Irak y al reestablecimiento de la independencia de Kuwait (febrero de 1991). La guerra significó para Kuwait grandes pérdidas materiales que afectaron la producción petrolera. Pero también la guerra fue el inicio de transformaciones internas. Tras la vuelta al poder del emir al-Jaber comenzaron una serie de movilizaciones internas que demandaban reformas de tipo democrático. De este modo, en julio de 1991, se debió reestablecer la Asamblea Nacional como órgano legislativo.

Cronología

1914 Tras el incidente de Sarajevo, en Europa estalla la guerra.

1917 En Rusia estalla la revolución bolchevique. Los Estados Unidos entran en la Gran Guerra.

1918 Alemania y Rusia firman la paz de Brest-Litovsk. En Rusia comienzan las medidas que configuran el "comunismo de guerra".

1919 El Tratado de Versalles rehace el mapa europeo.
En Milán se forman los Fasci Italiani di Combattimento.
En Alemania, el Congreso de Weimar establece la república.
La sublevación de los estudiantes en Pekín inicia un movimiento reformisra.

1920 La caída de los precios afecta a los agricultores en los Estados Unidos.
Entra en vigor la ley que prohibe el consumo de alcohol.

1921 En la URSS se inicia la Nueva Política Económica.
Se funda el Partido Nacional Fascista Italiano.

1922 Tras la "marcha sobre Roma", el rey Víctor Manuel III encomienda a Benito Mussolini la formación de un nuevo gabinete.

1923 En Alemania, la crisis económica alcanza su punto más agudo. En Munich estalla un golpe dirigido por Hitler que fracasa.

1924 La muerte de Lenin consolida en la URSS la posición de Stalin.
Tras el asesinato del diputado socialista Giacomo Matteotti, en Italia, se intensifican las acciones totalitarias del fascismo.
En China se organiza el Ejército Revolucionario, integrado por comunistas y nacionalistas.

1925 En la URSS, Eisenstein filma *El acorazado Potemkin* en conmemoración del aniversario de la revolución de 1905.

1927 En la URSS se inician las medidas económicas destinadas a la colectivización de la tierra y la industrialización intensiva.
En Estados Unidos son ejecutados los anarquistas italianos Sacco y Vanzetti.
En Francia comienza la acción de grupos pro-fascistas.
En China se produce la ruptura entre comunistas y nacionalistas.

1929 Se produce la caída de la Bolsa de Nueva York.
En Italia se firman con el papado los Tratados de Letrán que crean el Estado del Vaticano.

1930 Se inicia en los Estados Unidos una larga depresión económica que tiene efectos mundiales.

1931 En Gran Bretaña comienzan a implementarse políticas económicas proteccionistas.
El papa Pío XI publica la encíclica *Quadragesimo Anno.*
En España se implanta la República.

1932 En Estados Unidos es electo presidente el demócrata Franklin Delano Roosevelt quien inicia la política del *New Deal.*
En Alemania, el Partido NAZI se constituye en la segunda fuerza política.

1933 Hitler es designado Canciller de Alemania; comienzan las medidas antijudías.

1934 En Alemania, Hitler asume la presidencia; un plebiscito le otorga el título de Führer. Leni Reifenstahl filma *El triunfo de la voluntad,* documentando la concentración del Partido NAZI en Nuremberg.
Para huir de la persecución del gobierno nacionalista, los comunistas, dirigidos por Mao Tsetung, inician la "Larga Marcha".
Empresas británicas y estadounidenses organizan la Kuwait Oil Company que tranformó a Kuwait en el principal productor de petróleo del Medio Oriente.

1935 Italia ocupa Etiopía.

1936 Tras los "procesos de Moscú" son ejecutados disidentes del stalinismo.
En Estados Unidos, Charles Chaplin filma *Tiempos modernos.*
En Gran Bretaña, Maynard Keynes publica la *Teoría general del empleo, del interés y la moneda.*
Hitler y Mussolini forman el Eje Roma-Berlín. Se firma el Pacto Anti-Comintern con Japón.
En Francia se impone en las elecciones el Frente Popular que lleva a la presidencia al socialista León Blum.

En la República española triunfa en las elecciones el Frente Popular, el levantamiento del general Franco inicia la Guerra Civil.
1937 Estalla la guerra chino-japonesa.
Italia ocupa Abisinia.
1938 Hitler anexa Austria.
1939 Hitler invade Checoslovaquia. La invasión alemana a Polonia desencadena nuevamente la guerra mundial.
Tras una larga resistencia, la capitulación de Madrid pone fin a la guerra civil española.
1940 La técnica del *blitzkrieg* (guerra relámpago) favorece la rápida expansión alemana. Comienza la invasión a la URSS.
1941 En Alemania se decide la exterminación de los judíos.
1942 El ataque a Pearl Harbor incorpora a los Estados Unidos a la guerra.
1943 En Alemania comienza una crisis de producción.
Los aliados ocupan Sicilia. Mussolini es depuesto e Italia firma la capirulación, la invasión alemana repone a Mussolini como presidente de la República Social Fascista.
Roosevelt, Churchill y Stalin se reúnen en la Conferencia de Teherán.
1944 Distintas reuniones enrre los representantes de los Aliados fijan las "esferas de inrereses" en la Europa de posguerra.
1945 Roosevelt, Churchill y Stalin se reúnen en la Conferencia de Yalta.
Estados Unidos arroja la *bomba atómica* sobre Hiroshima y Nagasaki.
Termina la Guerra de los Treinta y un años.
Se funda la Organización de las Naciones Unidas.
Muere Roosevelt; el vicepresidente Harry Truman complera el período presidencial.
El Congreso Panafricano expresa la aspiración a la independencia.
Indonesia, bajo el liderazgo de Sukarno, declara la independencia.
Vietnam declara la independencia, comienza la guerra contra Francia.
1946 Comienza a registrarse el ascenso de los partidos comunistas en varios países europeos.
1947 La India, con el liderazgo de Gandhi, declara la independencia.
Roberto Rossellini filma *Roma ciudad abierta,* considerado un clásico del neorrealismo italiano.
1948 Estados Unidos pone en práctica el Plan Marshall para la reconstrucción de Europa occidental.
Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos inician las gestiones encaminadas hacia la unificación de Alemania. Comienzan las tensiones de la Guerra Fría.
En los países de Europa del Este se establecen sistemas centralizados y planificados de corte soviético.
Por las disidencias de Tito con Stalin, Yugoeslavia es expulsada del bloque comunista.
1949 La URSS produce su primera explosión atómica.

Se establece la República Popular China.
El Estado de Israel es reconocido internacionalmente.
1950 Se inicia la Guerra de Corea.
En Estados Unidos comienzan las campañas del macartismo.
Se forma la Organización Europea de Cooperación Económica.
1951 En Irán, triunfa en las elecciones Mossadeq, quien nacionalizará el petróleo.
1952 En Egipto estalla un golpe militar que establece la república.
1953 Finaliza la Guerra de Corea.
Tras la muerte de Stalin, en la URSS de consolida el liderazgo de Jruschov.
Asume la presidencia de los Esrados Unidos el republicano Dwight D. Eisenhower.
En Irán, un golpe derroca a Mossadeq y otorga al Sha poderes absolutos.
1954 En Vietnam, los franceses son derrotados en Diem Bien Puh; el territorio queda dividido en dos regímenes.
Comienza la guerra de Argelia.
1955 La Unión Soviética organiza el Pacto de Varsovia, formalizando el "bloque oriental".
1956 La insurrección húngara es sofocada por las fuerzas soviéticas. Jruschov inicia la campaña de "desestanilización", destinada a introducir reformas en la URSS.
Comienzan movimientos independentistas en Sudán, Marruecos y Túnez.
1959 En Cuba triunfa la revolución encabezada por Fidel Castro.
1960 Comienza la guerra de Vietnam.
Se profundiza la crisis económica en la URSS.
1961 Comienza la construcción del Muro de Berlín.
En Estados Unidos llega a la presidencia el demócrata John F. Kennedy que inaugura un nuevo estilo político.
1962 Estalla la crisis de los misiles soviéticos en Cuba.
Francia reconoce la independencia de Argelia.
1963 El presidente Kennedy es asesinado; completa el período presidencial Lyndon B. Johnson.
1964 Se rompen las relaciones entre la URSS y China. Jruschov es destituido.
Después de la designación de Brezhnev se suspenden todos los intentos de reforma.
En Estados Unidos se garantizan los derechos civiles de la población negra.
Stanley Kubrik filma *El Doctor Insólito o cómo aprendía no preocuparme y a amar la bomba,* sátira sobre la Guerra Fría.
1965 Comienza la Revolución Cultural china.
1967 Las tropas soviéticas en Checoslovaquia terminan con la "primavera de Praga".
1968 En Francia estalla la rebelión estudiantil.
1973 Comienzan a registrarse datos de la crisis del Estado de bienestar.
1974 En Estados Unidos se intensifica la acción de grupos ultraconservadores.
Tras el escándalo de Watergate, Nixon renuncia a la presidencia.

1976 Termina la guerra de Vietnam con la derrota de los Esrados Unidos, que celebra el bicentenario de la independencia.

1979 En Irán se establece la República Islámica.
En Irak, llega al poder el líder militar Saddam Hussein.

1980 Fracasa una misión estadounidense destinada a rescatar a los rehenes en Irán.
Comienza la guerra entre Irán e Irak.

1981 El republicano Ronald Reagan llega a la presidencia de los Estados Unidos dispuesto a implementar el programa neoliberal. Grupos fundamentalistas lanzan campañas en el campo de la educación.

1983 El intercambio comercial de los Esrados Unidos con los países del Pacífico supera al de Europa.

1984 Reagan es reelecto presidente de los Estados Unidos.

1985 Mijail Gorbachov es designado Secretario del Partido Comunista.
Reagan y Gorbachov se reúnen en Ginebra con el objetivo de limitar la carrera armamentista.

1986 Gorbachov plantea la necesidad de la "transparencia" *(glasnost)* como premisa para la "reconstrucción" *(perestroika)* de la URSS.

1987 Entre Estados Unidos y la Unión Soviética se firman tratados destinados a suprimir misiles.

1988 Se retiran las tropas soviéticas de Afganisrán. Se afianzan los nacionalismos en los puntos más conflictivos de la URSS.
En los Estados Unidos, es electo presidente el republicano George Bush.

1989 Se retiran las tropas soviéticas de los países del Este. En Polonia, en las elecciones parlamentarias triunfan los candidatos del sindicato católico Solidaridad. Cae el Muro de Berlín.

1990 El ideólogo Francis Fukuyama anuncia "el fin de la Historia" al haberse quedado Occidente sin oponentes ideológicos.
Boris Yeltsin se afirma como líder de los sectores más renovadores, es electo presidente de la República Soviética Federativa Rusa, la más importante de la URSS.
Irak invade Kuwait, se inicia la Guerra del Golfo.

1991 Estalla la guerra enrre Eslovenia y Croacia.
La Unión Soviética deja de existir.

Referencias bibliográficas

Anderson, Benedict (1993) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo,* México, Fondo de Cultura Económica.

Baines, Dudley (1979), "Los Estados Unidos entre las dos guerras, 1919-1941", en Adams, Willi Paul (comp.), *Los Estados Unidos de América,* Madrid, Siglo XXI, pp. 257-327.

Carr, Edward H. (1985), *1917. Antes y después,* Madrid, Sarpe, "Revolución desde arriba: la vía hacia la colecrivización" y "Reflexiones sobre la industrialización soviética", pp. 121-155.

___(1993), *La Revolución Rusa: de Lenin a Stalin,* Madrid, Alianza, pp. 11-113.

Dietrich Bracher, Karl (1995), *La dictadura Alemana/2. Génesis, estructura y consecuencias del nacional socialismo,* Madrid, Alianza, cap. 7 "Movilización interna y oposición", pp. 64-152.

Finchelstein, Federico (ed.) (1999), *Los alemanes, el holocausto y la culpa colectiva. El debate Goldhagen,* Buenos Aires, Eudeba.

Furet, Francois (1995), *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX,* México, Fondo de Culrura Económica, cap. 1 "La pasión revolucionaria", pp. 15-45.

Galbraith, John K. (1983), *El crac del 29,* Barcelona, Ariel, cap. IV "El crepúsculo de una ilusión" y cap. V "El crac", pp. 108-158.

Goldhagen, Daniel (1998), *Los verdugos voluntarios de Hitler,* Madrid, Taurus.

Hobsbawm, Eric J. (1983), "Introduction: Inventing Traditions", en Hobsbawm, Eric J. y Ranger, Terence (eds.), *The Invention ofTradition,* Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, pp. 1-14.

— (1995), *Historia del siglo XX, 1914-1991,* Barcelona, Crítica, cap. 1 "La época de la guerra total", cap. 2 "La Revolución Mundial", cap. 8 "La Guerra Fría", cap. 9 "Los años dorados", cap. 13 "El socialismo 'real'", cap. 14 "Las décadas de crisis", pp. 29-61, 62-91, 229-259, 260-289, 372-399 y 403-431.

Mishra, Ramesh (1989), "El Estado de bienestar después de la crisis. Los años ochenta y más allá", en Muñoz de Bustillo, Rafael (comp.), *Crisis y futuro del Estado de bienestar,* Madrid, Alianza.

Nolte, Ernest (1996), *Laguerra civil europea, 1917-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo,* México, Fondo de Cultura Económica.

___, "Sobre revisionismo" y Furet, Francois, "El antisemitismo moderno", en Francois Furet y Ernest Nolte (1998), *Fascismo y comunismo,* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Tannenbaum, Edward R. (1975), *La experiencia fascista. Sociedad y cultura en Italia (1922-1945),* Madrid, Alianza, cap. 5 "Socialización fascista y conformismo" y cap. 8 "Cultura popular y propaganda", pp. 159-201 y 283-331.

Thompson, Edward P. (1983), *Opción cero,* Barcelona, Crítica, cap. 7 "Más allá de la Guerra Fría", pp. 199-240.

Veiga, Francisco, Da Cal, Enrique y Duarre, Ángel (1997), *La paz simulada.^ Una historia de la Guerra Fría,* Madrid, Alianza, parte V "El miedo relegado", pp. 305-371.

Esta tirada de 1.000 ejemplares se terminó de imprimir
en noviembre de 2007 en Talleres Gráficos D.E.L., S.R.L.,
E. Fernández 271/75, Avellaneda, Buenos Aires, Argentina

Tenti í Err ,io

estruc *a* a · p f é r tínt/na

3. *Estaaí .ocieoad y econ na en la /argentina (1930 1997),* N ¿mí M. Girbal-Blacha, Adrián G. _arrilli y Juan J. Balsa (1* rei ip.)

4. *Introducción a /=. psko , a del aprendizaje esa lar,* Rirai lo Baquero y Margarita Limón

5. *La gestión de la :ncuela y el diseño- de proyectos inst' ¿dónales.* Inés Aguerrondo, María Teresa Lugo y Ma iana Rossi

6. *Educación superior y reformas comparadas,* Pedro Krotsch (1* reimp.)

7. *Dirección estratégica.* Carlos Greco (Iª reimp.)

8. *Probleir'* is dt 'a enseñanza de *la lengua y la* . Vratc/a, Maite Alvarado et *al.*

9. *Sociedao de 'nocréti^a y política democrática en 'a Arger i'w del siglo XX.* Luis Alberto Romero (1* ruitnp.)

10. *Historia social dei mundo occidental. Del* fétida *is'* ıo a *la sociedad contempotiie*,* Susana Bianch (2ª reimp./

11. *mw9tl$£toratura ar&nt-ne*

ogrntia, ^ierw
'¡na !»rtiSi